

70 AÑOS DE VIDA

Homenaje a

María Noel Lapoujade

Ernesto Priani

(Coordinador)

FFL
UNAM

Torre De Minerva

Dra. María Noel Lapoujade.

Doctora en Filosofía por la UNAM y por la Universidad de París, ha obtenido el Premio "Norman Sverdlin", la Medalla "Gabino Barreda" de la UNAM y ha sido Galardonada en España con la Condecoración: "La Dama de las Hespérides", por el Ateneo de Murcia. Autora de los libros *Filosofía de la Imaginación*, *Bacon y Descartes*, *De la coincidencia de los opuestos* y *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*. Creadora y fundadora de la Maestría en Estética y Artes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla en México.

Sus áreas de conocimiento son las Humanidades, especialmente Filosofía, Ética, Religión, Filosofía, Historia y Filosofía de la Ciencia y la Tecnología y Antropología Filosófica. A partir de 1975, ha tomado la perspectiva de la Filosofía de la imaginación, que estudia las imágenes e imaginarios en relación con la razón y la racionalidad, partiendo de la idea de que el humano, como ser cósmico, histórico y sociocultural, ha plasmado estos imaginarios en la historia de la filosofía, y en la historia en general.

Torre De Minerva

"I am not poor, I am not rich; *nihil est*, *nihil deest*, I have little, I want nothing: all my treasure is in Minerva's tower..."

Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy* (*ca*. 1621)



70 años de vida
Homenaje a María Noel Lapoujade

Torre De Minerva


FFL
PUBLICACIONES

Ernesto Priani Saisó
COORDINADOR

70 años de vida
Homenaje a María Noel Lapoujade

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Primera edición: 2018
29 de enero de 2018

Avenida Universidad 3000, colonia
Universidad Nacional Autónoma
de México, C.U., Delegación Coyoacán,
C.P. 04510, Ciudad de México

ISBN 978-607-02-9955-1

Editado y producido en México

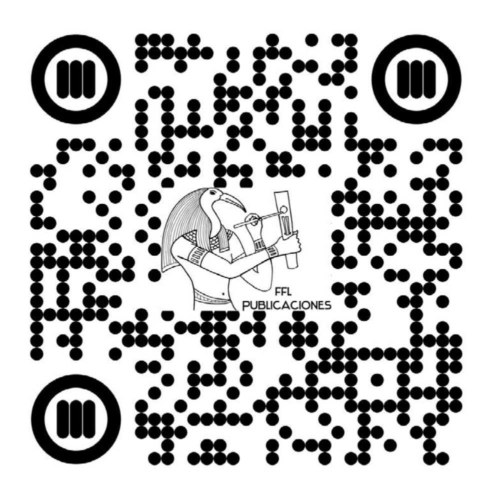
“Imaginación y metáfora: Kant de otro modo”

Publicado en Homo Imaginans Vol II

(Teleconferencia)

SEKLE Universidad Complutense de Madrid,

UAM, UNAM 2017



CONTENIDO AUDIOVISUAL
CLICK EN EL CÓDIGO QR
O BIEN LEERLO DE FORMA ÓPTICA

https://youtu.be/NNfMnYOHtaA

Contenido interactivo

TESTIMONIOS E IMPULSOS DE VIDA

[Para regresar a este Contenido interactivo dar click en la flecha] 

Presentación

Ernesto Priani Saisó
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Este libro está constituido por los textos con los que un grupo de colegas y exalumnos homenajearon a la doctora María Noel Lapoujade con motivo de sus 70 años de vida, los días 27 y 28 de agosto de 2012, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Son textos de una celebración afectiva e intelectual de la vida y el pensamiento de una filósofa cuyo trabajo, en los últimos cuarenta años, ha definido lo mismo temas filosóficos que metodologías y formas de aproximación para una gran variedad de problemas. Aunque es temprano todavía para determinar cuál es el lugar que le corresponde a María Noel Lapoujade en el ámbito de la filosofía mexicana y latinoamericana, es indudable —y este libro es un reflejo de ello— que su labor filosófica ha influido de manera significativa en numerosos filósofos de nuestros días.

María Noel nació en Uruguay, pero desde joven emigró a México, donde obtuvo el doctorado en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Más adelante alcanzó el doctorado



en Filosofía por la Universidad de París. Durante toda su vida profesional fue profesora de carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Entre 2003 y 2005 hizo una estancia de investigación y docencia en el Centre Gaston Bachelard de Recherches sur l'imaginaire et la rationalité, de Dijon, Francia. A través de conferencias e invitaciones ha impartido cursos y lecciones en numerosos países de América Latina y universidades francesas, a las que ha llevado sus inquietudes e ideas.

Sus esfuerzos no se han limitado, sin embargo, a la docencia y la investigación filosófica. Fue coordinadora de Filosofía de la UNAM entre 1990 y 1994. Fue creadora en 1997 de la Maestría en Estética y Artes de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), México, y responsable de la misma durante cinco años. Además, inició el Programa interdisciplinario de investigación sobre la Imaginación, lo Imaginario y la Racionalidad, PROIM, UNAM, 2008.

Es autora de numerosos artículos especializados, y de los siguientes libros: *Filosofía de la imaginación*, en la editorial Siglo XXI, México, 1988. *Bacon y Descartes. De la coincidencia de los opuestos*, Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP, 2002. *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, editorial Herder, 2007. *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, UNAM, 2011. Actualmente está en proceso la publicación de sus obras completas.

Es también compiladora y articulista de tres libros interdisciplinarios: *Espacios imaginarios*, UNAM, 1999; *Imagen, Signo y Símbolo*, BUAP, 2000, y *Tiempos imaginarios, ritmos y ucronías*, BUAP, 2002.

Para quienes la hemos conocido, el trabajo y el esfuerzo desplegado por María Noel Lapoujade en todas sus décadas de trabajado, respondía a un entusiasmo y una vocación por la filosofía que, como una fuente inagotable, no cesaba nunca de indagar, describir, construir.



Los textos recogidos en este volumen muestran los efectos de esa energía en el diálogo y la formación filosófica, así como en la vida de quienes han tenido la oportunidad de conocer a María Noel. Los hemos organizado en tres secciones: los Discursos inaugurales, Semillas filosóficas y Testimonios e impulsos de vida.

En Discursos inaugurales se recogen las dos intervenciones iniciales que enmarcaron el homenaje, una a cargo de Juliana González Valenzuela, profesora emérita de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y la otra de Peggy von Mayer Chaves, de la Universidad de Costa Rica.

En su intervención, Juliana González nos invita a reflexionar sobre el lugar que María Noel Lapoujade se ha ganado en la tradición filosófica hispanoamericana. En ese sentido destaca tres cosas: 1) su conocimiento especializado en diversos autores, como Bachelard, Bruno y Kant, con el que nos ha brindado lecturas filosóficas innovadoras y enriquecedoras; 2) la construcción de un campo de investigación filosófica, como la filosofía de la imaginación, que sobresale por el entusiasmo con que la filósofa uruguaya todavía puede ver el humanismo que conlleva una razón imaginante, y 3) el modo como, con todo ello, ha logrado construir un nuevo tipo de reflexión ética desde la estética, una "ética solar", refiriéndose especialmente a sus exploraciones en los temas de una bio-ética-estética, como es el tema de la enfermedad, así como su estudio constante y riguroso sobre las libertades y transgresiones de la imaginación.

Peggy von Mayer escribe sobre la importancia que ha alcanzado el trabajo filosófico de María Noel Lapoujade, destacando su extensa formación humanística, fundamental para la construcción de un poderoso diálogo interdisciplinario. Con esta intención, explora algunos de los juegos dialécticos que ha desarrollado mientras alimentaba su gusto y sus diversos intereses por la música,



la pintura, la escultura, la mitología, las místicas orientales y occidentales, haciendo comprensible el interés de María Noel por los juegos dialécticos de la imaginación, no sólo desde la perspectiva de sus reflexiones éticas o estéticas, sino incluso desde la perspectiva de sus análisis antropológicos, psicológicos y cosmológicos de la dimensión ontológica de los nexos existentes entre la imaginación y la fantasía, lo cual le ha permitido entender con optimismo la compleja relación dialéctica entre la razón y la imaginación, lo mismo que con el arte y la utopía.

Este apartado lo cierra María Noel Lapoujade con unas palabras de agradecimiento que rápidamente se convierten en una declaración de las propuestas filosóficas que ella ha querido dejar sembradas como semillas a lo largo de una vida compartida, de una vida de enseñanzas y todo tipo de aprendizajes. Con este espíritu, hace una declaración a favor de la vida, de la libertad, de las plenitudes cósmicas de la experiencia estética, de la mirada imaginante, de la salud que traen consigo los impulsos vitales de la imaginación.

La segunda sección del libro, Semillas filosóficas, está compuesta por todas aquellas intervenciones que se refieren al impacto y alcance teórico de una obra filosófica como la de María Noel Lapoujade. Las diferencias entre los textos son muchas y nos brindan lo mismo un horizonte bastante amplio sobre los diversos momentos y los diversos alcances de su pensamiento filosófico. Sin embargo, también es valioso ir descubriendo, en las páginas que conforman este apartado, ese *común acuerdo* que finalmente existe entre los autores de los textos acerca de lo que hoy resulta más relevante y significativo de las ideas de María Noel y su peculiar manera de construirlas.

Iniciamos con Elsa Cross y su extraordinario comentario a la lectura de pasajes selectos tomados de *La imaginación estética en la mi-*



rada de Vermeer. Además de algunos recuerdos de su trato con María Noel Lapujade, Elsa Cross ofrece una aproximación a la exposición de sus méritos mediante la articulación de algunos de sus temas, analizados a partir de su compleja formación estética y artística, así como de su conocimiento profundo de las tradiciones orientales.

Rebeca Maldonado, por su parte, se concentra en la lectura directa de diversos textos en los que María Noel explora y explica la relación entre Bachelard y el zen, resaltando la importancia que tiene este entrecruzamiento para abrir sus líneas de investigación filosófica hacia la creación de una ética-estética para la vida, frente a la enfermedad y el sufrimiento, mediante un uso poético y filosófico del asombro, la incertidumbre, el silencio y la ausencia de imágenes en el pensamiento.

Josu Landa decide presentar la filosofía de María Noel en el marco de un análisis de los "extremos de la imaginación". Para él, la propuesta de María Noel se coloca en los extremos creativos y utópicos de la imaginación, de la fuerza generadora y previsora del arte, de las figuraciones históricas con las que intentamos movernos hacia algo mejor, de las perturbaciones y transformaciones del *ethos* de las personas que puede convertirse, finalmente, en el *ethos* de una libertad imaginativa con el que se puede alimentar la invención utópica que demanda nuestra época.

Ricardo Horneffer, tras imaginarse cómo pudo haber sido tomar clases con María Noel, para exaltar todas las virtudes docentes que ha podido apreciar como colega a lo largo de los años, en diversos escenarios y contextos, confronta su filosofía de la imaginación desde la crítica que le opusieron a la imaginación los filósofos griegos, especialmente Heráclito. Su intención no es evidenciar alguna debilidad conceptual o argumental en el planteamiento, sino destacar cómo es que María Noel supera toda dificultad imaginable debido



a su elaborada comprensión de todas las inquietudes filosóficas que los griegos construyeron en torno de la imaginación.

El texto de Pedro Stepanenko, titulado "Lapoujade, Kant y Proust", es el espacio de una discusión abierta con María Noel en torno de aspectos específicos de la fenomenología de la experiencia kantiana. Su esfuerzo se centra en problematizar los alcances atribuidos por ella al concepto de imaginación de Kant, a partir de una lectura de contraste con el desarrollo literario que Proust hace del tema.

Laura Benítez elabora un comentario al libro *Los sistemas de Bacon y Descartes* para hacerle un merecido reconocimiento como historiadora de la filosofía moderna y, en particular, como especialista en la obra de Bacon y Descartes. Con ese fin, resalta su metodología de lectura y análisis, y expone el horizonte teórico desde el que cobra relevancia su interpretación de la filosofía de ambos autores, por separado, según sus semejanzas y diferencias, pero sobre todo siendo muy atinada en lo que se refiere a su continuidad.

Alejandra Velázquez construye una lectura sobre las preocupaciones éticas y estéticas de María Noel, pero a partir de ideas muy concretas sobre la existencia ético-estética, la enseñanza de la filosofía en la universidad y la relación entre el desarrollo de los quehaceres de la filosofía y la universidad. Para ello utiliza un conjunto de textos que en principio fueron conferencias y luego artículos publicados en revistas o publicados en libros colectivos. Y logra una aproximación a las líneas generales de una innovadora filosofía de la educación, de la educación estética, con poderosas aplicaciones éticas.

María de Lourdes Santiago ofrece un testimonio sobre la evolución de los proyectos institucionales de investigación de María Noel, y hace una aproximación teórica a sus propuestas filosóficas recordando la convocatoria y recepción que tuvieron algunos de los



eventos académicos organizados por ella. Destacan dos cosas, la manera como la idea de los "imaginarios impulsos de vida" inspiró algunos trabajos ligados directamente a los estudios clásicos, dando constancia del carácter interdisciplinario del proyecto de María Noel, y el recuerdo de la lectura que ella misma hiciera de una obra de Gratio en la que se explican los nexos de la imaginación con la procuración médica a los animales en la antigüedad grecorromana.

Ignacio E. Zamarrón también da cuenta de los puentes que María Noel ha construido entre la poética de Bachelard y el zen, pero lo hace a través de un enfoque construido desde el escepticismo pirrónico para dejar al descubierto la importancia de una filosofía de la imaginación en el desarrollo de la experiencia estética de la comunión, la cual trata de explicar como práctica del desprendimiento del sujeto o del desapego generado por el juicio sobre la bondad o maldad de las cosas. Con este esfuerzo el doctor Zamarrón logra mostrar la filosofía de la imaginación como una práctica que busca el quebrantamiento de todo dogmatismo.

Adriana del Carmen Martínez elabora un testimonio de vida que poco a poco se va convirtiendo en una revisión de las relaciones que la filosofía de la imaginación deja al descubierto entre la imaginación y el conocimiento. Al hacerlo nos muestra el detalle con el que María Noel trata este asunto, planteando el modo como la imaginación participa en la construcción de todo lo que conocemos como real y de su conocimiento sensible; también sobre el modo como la imaginación participa en nuestra capacidad para transformar esta realidad; y, finalmente, sobre el modo como la imaginación participa en nuestro conocimiento de otras realidades que desafían nuestra concepción de los límites de la realidad.

Elia Espinosa, a partir de la elaboración de un comentario al libro *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, formula algunos



"atisbos" sobre la importancia que tienen, en la exposición que realiza María Noel sobre la poética bachelardiana, los vínculos entre la voluntad y las imaginaciones de las potencias vitales, del reposo y de la intimidad. Los "atisbos" terminan de cobrar forma en cuanto Elia Espinosa logra establecer la relación entre la poética que Lapoujade construye a partir de la de Bachelard y sus propias preocupaciones teóricas sobre el papel de la imagen y la imaginación en el desarrollo de la mayor parte del arte contemporáneo, así como en su historia, pues está convencida de que la historia del arte contemporáneo puede ser presentada, mediante la adecuada exposición de esta relación, como una poética de la imaginación.

Con un espíritu semejante, Iliana Godoy construye un acercamiento a la filosofía de María Noel Lapoujade conectando los diversos intereses que ésta muestra en su obra por el budismo zen, la poética de Bachelard, con el arte en general y con la poesía en particular. Además, parte de que no se puede plantear una "poética de la poesía", sino del pensamiento poético, ya sea que se trate finalmente de un pensamiento filosófico, de un pensamiento científico, un pensamiento mítico o un pensamiento mágico. Con esto en mente, Iliana Godoy valora el modo como Lapoujade hace de la imagen poética bachelardiana una herramienta filosófica para transitar entre los sueños y las realidades, entre las realidades actuales y las realidades utópicas, entre las imaginaciones del mundo y las imaginaciones de la intimidad.

María Dolores Almazán, jugando con los contenidos simbólicos del número siete de la tradición judeocristiana, hace homenaje a una vida setenta veces plena, llena, satisfecha, suficiente. Y con esto trata de hacer evidente cómo es que la obra de la filósofa, así como su vida, es una herencia para todas las naciones, una profesión de absoluta generosidad, el manifiesto filosófico de una vida compartida en sus plenitudes. Para explicar esto, teje una red centrando su com-



prensión de la filosofía de la imaginación en tanto que una filosofía del asombro que provoca a los sentidos, a los sentimientos, a las emociones, a las reflexiones y, lo que es más importante, a la creación de nuevas imágenes. También enfatiza el carácter ontológico de la imaginación y nos explica la manera como María Noel reescribe la historia de la filosofía en "clave imaginística" para hacer evidente la imbricación de la epistemología y la poética.

Esta sección la cierra el texto de Celina A. Lértora Mendoza, quien resalta el carácter epistemológico de la filosofía de la imaginación y trata de exhibirlo con el mayor apego a la complejidad de la imaginación que proviene —según la exposición de la misma María Noel— del carácter primordial, originario y arquetípico de las imágenes poéticas y oníricas. Su intención no sólo es identificar todo esto con las ideas de René Guénon, Mircea Eliade y Sigmund Freud. Va más allá y trata de esbozar algunas hipótesis acerca de la manera como estas "imágenes primordiales", de hecho, han sido determinantes para la construcción de un conocimiento científico y así poder explicar la importancia de la filosofía de Bachelard, en primera instancia, y de Lapoujade, en última instancia.

La última sección del libro, Testimonios e impulsos de vida, reúne algunos textos breves, pues sus autores, compañeros y amigos entrañables de María Noel, querían ofrecer un testimonio de vida. Su grandeza e importancia, sin embargo, radica precisamente en el modo como estos amigos logran su cometido, ya que nos ofrecen breves escenas de la mujer y sus pasiones, de sus preocupaciones cotidianas, de sus más sentidos compromisos académicos, dejando claro de este modo en qué consiste la experiencia de compartir una vida y los entusiasmos con una filósofa de tiempo completo.

Tal es el caso del testimonio de Nicole Ooms compartiendo postales y escenas de una vida compartida, de unos viajes entre escri-



turas y correspondencias, de unos encuentros y desencuentros, de citas y plantones, y deseos de verse o de volverse a encontrar, de noticias felices y tristes desconsuelos. Y así, entre relatos inconexos que tejieron una amistad inquebrantable, Nicole Ooms hace el cuento de la vida detrás de los libros, los grados y los proyectos académicos.

Por su parte, Natalia del Moral empieza su texto recordándonos que la filosofía de María Noel es en sí misma un testimonio de vida para la vida, y que conducir de este modo el pensamiento filosófico es un modo de ponerse en movimiento, de activar el tránsito del pensamiento, la circulación de las ideas y las imaginaciones.

En el texto de Pedro Joel Reyes, en medio de anécdotas sobre su trabajo como coordinadora de la Licenciatura en Filosofía, deja al descubierto diversos aspectos de su vida académica como profesora frente a la enseñanza de la filosofía, frente a los cambios del plan de estudios de la carrera, frente a los cambios del programa de un curso obligatorio en el que se terminaría sesgando la lectura de un filósofo importantísimo para ella como Kant. Pero también deja al descubierto algo sobre las adversidades que todo profesor universitario tiene que superar para preservar las pasiones de su vida intelectual en medio de los asedios cotidianos que suele oponer la vida institucional, con la peculiaridad agregada por María Noel de estar permanentemente atravesada en la vida por unas lecturas filosóficas que, a su vez, también están atravesadas por su vida, en los pequeños detalles, como método de lectura y de apropiación.

De un modo semejante, Alberto Cabañas, a través de un diálogo epistolar, busca dar constancia de amor y agradecimiento, al tiempo en que construye un importante testimonio sobre la cotidianidad de lo filosófico en la vida de María Noel Lapoujade, la profesora universitaria y la maestra de vida, la artífice de mágicas ensoñaciones propias y ajenas, poderosa alquimista que transforma todas las natu-



ralezas que toca con su mano y su voz, mientras intenta resolver las complicaciones en que derivan las lecturas que ella misma entreteje con singular alegría y esperanza.

Giuliana dal Piaz elabora su propio testimonio tomando como motivo esta fuerza alquímica que se despliega cuando, con su pasión, María Noel podía tocar la vida de otros. Después de haber convivido largos años con ella como vecinas, compartiendo los quehaceres maternales y las delicias de la vida cotidiana, describió cómo la filósofa no sólo lo es como profesora o como autora, sino también en todo momento, especialmente por ser capaz de compartir las ideas filosóficas como bienes para la vida sin más mediación que el propio entusiasmo y el propio encantamiento.

Francisco Galán habla también de esa "otra filosofía" con la que uno se encuentra al leer o escuchar a María Noel; y aunque no nos la presenta como parte de la vida civil, sí nos la descubre como una filosofía viva, cotidiana, siempre vital y creadora en la persona y la amiga, en la colega y en la cómplice. Su testimonio, más que hacer un recuento teórico o una valoración académica, busca y encuentra en los diversos recorridos teóricos de María Noel la filosofía de la imaginación que nos ha ofrecido como esa "otra filosofía" que cualquiera puede encontrar para sí —para la invención de sí mismo— en todo momento.

Francisco Viesca destaca de otra manera la utilidad y las virtudes de esta "otra filosofía", de su profundidad estética y especialmente musical. La exhibe como un rico conjunto de bienes de vida para enfrentar las crisis personales y las crisis de la humanidad: las humanistas y las humanitarias. Él encuentra en la filosofía de la imaginación de su amiga el alimento para desarrollar un poderoso humanismo, un humanismo cósmico que además él entrecruza con algunas reflexiones sobre la música y el lenguaje para exponer la manera como él



se imagina el sentido musical del nexo simbólico-afectivo que une el mundo interior con el mundo exterior.

Amalia Lejavitzer también destaca, aunque por otras razones, el sentido musical de María Noel, la filósofa, la cocinera, la jardinera, la madre. Su texto, además de ser toda una declaración de amor y profunda admiración, es el más íntimo testimonio sobre el jardín interior que la filósofa ha creado para poder pensar y habitar el pensamiento. El pequeño cuento de los días, de la casa, de los cuidados, no deja de ser la historia viva de unas meditaciones filosóficas incesantes; de unas lecturas que se desbordan hasta invadir toda la vida y la vida de todos los que la rodean; de unas enseñanzas siempre fraguándose como una conspiración amorosa; de unas pasiones artísticas que se renuevan permanentemente, enriqueciendo poéticamente la experiencia estética y espiritual de la vida.

Las palabras de Claudia Lucotti ponen en escena cómo fue que ese jardín interior de María Noel logró hacerse un jardín universitario entre mitos y anécdotas, que lo mismo dan cuenta de la generosidad y amabilidad con que decidió habitar los más diversos espacios universitarios, que de su abundancia imaginaria con la que siempre ha querido habitar la vida y de la cual resulta imposible no terminar avecinándose. Puntualiza con algún detalle la importancia de esos mapas mentales con los que María Noel se mueve en la vida y con los que habita y ayuda a habitar las pasiones intelectuales de propios y extraños. Y en ese marco ofrece un agradecimiento por el impulso que la filósofa le ha dado, desde la filosofía de la imaginación, al estudio de las letras y las literaturas modernas.

Itala Schmelz hace algo semejante, pero como alumna y como curadora. Su testimonio ejemplifica la naturalidad y el rigor con que María Noel cumple su trabajo de formación universitaria mientras construye complicidades con las que ha alimentado el entusiasmo



de muchos para abrir todo tipo de nuevos derroteros, de brechas por andar, de espacios para ser habitados. Nos aclara cómo es que su ímpetu, acompañado siempre de una gran exigencia, se convierte en generosidad desbordante y fértil.

Y finalmente, el texto de Raymundo Morado nos entrega un hermoso testimonio sobre la manera como María Noel Lapuojade se ha convertido en espacio común, en espacio de integración y solución a falsas dicotomías. Sus palabras nos ofrecen un estimulante recorrido entre todas las ponencias que dieron forma al Homenaje, al Convivio, a la Celebración. Y las atraviesa con espléndidas consideraciones sobre la vida, la obra, la enseñanza, el amplio y merecido reconocimiento de quienes se dieron encuentro para mostrar el cuerpo vivo de esa gran reunión que es ella misma, mostrando cómo en ello consiste y ha consistido el impulso filosófico e imaginario de una vida. Con cada apartado, Raymundo Morado nos ofrece un perfil de la filósofa y de la comunidad que ella ha ayudado a conformar y que la constituye.



Discursos inaugurales



María Noel Lapoujade
y su filosofía de la imaginación

Juliana González Valenzuela
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

A lo largo de la obra de María Noel, uno se encuentra con un alma habitada por una cantidad enorme de poetas, de pensadores, de alquimistas y de sabios orientales. Todos ellos son autores integrados a la propia vida de María Noel, de modo que los textos de Baudelaire o de Giordano Bruno, entre otros, forman parte de su propio movimiento intelectual y vital. Por eso, tengo que agradecer el gusto de poder esbozar algunas ideas acerca de la obra de María Noel en este homenaje a su trayectoria académica e intelectual, después de algunos lustros de conocerla y valorarla en su justa dimensión.

Comenzaré aludiendo al libro *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, de María Noel Lapoujade, pues en un sentido general esa obra es, a mi juicio, realmente importante y de gran valía dentro de la producción literaria de nuestro mundo hispano, y con especial énfasis lo son el "Prólogo" y la "Presentación" que María Noel hace de Bachelard. Es un hecho que, en nuestra comunidad, María Noel se encuentra entre los especialistas y amantes de la obra de este importante filósofo, de quien ella sabe muy bien que puede ser tanto

un verdadero espíritu científico, racional y defensor de la ciencia, como un defensor de la imaginación, de la poesía y del arte.

Cuando María Noel escribe este libro se queda con el lado artístico de Bachelard, con aquella rotunda y contundente frase: "el mundo es bello antes de ser verdadero, el mundo es admirado antes de ser verificado",[1] que yo creo es el lema de toda la obra y la vida de María Noel. Sin embargo, si recordamos a los griegos, yo no estaría segura de ese "antes" que se menciona en la frase de Bachelard. Más bien, considero que habría que pensar en la simultaneidad a partir de una enseñanza más de los griegos: el "bello-bueno". A partir de esta enseñanza no se puede pensar lo bello sin lo bueno, y en ello está implícito lo verdadero. Es cierto que para nosotros, hijos de un racionalismo que ya llegó a su fin, "el mundo es bello antes de ser verdadero", y con mayor énfasis lo es la segunda parte de la cita: "el mundo es admirado antes de ser verificado", pues la verificación le quita el misterio al mundo y su dimensión de profundidad.

Destaco también el libro *Filosofía de la imaginación*, cuya lectura no es fácil debido a la complejidad de su estructura y de su desarrollo temático, pero que, a mi modo de ver, en este caso la conjunción de forma y contenido ha sido muy bien lograda.

La imaginación es para María Noel el fenómeno humano esencial, la suprema facultad. En este gran tema hace referencia a diferentes autores, desde Heráclito y Platón. Acaso, tratándose del *Banquete* y el *Fedro* platónicos, faltaría la referencia, a mi modo de ver fundamental, de los extraordinarios significados de los mitos del *Banquete* y del carruaje alado del *Fedro*. Con lo cual invitaría a María

[1] Gaston Bachelard (*L'air et les songes. Essai sur l'imagination du mouvement*, p. 216), *apud* María Noel Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 23.



Noel a que encontrara en ellos un alimento espiritual más para enriquecer su visión de la imaginación.

Su idea de la imaginación es contraria a la oscuridad del escéptico. Contraria a la idea de ver en nuestro mundo, en nuestro tiempo, "la muerte de Dios", refiriéndome a Nietzsche y a las tendencias filosóficas que rompen con los formalismos y con toda la grandeza del racionalismo occidental en toda su historia, pero que se quedan en un estado vital de oscuridad y desesperanza. Frente a esto, María Noel asume la crisis tanto de la metafísica como de los racionalismos y se suma a quienes habrán de asumir los valores de la imaginación. Pero de la imaginación como una totalidad, es decir, la imaginación no sólo como la facultad para hacer arte, sino como la facultad que se proyecta en todas direcciones, que está en todo y que tiene una importancia decisiva para pensar, para sentir, para creer, para juzgar, para soñar, para dormir, para morir, para todo. Lo cual no significa que no siga habiendo en ella una constante preocupación por la lógica.

Para María Noel, una de las notas distintivas de la imaginación, que me parece realmente muy bien pensada y lograda, es su capacidad dialéctica, es decir, la posibilidad de que sea ésta la que pueda reunir a los contrarios. En este punto María Noel también destaca, con acierto, que la capacidad dialéctica no sólo es *armonía* de contrarios, que la armonía, esencialmente la heraclitiana, nunca implica algo así como "la paz de los sepulcros". *Harmonia* en el contexto de Heráclito es lucha y acuerdo, es conflicto y tensión, a la vez que paz y reunión. Por eso remite a la metáfora del arco y la lira como "acople de tensiones", eso es armonía. De ahí que ella matice las diversas formas en que los contrarios pueden gestar una armonía dialéctica, ya sea diacrónica o sincrónica, o bien cuando no cabe la posibilidad de armonía.



> En sentido íntimo, la imaginación… es *como* si desde un centro único, como si desde un centro único arrojase innúmeras líneas hacia la anchura de la circunferencia, saliendo de allí como de una raíz común a la que como a su raíz común, vuelven. Esto, es decir, el espíritu imaginativo reclama ser el vehículo primero del alma, término medio entre lo temporal y lo eterno, por el que, sobre todo, vivimos…[2]

En ese pasaje de Bruno, María Noel se afirma a sí misma al igual que se confirma en Novalis, cuya idea no sé si es cita o es la voz misma de María Noel:

> La imaginación es ese sentido admirable que puede hacer las veces de todos los otros sentidos y se pone a la disposición de nuestra voluntad. Cuando nuestros sentidos exteriores parecen estar sometidos completamente a leyes mecánicas, la imaginación, al contrario, no está visiblemente subordinada a la presencia o a la aparición de excitaciones exteriores. El bien más grande reside en la imaginación.[3]

Ahora bien, hablar de imaginación es hablar de libertad. Por eso la cuestión se acerca a la relación de la ética con la estética. ¿Dónde termina la ética y dónde empieza la estética? ¿Dónde se acabó la estética? María Noel en este punto se atreve a usar un lenguaje heideggeriano conjugando Bíos: la bio-ético-estética, manejando el tema desde la bioética y el tema de la salud. Pienso que en muchos sentidos la visión ética de María Noel cumple con el adjetivo de "solar", luminosa. Aunque también encuentro interesante que, en

[2] Giordano Bruno (*De Imaginum*, cap. XIV), *apud* M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 41.

[3] Novalis (*Cuadernos de Freiberg*, pp. 63-64), *apud* M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 196.



otros momentos, María Noel considera la ética por el lado de la transgresión, como la facultad imaginativa de transgredir. Para María Noel la transgresión está en todas las facultades de la imaginación, sólo que no llega a precisar qué es lo que se transgrede realmente en ética. A mi modo de ver, la primera transgresión en ética es la que se hace al pasar del ego-centrismo a la facultad de ver al otro y ver por el otro. Este es el verdadero salto de la ética, porque el "altruismo" no es una moral, no es una norma, sino un episodio del crecimiento humano, de la capacidad que podemos tener de transgredirnos a nosotros mismos, es decir, de salir de la cápsula cerrada del ego propio para poder ver al otro, sin que ello signifique la pérdida del yo. En este salto es justo cuando se produce la dialéctica del *yo* y el *tú*.

La hermenéutica que hace de Kant, en este punto, me parece crucial, pues realiza una especie de "conversión" del filósofo alemán, dejando atrás al filósofo formalista, de la razón pura, y lo trae al mundo real. Sobre este tema se confronta con Victoria Camps y su *Imaginación ética*, donde ella da una visión en cierta forma pesimista, o escéptica. De cualquier forma, a mí me parece sugerente la interpretación original que ella propone de un Kant "encarnado", haciendo una lectura original del imperativo categórico, del ver al otro en su propia humanidad como un fin en sí mismo. María Noel muestra otra manera de ver a Kant que es importante, vale la pena leerlo con sus ojos.

Por otro lado, está también la vuelta a una referencia de Eco respecto del zen budismo:

> En el lenguaje contemporáneo han hecho aparición nuevas categorías: ambigüedad, inseguridad, posibilidad, probabilidad [...] todos estos elementos de la cultura contemporánea están unificados por un estado de



> ánimo fundamental: la conciencia que el universo ordenado e inmutable de un tiempo, en el mundo contemporáneo representa a lo sumo una nostalgia, pero no ya el nuestro […] De pronto, alguien ha encontrado el Zen […] esta doctrina venía a enseñar que el universo, el todo, es mutable, indefinible, fugaz, paradójico: que el orden de los acontecimientos es una ilusión de nuestra inteligencia esclerotizante, que todo intento de definirlo y fijarlo en leyes está abocado al fracaso… Pero que precisamente en la plena conciencia y en la aceptación gozosa de esta condición está la máxima sabiduría, la iluminación definitiva; y que la crisis eterna del hombre no surge porque éste debe definir el mundo y no lo logra, sino porque quiere definirlo cuando no debe hacerlo.[4]

Y para terminar, quisiera citar a la propia María Noel, quien dice:

> es hora ya de recuperar la filosofía de las "herejías", las "heterodoxias", y recordar que también se puede salir al mundo, no sólo por la filosofía pura, sino por la magia (Bruno); no sólo por el ensayo, sino por la utopía (Platón, Campanela, Moro, Bacon…) [...] no sólo por el pensamiento discursivo, sino por la ironía o el humor, no sólo por la "razón seca" (como le gustaba decir a Bacon), sino por el sentimiento desbordado (Novalis, Hölderlin) [...] no sólo por la conciencia, sino por lo inconsciente (Freud); no sólo por la vigilia, sino por el sueño (Bretón, entre otros más), o por el ensueño (Bachelard); no sólo por la frigidez mortecina de la lógica, sino por la opulencia instintiva, avasallante (Nietzsche) […] no sólo por la razón transparente, sino por la imaginación turbia; no sólo por la simplicidad unívoca de la idea "clara y distinta", sino por

[4] Umberto Eco (*Obra abierta*, p. 254), *apud* M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 105.



> la complejidad, la hábil, polivalente y ambigua de la imagen [...] La historia diurna de la filosofía debe salvar su noche. Es tiempo de soltar las amarras a la imaginación.[5]

María Noel Lapoujade sabe vivir la plenitud de la noche, el goce de la noche, pero no deja de ser ante todo un ser diurno. Leerla nos da luces.

[5] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, pp. 255-256.



En busca del pensamiento filosófico de María Noel Lapoujade

Peggy von Mayer Chaves
Universidad de Costa Rica

Agradezco profundamente al doctor Ernesto Priani Saisó, Secretario Académico, al maestro José David Becerra Islas, Secretario de Extensión Académica, y al doctor Gerardo de la Fuente Lora, Coordinador del Colegio de Filosofía, por haberme hecho el gran honor de invitarme a participar en este magno evento académico, como es el merecido homenaje a mi querida amiga, la doctora María Noel Lapoujade.

Una parte esencial de toda universidad la constituye su cuerpo de profesores, quienes son los que marcan la pauta de su excelencia académica, de sus logros y alcances, de su proyección en la ciencia, la sociedad y la cultura. Puesto que la UNAM se caracteriza por contar con un prestigioso personal académico de primerísimo nivel, con altos estándares de excelencia, sobresalir entre tan distinguido grupo de profesores no es tarea sencilla, pues requiere de un nivel de competencia académica, intelectual y profesional extraordinario, que exige una entrega total a la *alma mater*. Tal es el caso de María Noel Lapoujade. Deseo comenzar mi disertación con una frase de la



doctora Lapoujade: "La existencia auténtica es aquella que dice sí a la vida. Es aquella del gozo pleno, abierto a la inmensidad. La del gozo de estar vivo".[1]

Si dijéramos que los campos epistemológicos a los que se ha dedicado la doctora Lapoujade son la estética, la filosofía kantiana y la filosofía de la imaginación estaríamos diciendo una verdad a medias, pues estaríamos dejando de lado su extensa formación humanística, que abarca la música, la pintura, la escultura, la poesía, la mitología, la mística oriental y occidental y un largo etcétera de cuyo dominio dan fe las abundantes y eruditas acotaciones de sus escritos. De ahí que su ámbito de intereses resulte en gran medida transdisciplinario, lo cual implica que es necesariamente dialéctico. Recorrer la complejidad del pensamiento filosófico de María Noel Lapoujade requiere de un lector atento y sensible, preferiblemente dispuesto a completar su lectura dejándose llevar por los laberintos intelectuales a los que la pensadora lo conduce, puesto que el despliegue de sus ideas va trazando constantemente nuevos caminos de reflexión, nuevos horizontes interpretativos. Dentro de su rigurosidad epistemológica, su visión multidimensional nos va planteando nuevos juegos conceptuales, paradigmas sucesivos, universos imaginarios, retóricos y estéticos de gran riqueza hermenéutica, con frecuencia conducentes a una necesaria revisión de nuestra propia estructura de pensamiento.

En 1988 María Noel Lapoujade publica una de las contribuciones más oportunas de la filosofía contemporánea, la *Filosofía de la imaginación*, obra imprescindible para quienes deseen adentrarse en la noción de imaginación desde sus inicios. La autora hace un recorrido histórico-sistemático de variadas concepciones filosóficas de Occidente que abordan el tema de la imaginación, haciendo énfasis

[1] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, p. 141.



en dos grandes pilares: Platón y Kant, pasando por Aristóteles, Santo Tomás, Giordano Bruno, Bacon, Descartes, Locke, Hume, Nietzsche y muchos más.

Espigando algunos ejemplos, vemos cómo explora uno de los aspectos fundamentales del pensamiento de Platón en lo que respecta al papel del ojo y la mirada, la visión en cuanto posibilitadora de figurar, con-figurar, esto es, la capacidad de ver las imágenes de las cosas (*eikonos*) que se pueden conocer mediante el pensamiento discursivo, pero que expresan una forma (*Eidos*), lo Real, lo "visto", que se aprehende por el proceso de intuición, nociones que Platón recoge en la *Teoría de las ideas*.

De Santo Tomás, Lapoujade enfatiza la definición de la imaginación como función mediadora entre la sensibilidad y el entendimiento, una proposición que la filósofa sostiene explícitamente.

De Giordano Bruno le interesa la idea de que la imaginación ejerce vínculos temporales que entretejen la trama de la identidad diversa de la subjetividad, idea que refuerza la proposición de Lapoujade en cuanto considera que la imaginación es una función intencional, sintética y temporal. Agrega que la imaginación es también una función utópica que permite trascender el tiempo.

Interpretando a Bacon, quien señala el papel mediador de la imaginación entre voluntad y razón, y a Kant, Lapoujade formula la siguiente proposición básica: "La imaginación desempeña un papel mediador entre funciones: percepto-concepto; razón-voluntad. Pero de aquí no ha de inferirse su papel subordinado, sino que en determinados momentos su actividad puede ser la dominante del psiquismo".[2]

Mediante un análisis riguroso y puntual del pensamiento de Kant que tan bien conoce, Lapoujade señala cómo define la función

[2] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 50.



creadora, mediadora y sintética de la imaginación respecto de todo lo pensable, hasta llegar a la imaginación trascendental.

El lúcido análisis que la autora hace de los planteamientos de Kant sobre razón e imaginación, como culminación del riguroso análisis diacrónico comparativo, aunado al profundo conocimiento del pensamiento kantiano, le permiten distinguir tanto las rupturas y los desgarramientos como las omisiones y los aciertos respecto de algunas de sus concepciones. Señala la filosofía crítica de Kant como un momento de crisis de la razón en la filosofía moderna, e incluso llega a complementar el pensamiento del maestro a partir del claro entendimiento de su obra, enriqueciéndolo con sus propias concepciones sobre la filosofía de la imaginación.

Sincrónicamente, aborda el tema de la imaginación desde una perspectiva pre-teórica y luego teórica a partir de "lo real" y lo fantástico, empleando el método fenomenológico, con el propósito de describir en qué forma participa la imaginación en la relación sujeto-objeto. Después de examinar entre otros a Sartre, Coleridge y Todorov, concluye que sus perspectivas resultan insuficientes, de modo que establece sus propios criterios sobre la relación imaginación-fantasía.

Así, en contraste con la relación del sujeto con el mundo natural-social, en el cual la imaginación "todavía trabaja con respecto a una realidad dada, que caleidoscópicamente reordena, re-estructura, re-crea",[3] Lapoujade observa que:

> *El mundo fantástico* ofrece otra alternativa en cuanto *es el mundo creado por el solo poder humano. En la fantasía* —dice— *el hombre puede llegar a sentirse todopoderoso, omnisciente, con una voluntad sin límites, con absoluta libertad*: se convierte en el Dios de su mundo fantástico. Y si deja

[3] *Ibid.*, p. 139.



> misterios serán "misterios voluntarios". *El hombre juega a ser dios en ese mundo de artificio. De ahí el sentimiento de goce estético que su poder de creación le brinda*, porque el mundo fantástico es el mundo como artificio y ello no es sino *el mundo como obra de arte*.[4]

Así pues, sus reflexiones sobre la imaginación y la fantasía conducen a una noción ontológica en tanto afirma que es en "los procesos de *creación fantástica* más deliberada en donde el hombre busca plasmar —voluntariamente— su poder creador más libre. La búsqueda deliberada de la creación fantástica expresa un ámbito de autoafirmación del hombre a través de una imaginación desbordada".[5]

En "Horizontes" establece los distintos ámbitos en que la imaginación interviene como una vía de reflexión filosófica. Para esto se sirve del pensamiento de Kant, Fichte, Novalis, Schiller, Hegel, Freud, Marcuse y Lacan. Así pues, aborda la herencia más profunda del pensamiento estético del idealismo alemán, algunas intuiciones acertadas de la estética fenomenológica, aspectos que acercan sus ideas a ciertas tesis de Nietzsche y a las corrientes psicológicas.

Entiende la imaginación como una función dialéctica, que funge como instrumento para penetrar en la ética, la estética, la epistemología y la ontología.

Desde la perspectiva psicológica, afirma que la imaginación contribuye a poner los límites del yo, pero también a transgredirlos. En este juego dialéctico entre el yo y el no-yo, muestra la autora su capacidad de síntesis y asimilación, como cuando dice: "En condiciones normales, el conocimiento más seguro y establecido parece ser el del propio yo, que se nos aparece como indubitable (Descartes), condición

[4] *Ibid.*, pp. 146-147.
[5] *Ibid.*, p. 179.



de posibilidad de todo conocimiento de entidades no-yoicas (sujeto trascendental kantiano); independiente (absolutamente puesto: Fichte), unitario, originario, bien demarcado ante todo lo que no es yo".[6]

En ese sentido, Freud reconoce la mutabilidad e imposibilidad de límites del yo con el no-yo, que se extiende en el plano de lo inconsciente o ello.

Ante la imaginación como un acto "ilógico" —como lo inconsciente de Freud o como la ensoñación de Bachelard—, María Noel propone una concepción de imaginación dialéctica: por una parte, el posible trabajo ilógico de la imaginación, pero por otra, una lógica de la imaginación, puesto que no opera azarosa o arbitrariamente, sino que "manifiesta o expresa una lógica interna" propia, que le es inherente.

Así como afirma que Kant "tuvo ante sus ojos el procedimiento dialéctico [...] que no supo culminar",[7] también va más allá de André Bretón cuando éste afirma en su análisis de los sueños que la vigilia es "un fenómeno de interferencia" del sueño.[8] En contraste, Lapoujade considera que "los procesos de vigilia están más adheridos a la realidad exterior y, en consecuencia, resultan más limitativos en lo que a la libertad mental del sujeto se refieren",[9] en tanto que las imágenes del sueño no guardan un ritmo constante y pueden alterar el contexto espacial y temporal.

Completa a Lacan, quien afirma que "el hombre deviene humano cuando simboliza",[10] la doctora Lapoujade aclara: "el hombre

[6] *Ibid.*, p. 168.
[7] *Ibid.*, p. 172.
[8] *Cf. ibid.*, p. 178.
[9] *Idem*.
[10] J. Lacan (*El seminario*, vol. I, *Zeitlich Entwickelungs-geschichte*, p. 235), *apud* M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 193.



simboliza *cuando* y *porque* imagina",[11] y concluye que "*el hombre deviene humano cuando imagina*".[12] De lo cual deduce el término "*homo imaginans*", el hombre imaginante, reconociendo así a la imaginación como un componente de la psique que participa como una constante en la actividad humana.

Destaca, asimismo, los nexos entre imaginación y razón, colaborando en procesos epistémicos. Más aún, como catalizadora de la razón, afirma que: "Las relaciones imaginación-razón admiten desde la subordinación de la imaginación a la razón, hasta inversamente la elevación de la imaginación a función dominante, anticipando así a la razón, que en este caso procede a la reflexión de las propuestas de la imaginación".[13]

En este sentido, me parece que completa y aun desborda las concepciones kantianas sobre la razón y lo sublime, y puede ser una afirmación absolutamente válida para explicar los procesos de la imaginación creadora y, naturalmente, estéticos.

Además, si tomamos en consideración que Lapoujade asevera que "la imaginación actúa transfigurando y transgrediendo", y que una de sus funciones esenciales consiste en "figurar", esto es, crear imágenes, que además están regidas por "un orden muy variable, que puede ser normal o patológico, consciente o inconsciente, voluntario o no, creativo o redundante; puede colaborar con la invención y el descubrimiento o proponer ficciones",[14] podemos interpretar que en estas tesis se va sustentando también una fenomenología estética que la autora desarrolla y aplica en sus interpretaciones sobre arte: "Si el *cogitatum* es una imagen, ella es puesta *inmediatamente* en un

[11] *Ibid.*, p. 193.
[12] *Idem.*
[13] *Ibid.*, p. 243.
[14] *Ibid.*, p. 246.



sentido: en que la imagen emerge *de* y *en* el acto intencional imaginativo como tal. No requiere un objeto presente, ni actual, ni existente, ni real. La imaginación en su actividad intencional 'recorta' su referente figurativamente en imagen".[15] Y agrega que en la actividad de la imaginación, el sujeto ejerce su libertad para "darse el objeto", que "puede estar más o menos próximo a lo real, reproducirlo, recrearlo o entrar de lleno en la ficción (mundos ficticios)".[16]

Como es propio del arte, la imaginación transgrede lo real, el espacio y el tiempo, lo material, lo biológico, lo psíquico, lo subjetivo y lo objetivo, y sustituye una cosa por otra.[17] Afirma que: "La ambigüedad se torna más manifiesta en los procesos complejos de simbolización y, entre ellos, aquellos en que el sujeto plasma la mayor libertad de creación posible de símbolos, en que los vínculos y las analogías pueden construirse con mayor arbitrariedad (por ejemplo, la poesía)";[18] y, agregaríamos, del arte en general.

Todo ello lo desarrolla María Noel en el marco de una estructura categorial de la imaginación. Cada vez nos va haciendo más evidente que el ámbito de la estética y del arte no se limita a ser una parte más de la imaginación, sino que constituye un componente importante de la misma. Mi impresión es que su teoría estética se halla desperdigada a lo largo de las diversas obras y artículos que componen su extensa producción, dentro de los cuales cobra sentido y significación, pues desembocan, en última instancia, en el dominio estético.

Nos parece conveniente poner de relieve el importante papel que desempeña el arte o la creatividad artística en el conjunto de la

[15] *Ibid.*, p. 247.
[16] *Ibid.*, pp. 249-250.
[17] *Cf. ibid.*, p. 251.
[18] *Ibid.*, p. 252.



obra de María Noel Lapoujade, ya que mediante los procesos imaginativos nos ofrece una prueba del papel creador que juega el hombre en el mundo real. Completamos este punto siguiendo la estructura categorial que presenta la imaginación en la obra, en la que se establece la estrecha relación entre la experiencia imaginante y el concepto de lo racional y lo irracional, conciencia e inconsciencia, entendimiento y sentimiento, entre otras. Observamos que la imaginación facilita al espíritu la penetración en un sector de la psique que queda fuera del alcance del pensamiento conceptual discursivo. En otras palabras, la imaginación permite al ser humano participar en el ámbito metafísico.

Propone una noción del objeto estético basada en la categoría de posibilidad o "como si", con lo que sienta las bases para conectar arte y utopía.

Destaca la intervención de la imaginación como generadora de la creatividad humana, en donde nos presenta a la imaginación como mediadora entre el ente real y no real o ideal, y al hombre como el único mediador entre ambos (creo que Jung avalaría con entusiasmo las tesis de la doctora Lapoujade sobre la imaginación).

Por todo lo anterior, nos atrevemos a afirmar que, además de una destacada filósofa de la imaginación, María Noel Lapoujade es una gran esteta, y que este sector de su filosofía ocupa un lugar importante en su obra.

Considero que *Filosofía de la imaginación* es una obra que marca de manera significativa el acontecer reflexivo de nuestro tiempo, en vínculo permanente con las grandes líneas de desarrollo que van desde la filosofía antigua hasta la contemporánea, como son el existencialismo, el estructuralismo, el psicoanálisis y la fenomenología, culminando en la estructuración de una particular manera de comprender la imaginación como una función esencial del ser humano, en quien



juega un rol preponderante en la permanente búsqueda del sentido. Una marcada vocación humanista y ontológica recorre, sin duda, su obra de principio a fin, sin que por ello queden excluidos otros horizontes reflexivos que a primera vista parecen estar un poco más alejados de su quehacer, como pueden ser la mística y la metafísica.

Desde esta obra inicial, María Noel Lapoujade ha ido modelando un pensamiento abierto a múltiples experiencias, caracterizado por un fecundo diálogo con pensadores modernos y contemporáneos, artistas, fenómenos sociales, atmosféricos, estéticos, etcétera. Prueba de ello es su libro *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, en el cual pone en práctica importantes principios de la *Filosofía de la imaginación*, como se constata en la siguiente cita:

> *La imaginación realiza una suerte de "arte combinatoria" sin límites pre-fijados, abierta, resultante de procesos de fusión a través de los que logra borrar límites. La imaginación propone amalgamas entre objetos, situaciones, procesos o ideas*; en el lenguaje de Bruno: *es una capacidad ilimitada de encontrar "vínculos", de trazar nexos, de borrar distancias. Fusionar, amalgamar, vincular, fundir lo real caracteriza su actividad.*[19]

Buscando esos nexos, aplicando una noción de objeto estético basada en la categoría de posibilidad o "como si", analizando la función de la imaginación como mediadora entre el ente real y no-real o ideal, María Noel Lapoujade hace un análisis de la pintura de Vermeer que parte, primero que nada, de una noción muy particular de pintura, que involucra la filosofía y la estética: "La pintura es el derramarse de un misterio en figuras, colores y ritmos, en cuyo torbellino arrastra otro misterio a una vivencia que sacude, cuestiona,

[19] *Ibid.*, p. 165.



muestra y oculta otra intimidad, desde ella interpelada".[20] Ese misterio expectante que es la pintura solo puede revelarse en el encuentro entre el cuadro y un ser sensible, capaz de contemplar, de imaginar y de filosofar para penetrar el sentido.

Desde sus perspectivas básicas: la teoría de la imaginación estética, la geometría y la óptica, nos recuerda que los principios estructurales de la pintura —perspectiva, movimiento, proporción, color, luz, ritmo— se construyen en una sucesión de puntos, impresiones y expresiones geométricas que van constituyendo la línea y la superficie. Pero a la vez, partiendo del análisis de la definición euclidiana de punto: un punto es aquello que no tiene ninguna parte, Lapoujade analiza "su *estatus* de inextenso, indivisible, simple; esto es, sin partes, porque ha dejado atrás su consistencia sensible";[21] concluye que la geometría es imaginaria, por lo tanto todas las demás definiciones euclidianas son "para ser imaginadas". Filosofando a partir de la física cuántica, afirma que "el punto es la imagen de un dinamismo instantáneo simple",[22] el "no-lugar en que se intersectan una geometría estática o dinámica con la matemática y la física; el no-lugar de entrecruzamiento de espacios, tiempos, fuerzas, móviles, vectores, magnitudes, figuras que no son sino las traducciones a diversos universos discursivos de esta imagen fundamental a la vida humana".[23] (Pitágoras estaría feliz con esta descripción). La pintura hace que ese punto invisible sea visible, lo vuelve "un corpúsculo de luz".[24] Así lo expresa la palabra poética del argentino Roberto Juárroz (Poesía Vertical, 23-IX):

[20] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, p. 97.
[21] *Ibid.*, p. 109.
[22] *Ibid.*, p. 127.
[23] *Ibid.*, p. 128.
[24] *Idem*.



Y todo transcurrir no es más que un punto,
quizá un punto extensible o el revés de ese punto,
porque el tiempo es puntual.
Un punto que a veces se desliza levemente,
como una gota de asombro de la luz
o un inesperado corpúsculo de sombra,
tan sólo para justificar algo parecido a un nivel
en el barómetro casi fijo que mide
la presión imposible de la vida.
O tal vez simplemente la presión diagonal de lo imposible.

Esta reflexión filosófica tan profunda acerca de la pintura de Vermeer es aplicación práctica y teórica del aforismo que la filósofa acuña: "La filosofía es pintura", dándole vuelta a otro aforismo de Leonardo da Vinci que dice: "La pintura es filosofía". Y lo demuestra no sólo con ese análisis científico de la geometría euclidiana, sino que va más allá, haciendo énfasis en el primero de sus fundamentos teóricos: "La tesis sobre la imaginación estética tiene por premisa una concepción del hombre".[25]

Haciendo gala de una coherencia conceptual extraordinaria, y con base en el siguiente parágrafo: "La imaginación es paradójica. La imaginación que es la función *figurativa* por excelencia, que busca *sensibilizar* lo que alcanza, transformar y exhibir, exponer configurativamente sus objetos; no obstante ejerce esa actividad precisamente para expresar lo no sensible, lo inconsciente, lo metafísico, lo sobrenatural, lo surreal, lo invisible, y aun el misterio".[26] María Noel

[25] *Ibid.*, p. 89, nota 53.
[26] M.N. Lapoujade, *La filosofía de la imaginaión*, p. 253.



plantea un pensamiento ontológico maravilloso que me he permitido nombrar como "metafísica cuántica":

> La humanidad es un destino posible. Una humanidad constituida por infinitos puntos de energía, los individuos desparramados por el mundo; arranque de vectores infinitos que lo atraviesan, lo impulsan y, aun, se gestan a partir de él. Una infinitud de individuos llamada humanidad, en una química constante de precipitación; es decir, recreándose imaginativamente; así es como pueden aspirar a encaminarse hacia los horizontes abiertos de esa "su humanidad por hacerse", aproximándose indefinidamente por los infinitos recorridos de su naturaleza itinerante.[27]

En el análisis de la pintura de Vermeer, Lapoujade desarrolla varias cualidades de la actividad o fuerza diversificada de la imaginación que se configuran vertiéndose en imágenes, haciendo patente la "verdad", la "*aletheia*" o desocultamiento del ente de la obra, que muestra lo que es.

Al respecto, si la estética es un quehacer que produce estructuras de sentido, Lapoujade no sólo devela, descubre la estética del famoso pintor, sino que ella misma se revela como una esteta en cuanto productora de significados, hermeneuta de símbolos.

Por sus alcances filosóficos, estéticos, metafísicos y espirituales, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer* debería leerse en recogimiento espiritual consigo mismo, para alcanzar esa perla de su espíritu, que María Noel expresa así: "Encontrar la perla en la intimidad, significa alcanzar el centro recóndito de uno mismo, oculto a toda mirada".[28]

[27] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, p. 88.
[28] *Ibid.*, p. 278.



Estoy consciente de que mis palabras no reflejan, en absoluto, la verdadera dimensión de la distinguida filósofa de la imaginación, kantiana, esteta, humanista, ni los alcances de su proyecto vital transmutado en la diáfana entrega de su extraordinaria capacidad intelectual, llevada por su vocación de fruto y de semilla. La doctora Lapoujade es un ejemplo de tenacidad y superación para todo aquel que aspire a paliar los rigores, obstáculos y adversidades de las circunstancias y vivir al servicio de los más altos ideales. Su fecunda energía educadora, producto de un saber conciliado con un juicio claro y veraz, su generosidad sin límites para transmitir sus conocimientos sin escatimarlos, se han manifestado como fuerzas que actúan en la vida histórica transformándose en cultura. Maestra de maestras, ha señalado el camino de varias generaciones intelectuales, comprometidas con la tarea de la formación filosófica, como transmisora del saber y de la cultura. Con seguridad, María Noel seguirá iluminando con su luz propia —como hiciera a través de su propio magisterio— el camino a través del cual el pensamiento expresa su voluntad de integración, entendimiento y acercamiento entre los individuos, el conocimiento que, en palabras de Platón, "alimenta el alma", y seguirá estimulando con su ejemplo a aquellos que se acerquen a beber en las cristalinas aguas de su sabiduría.

Semillas filosóficas

María Noel Lapoujade
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Enseñar es sembrar. Ustedes me han ayudado a recoger. Filosofía es diálogo. Nuestro diálogo apenas ha comenzado. En una síntesis tajante de mi perspectiva filosófica, propongo: Asumo como lema las palabras de Schiller: "Vive con tu siglo, pero no seas su criatura; haz para tus contemporáneos lo que necesiten, no lo que alaben".[1]

El sentido y significado último de mi perspectiva, la de la Filosofía de la Imaginación y los Imaginarios, se erige sobre mi concepción antropológica de la especie humana como *homo imaginans, hombre imaginante,* hombre cósmico.

Mi perspectiva apunta a la Vida. Porque nuestros contemporáneos en cualquier geografía, lengua y cultura, necesitan reafirmar la Vida.

Propongo una filosofía que apuesta a la Vida.

A la vida digna, sana y libre.

[1] Friedrich Schiller, *Über die ästhetische Erziehung des Menschen,* Philipp Reclam, Stuttgart, 1991, Neunter Brief.



Desde la conciencia aguda de la barbarie del mundo, invoco la Belleza, porque la Belleza es el camino regio a una vida digna, sana y libre, es decir, feliz.

"Sin la Belleza la vida no vale la pena ser vivida", F. Cheng.[2]

El cosmos no necesita ser bello, y sin embargo lo es.

El árbol florece, la rosa florece.

¿Por qué florece la rosa? La rosa florece sin por qué: Angelus Silesius.[3]

El pájaro canta sin por qué, la piedra es bella sin por qué.

Y lo más bello de las relaciones humanas son las relaciones sin por qué. Son las relaciones estéticas con el otro, de gozo estético sin por qué, en las que queda envuelto pero realizado el más alto de todos los imperativos éticos, convertido en exigencia moral: tomar al otro como fin y no como medio. El profundísimo imperativo kantiano, válido para todo tiempo y todo lugar, toda cultura y toda lengua: respetar al otro como él sea, en su diferencia, en sus peculiaridades, respetar su libertad, respetarlo como libre. Lo cual es la manera estética más pura de relacionarse con el otro: sin por qué, dejarlo florecer y florecer con él. De libertad a libertad. Así se tejen relaciones humanas entre vidas dignas, sanas, libres.[4]

[2] François Cheng, *Cinq Méditations sur la beauté*, Première méditation, p. 18.

[3] Angelus Silesius, *Le pèlerin chérubinique*, p. 97.

[4] La malentendida fórmula del imperativo categórico es de una actualidad impactante. Es una absoluta necesidad en un mundo en el cual las relaciones humanas están degradadas de manera alarmante. El imperativo categórico clama por el respeto al otro, el respeto a la libertad del otro, tal como el otro sea, con sus peculiaridades, sus diferencias, siempre que no atente contra la libertad de cualquier otro. Aceptarlo como es, es decir tomarlo siempre como un fin y no como un medio. Tomarlo o aceptarlo como un fin, y no como un medio significa no manipular al otro, no usarlo para mi provecho, mis propósitos egoístas. No acercarme a él para ver "en qué me puede ser útil", "cómo lo puedo usar", "qué le puedo sacar", para yo subir, escalar a expensas del otro. ¿Es algo tan terrible el humanismo kantiano, su



En otras palabras, de Oriente ahora, "hacer el té y después partir", dice el zen japonés. El sin propósito, sin finalidad. La esencia y el secreto del zen consiste en sentarse, simplemente, sin finalidad alguna, sin espíritu de provecho. Ni buscar las cosas en la vida, ni tampoco evadirlas. Todo debe ser natural, sin por qué.[5]

Precisamente sostengo que las acciones y los pensamientos humanos más altos son sin finalidad, ni premeditación, intención, duplicidad, son naturales, es la actitud más noble, la existencia estética, que es la actitud del niño pequeño. Ella corresponde a la descripción del sabio del taoísmo, a la tercera metamorfosis nietzscheana del espíritu, que culmina en el niño, que actúa espontáneamente sin por qué, como florece la rosa, canta el pájaro, existe la piedra sabia en su inmutabilidad cambiante, no es contradicción sino la lógica del oxímoron, respetuosa de todo lo que la rodea, sin invadirlo, sin oprimirlo, dejando ser todo lo que es.[6]

En última instancia, esta es la enseñanza del cosmos, no de un libro. Esta es la ley *humana* por excelencia, para decirlo con la sabiduría china milenaria (*I Ching*, Lao Tsé): es la ley del cielo, esto es, los ritmos cósmicos que nos rigen porque estamos poblados por los ritmos del cosmos natural.

defensa inquebrantable del respeto en libertad, en todos los ámbitos, teórico, práctico, estético, jurídico, subjetivo, etc.? ¿Es tan abstruso, difícil e inentendible el cuidado kantiano de la convivencia humana en sociedad? Pero más aún si prolongamos la necesidad ética expresada por este generoso, altruista, honesto y limpio imperativo ético, en la convicción kantiana del carácter desinteresado de las relaciones estéticas, en particular la vivencia gozosa de lo bello; entonces podemos crear, lo que yo pienso que es necesario para el mundo actual: una bio-ético-estética, que apunte a la vida digna, sana, y libre, que puede alcanzarse por el difícil y largo camino de la belleza. En dos palabras esto es la vida *digna* y *libre.*

[5] Taisen Deshimaru, *La práctica del zen,* "mushotoku", pp. 22, 121,134, etcétera.

[6] M.N. Lapoujade, "Lo imaginario y las piedras", en M.N. Lapoujade (comp.), *Imagen, signo y símbolo*, pp. 95-114.



La repetición infinita de los ciclos, en una diversidad también infinita. El mismo árbol renace en cada primavera (repetición) pero jamás dará dos frutos iguales (diferencia).

Esa ley universal se manifiesta como "música de las esferas", armonías y ritmos.

La ruptura cósmica de los ritmos produce catástrofes.[7]

La ruptura humana de los ritmos produce, entre otras, guerras. La ruptura personal de los ritmos es la pérdida de la salud: la enfermedad.[8]

El cosmos es rítmico, la vida es rítmica, la respiración, la circulación, todo es ritmo. Vivir en armonía con los ritmos cósmicos protege los ritmos propios, la convivencia sin odios, ni discriminaciones, ni violencia, ni guerra, ni destrucción. Esto es la salud y la sobrevivencia de la especie. Se trata de promover la sobrevivencia en la salud.

Para concluir, propongo un viaje vertiginoso desde el *homo imaginans* al *hombre cósmico*.[9]

La mirada de la especie imaginante abraza el cosmos desde la ventana de la estética.

¿Quién es la tejedora de esa mirada de tan vastos alcances?

La Penélope del psiquismo de la imaginación.

Sólo que el tejido es siempre nuevo, siempre otro, sobre la base del tejido primordial.

Pongamos en práctica nuestro poder de imaginar. Así, imaginémonos en los orígenes, en la irrupción de nuestra especie biológica,

[7] M.N. Lapoujade, "De la nature sauvage aux catastrophes", en *Symbolon*, núm. 6, pp. 69-79.

[8] M.N. Lapoujade, "Una estética de la salud", en *Revista Realidad*, núm. 119, pp. 169-182.

[9] M.N. Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, pp. 106-108.



irguiéndonos de nuestro universo circunscrito a la tierra delante de los ojos, transitando el mundo en cuatro pies.

Esta especie, sin más instrumento que sus manos recientemente liberadas y su mirada al horizonte, levanta la cabeza al cielo, y algunos elegidos de allí reciben la ley, se le revelan el sentido y los indicios de comprensión de su *hábitat* ahora abierto a la inmensidad.

Esa especie, pedazo de *physis*, sobrevive gracias a los lazos muy fuertes con el cosmos en que se halla inmerso; constituye un elemento más del paisaje en el cual se integra.

Ligado a la tierra, el *humus,* al agua, al aire y al sol. El sol ofrece un don originario, una acción bondadosa por la que incendia algún madero con lo cual le revela a esa especie humana naciente su naturaleza ígnea, y con ella le revela el señorío del fuego creado o robado (Prometeo).

Ese hombre naciente cuenta con su cuerpo nuevo y con una poderosa imaginación vívida para aprender a desplazarse y sobrevivir.

Si, de acuerdo con Bachelard, pretendemos recuperar "el hombre de las veinticuatro horas", debemos enfocar el hombre cerrado (dormido), entreabierto (ensoñación) y abierto (vigilia).

Ello posibilita centrarse no sólo en la ensoñación, sino en su progenitora: la imaginación humana.

Estudiar "el hombre en las veinticuatro horas" no sólo recupera la totalidad de su ser temporal integral, sino también de su espacialidad planetaria. Sus veinticuatro horas no hacen sino señalar ya su carácter de *humus,* adherido a la tierra.

La tierra es su hábitat natural.[10]

[10] La tierra es su *hábitat* y no, como nos engañamos desde una mirada confusa, las ciudades enajenantes, ni los centros comerciales, ni los espacios virtuales de internet, por esbozar rápido una problemática de extrema complejidad.



Con la tierra gira las 24 horas de un día con su noche, que evocan su ser cósmico.

El hombre no sólo está pegado a la tierra y con ella rota y se traslada, sino que forma parte de un mismo cosmos.

Uno de los hilos invisibles que lo atan al cosmos es *el ritmo.*

Los ritmos cósmicos marcan los ritmos humanos.[11]

La totalidad de los fenómenos son manifestaciones rítmicas (vibratorias) que pueden ser captadas porque el hombre está habitado por una multiplicidad de ritmos entramados.

El cosmos manifiesta, en una diversidad enorme de formas, los ritmos que lo constituyen, y uno de sus pobladores, *el hombre, en cuanto especie, es un animal polirrítmico.*

La vida humana es un tejido enormemente complejo de ritmos de todo tipo unidos a los ritmos cósmicos.

Por complejos que sean los diversos ritmos que regulan su sobrevivencia como especie y su vida a nivel individual, ellos constituyen su armonía psicosomática.

La armonía rítmica total del individuo en cuerpo y espíritu, se acopla perfectamente a los ritmos cósmicos en su armonía.

Rota la armonía rítmica en la especie como tal y en el cosmos, ella corre riesgos de extinción. Rota la armonía rítmica del individuo, con la especie y con el cosmos, estamos ante situaciones de enfermedad y muerte. El *hombre imaginante*, si vive en armonía consigo mismo y con el cosmos, es decir *sano*, imagina también rítmicamente.

La imaginación manifiesta también su carácter rítmico.[12]

[11] M.N. Lapoujade, "Ritmos cósmicos y transgresiones imaginarias", en M.N. Lapoujade (comp.), *Tiempos imaginarios: ritmos y ucronías.* Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002.

[12] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, pp. 57-64.



En suma, hoy todavía es posible para la especie humana recuperar sus ritmos vitales sanos, es decir, cósmicos.

Es esta una filosofía *de* y *para* la vida feliz.

Para aspirar a ella es urgente, pues, amar a la tierra.

México, Ciudad Universitaria, a 12 de septiembre de 2012.



Semillas filosóficas



La imaginación filosófica

Elsa Cross
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Es para mí un honor sumarme a este homenaje a María Noel Lapoujade. Es un reconocimiento que se le debía desde hace muchos años, y es motivo de alegría que finalmente se lleve a cabo. Lo que a mí no me da ninguna alegría, sin embargo, es que ella deje la facultad, pues será una gran pérdida no tener aquí el conocimiento, la creatividad y la vivacidad de sus clases. Deja al menos en prenda toda su obra, que estará todavía en espera de una edición integral. Publicada casi siempre con retraso, en relación con la composición de los libros, o a veces de manera fragmentaria, no ha permitido todavía apreciar en su totalidad la importancia que posee y que surge de una cuestión fundamental: no es una obra que se limite al examen crítico de los temas que trata, sino que es un constante ejercicio filosófico original y creativo. Esto se puede constatar con la lectura de las obras; pero yo tuve el privilegio de presenciar, de manera directa, la creación de uno de sus libros. Me refiero a *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, del cual he hablado en alguna otra ocasión.



En 1994 María Noel y yo coincidimos en París por diversos motivos: ella hacía estudios de posdoctorado con René Scherer y yo traducía la poesía de Yves Bonnefoy y trataba de escribir unos poemas. Cuando descubrimos que las dos estábamos allí, comenzamos a encontrarnos con cierta frecuencia para caminar por la ciudad. Creo que la recorrimos toda. Llegábamos desde el Barrio Latino hasta Montmartre o hasta el Champs de Mars; nos deteníamos a veces en algún museo o en algún café, siempre en medio de conversaciones en las que afloraban tantas ideas que luego nos arrepentíamos de no haberlas grabado o escrito. No sé ahora cuáles eran. Sólo recuerdo la efervescencia del diálogo. Creo que desde entonces no he vuelto a tener un diálogo filosófico así, casi con nadie.

Un día María Noel me dijo que había empezado a escribir algo sobre Vermeer, y a veces me leía algún fragmento que me parecía muy brillante y del que ella preguntaba con total inocencia: "¿Y crees que tenga algún sentido?". Ella estaba enfrascada en la obra de Vermeer, viajó a Holanda, y lo mismo hacía estudios de óptica que de geometría, y leía a Lobatchevsky, a Goethe, o a San Ignacio de Loyola. Pero el libro parecía salir de un sitio más profundo. Las ideas estaban a flor de piel y se abrían paso en medio de lo que fuera, surgían hasta en el sueño o afloraban en cualquier momento o incluso en las conversaciones mismas que teníamos. Los estudios —eso sentía yo—, sin mengua del rigor, eran meros estímulos, detonadores de un proceso casi alquímico en que las ideas y los posibles hilos argumentativos parecían sumergirse en un nivel más profundo que el del pensamiento, para destilarse después en una escritura de riqueza extraordinaria.

El libro siguió creciendo hasta convertirse en una obra notable, que se presentó como tesis para un segundo doctorado por el que optó María Noel, después de haber obtenido aquí el primero, con



mención honorífica y los premios Sverdlin y Gabino Barreda, y después de haber hecho otros estudios de posgrado en Heidelberg, Alemania, donde fue alumna directa de Gadamer. Cuando presentó la tesis sobre Vermeer en la Universidad de París, obtuvo algo que se llama "Mención Muy Honorable y Felicitaciones del Jurado". Escrito originalmente en francés, María Noel tuvo que traducir el texto al español para su publicación aquí, que lamentablemente sufrió la exclusión de dos capítulos: uno sobre Spinoza y otro sobre Kandinsky, que habrían vuelto excesiva la extensión del libro.

Pero volviendo al surgimiento de esta obra, a partir de aquellas lecturas ocasionales que María Noel compartía conmigo, o del comentario de algunas ideas que surgían, mi impresión fue que el procedimiento del trabajo, más que a un desarrollo gradual de las ideas, de un curso racional que hubiera llevado a colocar cimientos e ir levantando poco a poco el andamiaje y los ladrillos de la teoría, partió primero de altos vuelos de la intuición, que producía esas criaturas epifánicas suspendidas en el aire, y que fue para alcanzarlas y volverlas inteligibles al lector, que se tendió después la edificación de los pisos y las escaleras de un razonamiento. Si no fue así, María Noel me puede desmentir ahora. Pero es evidente que este libro no es un manual ni un modelo de las metodologías que se tienen que estudiar en la carrera. Esto no implica que el trabajo carezca de método, más bien se pueden percibir en él en varios métodos, así como varias posibilidades de lectura. En este trabajo yo siento el predominio de ese rasgo que con frecuencia comparten las grandes creaciones, sean artísticas, poéticas, científicas o filosóficas: vienen de una revelación.

¿Cuál es el instrumento de percepción, el órgano de conocimiento capaz de captarla, de tocar o mirar directamente ese objeto o esos objetos que se revelan? Pienso en la imaginación, la imagi-



nación estética —que es uno de los grandes temas de María Noel— y la imaginación filosófica. Una "imaginación" que es también capacidad simbolizante de la mente, al igual que intuición. Y aunque estas facultades de conocimiento trascienden a la razón, en el libro puede encontrarse un razonamiento cuidadoso, con todo y sus ladrillitos. Lo notable es que coexiste con los altos vuelos que el libro alcanza.

La reflexión y la escritura de María Noel parten de una posición excepcional: la de alguien que tiene una formación filosófica muy sólida y extensa, una mente filosófica muy clara, y decide ejercer una libertad que pocos reclaman: la de mirar de frente la realidad que ocupa su reflexión, sin los filtros opacos de las academias, para construir un pensamiento propio y expresarlo.

En este libro la autora habla del impulso inicial del arte, pero ella toca el impulso inicial del pensamiento; parte de allí, y al hacerlo conduce al lector a esos instantes primigenios, latentes también en él, cuyo descubrimiento deshace las masas de pensamiento petrificado, de inercias metodológicas, de condicionamientos. Este trabajo reúne en sí tanta energía, surgen de él tantas imágenes, músicas, ideas, que contagian al que se acerca a ellas, lo impulsan a participar de esa creación.

La filosofía de María Noel Lapoujade en este libro se vuelve una pintura, y sus frases son como pinceladas que recubren la superficie del pensamiento con objetos mentales que va creando de modo preciso, asiduo y al mismo tiempo libre. Rompe con muchos esquemas hechos, sin abandonar un planteamiento amplio y sólido, que se da en varios niveles de discusión y que posee una gran densidad conceptual. Cada frase es una proposición tan compacta como un aforismo.

Me tentó la idea de extractar del libro innumerables frases que son verdaderos aforismos, y que como tales encierran una concentración de significado que sólo puede desglosarse a lo largo de varios



párrafos, o incluso páginas; pero esa sería otra tarea. Lo que sí quiero es citar al menos algunas de estas frases:

- "[...] toda pretendida definición de imaginación es una expresión de esas ironías lúdicas de la razón llamadas *paradojas*".[1]
- "Las más diversas actividades de la imaginación implican siempre alguna forma de **transgresión**".[2]
- "Concebir al hombre como imaginante, potencialmente sin ataduras y constructor, significa pensarlo, **artista** y **libre**".[3]
- "[...] el impresionista ingenuo es un guardián de la salud de la humanidad".[4]
- "La pintura no es sólo regocijo del ojo. La pintura es filosofía que 'entra por los ojos'".[5]
- "Ontológicamente, por así decirlo, el punto es igual a cero".[6]
- "**El punto deviene un corpúsculo de luz**".[7]
- "**El equilibrio dinámico en una unidad de tiempo es el punto en reposo**".[8]
- "**El tiempo originario es una armonía de ritmos de luz**".[9]
- "La trascendencia se recoge en la inmanencia. No es preciso salir del mundo para respirar trascendencia".[10]

[1] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, p. 38.
[2] *Ibid.*, p. 43.
[3] *Ibid.*, p. 49.
[4] *Ibid.*, p. 96.
[5] *Ibid.*, p. 98.
[6] *Ibid.*, p. 122.
[7] *Ibid.*, p. 128.
[8] *Ibid.*, p. 127.
[9] *Ibid.*, p. 149.
[10] *Ibid.*, p. 150.



Junto a este pensamiento concentrado, compacto, hay un gran dinamismo, una fluidez argumentativa que toca sin dificultad extremos paradójicos y los resuelve. No pierde jamás la referencia central de su pensamiento —que debería ser la de todo pensamiento—, la vida. Y en esta referencia se insertan esos instantes de revelación que están presentes en el libro y en torno de los cuales se ordena lo demás, esa visión que en una refracción pura de la luz capta y despliega de maneras insospechadas la visión misma de Vermeer.

Quisiera volver sobre una de las frases aforísticas que cité: "Ontológicamente, por así decirlo, el punto es igual a cero". Desde el principio del trabajo se ha establecido el punto como unidad espacial del mismo modo que el instante sería una unidad temporal, y ambos elementos quedan planteados como constantes formales del texto.

La frase se inserta en un capítulo que revisa varias visiones de la geometría, después de que se ha hablado, entre muchas otra cosas, de la imaginación estética y de la transgresión, de la pluralidad y de la unidad, así como del espacio donde confluyen la filosofía, la pintura y la geometría. La frase sobre el punto es desglosada con referencia a los cuadernos de Leonardo: "[...] el punto es el primer principio absoluto, en el sentido que marca el fin de la nada y el comienzo de la línea".[11] El desplazamiento del punto es lo que crea la línea, que a su vez dará origen al volumen; pero el punto es precisamente punto de partida de la reflexión del libro, que se cataliza en Vermeer, pero lanza brillos en muchas direcciones. Y es también meta y punto de llegada.

Dice la autora: "Cuando palabra e imagen logran convertirse en una mancha de color en la pintura, esa mancha de color devuelve el punto invisible al ámbito de lo visible".[12]

[11] *Ibid.*, p. 123.
[12] *Ibid.*, p. 128.



Pero para llegar a esto se ha seguido un largo camino en espiral, que va del que ve sin mirar, al que ve viendo y al que no ve, el ciego; para pasar de ahí al ciego visionario como Tiresias, y al que ve lo no visible, que es el místico. Y dice: "*ver lo no visible: acto supremo de la visión*".[13] Pero las vueltas de esa espiral concluyen en "*la mirada que torna visible lo invisible*",[14] llegando a esta reflexión a partir de la idea de Kant de que en su totalidad el arte expande los límites de lo pensable. Vermeer —dice la autora— "encarna ese ideal de la humanidad vuelta mirada".[15]

La autora hablará todavía de la luz como fenómeno físico y de la relación de la luz con la óptica, antes de entrar de lleno en su reflexión sobre Vermeer, donde la luz converge como fenómeno físico, como elemento inherente a la pintura y como metáfora del espíritu.

Sin hacerse presente de manera directa hasta muy entrada la segunda parte del libro, Vermeer conduce, sin embargo, todo su desarrollo. Parecería regir, extrañamente, su escritura, a partir de sus propios métodos, pues uno ve cómo el tema de la luz va de la reflexión filosófica a la pintura, y de la pintura misma se refracta irradiando hacia la filosofía y las otras disciplinas que se tocan al paso.

Cuando las muy esperadas —a lo largo de la lectura— observaciones sobre Vermeer por fin se hacen presentes, el lector está muy bien preparado para recibirlas, con una contextualización riquísima que no se ha detenido en el ámbito de la estética, sino que ha tocado incluso la mecánica ondulatoria. También está listo para disfrutar, para degustar la mirada de la propia María Noel sobre Vermeer. Ella percibe con extraordinaria sensibilidad y lucidez lo que uno ha

[13] *Ibid.,* p. 161.
[14] *Ibid.*, p. 163.
[15] *Ibid.,* p. 168.



pasado por alto aun habiendo estado frente a los cuadros muchas veces. Dice, por ejemplo, sobre *El astrónomo* que: "es atrapado en el instante en que está levantándose levemente de la silla ayudando a la acción del brazo estirándose, para que la mano encuentre el globo, el lugar preciso de la reflexión. En una sola imagen la mirada aguda de Vermeer encuentra un instante de los complejos y precisos movimientos del cuerpo en busca de la sabiduría".[16]

La pintura explica también a la poesía y a la música, y se explica por ellas. Tiene igualmente un poderoso espacio de intersección con la mística. Lo que muestra todo esto es una visión en la que se entrelazan las diversas artes y disciplinas en un tejido único: el de la existencia. Esta visión de la unidad de la totalidad es uno de los aspectos más importantes y valiosos del libro.

En las páginas finales, que tejen todas las hebras de la argumentación, esto se vuelve más evidente. Cito un fragmento *in extenso*, porque no podría exponerse mejor todo lo que contiene:

> El arte nace en la irrupción de instantes ascendentes, en que la energía de la imaginación se derrama en busca de forma.
> El artista, como el minero de Novalis, extrae de sí las formas en las que hace visible lo invisible.
> Cree o no las formas, el hombre imaginante que vive en clave estética goza intensamente.
> Quien goza, ama.
> El amor mueve a la acción.
> El hombre que vive guiado por el faro de la imaginación estética, goza, ama, actúa, es decir, transgrede amando.
> Luego es transgresión afirmadora, transgresión hacia la vida.

[16] *Ibid.*, p. 216.



> Entonces, el hombre, cree, se expande trascendiéndose.
> Vermeer se expande en pintura.
> Vermeer se trasciende capturando la irrupción de instantes.
> Un instante es un concentrado de eternidad.
> ¿Cuántos tiempos encierra un instante?
> Todos. Los infinitos tiempos son la eternidad.
> ¿Qué es el instante?
> La irrupción repentina de una duración ínfima que no debe durar si pretende ser instante. El instante es un nombre, es un *como si*, es una ficción.
> En la pintura de Vermeer ese instante estalla en un rincón, espacio al que se accede por una perspectiva geométrica precisa, corroborada por un piso de rombos.
> Toda esa geometría euclidiana se sostiene del punto, extensión-inextensa, es un *como si*, es una ficción. La geometría se yergue de una ficción.
> En el escenario imaginado de un rincón, Vermeer se vale de la geometría imaginaria para atrapar con puntos un instante.[17]

De aquí pasa a ver en la perla un símbolo del instante, del punto, del corpúsculo, del *quantum*, "ínfima gota de universo". Y al llegar a esta imagen como conclusión del libro y como metáfora admirable de la obra de Vermeer, vuelve a uno de los primeros planteamientos, que se refrenda al comienzo de la tercera parte, donde al sugerir que Vermeer guarda el secreto para transmutar lo invisible en formas visibles, dice:

> Vermeer lo ofrece envuelto en esta mística de lo infinito, eterno, uno, derramado en pequeñas imágenes sobrias que susurran el amor a lo

[17] *Ibid.*, pp. 275 y ss.



> mínimo: un pan, un fruto, una jarra, un instrumento, un rincón donde la vida está contenida, concentrada hasta el infinito.
> Es un secreto guardado en la sonrisa insinuada de la belleza de los rostros; en fin, este misterio encerrado en una minúscula perla, donde boga en una eternidad plena: la del instante.[18]

Varias veces le pregunté a María Noel si tenía idea de cómo su descripción de "minúscula perla" coincidía con ciertas concepciones de la filosofía hindú, y me dijo que no. Hablar de esto llevaría a desarrollar otro trabajo.

Este no es un libro que pueda aprehenderse fácilmente, aunque posee una gran claridad. Más bien podrá leerse muchas veces y añadir en cada lectura cosas siempre nuevas que tocarán diversos campos del pensamiento y del arte. Vermeer es aquí un gran espejo que le permitió a María Noel ver reflejadas en un orden lúcido todas las intuiciones, y más aún, las epifanías acerca del proceso de creación, que se desdobla para referir a un mismo tiempo la creación del cosmos, la creación artística y la creación del pensamiento.

A manera de conclusión quisiera decir que después de leer este libro, uno nunca volverá a mirar un cuadro de Vermeer de la misma manera. La experiencia que produce su lectura es que justamente amplía en el lector los límites de lo perceptible y de lo pensable. Y esta es una de las grandes virtudes de toda la obra de María Noel. Mi profundo homenaje a su vida y a su trabajo.

[18] *Ibid.*, p. 141.



El ser humano imaginante en el zen

Rebeca Maldonado
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

> En algún lugar, en el verdadero núcleo de nuestra existencia, nos hallamos imperceptiblemente atados, imperceptiblemente contenidos. Nuestro verdadero modo de ser —todo lo que hacemos— está restringido. La libertad del zen es el sentimiento de que esas restricciones han de ser superadas y de que nuestra existencia debe de ser abierta.
>
> Shizuteru Ueda, *Zen y filosofía*[1]

María Noel piensa "la especie humana en cuanto imaginante", y piensa que su propósito ha sido seguir "el hilo de la imaginación de la especie".[2] En este trabajo propondré al zen como una práctica atravesada por ese hilo de la imaginación de la especie que vale la

[1] Shizuteru Ueda, *Zen y filosofía*, p. 29.
[2] M.N. Lapoujade, "Notas para una ética de la estética", p. 86.



pena interrogar para poder comprender desde otra profundidad lo que propone María Noel Lapoujade sobre el ser humano imaginante que en esencia somos.

I

María Noel realizó un trabajo de acercamiento del zen y el hombre imaginante asistida por Gaston Bachelard y dos de los difusores más importantes del zen en Occidente, D.T. Suzuki y Taisén Deshimaru. Dicho trabajo, que se desarrolla en varias estancias, detecta la esencia del zen y además dibuja el diagrama del encuentro siempre posible y fructífero de Bachelard y el zen: el silencio del zen-soledad silente de Bachelard y quietud y reposo en ambos, constituyen el camino hacia el sí mismo. Si es posible esta intimidad entre ambos movimientos (Bachelard y el zen) es porque "todos formamos parte de una misma esencia biológica".[3] El diagrama de esta transformación conviene no perderlo en medio de las turbulencias y tormentas sociales que acompañan la vida cotidiana de nuestro siglo. *Silencio-reposo-sí mismo como la dinamicidad de la Vía, del camino.* Shizuteru Ueda, uno de los grandes filósofos de la Escuela de Kioto, en su libro *Zen y filosofía* dibuja como diagrama del zen: *zazen* (silencio y reposo)-*samu* (trabajo en el jardín) o *angya* (paseo en la naturaleza), y *sanzen* (diálogo con el maestro).[4] En el transcurso de este trabajo haremos un acercamiento de los dos diagramas que en su coincidencia esencial dibujan la dinamicidad esencial de un sí mismo que

[3] M.N. Lapoujade, "Gaston Bachelard y el zen: hacia una estética cósmica", en José Ramón Fabelo Corzo y Berenice Galicia (eds.), *La estética y el arte más allá de la academia*, p. 20.

[4] Shizuteru Ueda, *op. cit.*, p. 109.



se ha desatado de los límites interiores que M.N. Lapoujade lo expresa en términos de desapego, y Ueda como apertura infinita.

Para empezar, María Noel recoge una joya de texto de Bachelard que aparece en *La poética de la ensoñación*, donde el francés piensa al silencio como "un retiro pleno", esto es, "un retiro pleno de hostilidad, rencor y enojo". Donde desaparecen "observador y observado". En "esta vida silenciosa" se franquea una barrera más allá de los conflictos "que dividen los seres que no saben soñar".[5] Leyendo a Bachelard/Lapoujade encontramos que es ahí donde se encuentra otro ámbito, "una vida silenciosa" donde "el psiquismo fluye libre de imágenes". A esto María Noel le llama "silencio en soledad" y "soledad del silencio". Como mencionamos arriba, en el zen el silencio es el inicio de una transformación, y se llama *zazen*: esto es, sentarse con las piernas entrecruzadas y las manos entrelazadas, con la espalda erguida, en silencio. Según Ueda, el *zazen* tiene que ver con "atarnos a nosotros mismos en una unidad integrada", "es una concreción de la apertura del yo concentrado", un punto de abandono de nuestra superioridad biológica que nos devuelve "al punto de 'no hacer'", es expresión concreta de "no hacer nada", un "arrepentimiento" de nuestra propia existencia humana. Sentados y en silencio el yo no es más el centro, "sino que, sencillamente, se está abierto a la apertura infinita". Y como también señaló Bachelard, silencio y reposo para Ueda "es un estado de no confrontación, en el cual ninguna cosa es considerada como un objeto".[6] Para Bachelard, justamente en esta apertura infinita del silencio y el reposo, "el psiquismo en su libertad sueña en la intimidad de las cosas".[7] Ueda

[5] G. Bachelard, *apud.* M.N. Lapoujade, "Gaston Bachelard y el zen…", en *op. cit.*, p. 20.

[6] Shizuteru Ueda, *op. cit.*, pp. 36-38.

[7] M.N. Lapoujade, "Gaston Bachelard y el zen…", en *op. cit.*, p. 21.



lo dirá de la siguiente manera, de ese estado de reposo y silencio, de ese punto muerto, sin intencionalidad, desde esa verdadera profundidad, aparece ese estado de intimidad con todas las cosas. Pues al levantarse del *zazen*: "El que es en el mundo (el mundo cercado por la apertura infinita) se presenta bajo la forma de los seres sintientes. En ese momento, uno se siente llamado a 'prometer a todos los budas que trabajaré por causa de todos los seres sintientes'. Y este es el modo de ser del bodhisattva".[8]

El bodhisattva está guiado por ese voto que emerge de esa intimidad e interconexión y apertura infinita a todas las cosas, de liberar a todos los seres sintientes y trabajar por su causa. María Noel encontrará que Bachelard piensa entonces al reposo y al silencio como una involución y repliegue del yo, y a la vez como un "*encaminarse* hacia sí mismo".[9] Lo que a su vez acontece en el zen según María Noel:

> Por su parte, en zazen irrumpe el sí mismo, libre, sin ataduras, desapegado de todo, a través del dejar fluir la mente, los pensamientos, sin barreras, en un movimiento que descubre el ser originario de luz, aceptándose tal cual, abierto al cosmos. Esto es en pocos trazos la descripción de la meditación zen, cuya comprensión radical sólo puede venir experimentándola, no en palabras, no en teoría.[10]

Pero ¿hacia dónde apunta esta aperturidad infinita del zen?, ¿esta ensoñación bachelardiana que está en intimidad con las cosas? A una apertura al cosmos. Dice María Noel: "la ensoñación bache-

[8] Shizuteru Ueda, *op. cit.*, p. 42.
[9] M.N. Lapoujade, en "Gaston Bachelard y el zen…", en *op. cit.*, p. 23.
[10] *Ibid.*, p. 28.



lardiana deviene lúcida; y la conciencia lúcida del zen se vive como las imágenes reflejadas en un espejo, en medio de ilusiones, de velos".[11] Así, mientras que el yo que no se encamina hacia esa conciencia lúcida vive apegado a sus odios y temores y encerrado en la cárcel de su lenguaje, el sí mismo despierto, "recibe —según Ueda— nuevamente al objeto", y desde esa apertura infinita realiza los encuentros cotidianos. De manera que, a su vez, el silencio del zen se traduce en un resurgimiento y nacimiento del lenguaje, cuyo preámbulo esencial es —según Ueda— *¡oh!*: "Sin-habla el propio hombre se convierte en ese ¡oh! Por otra parte, ese mismo ¡oh! es el primerísimo sonido originario de lo indecible. Presencia inexpresable que nos deja sin habla se ha hecho palabra en ese ¡oh! [...] Pero es un pro-logos no-verbal previo al lenguaje a través del cual se abre de nuevo el camino al lenguaje".[12]

Desde esa sorpresa del *¡oh!* surgen los instantes del zen, sus imágenes reflejadas en la apertura infinita; veamos el siguiente haiku de Sōseki:

Oh hojas, preguntadle al viento
Cuál de vosotras será la primera en caer.[13]

El zen, si es que se ha efectuado el despojamiento y el desasimiento, realiza la transformación del ser humano en un ser imaginante al transformarse ahora en caja de resonancia poética que conecta con el cosmos en cada instante. De la misma manera que según María Noel "Gaston Bachelard trabaja sobre unos instantes particularmente

[11] *Idem*.
[12] Shizuteru Ueda, *op. cit.*, p. 113.
[13] Jonathan Clements, *La luna en los pinos*, p. 51.



fecundos que son los instantes poéticos. En el seno de la ensoñación brotan con fuerza imágenes primordiales instantáneas, engarzadas posteriormente en poemas. Son instantes verticales, ascendentes que *conectan con el cosmos*".[14]

> Limpié el espejo
> de mi corazón. Ahora
> refleja la luna.
> Renseki[15]

Realizar la iluminación[16] para el budismo zen es realizar la naturaleza de la mente o retornar a la mente no nacida, como pensaba Hakuin, instante en que no hay distinción entre yo y no yo, instante de realización justamente de la *conexión con las cosas*, "instantes ascendentes, que conectan con el cosmos".

Bachelard, desde una poética del instante, piensa "que el tiempo no tiene más que una realidad, la del instante";[17] de la misma mane-

[14] M.N. Lapoujade, "Gaston Bachelard y el zen…", en *op. cit.*, p. 31.

[15] Yoel Hoffman, *Poemas japoneses a la muerte. Escritos por monjes zen y poetas de haiku en el umbral de la muerte*, p. 216.

[16] El maestro zen del siglo XVII quien según Dumoulin ofrece los testimonios zen más vívidos de iluminación, ofrece las siguientes palabras para hablar de la iluminación, de esa apertura infinita o del estado de la mente no nacida: "Si por esta vía no descansas hasta que despiertes claramente a esto y si enteramente durante las doce divisiones del día te ejercitas a ti mismo […] entonces antes de que te des cuenta trascenderás el reino de los pensamientos engañosos y el estado donde antes y después son eliminados, manifestándose éstos a ti mismo. Entonces el estado de la mente en el cual no eres hombre, ni una mujer; ni sabio, ni estúpido, ni existe nacimiento ni muerte y en el cual solamente hay un vasto vacío, donde la distinción noche y día no es vista, y el cuerpo y el amante son perdidos, muchas veces se hará presente" (Heinrich Dumoulin, *Zen Buddhism: A History Japan*, p. 380).

[17] G. Bachelard, *apud.* M.N. Lapoujade, "Gaston Bachelard y el zen…", en *op. cit.*, p. 30.



ra en que "el movimiento de ida y vuelta entre la nada infinita y el inmediato aquí y ahora del presente es, para el zen, la libertad del yo libre del yo".[18] Para María Noel el hombre imaginante emergido de la ensoñación bachelardiana y el sí mismo emergido de la vacuidad y el desapego del zen conducen hacia una estética cósmica, necesitada de soledad silente, de *zazen*. Esto, como vemos, se inserta en la gran intuición-proyecto de Lapoujade: la posibilidad de una estética cósmica, la posibilidad de un ser cósmico, que rompa al fin las ataduras impuestas y autoimpuestas que socavan cotidianamente el despertar de ese ser cósmico, absolutamente abierto a todos los seres y a todas las galaxias por la vía de la ensoñación silente y el silencio. En el diagrama de encuentro entre Gaston Bachelard y el zen aparece el silencio como el inicio de un movimiento indispensable para esta tarea. Esto es, el silencio no es algo de lo cual se pueda prescindir, el silencio es el punto de giro y arranque de una transformación, y toda transformación y dinamicidad esencial requerirán también de algo que acompaña el silencio: el reposo.

II

En lo que sigue nos volcaremos a la filosofía de la imaginación de María Noel Lapoujade y nos preguntaremos cómo el zen permite ahondar desde otra profundidad lo propuesto por nuestra filósofa. Al introducirnos en la filosofía de la imaginación encontramos que el hombre es concebido por María Noel como imaginante, y que "el hombre por ser imaginante es transgresor", de manera que "la imaginación actúa transfigurando y transgrediendo. La transgresión de

[18] Shizuteru Ueda, *op. cit.*, p. 98.



todo límite le es inherente".[19] Nuestra filósofa, en *Filosofía de la imaginación*, piensa que "la imaginación avanza en la realidad cancelando límites, unificando, promoviendo síntesis, agregaciones, vínculos, figuraciones, múltiples metamorfosis".[20] El zen puede pensarse como un determinado modo de darse el ser humano en cuanto imaginante y transgresor.

El zen es una experiencia cuya dinámica interna busca una transgresión absoluta de lo conceptual, del principio de no contradicción, de los dualismos, a la vez que el testimonio de esa transgresión a través de un gran repertorio de procedimientos discursivos (mondos, haikus, historias), recursos gestua-teatrales (cachetadas, apretones de nariz, quitarle la silla a alguien que va a sentarse) y artes de lo efímero, como el dibujo o la ceremonia del té.

En el zen no hay una sola manera de ejercer la presión sobre los modos habituales de pensar, sino un conjunto de prácticas que en combinación van dando lugar a un ser humano que se hace en contacto con la futilidad y lo efímero de cada momento y hace de él su verdadero lugar.

En su totalidad, podemos decir que el zen es una práctica transgresora-imaginante que intenta acabar con todo régimen de semejanza/desemejanza, de alteridad/identidad, y mostrarnos más bien singularidades.

El campo de transgresión del zen es incidir, derrumbar, hacer temblar los cimientos de lo que los seres humanos llaman realidad, objetividad, exterioridad, esto es, la racionalidad y su séquito de conceptos, que proporcionan un carácter de inmovilidad a lo que nos rodea, impidiéndole al ser humano sostenerse en el instante volátil

[19] M.N. Lapoujade, "Notas para una ética…", p. 86.
[20] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 236.



del florecer de la rosa, impidiéndole estar en esencia en conexión con las cosas.

Este estado de no-conexión es lo que Lapoujade piensa como patológico, es decir, como aquellos estados en los que se torna del todo incierta la relación yo/no-yo.[21] El zen es una forma de expresar la "salud de la especie", si se entiende por ésta el modo de ser "inventor, creador, constructor, expansivo, el que por sobre todo muestra su impulso a vivir, a persistir en su ser, construyendo".[22] Así, el zen, gracias al trabajo imaginativo que entraña, frente a la ocasional llegada del desamparo y el sufrimiento, donde el sujeto comienza a sentir un elemento que no está incorporado a él y que no posee ni domina,[23] realiza una incorporación de lo patológico, pero *desde el despojamiento "en el no sentir, no hacer, no pensar"*.[24] Por esta vía, la imaginación también en el zen, en un proceso instantáneo de fragmentación, distorsión y fusión de aquello que no estaba incorporado, resulta nuevamente conjugado e integrado en un nuevo orden. Veamos el siguiente haiku a propósito de la muerte:

Hoy es el día
de la última mirada
al monte Fuji.
Kimpo[25]

[21] *Cf. ibid.*, p. 168.
[22] M.N. Lapoujade, "Notas para una ética…", p. 83.
[23] *Cf.* M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 169.
[24] M.N. Lapoujade, "Gaston Bachelard y el zen…", en *op. cit.*, p. 29.
[25] Y. Hoffman, *op. cit.,* p. 187.



Las historias zen transmitidas son testimonios de esa disolución instantánea y súbita de lo interior y exterior, de manera tal que tienen la marca del modo de ser del acontecimiento, porque en esa incorporación las amarras con el yo individual se han finalmente desatado:

> Vayamos a una historia zen.
> Un maestro zen y su discípulo se encontraban en una habitación. El maestro le dijo al discípulo:
> "¡Sal de aquí!"
> El discípulo comenzó a dirigirse hacia la puerta.
> "¡No, por la puerta no!", le gritó el maestro.
> El discípulo intentó salir por la ventana.
> "No, por la ventana no", volvió a gritarle el maestro. El discípulo lo intentó entonces por el hueco de la chimenea. "¡No, por ahí no!". Ya no quedaba ninguna otra abertura. El discípulo, exasperado, dijo: ¿Por dónde quiere entonces que salga?
> ¡Sal, sal, sal!, dijo el maestro.
> "En ese momento algo se abrió en la mente del discípulo y, por fin, pudo salir de su cascarón ilusorio".[26]

El maestro zen de esta historia es Baso.

Aquí tenemos algo que no está incorporado, algo inquietante, algo que posteriormente, tras el agotamiento de la razón, es desencadenante de una nueva configuración.

La salud de la especie, ya decía María Noel Lapoujade, tiene un modo de ser expansivo. Me pregunto en qué consiste esa expansividad de la que habla ella y que es propia de la salud de la especie.

[26] Hekiganroku, *Crónicas del Acantilado Azul*, Madrid, Miraguano Ediciones, p. 22.



Dice: "La imaginación realiza una suerte de arte combinatoria sin límites pre-fijados, abierta, resultante de procesos de fusión a través de los que logra borrar límites".[27] Pensada desde el zen, esta expansión, o borramiento, de los límites, propiciada por la imaginación, quiere decir "estar en contacto con la realidad tal y como es", y simultáneamente "un hacerse real la realidad en nosotros".[28] Así, desatarse del propio yo se realiza como conexión con la realidad y las cosas. En nuestra filósofa encontré un testimonio que hace visible este des-ensimismamiento como un proceso de expansión, borramiento y disolución de límites que justamente al romper al propio yo, rompe lo patológico de manera esencial, desde un instante que conecta con el cosmos. Con ello, María Noel dona un testimonio de esa expansión y de esa ruptura de límites y de transformación del yo individual en un yo cósmico que es fundamental para los seres humanos que vivimos ahora en el siglo XXI, perdidos en la pantalla del televisor o de la computadora. Cabe decir que ser testimonio es algo alcanzable sólo cuando nadie ha vivido por nosotros, cuando no es oído ni leído, ni recogido, sino que es directamente transmitido desde el seno de la experiencia que nos ha arrojado de nuevo y con otros ojos al mundo.

> Yo padecí, durante un año, una enfermedad bastante tremenda [...] Casi les diría que me salvó la belleza, en verdad, lo juro, esto es algo personal y ahora me gustaría poderlo transmitir, y poderlo convertir en algo teórico pero para aplicar. Mi único contacto con la realidad externa era un árbol muy grande que está afuera de mi ventana, en ese árbol había pájaros [...] Yo no sé cómo se llaman esos pájaros, pero yo me

[27] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 165.
[28] Nishitani Keiji, *La religión y la nada*, p. 74.



> despertaba al amanecer a escuchar el canto de los pájaros. Y una cosa muy paradojal: yo estuve adentro todo ese tiempo […] es muy paradojal que, sintiéndome como si hubiera perdido mi individualidad, mi única conexión con la realidad fuera a través de aquel árbol. Yo me empecé a sentir un ser cósmico […] me empecé a dar cuenta de algo profundo: yo estoy girando con la tierra las veinticuatro horas al día...[29]

María Noel Lapoujade a lo largo de su trabajo nos advierte del "carácter dialéctico" de la actividad de la imaginación. Para ella, la imaginación es una actividad antinómica, es una *matrix* de contradicciones, en la cual *en un solo instante* acontece *una coexistencia de antagonismos que dan pie a la polivalencia*.[30] Donde una cosa, desde ahí puede transformarse en cualquier cosa, hasta propiciar esa ruptura del principio de no contradicción que siempre tenderá a oponer, del concepto que siempre tenderá a fijar, de los dualismos que siempre tenderán a separar. Los grandes maestros zen, a través de la imaginación crean situaciones instantáneamente desencadenantes de la libertad y de aperturidad utilizando como ahora sabemos los poderes metafóricos, metonímicos, irónicos y sinécdicos sobre los cuales descansa la imaginación y de los cuales Nietzsche habló.[31] Ellos tenderán no a fijar, ni a oponer, sino a reconfigurar la realidad rompiendo los límites, como señala María Noel, "en un sólo instante".

[29] M.N. Lapoujade, "Bio-ético-estética del dolor y de la enfermedad", p. 34.

[30] *Cf.* M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, pp. 150-151.

[31] Steven Heine, un filósofo americano dedicado a pensar a Dogen, señala: "Los diálogos representan un repentino, frecuentemente radical, desplazamiento de los niveles trópicos del discurso, por ejemplo de lo literal a lo figurativo, de lo metafórico a lo irónico, de lo concreto a lo abstracto, de lo ideal a lo material y viceversa, para derrotar las expectativas y las asunciones, para agudizar la duda y la ansiedad y obligar a un espontáneo gran paso adelante o liberación de nuestros puntos de vista aplanados" (S. Heine, *Dōgen and the Kōan Tradition*, p. 51).



María Noel utiliza "romper límites", pues con esas palabras expresamos la libertad y su acción liberadora. Desencadenar la imaginación es desencadenar una libertad sin límites hasta configurar, como señalé más arriba, un testimonio. Estamos pues con que la imaginación tiene un carácter transgresor de los límites y un poder de reconfiguración de la realidad. De la misma manera en que para el zen la transgresión de los límites y hacer visible otra realidad es la manera de depotenciar los poderes fácticos y todo aquello de lo cual seamos presa donde quiera que se encuentren: desarticulación de poderes políticos, el poder de una enfermedad, de cualquier dificultad incluido el obstáculo del yo o de nosotros mismos. Ryokan se lleva las palmas en ello. Ryokan escribió después de que un ladrón entró a su choza y se llevó lo poco e insignificante que había:

El ladrón huido
Sólo ha olvidado una cosa:
La luna en la ventana.[32]

El mondo y el diálogo zen penden de hacer el vacío, de lograr un modo vacío de ser, que es el despuntar de otro horizonte que es ajeno al principio de individuación. En ese otro modo de ser se ha desjerarquizado todo el sistema que sostenía hasta entonces nuestra existencia, hasta lograr un modo iluminado de ser donde alto-bajo, negro-blanco, inteligente-tonto, que finalmente descansan donde existe algo fijo y solidificado, han desaparecido, pues ya no tienen dónde descansar.

Si la imaginación es un transgredir la realidad, en el zen "transgredir la realidad" quiere decir más bien transgredir los modos de

[32] Henri Brunel, *Humor zen*, p. 57.



ver ordinarios: jerarquizados; pero eso no quiere decir ver de un modo homogéneo, sino pleno de diferencias y de singularidades. En todo caso, algo que se pone en cuestión en el acontecer de la imaginación en el zen es la centralidad del yo, el yo aquí es literalmente descentrado.

> Bodidharma, fundador del zen en China, se encuentra con su discípulo Eka. Dice Eka:
> —¡Mi espíritu no está en paz, te ruego que lo apacigües!
> —Trae tu espíritu y lo apaciguaré —contesta Bodhidarma.
> —Cuando busco mi propio espíritu, no consigo encontrarlo.
> —Entonces ya lo he apaciguado —dice Bodhidharma.[33]

Cualquiera que verdaderamente encuentre a un verdadero maestro zen recibirá esa y misma experiencia: ser llevado a una situación de desesperación tal en que la acción de la desjerarquización y de la minimización se manifieste de manera instantánea o súbita, y en la cual acontece cada vez la acción de desplazamiento y remoción de la realidad, y al mismo tiempo remoción del yo y de los límites anteriores. Por grande, imposible, terrible que parezca lo que llamamos situación, y lo que hemos llamado PODER, el zen no variará el camino: se ha de desplazar el yo y se desjerarquizará la realidad continuamente, y con ello todo lo que llamamos poder dentro y fuera de nosotros.

La libertad que abre esta imaginación no reside lejos de cada circunstancia, el zenista es cada circunstancia misma, pero de una manera que al reescribirla con todos los gestos ya no es ella. El hacer de la imaginación en el zen hace de la escritura y de cual-

[33] Masao Abe, *Zen and Western Though*, p. 87.



quier gesto un trabajo de *in-corporación* total de sí mismo, donde lo que se está reescribiendo es la vida toda en el cuerpo desde la realidad en el cual se está arrojado y donde ésta realidad es transformada.

El zen es un *serio* ejercicio de la imaginación que transgrede cualquier apuro, aprieto, y hace tangible y vivible la libertad de cada ser humano, una libertad que es de cada uno y que vale la pena el ejercicio de ella como algo que no depende de poder fáctico o circunstancia alguna, porque los trasciende.

Veamos esta otra historia de Ryokan:

> Una mañana Ryokan atravesaba un pueblo con el cuenco de mendicante en la mano, cuando un rico propietario le invitó a entrar en su casa. Ryokan, siempre amable y sonriente, aceptó. Inmediatamente, el dueño de la casa atrancó las puertas, llamó a sus sirvientes y dijo a Ryokan:
> —¡No saldrás de aquí hasta que hayas compuesto y caligrafiado un poema en mi honor!
> Ryokan pidió que lo dejaran solo, le trajeron el papel, la tinta y el pincel. Al pasar dos horas, anunció que había terminado y partió: cuando el rico propietario desdobló el rollo, leyó el dichoso poema a él dedicado:
> Ryokan está en un apuro
> Un apuro, un apuro, un apuro,
> Un apuro, un apuro…

Comparto con María Noel que "el ámbito de la relación poética alcanza más hondamente lo real, porque la conmoción de una relación vivida toca registros ajenos al rigor de la razón pura".[34]

[34] M.N. Lapoujade, "Mito e imaginación a partir de la poética de Gaston Bachelard", en Blanca Solares (ed.), *Gastón Bachelard y la vida de las imágenes*, p. 81.



María Noel dice "toca registros", tocar esos registros es tocar la realidad libre de nuestros límites anteriores, es tocar algo que es directamente experienciado, porque la imaginación rompe con el régimen de la mediación, con el régimen de lo razonable, permitiendo ser tocados por la realidad misma, no por la realidad de la socialización. La inseparabilidad de ese momento, la inseperabilidad de ese momento en que Ryokan se ve sin sus cosas, en que Ryokan se ve exigido por el poder, genera una subitaneidad, se vuelve plena de posibilidades, genera una espontaneidad, hace posible una nueva intensidad, un nuevo empuje, genera un modo de ser total que rompe con lo esperado, con lo asumido, y transforma en el caso de Ryokan al no tener sus cosas, en alcanzar la luna: un estado sin fijaciones, sin autoridad y sin centrismo, propios de la conciencia ilusoria.

Las culturas tienen esos recursos que nos ayudan a romper la rudeza de la realidad o de eso que se muestra como real, ejercicios retóricos como la práctica del koan, la poesía, los mitos y el humor. María Noel, de la misma manera, piensa que la imaginación ha permitido negar, transgredir y proponer realidades alternativas, que es la esencia de la imaginación, para hacernos ingresar a una realidad en constante construcción y deconstrucción que rehúsa a callar y/o a hablar de manera definitiva.

A manera de conclusión

La imaginación es el hilo de la especie, que ahora se antoja roto y hecho trizas. Ese hilo de la especie enseña a unir, a engarzar, a tejer, a unir. María Noel nos dice que "la humanidad se merece una purificación de los imaginarios de horror y muerte" en que vivi-



mos.[35] Y ella pensará que la belleza es una manera para nosotros de ponernos de pie en la vida, desde una vida despierta a la belleza, la memoria y la subjetividad imaginante. Una vida despierta de este tipo nos permitirá transgredir el poder, transgredir esta vida sin ejes, sin medidas, que produce sin cesar un no llegar un no ahora. Existe una soberanía proveniente de la especie imaginante que somos, algo que vuelve a los seres humanos inexpugnables. Creo que se trata de reconocer en todo esa conexión inminente con todo y el todo. Se trata de algo que tiene y debe ser reconstruido; se trata, a final de cuentas, de una liberación del antropocentrismo y de la apertura del ser cósmico, desde la realización de una estética cósmica.

[35] M.N. Lapoujade, "De las cárceles de los imaginarios a una estética de la libertad" [en línea].



Extremos de la imaginación

Josu Landa
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Partamos de una primera visión: la imaginación es un modo de la visión.

Con *Filosofía de la imaginación* (1988), María Noel Lapoujade retematiza la imaginación y —mérito adicional y de mayor valía— sienta las bases de un fecundo y persistente proyecto de investigación filosófica, enderezado en último término a imaginar la imaginación.

Las tesis formuladas por Lapoujade en el mencionado libro —por lo demás, tan actual como cuando salió por primera vez— tienen una coherente proyección en obras como *La imaginación estética en la mirada de Vermeer* (2007) y *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética* (2011), además de la ingente copia de escritos emanados del Centro de Estudios sobre lo Imaginario y del Seminario Interdisciplinario de Investigación sobre lo Imaginario, fundados y dirigidos por Lapoujade.

Aun cuando, en *Filosofía de la imaginación*, Lapoujade ofrece una definición ampliamente determinada de su objeto de atención,[1]

[1] *Cf.* María Noel Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, pp. 10 y 21.



cabe recordar que también ha sabido valorar el significado originario de la palabra "imaginación", directamente derivada de *imaginatio*: "La capacidad de crear imágenes", según sus precisas palabras.[2] Esta definición elemental coloca el asunto en los dominios de la creación y la imagen, es decir, en el ámbito de la poesía —en el sentido clásico del término griego— y la visión, ambas con implicaciones profundas en el arte y en la teoría.

Se nota, pues, que Lapoujade ha privilegiado la consideración de los nexos entre la imaginación y las artes, pero el fondo teórico de su apuesta filosófica se adscribe a la ontología. Primar la imaginación comporta colocarse en el ámbito de la enigmática realidad de la imagen, lo que a su turno implica impugnar el monopolio del logos en lo tocante a la expresión del ser en el mundo. La perseverante iniciativa de Lapoujade induce a recordar que hay otros modos de expresión de lo absolutamente real además del despliegue fónico y sígnico del pensamiento (el discurso): la imagen, la música (la otra gran posibilidad del sonido con sentido) y el número, por lo menos. Cada uno de estos fenómenos se nos presenta conforme con el esquema de lo que podría designarse como "actualización participante"; operan, pues, como eslabones que vinculan lo existente con el ser absoluto, en la medida en que cada ente expresa y actualiza, objetiva y hace presente o "mimetiza", un fundamento indeterminado del que "participa" la forma, la estructura y la esencia de cada ente, para decirlo según el léxico de la tradición ontológica.

Podría decirse que Platón hace el colosal intento de cimentar su pensamiento en la asunción de todas esas posibilidades de expresión del ser. La hipótesis platónica de las ideas, por caso, sólo podría aspirar a ser teóricamente operante, a partir de la postulación expresa

[2] *Ibid.*, p. 15.



o implícita de una suerte de participación de cariz mimético, en términos de multiplicación o diferenciación o actualización de un referente formal-eidético —por ende, universal— en cada cosa. Y lo mimético remite, en último término, al ámbito de la representación, especialmente su modo más logrado: el de la visión en acto de un objeto determinado. La palabra, el número, la música, en tanto que formas de la representación, terminan apuntando al modelo de experiencia clara, distinta e inmediata de la visión de lo real absoluto: la theoría. Así, por ejemplo, ciertos momentos del diálogo entre Teeteto y el Extranjero, en el *Sofista*, permiten apreciar el carácter potencialmente decisivo del esquema de la mímesis, en el plano ontológico, en la medida en que se cuestiona la veracidad-entidad o nihilidad de la imagen.[3] Esta manera de intuir teóricamente el vínculo entre el ser y los entes, que remite de diversas formas al esquema de la "participación"-"imitación", por momentos y de manera muy problemática, implica a la imagen, a la música y al número, aunque sea el logos el que concentre con más amplitud y vivacidad la labor especulativa del filósofo.

El hecho de que, en los últimos tiempos, impere una tendencia a preferir la llamada "metafísica", no quiere decir que las implicaciones ontológicas inherentes al proyecto de Lapoujade carezcan de pertinencia y relieve teórico. Pero un diálogo con su pensamiento en torno de ese asunto exige más espacio del requerido para este escrito, así que convendrá fijar la atención, por ahora, en un aspecto colateral de innegable importancia: el de los nexos de la imaginación con la ética y la utopía.

Según la efectiva estipulación de Lapoujade, la imaginación es una función, una fuerza, un poder, dirigido a crear imágenes. Esto

[3] *Cf., v.g.* Platón, *Sofista*, 240a-b.



puede entenderse como una potencia destinada a hacer ver hechos que no existen en el orden de la conciencia-mundo ordinario —eso que comúnmente, en estado de vigilia, llamamos "realidad"— o cosas que no están materialmente presentes. Considerada así, la imaginación efectúa la visión, de manera equiparable a como el ojo ve. Estamos, pues, ante una disposición creativa cuya virtud consiste en anticipar la vista de situaciones que eventualmente podremos conocer *de facto* o, al menos, podemos apetecer por el simple hecho de resultarnos deseables, así como de objetos que quisiéramos elaborar conforme con determinado arte, cierto saber hacer con intención estética y/o funcional. En tales términos, la imaginación opera como un impulso a pre-ver, a hacer presente, a *vorstellen* —literalmente, "poner delante"— entes de la más diversa índole ante determinado sujeto. No está de más recordar que la palabra "presente" procede de *praessens*, participio del verbo latino *praesse*, que literalmente significa "ser o estar antes" (se sobreentiende que a la vista o a la mano). Podría afirmarse, entonces, que la imaginación es una fuerza dirigida a que algo, alguien o alguna situación "sea antes" de su probable objetivación fáctica. Todo esto sitúa de pleno a la imaginación en el ámbito de la representación, en el orden de aquello que los antiguos designaban con el nombre de *phantasía*.

A Kant se debe, como es bien sabido, la fecunda operación teórica consistente en colocar la imaginación productiva en el plano de la dinámica del entendimiento. Ello supuso una redignificación —pues ya Aristóteles había señalado su importancia en la dinámica del alma— de lo que él consideró un elemento decisivo en la *synthesis speciosa* (síntesis figurativa) que da pie a la deducción de las categorías y, por ello, una facultad —conforme con el léxico aristotélico-tomista que heredó— clave en los procesos de articulación sintética de la intuición y el concepto. Pero junto a ese modo de la



imaginación reivindicado por el autor de la *Crítica de la razón pura*, está el de la imaginación vista como "la loca de la casa", en expresión debida a santa Teresa de Jesús.

¿Por qué caracterizar así a ese modo de la imaginación? Por su natural propensión al desbordamiento y a la desmesura; por su tendencia a forzar las posibilidades del principio de razón, aunque a la postre deba referirse, positiva o negativamente, a las categorías de tiempo, espacio y causalidad inherentes a dicho principio.

"La loca de la casa" puede verse, así, como un extremo de la imaginación que se presenta en dos formas: 1) como fuerza generadora de arte, en la medida en que produce las pre-visiones de los obras con intención estética, y 2) como fuente de las figuraciones que "ilustran", en un campo histórico imaginario, la tendencia demasiado humana a procurar siempre "lo mejor" —se entienda esto como se entienda. A su vez, esta segunda posibilidad se despliega en dos ramas: 1) la de las visiones que perturban y distorsionan el *ethos* de la persona, y 2) la de las invenciones utópicas. Si, como se supone en *Sofista*, la condición mimética de la imagen implica un déficit ontológico, al punto de constituir una pseudoentidad lindante con la nada, no estaría de más considerar que, al menos en el caso de la imaginación artística, esa hipotética nihilidad termina siendo realizadora y enriquecedora del mundo, así como, cuando se trata de las fantasías que disturban el alma, esa nihilidad tiene un signo ético y ontológico negativo.

En lo que hace al campo del poder de producción artística, nuestra "loca" pone en acción toda su fuerza creativa, sin reparar mucho en las restricciones de la representación adecuada a lo real, pero permanece en la "casa" del sentido. Algo así cabe afirmar respecto de la imaginación utópica. Ésta opera también, en general, tratando de ajustarse a los límites de la racionalidad, sin que por ello



la exima del riesgo de excesos monstruosos, como ha demostrado con creces la historia del género humano.

El hecho de que Lapoujade se haya fijado con más amplitud en la proyección estética de la imaginación justifica que uno centre su interés, ahora, tanto en su dimensión ética como en la utópica.

Lapoujade ha concebido una antropología a tono con su teoría de la imaginación. Según ésta, pertenecemos al género del *homo imaginans*, el hombre imaginante, esto es: "el hombre entendido como el ser que imagina".[4] En este punto, Lapoujade está más cerca de teóricos como Lacan que de Platón o Nicol, como se sabe, afectos a la idea del hombre como "ser simbólico", es decir, ser vocado a la procura de la completud por medio de la relación con los otros. Así que, para Lapoujade, la condición simbólica que define a lo humano viene dada por nuestra tendencia a simbolizar, a "sustituir" o "colocar algo en *lugar de otro* y *hacer como si fuera lo otro*".[5]

En concordancia con esa idea de lo humano y de sus vínculos con la imaginación, Lapoujade sostiene que ésta "es una función ética", debido a que "actúa transfigurando y transgrediendo". Lo propio de la imaginación, a su criterio, es "la transgresión de todo límite". De acuerdo con esto, el *homo imaginans* es un ser transgresor. A partir de estos antecedentes, Lapoujade propone una suerte de "silogismo del *ethos* imaginante": dado que el ser humano es imaginativo por naturaleza, es consustancialmente transgresivo y, por ende, libre; de lo cual, a su turno, deriva su condición moral. Imaginación, transgresión, libertad, eticidad...: la interconexión de este tándem de poderes, procesos y estados del alma humana funda el

[4] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 194.
[5] *Ibid.*, p. 229.



orden social, que en este caso debe entenderse como un sistema de relaciones sociales cimentado, en última instancia, en la imaginación.[6]

Es un mérito de Lapoujade haber postulado el fundamento imaginativo del *ethos* y la moral. Podría decirse que, al hacerlo, Lapoujade amplía la comprensión de una realidad que, en las éticas antiguas, se daba por supuesto, en la medida en que, en general, "la loca de la casa" era asumida como un extravío de la imaginación creadora, como la expresión de un uso inadecuado de los poderes de la imaginación, y con ello fuente de graves peligros y/o faltas morales. Basta pasearse por algunos momentos del discurso ético clásico para constatar esa conciencia de los riesgos que comporta "la loca de la casa" —en su modo de pulsión de representaciones turbulentas—, junto con los procedimientos para conjurarlos en la praxis cotidiana. Por ejemplo, Epicteto, en plena coherencia con la preceptiva moral estoica, prescribe: "...a toda fantasía perturbadora procura reprocharle: 'Fantasía eres y no [...] lo que pareces'. A continuación examínala y ponla a prueba con los cánones que tienes, principalmente con este [...] de si es acerca de las cosas que dependen de nosotros o acerca de las que no están en nuestro poder. Y como sea acerca de alguna de las cosas que no dependen de nosotros, esté a punto lo de que 'En nada me atañe'".[7] Por lo demás, esa prescripción embona con la exigencia de conformarse con la naturaleza —esto es, la realidad absoluta— en el momento de hacer "uso de las fantasías".[8] En la misma tónica, Marco Aurelio receta "no perturbar jamás al dios que tiene la morada en el pecho [del hombre] con una multitud de imágenes", en el entendido de que éstas provienen más de

[6] *Cf. Ibid.*, pp. 229-230.
[7] Epicteto, *Enquiridión* (I, 5), pp. 9-11.
[8] *Ibid.* (VI), p. 19.



la dinámica de las sensaciones y los instintos —no del *noús* o inteligencia cósmica—, por lo que "recibir impresiones por medio de la imagen es propio también de las bestias".[9] Séneca concuerda con el espíritu de los pasajes citados, cuando a propósito del temor sin fundamento, por caso, previene a Lucilio sobre el hecho de que, a veces, "el ánimo se finge falsas imágenes", por lo que llega a suceder que "los males vanos" sean "los que más nos espantan", pues "lo que viene de lo incierto se entrega a la conjetura y a la licencia del alma asustada" y, ya encaminada por esa senda, puede ser pasto del pánico, el tipo de miedo más pernicioso, en virtud de que "los demás carecen de razón, pero éste quita la mente".[10]

Esa conciencia del vínculo entre la espontaneidad productora de imágenes y la moral le permite a Lapoujade llevar su reflexión a otro extremo de la imaginación. Para nuestra pensadora, la ética entendida al modo como se acaba de exponer abre paso al rechazo de formas inaceptables de convivencia, lo que a su vez posibilita "la propuesta de un nuevo orden: la invención de 'un mundo mejor'".[11] Es decir: un *ethos* de la libertad imaginativa abre las esclusas a la invención utópica. Esta vertiente del proyecto de Lapoujade comporta todo un abanico de potencialidades teóricas que se adscriben al vasto campo del pensamiento utópico contemporáneo, habitado por figuras como Ernst Bloch y Cornelius Castoriadis, entre otros.

Si, como postula Bloch, a los humanos nos distingue una "voluntad utópica", que remite a "visiones objetivas de esperanza", ligadas a "visiones desiderativas" de cara a las más diversas aristas de la vida —incluidas las relativas al arte en todas sus expresiones—, y si

[9] Marco Aurelio, *Pensamientos* (III, 16), *passim*, p. 97.

[10] Lucio Anneo Séneca, "Sobre el temor sin fundamento", en *Cartas a Lucilio*, *passim*, p. 53.

[11] M.N. Lapoujade, *op. cit.*, p. 231.



en nuestro tiempo se exacerba el ímpetu demasiado humano en pro de "lo mejor", figurado por el pensador alemán como el anhelo de "un mundo que nos sea más adecuado, sin sufrimientos indignos, sin temor, sin alienación de sí, sin la nada",[12] se torna innegable la pertinencia y la actualidad de una filosofía que se haga cargo del poder más fuertemente vinculado a ese impulso: la imaginación. Así que cabe compartir la amarga perspicacia de Castoriadis, cuando sostiene que la impugnación del "creciente dominio del imaginario capitalista de expansión ilimitada de un control racional, seudo control seudo racional, de la expansión sin límites del consumo por el consumo, o sea por nada, y de la tecnociencia autónoma en su curso...", reclama un "despertar de la imaginación y de lo imaginario creador".[13] El hecho de que el filósofo heleno-francés planteara eso en un año ya tan lejano como 1996 —con todo lo que ha pasado en el mundo en los últimos 16 años— evidencia, con el énfasis del escándalo, la vigencia de investigaciones filosóficas sobre la imaginación como las que ha venido impulsando Lapoujade desde hace décadas.

La mayoría de los homenajes a figuras académicas e intelectuales, sobre todo cuando tienen como motivo la conjunción de una gran trayectoria con ciertas edades, suelen ostentar el viso de algo como un final. Esperemos que no sea el caso de María Noel Lapoujade, ahora que alabamos su ya larga vida junto con su no menos extensa e intensa obra filosófica. La implicaciones y potencialidades de su proyecto filosófico se abren y amplían cada vez más, como se ha visto, y nada mejor que la posibilidad de que ella siga siendo el alma de su despliegue futuro.

[12] *Cf.* Ernst Bloch, "Prólogo", en *El principio esperanza*, vol. I, *passim*, pp. XXV-XXVII.

[13] Cornelius Castoriadis, "Imaginario e imaginación en la encrucijada", en *Figuras de lo pensable*, *passim*, p. 109.



El juego de la imaginación

Ricardo Horneffer
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

A María Noel la he escuchado en algunas de sus conferencias. He tenido el honor de estar junto con ella en mesas redondas. He leído algunos de sus libros y ensayos. Incluso llegamos a compartir responsabilidades académico-administrativas en esta facultad. De lo que por desgracia no tuve oportunidad fue de asistir a uno de sus cursos. Estoy seguro de que, literalmente, me hubiera *encantado* experimentar cómo, sesión a sesión, desmenuzaba y reconstruía los conceptos, las ideas, los signos, los símbolos. Me la imagino jugando con la imaginación, con palabras, con frases que dicen siempre más para obligar al que escucha a imaginar lo que pudo haber querido decir. Me la imagino transitar, con "pies ligeros", precisos y gozosos, de la ontología a la estética, de la filosofía a la poesía, de la biología la neurofisiología a la comprensión del cuerpo sensual, de la multiplicidad de colores a la luz que da sentido, del todo a la parte que descuella. Vaya, me la imagino siendo la viva imagen de la imaginación.

Sin embargo, la imaginación no siempre ha sido bien vista en la filosofía. Hasta donde sé, la primera vez que aparece en un texto



filosófico lo hace de manera negativa, crítica. En su fragmento 17, Heráclito le reprocha a todos aquellos, que son muchos, que "no lo comprenden, aunque se encuentren con ello, ni lo entienden, cuando lo aprenden: pero se *imaginan* comprenderlo".[1] ¿Qué le molestaba de la imaginación? Que habiendo aprendido puras apariencias sin fundamento, el hombre-masa creía haber penetrado el Todo-Uno. Que la supuesta com-prensión no era más que un intento fallido, y peligroso, de figuración; pura invención, fantasía. El peligro consiste en que el que *cree* comprender vive, siente y decide conforme a esa creencia y, peor aún, intenta convencer a los otros de su propio sueño. El que imagina no sólo no se pliega al logos que todo lo ordena, sino que actúa como el dormido, que se vuelve recreativamente a su propio mundo; o como el sordo, que estando presente está ausente.

A pesar de lo anterior, habría que preguntarle a Heráclito —y lo haré, si él me lo permite; si el Hades efectivamente existe; y si después de un largo periplo finalmente soy conducido allí— si no es necesaria la imaginación, no cualquiera sino una entrenada y largamente formada como la de María Noel, para interpretar el enigma que el propio Heráclito asegura que existe al señalar en su fragmento 93 que "El señor de quien es el oráculo de Delfos ni expresa ni oculta su significado, sino que lo manifiesta mediante señales".[2]

Si el guiño del oráculo fuese, a la Descartes, "claro y distinto", entonces efectivamente no habría necesidad ni de prepararse adecuadamente, ni de recorrer distintos caminos interpretativos para elegir, sin seguridad alguna, aquel que se considera más apegado a

[1] Heráclito, *Fragmentos*. Las cursivas son mías.
[2] *Ibid*.



la señal. Con otras palabras, si el significado del oráculo fuese unívoco, no sólo no se requeriría la imaginación, sino que el hombre estaría privado de la libertad, imposibilitado de forjarse su carácter, y con ello, como dice el propio Heráclito, su destino.

Por otra parte, me temo que Platón no se sentiría muy a gusto con esto de la imaginación. En su *República* expulsa al mal poeta, pues lo que hace en su composición es presentar una imagen de la imagen de lo que verdaderamente es. Es decir, no sólo comete un error, como en el que cae el que sólo opina. En este caso todavía se puede intentar convertir la mera opinión en una opinión verdadera. El peligro con el poeta, en cambio, es doble: por un lado, no yerra, sino, más bien, *falsea* la realidad, la tergiversa. Lo que hace es engañar, simular *con conocimiento de causa*. Esto ya bastaría para deshacerse de él. Pero más peligroso aún resulta el hecho que pretende que su obra sea la base para la educación de los jóvenes. ¿Qué ciudadanos tendría la polis si han sido educados en el engaño? Unos corruptos, sin principios ni respeto por los otros y, sobre todo, por los dioses. El mal poeta *causa* mal. Ante tal amenaza, hasta parece lógica la decisión tomada por Platón, pues si la imaginación es un libre componer el mundo a placer, se incumple de manera radical la vocación del filósofo: el compromiso de decir las cosas como son; como son en-sí y no para-mí.

A raíz de lo expuesto surge irremediablemente la pregunta: si María Noel no sólo usa constantemente la imaginación, sino que ha tenido el atrevimiento de formular una *filosofía de la imaginación*, ¿no tendría acaso que ser expulsada de la *República*? No lo considero así. Es más, creo que sería bienvenida, al menos por dos razones.

La primera, porque desentraña el misterio de la luz en "La joven con el arete de perla" de Vermeer, como pudo haber descubierto el misterio del juego de la luz descendente y la oscuridad ascendente



en el "Filósofo" de Rembrandt. La luz, como dice María Noel, deviene metáfora central, pues la perla es totalidad relegada, religión de vida cósmica. En este sentido, Lapoujade tiene alma de griega, pues para los griegos la luz se equipara con el bien supremo y, por lo tanto, con la belleza y la verdad.

El cuadro de Vermeer ofrece diferentes ángulos interpretativos: la sonrisa apenas dibujada, la mirada que parece perderse en la lejanía, el cuello de la blusa que es de un blanco deslumbrante, los labios de un rojo subido, la negrura casi perfecta del fondo que permite que los tonos amarillos y azules del turbante sobresalgan. De haberse acercado al cuadro por cualquiera de estos aspectos habría sido fácil, como dice Aristóteles, dar con la verdad. Pero no: María Noel se detiene en, o da con, la pequeña perla que refleja la "otra realidad": la imaginaria.

Como dice el de Estagira, el hecho de alcanzar el todo y no poder alcanzar una parte muestra la dificultad de investigar la verdad. Con su análisis, María Noel alcanzó aquella parte de la verdad que, mediante la imaginación creativa, ilumina el todo.

La segunda razón por la que Lapoujade sería bienvenida en la *República* es porque está segura de que sólo el hombre que *sabe* imaginar "[...] asiste maravillado al espectáculo de la vida del Todo (Thauma) [...] En esta *actitud*, el individuo logra desbordar sus propios límites, e instalarse ahí, afuera, en comunión con todo, vislumbrando el misterioso vínculo universal de la totalidad: *Todo con Todo*".[3]

¿Qué más griego y filosófico que el *thauma*? Y sí, la capacidad de asombro es una *actitud*, una disposición ante la vida que, para mantenerse, ha de luchar con el ánimo común, cotidiano, que tien-

[3] María Noel Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 199. Las primeras cursivas son mías.



de a dar las cosas por consabidas: todos sabemos que, irremediablemente, el sol saldrá; que soñamos; que la luna crece y decrece; que el mar gana terreno y lo pierde; que vivimos y morimos; que hay peces que nadan contracorriente; en fin, que lo que somos no se corresponde con lo que pudimos ser.

¿Y de qué se ha de asombrar el hombre que *sabe* imaginar? De eso precisamente, de lo que aparece día tras día: de lo que se trata es de *aprender* a sorprenderse, a ver en lo visible lo que todos ven y, sin embargo, no ha sido contemplado como, por ejemplo, que la luna, cuando sonríe, crece. No es sencillo saber esperar, dejar ser y observar con cauteloso amor para dar con lo que, para muchos, es una *simple* perla, y decir lo que otros, a lo más, sospechan vagamente: que ahí se esconde la señal del oráculo que permite descifrar que la imaginación es vida, pues traspasa los límites que, quizá por temor, el hombre se impone.

Por ello dice María Noel que "El hombre pleno es el que encarna la imaginación, que da vida a lo maravilloso. Ese hombre —como una caja de resonancia— vibra ante todo lo real, ante todo lo que *existe*".[4] Por mi parte, me permitiría agregar que el hombre también vibra ante lo que *no existe* y que, sin embargo, *es*. Con otras palabras, que la imaginación no se limita ante lo que existe, sino que *dona el ser*.

Hay distintos modos de explicar esto último. El más bello de todos, sin duda alguna, es acudir a la *imaginación poética*. Dice Rilke:

Oh, este es el animal que *no existe*.
Ellos no lo sabían y aun así
—su andar, su porte, su cuello,
hasta la luz de su mirar callado— lo amaron.

[4] *Idem*. Las cursivas son mías.



En verdad *no existía*. Pero puesto que lo amaron, *llegó a ser*
un animal puro. Abrían siempre espacio.
Y en ese espacio, claro y libre,
alzó levemente su cabeza y apenas necesitaba

ser. No lo alimentaban con grano alguno,
sólo siempre con la posibilidad de *ser*.
Y ésta le otorgó tal fuerza al animal,

que de su frente hizo emerger un cuerno. Un solo cuerno.
Blanco, se acercó a una doncella
y *fue en* el espejo plateado y *en* ella.[5]

En efecto, la imaginación, la pensada y experimentada con pasión, como la de María Noel, no tiene límites.

[5] Rainer Maria Rilke, *Die Sonette an Orpheus*, p. 509. La traducción y las cursivas, menos la segunda, son mías.



Lapoujade, Kant y Proust

Pedro Stepanenko
Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM

Los homenajes suelen ser una ocasión para impedir que el olvido se haga cargo de algunos de nuestros recuerdos. También son una oportunidad para explorar ideas que se apartan de nuestra rutina académica. Aprovecharé aquí estos dos aspectos de un homenaje para recordar brevemente los cursos en los que fui alumno de María Noel Lapoujade y para desempolvar ocurrencias que he tenido sobre la afinidad y el juego que puede darse entre la filosofía de Kant y algunas de las reflexiones que Marcel Proust desarrolla en el primer libro de *En busca del tiempo perdido*.

Durante mis estudios de licenciatura en Filosofía tomé dos materias con María Noel: Historia de la Filosofía III (Edad Media y Renacimiento) en el semestre 82-1, y un Seminario de Estética en el cual estudiamos la *Crítica del Juicio* en alguno de los últimos semestres de mi carrera. Del primer curso todavía recuerdo con claridad el entusiasmo y la precisión con los cuales María Noel exponía algunos pasajes de las *Confesiones* de San Agustín. Sólo la pasión que María Noel transmitía en este curso puede explicar las interminables discusiones que Julio Beltrán y yo teníamos sobre temas que

antes no habían llamado nuestra atención y que no volverían a hacerlo. Del Seminario de Estética no tengo recuerdos tan nítidos. Quizá porque he seguido pensando hasta ahora sobre los temas que abordamos. Sólo recuerdo con nitidez el examen final. Mientras los alumnos del seminario hurgábamos nuestros ejemplares de la *Crítica del Juicio* para relacionar distintos pasajes y poder responder algo coherente a las preguntas que nos había planteado María Noel, entraron varios alumnos de primer ingreso a presentar su examen. María Noel les dijo con cierta impaciencia, pero enfáticamente, que ellos no podían abrir sus libros, que nosotros estábamos haciendo algo distinto porque éramos alumnos del posgrado, lo cual no era cierto. Pero lo que sí era cierto era que el análisis de los textos y las discusiones de nuestro seminario eran dignos de un seminario de posgrado. De haber asistido a ese seminario quizá deba lamentar todavía hoy, treinta años después, el no haber podido liberarme del análisis de la experiencia estética que Kant ofrece en la *Crítica del Juicio*.

Muchos años después, en Mérida, Nicole Ooms me hizo llegar un artículo de María Noel en el cual expone varios puntos de convergencia entre las ideas de Kant y de Marcel Proust sobre el arte y la experiencia estética. Me dio mucho gusto saber que María Noel y yo compartíamos el placer de pensar conjuntamente a Kant y a Proust. En este artículo, María Noel destaca varias coincidencias entre las ideas de estos autores: la diferencia entre el mundo fenoménico y el nouménico en cuanto objeto de la metafísica, la indeterminación conceptual del objeto de una experiencia estética, el genio artístico como aquel que trasciende lo fenoménico y lo transforma otorgándole nuevas reglas, y la belleza como expresión de la libertad.[1]

[1] *Cf.* María Noel Lapoujade, "Kant-Proust: une rencontre esthétique", en Jean Ferrari, Margit Ruffing, Robert Theis, Matthias Vollet (eds.), *Kant et la France-Kant und Frankreich*.



Hasta ahora, yo nunca había publicado nada sobre las coincidencias entre Kant y Proust. Espero hacerlo con detalle algún día. Pero desde hace mucho me ha llamado la atención cómo un novelista, cuya obsesiva introspección quizá Kant hubiera calificado como sentimentalismo (*Schwärmerei*),[2] aporta observaciones y reflexiones que a veces coinciden con las sistemáticas ideas de Kant y otras veces las ponen en cuestión. Seguramente esto les ha sucedido a muchos lectores de Proust que conozcan la filosofía de Kant, y no es casual, ya que el fino análisis que Proust lleva a cabo de sus experiencias en muchos pasajes de su obra representa un verdadero análisis fenomenológico de la experiencia, el principal objeto de la *Crítica de la razón pura*. Durante algún tiempo recopilé citas de *Du côté de chez Swann* que me hubieran servido para contrastar las ideas de ambos autores. Estas citas se perdieron en mi primera computadora o en alguno de los *floppies* que utilizaba. Sólo he conservado una cita, escrita al reverso de un volante que anuncia una obra de teatro de Luis de Tavira en 1992 y que usé como separador. Al reverso del volante escribí, citando a Proust: "Los hechos no penetran en el mundo donde viven nuestras creencias, y como no les dieron vida no las pueden matar…"[3] Descontextualizada, esta afirmación puede utilizarse para ilustrar, en algún sentido, la aprioricidad de los principios que para Kant articulan la experiencia. Nuestras creencias sobre la necesidad de las relaciones de causalidad entre fenómenos o sobre la permanencia de la sustancia no provienen, para Kant, de los hechos que percibimos. Por el contrario, las percepciones de

[2] *Cf.* Immanuel Kant, *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*, en *Werkausgabe*, vol. XII, pp. 413-414 (§ 4); también I. Kant, *Antropología en sentido pragmático*, pp. 31-32.

[3] Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido. 1. Por el camino de Swann*, p. 189 (M. Proust, *Du côté de chez Swann*, p. 178: «Les faits ne pénètrent pas dans le monde où vivent nos croyances, ils n'ont pas fait naître celles-ci, ils ne les détruisent pas…»).



estos hechos sólo pueden formar parte de la unidad de la conciencia si están articuladas de acuerdo con estas creencias. Sólo en conformidad con ellas podemos tener conciencia de hechos, por lo cual no hay ningún hecho que atente en su contra.

Pero el contexto de esa cita no tiene que ver con nuestras percepciones, sino con un juicio moral. Las creencias del señor Vinteuil, inspiradas por el cariño que le tiene a su hija, le impiden interpretar ciertos hechos como razones que acrediten los chismes que circulan en Combray sobre la relación carnal que tiene su hija con una amiga. Lo sorprendente de la afirmación de Proust ("Los hechos no penetran en el mundo donde viven nuestras creencias, y como no les dieron vida no las pueden matar...") es cómo se remonta de una situación mundana, totalmente anclada en los prejuicios de su época, a un pensamiento que puede valer para las creencias morales kantianas inspiradas por la certeza en nuestra libertad. En efecto, para Kant no hay en el mundo fenoménico nada que acredite nuestra creencia en la libertad. Sin embargo, esta creencia, inmune a los hechos que podemos explicar de acuerdo con leyes naturales, es un presupuesto indispensable de nuestros juicios morales.

Gran parte del placer que me produce leer a Proust proviene de ese brinco que da entre la descripción minuciosa de las costumbres de un medio social que me repele y la formulación de pensamientos con un valor tan amplio que destaca la banalidad de ese medio. Otra parte de ese placer proviene de aquellos pasajes en los que describe experiencias particulares con recursos metafóricos sorprendentes; entre estos pasajes se encuentran, por supuesto, el de la magdalena y el de despertar después de una siesta al comienzo de *Du côté de chez Swann*. Me parece que ambos pasajes ponen en cuestión ideas centrales de la teoría kantiana de la experiencia.



Quizá me tachen de esquemático, pero estoy convencido de que la filosofía de Kant requiere que la conciencia y el uso de conceptos vayan de la mano, incluso en la experiencia estética. En esta última también están involucrados los conceptos; de otra manera no habría juego alguno entre la sensibilidad y el entendimiento. Mi interpretación del segundo momento del juicio de gusto ("Lo bello es lo que, sin concepto, es representado como objeto de una satisfacción universal")[4] es la siguiente: el placer que produce un objeto que juzgamos bello no se debe a que ese objeto caiga bajo un concepto en particular y, de esta manera, quede determinado para nosotros; se debe a que ningún concepto en particular determina ese objeto, lo cual provoca el juego de varios conceptos que parecen coincidir con lo que percibimos. El objeto que juzgamos bello es algo que puede pensarse bajo muchos conceptos y por ello desencadena el juego que produce el placer estético.

Para Kant, el uso de conceptos equivale a la síntesis de representaciones sin la cual no tendríamos conciencia de lo que percibimos. Esta síntesis estructura objetivamente nuestras intuiciones de tal forma que percibimos objetos, no meras sensaciones. Esta estructura objetiva es a su vez lo que hace posible la unidad de nuestras experiencias en una única conciencia, condición de posibilidad de cualquier estado mental consciente. Pues bien, me parece que el pasaje de la magdalena es un contraejemplo a esta concepción kantiana. Recuérdese que al tomar el té con la magdalena, Proust experimenta un profundo placer que no sabe de dónde proviene, intuye que algo le evoca, pero no logra conceptualizarlo. Es

[4] I. Kant, *Crítica del Juicio*, p. 174 (I. Kant, *Kritik der Urteilskraft*, en *Werkausgabe*, vol. X, p. 124: "Das Schöne ist das, was ohne Begriffe, als Objekt eines allgemeinen Wohlgefallens vorgestellt wird". [B 17]).



cierto que esta intuición exige ser conceptualizada. También es cierto que el sabor está determinado conceptualmente como el sabor de un té de tila y una magdalena. Pero el placer que provoca este sabor tarda en ser comprendido. Aquí tenemos un ejemplo de una intuición plenamente consciente que no logra ser conceptualizada hasta que Proust abandona el esfuerzo de comprenderla. Tampoco se trata de un placer estético en el sentido de Kant (en esto discrepo de María Noel), puesto que no se desencadena ningún juego entre distintas conceptualizaciones posibles del sabor o del placer de evocación aún no definido. En cuanto Proust establece el vínculo entre el sabor y sus recuerdos, ese placer queda luminosamente determinado y revive el mundo de sus experiencias pasadas sin lugar a distintas interpretaciones.

La otra reflexión proustiana que presenta un contraejemplo a la concepción kantiana de la experiencia es aquella en la que destaca cómo al despertar de una siesta profunda a veces no podemos reconocer el lugar y el momento en el cual nos encontramos, de suerte que los lugares en los que solíamos dormir se convierten, al menos durante un instante, en posibilidades que se encuentran como en un aro alrededor de nosostros. Esto me parece que atenta en contra de la idea kantiana según la cual la sucesión objetiva de acontecimientos en el tiempo es una condición necesaria de la autoconciencia. Esto se debe a que para Kant la autoconciencia presupone la intuición del tiempo, pero el tiempo por sí mismo es imperceptible, por lo cual requiere del orden temporal de los fenómenos. En la situación descrita por Proust, sin embargo, la persona que despierta confundida despliega sólo sus pensamientos en el tiempo, aunque sea por un instante. Las representaciones de los lugares, al menos en ese momento, no tienen una ubicación para el sujeto y, a pesar de



ello, tiene conciencia de sí mismo y de los recuerdos no ordenados en una secuencia temporal.

Es cierto que estas situaciones descritas por Proust son excepcionales y que su fascinación proviene del contraste con el orden regular de nuestra vida consciente. Pero el reconocimiento de su carácter excepcional es suficiente para modificar la manera en que debemos concebir los principios kantianos de la experiencia. La conceptualización de nuestras intuiciones, así como la secuencia temporal de los fenómenos no pueden ser consideradas a la luz de estos contraejemplos como condiciones necesarias de los estados mentales conscientes, sino sólo como reglas que contribuyen a la comprensión de nuestra vida consciente.



Homenaje a María Noel Lapoujade

Laura Benítez Grobet
Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM

Conocí a María Noel hace ya algunos años, siempre igual, aguerrida, buscadora de la verdad sin máscaras. Siempre bebiendo de las fuentes e intentado, lo más posible, acercar a sus alumnos a esa forma del saber filosófico.

Ella no cambió nunca y eso es lo que le da identidad y le otorga valor como filósofa.

Cuando yo la conocí, María Noel se acercaba a la epistemología y a la metodología de los filósofos modernos. Ella me hizo repensar, al compartirlas conmigo, varias cuestiones importantes sobre Descartes y Bacon. En especial, la parte nodal de los sistemas de estos autores; esto es, ¿cuáles son los verdaderos fundamentos en los que se sustentan sus propuestas?

Por fortuna, María Noel hizo llegar hasta nosotros, en forma de libro, aquellas importantes reflexiones con las que en su día obtuvo algún grado de filosofía.

En este texto, el de *Los sistemas de Bacon y Descartes,* María Noel se propone saltar por encima de las historiografías rígidas y anquilosadas



que oponen racionalismo a empirismo como propuestas del todo excluyentes, y adopta un punto de vista que hoy llamaríamos más "continuista" frente a los "rupturismos" exagerados. Aún más, ve las propuestas de Descartes y Bacon como realmente complementarias.

En el espíritu continuista, María Noel reconoce en Descartes su deuda con Agustín, cuyo desarrollo persiste en los autores neoplatónicos del Renacimiento y que posibilita entender, de mejor manera, las aportaciones cartesianas. Además, señala que ha de entenderse a Descartes más como despegue o nacimiento de la modernidad que como la "consumación de la misma".

En lo que atañe a Bacon, María Noel nos muestra el lado racionalista de este autor, y más allá de sus aportaciones a la metodología, se propuso, lográndolo con creces, ir más allá de la versión empirista ingenua, para mostrar la riqueza y profundidad del pensamiento del autor inglés.

El recorrido, como es natural, comienza por el tema de la filosofía moderna y el significado de esta categoría que tanto nos cuesta delimitar sin equívocos.

Allí pasa lista a los historiadores más representativos de la modernidad filosófica, como Koyré, Belaval, Cassirer, etcétera. Con este último discute la distinción que propone entre "espíritu de sistema" y "espíritu sistemático", haciendo ver los equívocos que pueden surgir de la misma, concluyendo que "[…] el siglo XVII es el siglo de la filosofía preponderantemente sistemática y no meramente de sistema".[1]

En el comparativo entre los fundamentos del sistema cartesiano y la sistematicidad del pensamiento baconiano salta a la vista, la

[1] María Noel Lapoujade, *Los sistemas de Bacon y Descartes: de la coincidencia de los opuestos*, p. 17.



interesante convergencia en los conceptos generales de estos autores. Así, la presentación sistemática de la filosofía de Bacon y el sistema de Descartes nos sorprenden por su cercanía estructural.

Al respecto, nos dice María Noel: "En suma, y más allá de los aspectos, unos más desarrollados en Bacon, otros en Descartes, no es necesaria ninguna perspicacia para comprender que la estructura medular del pensamiento de ambos es común".[2]

En efecto, no es necesario ser perspicaz para comprender lo que María Noel ha analizado y esquematizado pulcramente. Lo que sí se necesitó fue la perspicacia de María Noel para proponerlo tan cuidadosamente, pero sobre todo, sin duda, ello requirió del estudio y el examen a fondo de las propuestas de los dos filósofos para hacernos ver esta interesante continuidad y coincidencia. Gracias, María Noel.

Ese es no sólo el talante del filósofo, sino la solidez que requiere el historiador de la filosofía.

María Noel va ilustrando con paciencia cada uno de los aspectos coincidentes en Descartes y Bacon, lo que permite la confirmación textual de su propuesta inicial.

Así, desde el mejoramiento de la vida humana, que es un propósito común a ambos autores, pasando por la relación entre la metafísica y la física, y la complejidad que ello encierra en Descartes y en Bacon. Desarrollando, luego, el tema central de las premisas epistemológicas en ambos autores y recogiendo posteriormente sus preocupaciones en torno de la filosofía en general y de la teología. Por fin, especificando finalmente el papel de las matemáticas, la ciencia, la técnica y las máquinas en estos importantes iniciadores de la modernidad.

[2] *Ibid.*, p. 21.



María Noel nos hace ver, con sólidos fundamentos textuales, que en filosofía no basta con avanzar hipótesis, pues "si les faltan las congruencias", como decía nuestro Carlos de Sigüenza, de nada sirven.

La parte central de este texto, sin duda, la ocupa el método que en estos dos autores tiene un peso excepcional; lo mismo su "*pars destruens*", que su "*pars construens*", pauta que María Noel ha seguido al presentarnos a los dos filósofos haciendo una crítica atinada de los estudiosos y comentaristas más reconocidos de los autores en estudio, para luego construir su propuesta. Avanza así, en las vías epistemológicas de estos dos autores: la intuición, la deducción, la inducción, el conocimiento sensorial, etcétera; donde, de nueva cuenta, se plantean las interesantes coincidencias. Lo que personalmente no me extraña, porque desde mi perspectiva, estos dos autores, junto con muchos otros, desde la baja Edad Media y hasta finales del XVII, discurren por lo que he dado en llamar la vía de reflexión epistemológica, donde los presupuestos, los intereses y, en general, el *modus operandi*, centrado en el sujeto que conoce, son coincidentes.

Deseo terminar con las últimas conclusiones de María Noel que divide en comunidad de puntos de vista, aspectos complementarios y divergencias que me parecen reveladoras y sucintas. Yo aquí me referiré a lo que me parece más revelador, que son, justamente, la comunidad de los puntos de vista:

> La *comunidad de puntos de vista entre sus filosofías* es el tono dominante. La actitud ante la Teología, la crítica a la lógica aristotélica, la necesidad de un método, el papel del entendimiento en los procesos epistémicos, sus prejuicios, la necesidad de su liberación de preconceptos y prejuicios que traban su operatividad, el papel de la experiencia; el rol de las Matemáticas, la función del lenguaje, el papel activo del sujeto en el proceso epistémico, el papel de la Física, la ciencia y la técnica, etcétera.



Los *aspectos complementarios* son relevantes. Sorprende constatar que las mismas preocupaciones reciben en Bacon y Descartes, en ocasiones, no más que un énfasis diferente o un desarrollo menor o mayor.

Bacon alude a la Metafísica; Descartes la desarrolla como tal. Descartes menciona la liberación del entendimiento; Bacon desarrolla la temática en cuestión.

Descartes se refiere a la utilidad de la ciencia; Bacon subraya el papel utilitario y su rol social.

Bacon alude al criterio de claridad y distinción; Descartes lo rescata como cartabón de la verdad.

Bacon insiste en el rol de las Matemáticas; Descartes lo realiza.

Descartes considera el papel de la experiencia en el proceso epistémico; Bacon despliega minuciosamente su connotación.

Descartes menciona la inducción; Bacon la desarrolló en forma inédita, original.[3]

Para concluir, sólo quiero decir que si "pegando etiquetas —según Tzara— se desencadenó la batalla de los filósofos", el que tú las hayas despegado, María Noel, nos permite no sólo acercarnos de mejor manera a la filosofía, sino que nos ayuda a los filósofos, a ti y a mí, y a todos los demás, a estar más cercanos.

[3] *Ibid.*, pp. 227-229.



La existencia ético-estética

Alejandra Velázquez Zaragoza
Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM

> En medio del cúmulo excesivo de informaciones caóticas es preciso hacer un espacio para cultivar el "huerto del alma", para absorber su belleza, recuperar nuestra maltrecha capacidad de goce de instantes fáusticos de belleza, en la serenidad, el recogimiento y la alegría simples.
>
> María Noel Lapoujade, conferencia magistral "Ética de la Estética".[1]

Una idea generadora, me parece, está presente en varios de los trabajos de María Noel Lapoujade, nuestra homenajeada, como un componente central de sus reflexiones, atravesándolas de manera diversa, pero siempre reconocible; al modo en que las piezas móviles

[1] María Noel Lapoujade, "Ética de la Estética".



de un caleidoscopio engendran diferentes figuras, siendo, empero, conformadas por los mismos elementos básicos. De acuerdo con esta idea fundamental, expuesta palmariamente en la conferencia magistral mencionada, del 2007, el sino auténticamente definitorio de lo humano como ser imaginante, es el de su existencia ético-estética, como una caracterización parcial de sus especificidades. ¿En qué consiste esta cualidad elemental de la especie?

Recorramos con Lapoujade el núcleo de esta idea, diseminada en diferentes escritos de su autoría. Por ser imaginante, el ser humano es transgresor. En efecto, en su proyección del "como si" modifica realidades, y más intensamente, las transgrede. También transgrede normas; entre ellas, las morales. Así, si la ética tiene sentido es porque el hombre es un transgresor. A esta especie imaginante, su cualidad transgresora lo dota de fuerza y libertad para rechazar, negar, rebelarse, valorar, elegir, decidir y de manera más inmediata, dicha cualidad lo lleva al acto de trascenderse. Pues, como dice Novalis —explica Lapoujade— "[...] el acto primordial de lo humano, es el de "sobre-pasar-se" o, con Nietzsche: "saltar por sobre sí mismo", ir más allá de sí mismo (*sich übersteigen*)".[2] Y, ¿cuál es la máxima transgresión humana en el sentido de la trascendencia hacia un plus?; esa transgresión máxima se plasma, efectivamente, en el arte. De este modo, a partir de la cualidad imaginante de la especie se explican sus dimensiones ética y estética, anverso y reverso de la existencia. Lapoujade remata: "Este acto [el arte] alcanza su máximo en la figura del artista, y su plenitud, en la creación del arte. Arte que la especie propone [y] construye, imaginando. La imaginación catapulta nuestra especie a la trascendencia".[3]

[2] *Ibid.*, p. 14.

[3] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, *apud* "Ética de la Estética", *op. cit.*, p. 6. (referencia de la autora).



La idea se encontraba ya presente en un escrito didáctico, muy disfrutable, de los inicios del año 1991: "¿Cómo leer filosofía?", ahí, al enunciar los requisitos que debe considerar el lector de textos filosóficos para una hacer una verdadera crítica, Lapoujade afirma: "[…] la crítica, para ser válida, exige la autenticidad del lector, requiere que sea llevada a cabo desde una *ética de la lectura*, aunada con *una estética* ante el texto: el placer de leer. Autenticidad y placer resumen la postura de ese sujeto ético-estético llamado *lector*".[4] La dimensión ética corresponde aquí al sentido de la probidad del lector que ajusta sus valoraciones a la interpretación equilibrada del texto. Pero este exhorto a la mesura y a la prudencia no puede ir sino acompañado con el placer al degustar el texto. La Ética y la Estética son, así, los componentes irrenunciables del ser auténtico del lector.

Posteriormente, a mediados de 1991, en el escrito "La enseñanza de la filosofía en la Universidad",[5] Lapoujade nos habla de su manera de transitar en la filosofía y aparecen aquí enlazadas la imaginación y la educación, vinculadas con la concepción de la filosofía como creadora de cultura. De este modo, afirma: "En la sociedad latinoamericana el filósofo debería ser un dinamizador y creador de los aspectos de la cultura que tienen que ver con la reflexión de problemas y la propuesta de horizontes humanos nuevos […] si pensamos que la universidad debe ser una libre creadora de cultura, el filósofo debe, por ende, ser no sólo riguroso, reflexivo y crítico, sino también profundamente creador".[6]

Por ello, Lapoujade nos explica que, siguiendo a Bacon, el modelo a seguir no es el de las arañas, ni el de las hormigas, sino "[…]

[4] M.N. Lapoujade, "Cómo leer filosofía", p. 10.
[5] M.N. Lapoujade, "La enseñanza de la filosofía en la universidad".
[6] *Ibid.*, p. 7.



el trabajo de la abeja, que con base en los materiales de las flores es capaz de devolver al mundo un producto sacado de sí misma, de la transformación de lo dado: la miel, sustancia nueva, generada, producida. Un proceso similar es el que se espera del filósofo, la creación de lo nuevo".[7] Por lo anterior, sigue Lapoujade: "Todas las reglas que pudieran darse al estudioso se condensan en una: aprende solamente para crear tú mismo. Sólo por esta capacidad divina de la creación se es verdadero hombre…".[8]

En este contexto, siguiendo a Fichte, nuestra homenajeada enlaza imaginación, creación y educación: "Esa capacidad de esbozar espontáneamente imágenes que no son en absoluto meras copias de la realidad, sino que son susceptibles de convertirse en arquetipos de la misma, sería el punto de partida para, por medio de la educación, formar las generaciones futuras".[9] Y sin duda, teniendo en mente los señalamientos de Fichte relativos a la enseñanza a través del ejemplo,[10] Lapoujade cierra certeramente este escrito, al afirmar que:

> […] aquel que enseña, no sólo debe estar impregnado de este espíritu [creativo], sino que debe propiciarlo. Debe fungir como acicate de la creatividad en el diálogo, propulsor de una libertad de reflexión creativa, tolerante del error y él mismo enseñar creativamente. [Pues] ¿Cómo exigir

[7] *Ibid.*, p. 8.

[8] *Idem.*

[9] *Ibid.*, p. 9.

[10] *Cf.* Johann Gottlieb Fichte, "Cuarta lección. Sobre el destino del sabio" en *Fichte*, Gredos, Madrid, 2013, p. 233: "Una educación moral positiva, es decir, una tal que se proponga como fin y lo exprese de modo explícito formar al discípulo para la virtud, no la hay; más bien, tal proceder mataría el sentido moral interno y formaría sólo hipócritas y mojigatos sin carácter. […] la moralidad tiene que germinar por sí misma y crecer y difundirse gradualmente más alto […] sin necesidad de proponerse una intervención, *en la medida en que el discípulo se vea rodeado sólo de buenos ejemplos, y se aparte bien lejos de sus ojos todo lo malo, lo vulgar y lo mezquino*".



> esto del estudiante, si el maestro es en general un transmisor de conocimientos cristalizados, doctrinas ya hechas, de verdades sólidas? ¿Cómo propiciar la creatividad reflexiva si no hay una comunidad de búsqueda?[11]

Propiciar la creatividad es no sólo enteramente compatible con el rigor académico, sino una condición para su pleno ejercicio. Pero esta idea se habría de profundizar posteriormente.

En 1992, en el escrito "El quehacer filosófico y el futuro de la Universidad",[12] nuestra homenajeada nos habla de los requisitos que caracterizan una filosofía rigurosa, y entre éstos destaca los siguientes: "La filosofía se vuelve rigurosa cuando es capaz de convertirse en actitud ante la vida" y, por cierto, "[…] no es la que se autoproclama 'seria', por exclusión del humor, la ironía [y] la duplicidad".[13] Como se observa, aquí aparecen, aún sin rótulo, las dimensiones ética (actitud para la vida) y estética (el goce del humor y la ironía). De este modo, más adelante, Lapoujade nos explica que el espíritu libre para la investigación requiere de "Una imaginación audaz [pues] Una imaginación timorata, constreñida a los límites de la escuela, el mal escolasticismo de todas las épocas, una imaginación híbrida, sin propuestas, nos incrusta en un medio y nos conduce a una adaptación puramente animal".[14] La audacia, como asertividad diferenciada de la osadía e imprudencia, combina con sana medida las dimensiones ética y estética. La primera, al proceder con el valor e iniciativa de la integridad; la segunda, cuando la investigación libre y audaz promete la placentera satisfacción del hallazgo. Ética y estética, nuevamente entrelazadas en el quehacer filosófico.

[11] M.N. Lapoujade, "La enseñanza de la filosofía en la universidad", en *op. cit.*, p. 9.
[12] M.N. Lapoujade, "El quehacer filosófico y el futuro de la universidad".
[13] *Ibid.*, p. 1.
[14] *Ibid.*, p. 7.



De modo más reciente, en el escrito ya mencionado de 2007, "Ética de la Estética" podemos encontrar elaborada, de manera más completa, la idea que hemos venido siguiendo en algunas fases de su gestación. El sentido afirmativo de la vida humana —expone Lapoujade— se revela en la salud de la especie, "[…] que muestra al ser humano inventor, creador, constructor, expansivo, el que por sobre todo muestra su impulso a sobrevivir, a persistir en su ser, construyendo, y actúa en todo lugar y todo tiempo proclamando su imperturbable canto del sí a la vida".[15] Ante la enfermedad de la especie, cúmulo de impulsos autodestructivos, agrega Lapoujade en certeras frases: "Las éticas se han erigido como medicinas de las patologías de la civilización, brújulas de los navíos a la deriva. Las estéticas han construido sus bálsamos en islotes dispersos".[16] Esa es la composición terapéutica de la existencia ético-estética, la cual, para el individuo social, implica: "[…] una ética de igualdad, altruismo, respeto, autenticidad, ética del aparecer […] [como] principio que se vierte en la hospitalidad,[17] como hecho, como acto, como don y como derecho, es un camino de paz social".[18]

Respecto de sí mismo, la existencia ético-estética significa obrar con autonomía, entendiendo por tal —señala Lapoujade— respetarse a sí mismo como un fin, no aceptar ser moldeado por medio del sometimiento, la violencia, el odio, la discriminación. Ejercer siempre el "conócete a ti mismo" y "valórate, tú eres un semejante

[15] M.N. Lapoujade, "Ética de la Estética", *op. cit.*, p. 3.

[16] *Idem*.

[17] René Schérer, *Zeus hospitalier. Eloge de l'hospitalité*, París, Armand Colin Editeur, 1993. M. N. Lapoujade, *Autour d'une poétique de l'espace et le temps: "l'habiter" et "le temporaliser"*, en *Cahiers Gaston Bachelard*, Dijon, núm. 2, 1999, pp. 119-127. Tomado de: Conferencia Magistral "Ética de la Estética", *op. cit.*, p. 4 (referencia de la autora).

[18] M.N. Lapoujade, "Ética de la Estética", *op. cit.*, p. 3.



más". Estas recomendaciones no son meros exhortos demagógicos o imposibles de alcanzar, el contenido vivencial de la existencia ético-estética revela "[…] su posibilidad, su viabilidad, la plenitud de su actualidad, si bien es una actualidad dormida, anestesiada, que es preciso hoy en día convocar, despertar, practicar".[19]

La incursión de Lapoujade cala más hondo. Retornando al párrafo inicial, el salto a la trascendencia que implica la transgresión ético-estética de aquel ser humano cuya vida es una obra de arte, ha de conducirlo, finalmente, a la fusión mística con Dios, con el cosmos,[20] ya que, en efecto: "[…] la mística realiza la transfiguración del esteta en creador. Porque la mística es una ético-estética de la vida".[21]

La existencia ético-estética es, como queda claro, una opción vital, y Lapoujade exhorta, a quienes la han elegido, a tener la valentía de seguirla; a quienes están en el camino de la opción, a defenderla con toda dignidad, y a quienes se inician en ella, a tomar la determinación inquebrantable de asumirla.[22] Recomendaciones, todas ellas, hechas realidad ejemplar en la propia Lapoujade como investigadora, como profesora y como un bello ser humano, capaz de fundir en la reflexión precisa y rigurosa de la filosofía la profunda emoción del exhorto vital que nos transmite en el epígrafe que da inicio a este escrito: "En medio del cúmulo excesivo de informaciones caóticas es preciso hacer un espacio para cultivar el "huerto del alma", para absorber su belleza, recuperar nuestra maltrecha capacidad de goce de instantes fáusticos de belleza, en la serenidad, el recogimiento y la alegría simples".

[19] *Ibid*., p. 4.

[20] *Cf.* M.N. Lapoujade, "Espacios imaginarios místicos de la intimidad", en M.N. Lapoujade (comp.) *Espacios imaginarios* (referencia de la autora).

[21] M.N. Lapoujade, "Ética de la Estética", *op. cit*., p. 6.

[22] M.N. Lapoujade, "En torno a la vida académica".



La imaginación y la interdisciplinariedad

Ma. de Lourdes Santiago Martínez
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Desde mi condición de coordinadora del Centro de Apoyo a la Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras, con esta breve participación en el merecido homenaje a María Noel Lapoujade por sus 70 años de vida, deseo dejar testimonio, en primer lugar, de uno de los proyectos de investigación que María Noel decidió registrar institucionalmente, me refiero a su "Programa de Investigación Interdisciplinaria sobre la Imaginación, lo Imaginario y la Racionalidad", registrado como proyecto PIFFyL[1] en febrero de 2008.

Ahora bien, para conocer las razones que llevaron a María Noel a abordar este campo de investigación, considero oportuno citar aquí sus propias palabras:

> La convicción de la necesidad de *habitar* el mundo contemporáneo, así como la historia y la tradición, me llevó desde 1975 a iniciar investigaciones metódicas desde la filosofía, con una perspectiva interdisciplinaria,

[1] Proyecto de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras.



> de los estudios de la imaginación, con sus imágenes, sus íconos, sus metáforas, sus signos, sus símbolos, integrados en imaginarios literarios, filosóficos, psicológicos, científicos, teológicos, culturales, sociales, históricos, y otros, sus infinitos mundos posibles, en sus complejas relaciones con las ciencias, las artes y otras humanidades.[2]

En efecto, en el formato de registro del programa, la propia María Noel señala como antecedentes: "Cuando inicié las investigaciones sobre la imaginación, los imaginarios y la racionalidad, en esa época, en México, tuve que abrirme camino como pionera de un campo que en ese entonces era auroral. Era un campo de la filosofía, las humanidades y las ciencias, en su trabajo interdisciplinario, prácticamente inexistente.[3]

Su labor inicial fue sin duda ardua, pues tuvo que formar conciencias, convencerlas de la imperiosa necesidad de abrir un espacio a esta perspectiva filosófica de investigación; sin embargo, cuando en 2008 decidió registrar este programa, después de más de 25 años de trabajos ininterrumpidos en esa línea de investigación, luego de haber obtenido un segundo doctorado en filosofía en la Universidad de París, de haber hecho una estancia de investigación y docencia en el Centre Gaston Bachelard de Recherches sur l'imaginaire et la rationalité de Dijon, Francia; de haber sido merecedora de una beca de la Comunidad Económica Europea para realizar en la Universidad de Montevideo, Uruguay, una investigación sobre "La imaginación utópica"; de ser reconocida como parte de la Red Mundial de Centros de la Imaginación, los Imaginarios y la Racionalidad, y de contar con múltiples publicaciones sobre el tema, era ya una

[2] María Noel Lapoujade, "Semblanza", p. 1.
[3] PIFFyL 2008 010, p. 7.



realidad no sólo el enorme interés que suscitaba su campo de estudios entre estudiantes y profesores universitarios, sino también la actualidad y vigencia del mismo a nivel mundial.

Con el registro de este programa, María Noel buscaba dar continuidad al Seminario Interdisciplinario de Investigación sobre lo Imaginario, que, bajo su propia responsabilidad, ya había recibido financiamiento de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA), en el marco del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT).

El programa, registrado ahora como PIFFYL, tenía como objetivo principal tomar la imaginación humana como clave e hilo conductor de la filosofía, en relación con los imaginarios (culturales, literarios, científicos, sociales, de la tradición o de la realidad virtual), y con los productos inmediatos de la misma: imágenes, íconos, signos, símbolos, metáforas, alegorías, parábolas y otros. Imaginación normal y patológica, de vigilia y onírica, así como identificar sus campos de acción, la filosofía, la literatura, las artes y las ciencias, es decir, buscaba reconstruir sobre otras bases y con otros hilos, nada menos que el tejido de las humanidades.

Entre los objetivos secundarios que María Noel planteó al registrar su programa, puedo mencionar los siguientes:

- Realizar una difusión amplia y muy clara de la apertura oficial de este programa en la Facultad de Filosofía y Letras.
- Establecer una página web sobre el programa, a fin de que éste trascienda las fronteras.
- Continuar a cargo de seminarios de posgrado sobre esta línea de investigación.
- Invitar a relevantes investigadores en ciencia, artes, literatura, a participar en alguna sesión de sus seminarios de posgrado.



- Continuar con las asesorías de tesis sobre el tema, para formar jóvenes investigadores y docentes en el mismo.

Su objetivo a mediano plazo era la conformación de una red nacional e internacional desde su programa, que apuntara a la creación en México del Primer Centro Interdisciplinario de Estudios sobre lo Imaginario y la Racionalidad, proyecto de creación que ella personalmente había presentado ante la Rectoría de la UNAM en septiembre de 1995, a instancias personales del entonces rector, doctor José Sarukhán.

Sin duda, el registro institucional de su programa de investigación, así como el registro de los otros proyectos vinculados a éste, como el PAPIIT; la organización de congresos internacionales interdisciplinarios; la coordinación de la publicación de obras colectivas de destacados profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, de investigadores de otras facultades o institutos de la propia UNAM o de otras universidades del país y fuera de él, no hacen sino corroborar el compromiso y la entrega institucionales de María Noel Lapoujade, su convicción del valor y vigor académico de sus proyectos y, evidentemente, su intención de darles continuidad a través de la formación de recursos humanos, de la preparación de nuevos cuadros de jóvenes profesores o investigadores, en beneficio de la docencia e investigación de la filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras, institución que, de acuerdo con las palabras de la propia María Noel, debería convertirse en el "faro que por naturaleza le corresponde, y llevar adelante este proyecto, todavía pionero en México".[4]

Somos muchos los que hemos participado en este homenaje a María Noel, porque ella indudablemente tiene un gran poder de

[4] PIFFyL 2008 010, p. 8.



convocatoria y mucho entusiasmo para reunir en un solo sitio y con un solo fin a estudiosos de diversas disciplinas; lo hace ahora, como ya lo hizo antes en diversas ocasiones en el marco del Congreso Internacional Interdisciplinario sobre la Imaginación, lo Imaginario y la Racionalidad, en cuya edición 2008 y bajo el subtema "Imaginarios impulsos de vida", decidió convocarnos conforme a nuestras disciplinas: ciencias, filosofía, literatura mexicana, literatura clásica, entre otras; nos volvemos a dar cita hoy muchos de los que la acompañamos entonces: en aquel congreso recuerdo haber integrado la mesa redonda titulada "Imaginarios hacia la vida en el pensamiento greco-latino", junto con colegas de Letras Clásicas: con la doctora Nicole Ooms, quien entonces nos habló de "Platón y la plástica de la memoria"; con el doctor Mauricio López Noriega, quien presentó la ponencia "La flor de Narciso"; con la doctora Amalia Lejavitzer, a quien escuché hablar de los "Imaginarios del vino: metáfora y salud", y yo misma presenté el trabajo "*Hay en Trinacria una ingente gruta…*: el mito de la gruta de Vulcano en Gratio".

Cada uno de los participantes hicimos confluir nuestras temáticas particulares con el gran tema del congreso al que habíamos sido convocados: *Imaginarios impulsos de vida*.

Entonces hablé de Gratio, un autor latino del siglo I a.C., prácticamente desconocido, quien escribió la obra *Cynegeticon*, un poema didáctico sobre el arte de cazar con ayuda de perros; expliqué cómo Gratio brinda en su poema consejos para la crianza de los perros de caza: la mejor época para el apareamiento, los cuidados de la perra preñada, la selección de los cachorros, cuándo y cómo iniciar su entrenamiento, etcétera.

Vinculé la temática de este poema con el congreso de María Noel al hablar de las enfermedades que azotan a los perros y de cómo la veterinaria y los remedios medicinales que posee el criador



no siempre son suficientes para prevenirlas o para expulsarlas, una vez contraídas, de manera que, en ocasiones, se debe recurrir a la práctica de la magia y de la hechicería para llevar a los animales a la recuperación de la salud y a la conservación de la vida.

> Así, hay quienes a los collares,
> mechones de tejón lucífugo introducir ordenaron,
> o atan gargantillas entretejidas con conchas sagradas
> y cristales de cuarzo y alrededor melitenses
> corales y hierbas favorecidas con mágicos cantos.
> Y así, la paz de los dioses lograda por la tutela
> venció sortilegios y encantamientos del ojo maligno.[5]

Hablé del uso de los collares hechos de piel de tejón, a los que se añaden conchas, cuarzos y corales, como amuletos o talismanes, y hierbas mágicas, y de cómo, cuando hay que luchar contra enfermedades mortales que amenazan con acabar no sólo con la vida de uno de los perros sino con toda la jauría, la magia es la única ayuda posible.

En este contexto inserté en mi ponencia la descripción que hace Gratio de la gruta del dios Vulcano:

> Hay en Trinacria una ingente gruta en un peñasco y retornos
> huecos dentro, en torno la cubren los altos muros de un negro
> bosque y hay torrentes rotos por las fauces quemadas:
> casa pactada para Vulcano.[6]

[5] Grat., *Cyn.*, 401-407: *collaribus ergo / sunt qui lucifugae cristas inducere maelis / iussere aut sacris conserta monilia conchis / et vivum lapidem et circa Melite<n>sia nectunt / curalia et magicis adiutas cantibus herbas. / ac sic offectus / oculique venena maligni / vicit tutela pax impetrata deorum.*

[6] *Ibid.*, 430-433: *est in Trinacria specus ingens rupe cavique / introsum reditus, circum atrae moenia silvae / alta premunt ruptique ambustis faucibus amnes; / Vulcano condicta domus.*



Expliqué, asimismo, ¿por qué se tenía que viajar hasta Trinacria para curar a los animales y dónde se ubica ese lugar?

Entre los antiguos griegos, ya desde la *Odisea*, Sicilia es citada con el nombre de *Trinakrie*, y será Virgilio en la *Eneida* quien nos la dé a conocer como Trinacria. *Trinacria* es un nombre descriptivo que la imaginación de sus primeros pobladores, los sículos y sicanios, dio a la isla de Sicilia; el nombre se deriva de la geografía del lugar, pues Sicilia tiene tres promontorios y la palabra *Trinacria* está formada por el adjetivo *treis* (tres) y el sustantivo *akra* (promontorio, cima).

El dios Hefesto, por su parte, representó desde los tiempos más antiguos la fuerza natural y violenta del fuego que se manifestaba sobre todo en los lugares volcánicos, de ahí que los romanos lo llamaran Vulcano. Era hijo de Zeus y de Hera, o según Hesíodo en su *Teogonía*,[7] solamente de Hera, quien lo concibió sola para vengarse de que Zeus, solo, había dado a luz a Atenea; sin embargo, como Hefesto había nacido cojo y deforme, su madre lo arrojó del Olimpo y éste cayó al mar, en donde fue acogido por las diosas Tetis y Eurinome, quienes lo mantuvieron con ellas durante nueve años. Según una tradición posterior, Hefesto había establecido su hogar y su fragua en la Isla de Vulcano, en una ígnea caverna, el cráter del volcán del mismo nombre, y vivía ahí con sus ayudantes, los cíclopes. La tradición popular ubicaba la mítica fragua de Vulcano en el volcán Stromboli, muy activo y en continua erupción; en el volcán Etna o incluso en el Monte Olimpo.

Vulcano, la isla humeante, es reconocida hasta nuestros días por las emanaciones de azufre que surgen de la tierra; esos vapores blanquecinos que se distinguen desde lejos, envuelven la isla en una

[7] *Theog.*, 927.



pestilente nube de intenso olor a azufre que se percibe desde lejos. Tales emanaciones gaseosas tenían y aún tienen efectos curativos.

Así pues, en la antigüedad, quienes buscaban la cura a través de Vulcano, debían realizar las invocaciones y sacrificios descritos por Gratio:

> "Te rogamos primero a ti, Vulcano, sagrado habitante
> del lugar y tu ayuda: los últimos auxilios da a cosas
> cansadas y, si no hay ningún delito de tanto valor,
> de tantas almas duélete y que se les permita, sagrado,
> tocar tus fuentes". Tres veces cada uno invoca y tres liba
> en fuego inciensos pingües; se orna el ara con ramos felices.[8]

Así como entonces tuve que ligar unos cuantos versos del *Cynegeticon* de Gratio para corresponder a la amable invitación de María Noel, así ahora intento con esta modesta participación, dejar constancia del trabajo ininterrumpido de María Noel en su disciplina, en el campo del que ha sido pionera, la filosofía de la imaginación, lo imaginario y la racionalidad, pero también quiero dejar constancia de su gusto por el trabajo interdisciplinario, del entusiasmo que siempre la ha llevado a generar espacios de discusión en el que nos damos cita estudiosos de diversos campos del pensamiento, a quienes en ocasiones nos une sólo la enorme amistad y admiración que sentimos por María Noel.

[8] Grat., Cyn., 437-442: *"te primum, Vulcane, loci, pacemque precamur, / incola sancte, tuam: da fessis ultima rebús / auxilia et, meriti si nulla est noxia tanti, / tot miserare animas liceatque attingere fontes, / sancte, tuos" ter quisque vocant, ter pinguia libant / tura foco, struitur ramis felicibus ara.*



Vías a la éstética de la comunión

Ignacio E. Zamarrón
Departamento de Pedagogía, FFyL–UNAM

María Noel Lapoujade, en su libro *Filosofía de la Imaginación* (1988), ha defendido el lugar central de la imaginación frente a la razón en la vida del ser humano. La imaginación no es, aunque haya sido considerada así, una facultad inferior y subordinada o auxiliar en el psiquismo humano: "*La imaginación desempeña un papel mediador entre funciones: percepto-concepto; razón-voluntad. Pero de aquí no ha de inferirse su papel subordinado, sino que en determinados momentos su actividad puede ser la dominante del psiquismo*".[1]

La imaginación es una facultad primordial de la actividad psíquica del hombre y necesaria a su carácter fundamental, que es, según Lapoujade, un carácter transgresor, es decir, que lo lleva a sobrepasar cualquier límite. "El hombre es un ser transgresor de todo límite, en tanto imaginante, es decir, en cuanto no se halla incrustado en un medio, respecto del cual reacciona, adecuándose a él; sino que está erguido, literal y metafóricamente, como un ser con

[1] María Noel Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 50. Cursivas en el original.



la mirada a lo lejos, un ser que transgrede y transforma todo cuanto está a su alcance, sin 'perdonar' nada, incluso él mismo".[2]

Lapoujade, de la misma forma que ha reclamado a lo largo de ya varios años el papel nodal de la imaginación en la vida humana, que, cabe repetir, es esencialmente una defensa del ser humano como un ser libre y creador, frente a las visiones que intentan racionalizarlo, matematizarlo, cosificarlo o enajenarlo, reafirma, no sin menos empuje, el derecho a la experiencia estética y a la vida estética como un fin en sí mismo.

> A nosotros hoy nos toca liberar la estética de sus servidumbres al conocimiento, a la verdad, a la política, a la pedagogía, a la teología, siempre un medio escuálido al servicio de fines ajenos, como si desde y en ella no se pudiera alcanzar la culminación buscada.
> Es urgente reivindicar la estética como un fin.
> Más aún, como uno de los más altos fines de la humanidad, porque la convierte en más humana.[3]

Pero María Noel Lapoujade va más allá, no sólo propone una estética que se vea a sí misma como fin, una estética que no es parte de la epistemología o de la pedagogía o de la revolución o de cualquiera otro fin, propone ir, inspirada por Gaston Bacherlad y el zen japonés de D.T. Suzuki y Taïsen Deshimaru, a una estética radical, una estética en que el sujeto y el objeto, como en las grandes tradiciones místicas occidentales u orientales, se disuelvan en uno. Una estética que yo prefiero llamar una estética de la comunión, común unión: sujeto-objeto. Así, pues, Lapoujade propone transitar de una

[2] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, p. 48.

[3] M.N. Lapoujade, "Gaston Bachelard y el zen: hacia una estética cósmica". Conferencia dictada en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (22 de junio de 2010).



estética como medio a una estética como fin, y de la estética en perspectiva a la existencia estética o estética en comunión.

En la estética como medio, la experiencia estética sirve a un fin ulterior. Por ejemplo, puede servir la contemplación de un cuadro o la lectura de un poema como un medio para la enseñanza moral, en donde la moraleja o la lección que se obtienen de la experiencia son el fin último y el valor máximo de la experiencia. Lo mismo podría decirse si la experiencia o la obra de arte se supeditan a algún fin cognoscitivo, en cuyo caso la experiencia y la obra valen principalmente en tanto que pueden aportar elementos para el conocimiento del objeto observado o, incluso, para el conocimiento del propio sujeto.

En la estética en perspectiva, aunque el fin de la experiencia estética sea un fin en sí, en donde el sujeto se regocija con el encuentro del objeto, en su contemplación, en su forma, en el juego de imágenes y pensamientos que éste le despierta, por más intensa que esta experiencia sea, el sujeto y el objeto permanecen separados: hay una distancia, una separación, una perspectiva desde la cual el sujeto, podríamos agregar, consume al objeto, aunque sea solamente en el placer suscitado por el libre juego de la imaginación.

> He aquí lo que yo defino como una estética en perspectiva, aún si ella es profundamente sensible, emocional e incluso erótica.
> Es una estética en perspectiva porque el impacto de un objeto no anula al objeto, en el sentido etimológico de *objectum*, y el rol del espectador no desaparece tampoco, aun si situamos la experiencia estética como sensible, en el sentido de *aisthesis*, de un intenso regocijo temporal e incluso emocional, de lo vivido.
> La estética en perspectiva, a mis ojos, debe ser sobrepasada.[4]

[4] M.N. Lapoujade, "De l'esthétique en perspective a l'existence esthétique", en *Esthéttiques de l'espace en Occident et Orient*, p. 278. Traducción propia.



La estética de la comunión se manifiesta en una experiencia estética, si no de mayor exaltación, sí de mayor profundidad. En ella, el sujeto no juega con las imágenes o evocaciones y pensamientos que le suscita el objeto; en ella, el sujeto absorbe, vive el objeto hasta que él mismo es el objeto, ya no hay distancia, ya no hay mediación, hay una fusión, una comunión, la dialéctica sujeto-objeto ha desaparecido. Cito a Lapoujade:

> En general, yo sostengo una actitud estética que sobrepasa una estética en perspectiva, porque el ojo escucha [...] respira un aroma, toca, saborea. Por cierto, se trata de una experiencia más profunda que de una sinergia de los sentidos, como una cooperación; yo retengo mejor las correspondencias baudelerianas, que implican una comunión.
> El ojo, símbolo de la subjetividad, "ventana del alma" como la llama Platón, sufre una metamorfosis radical, el poeta se sumerge en la flor. La flor habita al poeta, el poeta vive en la flor.[5]

Así, Lapoujade nos invita a transitar de la estética como medio, a la estética en perspectiva, y de ahí a la estética de la comunión.

Pero ¿cómo podemos lograr la experiencia estética de la comunión?, ¿qué conduce a la experiencia estética de la comunión en que el objeto y el sujeto se fusionan?, ¿qué propicia este tipo de experiencia?

Hay una condición que parece ser indispensable para que el sujeto pueda acceder a este tipo de experiencia estética: el sujeto debe primeramente reblandecerse, perder la rigidez, la dureza que lo confronta y lo opone al objeto que contempla. El sujeto debe estar dispuesto a despojarse de sí, a sumergirse en la flor, en el agua, en el viento, en la roca, pero esto no puede suceder si el sujeto per-

[5] *Ibid.*, p. 281. Traducción propia.



manece duro, rígido, impenetrable, apegado a aquello que lo conforma. La condición para lograr la experiencia estética de la comunión parece ser el desprendimiento de sí, que pasa por el des-apego de aquello a la cual o con lo cual el sujeto se ha adherido, con lo que se ha identificado. Así lo ve María Noel:

> La vida transcurre entre el velo de lo ilusorio, el yo egoísta, pequeño, disperso, adherido a todo lo que ocurre en su entorno, y adherido a sus propios amores y odios, envidias, rencores, ambiciones, proyectos.
> Este pequeño yo mezquino es sólo el timonel inexperto para una vida infeliz.
> En el despojamiento sereno, en el "no hacer, no sentir, no pensar, no querer, no desear" en esos intervalos de paz, en la profundidad, es posible contactar con lo originario, lo universal, indeterminado, que está vacío de todo.[6]

En otra página, María Noel escribe: "La actitud de desapego, de desasimiento de todo, conduce a la unidad de cuerpo-alma en una totalidad indivisa, en que el ser integral se vive pleno".[7]

Y aquí preguntamos: ¿cómo lograr el desapego?, ¿qué nos conduce al desprendimiento de nosotros mismos?

María Noel Lapoujade observa dos vías disímiles, pero confluyentes; yo quisiera hacer notar una tercera y centrar mi atención en ella.

La primera es la ensoñación bachelardiana, la segunda la práctica del zen japonés caracterizada por D.T. Suzuki y Taïsen Deshimaru, y la tercera que quiero hacer notar es el escepticismo pirrónico descrito por Sexto Empírico.

[6] M.N. Lapoujade, *op. cit., supra*, nota 4.
[7] *Idem*.



Menciono brevemente el camino de la ensoñación y el de la práctica zen, confluencias que explora más ampliamente Lapoujade en la conferencia "Bachelard y el zen: hacia una estética cósmica", pronunciada en Puebla en 2010, para concentrarme en el escepticismo pirrónico, aunque sea de forma esquemática.

Gaston Bachelard reconoce un estado en que brotan las imágenes primordiales, un estado que se encuentra entre la vigilia y el sueño, pero que no es ni lo uno ni lo otro. Un estado en que el poeta quiere comunicarnos un silencio primordial, un silencio en que el sujeto se encuentra a sí mismo, un silencio de paz, un silencio sereno, en que el sujeto se borra y se funde en su ensoñación.

> Es demasiado fácil caracterizar el silencio como un retiro pleno de hostilidad, rencor, enojo. El poeta nos solicita soñar mucho más allá de estos conflictos psicológicos que dividen los seres que no saben soñar. Se siente que es preciso franquear una barrera para escapar a los psicólogos, para entrar en un dominio que "no se observa", donde nosotros mismos no nos dividimos más en observador y observado. Entonces el soñador está todo fundido en su ensoñación. Su ensoñación es su vida silenciosa. Es esta paz silenciosa que quiere comunicarnos el poeta.[8]

Así, según Bachelard, en la ensoñación el sujeto se desprende de sí para fundirse en su ensoñación: disolución de la dialéctica sujeto-objeto: comunión estética.

Por otra parte, en el zen, por medio del *zazen*, que significa meditación sentada, en que el sujeto se concentra solamente en la respiración, sin espíritu de provecho, sin esperar nada más, tenemos la entrada a un estado primordial, en que el yo se borra hasta desva-

[8] Gaston Bachelard, *La poétique de la rêverie*, p. 39. Traducción de M.N. Lapoujade.



necerse. El sujeto se vuelve uno mismo con su respiración. En este estado se hace presente el silencio, un silencio profundo, un silencio en donde no hay juicio, opinión, un silencio puro, hondo, sereno. En un ejemplo de Deshimaru:

> Un maestro pregunta un día a uno de sus discípulos que estaba haciendo *zazen*: "¿Qué estás haciendo?". El discípulo le dice: "No hago nada". El maestro: "¡Pero estás haciendo *zazen*!". El discípulo: "No hago nada, ni siquiera *zazen*". Realmente hacía *zazen*, inconscientemente. Solamente *zazen* sin objetivo. Todo acto realizado con este espíritu, con esta concentración es zen; de esta manera nuestra vida puede volverse práctica del zen.[9]

En el zen, nos dice Suzuki, el dualismo sujeto-objeto es superado:

> La cuestión consiste en no ser "atrapado", como dirían los maestros, en ninguna de las cuatro proposiciones (*catushkotia*): 1) "Es A"; 2) "Es no-A"; 3) "Es A y no A"; y 4) "No es A ni no A". Cuando efectuamos una negación o una afirmación, estamos seguros de introducirnos en una de estas fórmulas lógicas de acuerdo con el método hindú de razonamiento. En la medida en que el intelecto se mueva en el surco dualista corriente, esto es inevitable. Corresponde a la naturaleza de nuestra lógica que se exprese así cualquier afirmación que efectuemos. Mas el zen piensa que la verdad puede ser alcanzada cuando no se le afirma ni se le niega.[10]

[9] Yoka Daishi, *Shodoka. El canto del inmediato satori*, p. 32.

[10] D.T. Suzuki. *Ensayos sobre el budismo zen*, vol. 1, p. 301. Nótese la remarcable coincidencia con la siguiente afirmación de Sexto Empírico: "La suspensión del juicio es ese equilibrio de la mente en la que no negamos ni afirmamos nada. Y la atarxia es bienestar y serenidad de espíritu" (Sexto Empírico, *Esbozos pirrónicos*, p. 55).



Estas dos vías, que conducen a la experiencia estético-mística de la comunión, requieren del desprendimiento del sujeto de sí, del desapego a todo aquello que se ha adherido y con lo que se ha identificado. Un sujeto fervientemente apegado a sus bienes, a sus títulos, a sus deseos, a sus creencias, difícilmente podrá tener la humildad para dejar de ser, aunque sea un momento, su pequeño gran ego, para confundirse y desvanecerse en la experiencia estética de la comunión.

En este sentido, propongo que el escepticismo pirrónico de Sexto Empírico confluye, es propiciatorio de la experiencia estética de la comunión en tanto que puede considerarse como una práctica del desprendimiento del sujeto, del desapego generado por el juicio sobre la bondad o maldad de las cosas, y, en general, del quebrantamiento del dogmatismo y del desapego a cualquier creencia.

En palabras de un crítico de Foucault: "No obstante, en Pirrón, la atención por sí misma no tiene como objetivo la construcción de una fortaleza interior, sino, por el contrario, la abolición de la subjetividad. 'No es fácil —decía— despojarse del hombre', es decir, llevar a su término la ascesis negativa que debe culminar en no verse porque uno ha conseguido destruirse".[11]

Por cuestiones de espacio me limitaré a señalar los puntos centrales del método escéptico que conducen al desprendimiento del sujeto a través del desapego del deseo y del desapego a la creencia.

En muchas ocasiones se olvida, al discutir los problemas epistemológicos planteados por Sexto Empírico, que la finalidad última del escepticismo pirrónico es la consecución de la ataraxia o

[11] Carlos Levy, "Michel Foucault y el escepticismo: reflexiones sobre un silencio", en *Foucault y la filosofía antigua*, p. 111.



serenidad del espíritu. Las discusiones epistemológicas que se llevan la mayor cantidad de páginas tanto en los *Esbozos pirrónicos* como en el *Adversus Matematicos* no son realizadas con el fin de establecer los límites que debe alcanzar la *epojé* o suspensión del juicio, o parafraseando a Kant, para conocer los límites del conocimiento posible. Las discusiones epistemológicas tienen como fin inducir la suspensión del juicio que, a su vez, puede propiciar la ataraxia o serenidad del espíritu. En palabras de Sexto Empírico:

> Desde luego, un fin es "aquello en función de lo cual se hacen o consideran todas las cosas y él en función de ninguna", o bien "el ultimo objeto de la apetencia".
> Pues bien, desde ahora decimos que el fin del escepticismo es la serenidad de espíritu en las cosas que dependen de la opinión de uno y el control del sufrimiento en las que se padecen por necesidad.[12]

Así, pues, las indagaciones epistemológicas tienen la finalidad de producir la serenidad del espíritu. El escéptico pirrónico no es, como el propio Sexto lo declara, quien después de haber investigado afirma haber encontrado la verdad, ni tampoco quien afirma, como el escéptico académico, que no se puede encontrar la verdad, sino quien continúa en la investigación.

Sin embargo, es importante subrayar que el escéptico pirrónico no continúa en la investigación para encontrar la verdad; continúa en la investigación para descubrir o crear argumentos que produzcan la equipolencia argumental. La equipolencia argumental se produce cuando a una tesis se le contrapone una antítesis en donde los argumentos a favor como en contra de la tesis y la antítesis parecen

[12] Sexto Empírico, *Esbozos pirrónicos*, p. 61.



igualmente convincentes. Cito a Sexto Empírico: "No nos ocupamos, en efecto, de la realidad para emitir opiniones con firme convicción sobre alguna de las cosas admitidas como dogma en el estudio de la realidad, sino que nos ocupamos de ese estudio para contraponer a cada proposición una proposición de igual validez y para conseguir la serenidad de espíritu".[13]

Pero ¿cuál es el método, el camino que el escéptico sigue para alcanzar la serenidad del espíritu? Sexto nos dice: "Y el escepticismo es la capacidad de establecer antítesis en los fenómenos y en las consideraciones teóricas, según cualquiera de los tropos; gracias a la cual nos encaminamos —en virtud de la equivalencia entre las cosas y las proposiciones contrapuestas— primero hacia la suspensión del juicio y después hacia la ataraxia".[14]

El escéptico es quien desarrolla una capacidad argumentativa para generar la equipolencia entre tesis contrapuestas, que al sostenerse con argumentos de igual poder persuasivo producen la suspensión del juicio, esto es, el sujeto se abstiene de declarar o asentir a la verdad de cualquiera de las tesis propuestas, no asevera ni niega la verdad de las proposiciones, no se pronuncia, guarda silencio. Una vez que el sujeto ha suspendido el juicio, que guarda silencio, la ataraxia o serenidad del espíritu se hace posible.

Pero, ¿en qué sentido el escepticismo pirrónico de Sexto Empírico es desprendimiento de sí y desapego?

Un tema muy discutido entre los helenistas, desde los años noventa, ha sido la extensión o alcance de la suspensión del juicio; algunos autores, como Michael Frede,[15] han sostenido que el alcance

[13] *Ibid.*, p. 58.
[14] *Ibid.*, p. 53.
[15] Myles Burnyeat y Michael Frede, *The original sceptics: a controversy*.



de la suspensión del juicio es limitado a cuestiones de tipo teórico; otros, como Jonathan Barnes,[16] sostienen que la suspensión del juicio es global. Si seguimos a Barnes —lo que me parece correcto—, el escéptico pirrónico hace presa de sus ataques a cualquier creencia, a cualquier proposición que un sujeto considere como verdadera, a toda convicción, o como gusta llamarlo Sexto, a todo dogmatismo.

Ahora bien, si un sujeto es básicamente, o en gran medida, su ideología, las creencias que dirigen su vida, las convicciones que lo rigen, entonces un sujeto que ha pasado por el fuego de la argumentación escéptica, que ha sido, por la práctica argumental persuadido, de la implausibilidad de sus dogmas y convicciones, que ha dejado de apegarse a ellas, es un sujeto libre de dogmas, un sujeto desprendido de sí.

Sin embargo, no sólo el escéptico se desapega de sus creencias, también lo hace de gran parte de sus deseos. Cito a Sexto:

> Pues quien opina que algo es por naturaleza bueno o malo se turba por todo, y cuando le falta lo que le parece que es bueno cree estar atormentado por cosas malas por naturaleza y corre tras lo —según él piensa— bueno y, habiéndolo conseguido, cae en más preocupaciones al estar excitado, fuera de toda razón y sin medida y, temiendo el cambio, hace cualquier cosa para no perder lo que a él le parece bueno. Por el contrario, el que no se define sobre lo bueno o malo por naturaleza no evita ni persigue nada con exasperación, por lo cual mantiene la serenidad de espíritu.[17]

[16] *Idem*.
[17] Sexto Empírico, *op. cit.*, pp. 61-62, nota 13.



La persona que se desprende de sus creencias sobre el valor intrínseco de ciertos estados o cosas se desapega entonces de su deseo por alcanzar los estados o cosas que considera esencialmente valiosos y, a su vez, del miedo de verse privado de los mismos, lo que le hace dejar atrás las perturbaciones que le provocan los apegos a la consecución de este tipo de deseos.

Para concluir, creo que no sólo hay dos vías que propician la experiencia estética de la comunión, como son las que nos propone María Noel, a saber, la ensoñación y la práctica del *zazen*, quizá hay otras (María Noel no niega esta posibilidad), y entre ellas encontramos la práctica del escepticismo pirrónico.

El escéptico pirrónico es un individuo que se desprende de sí mismo al desprenderse de sus creencias y desapegarse de una clase importante de deseos. Es un individuo que suspende el juicio, que guarda silencio, que está en un estado adecuado, si no en el estado en que ocurre la experiencia estética de la comunión que propone Lapoujade, en que ya no hay dos: la flor y el poeta, sino uno: la flor poeta o el poeta flor, en donde la flor habita al poeta y el poeta vive en la flor.

Querida María Noel:

Sólo tengo una palabra para ti: Gracias.

Gracias por tu pensamiento filosófico, que siempre me ha inspirado y guiado; gracias por tu ejemplo de congruencia y honestidad, siempre he admirado el hecho de que no hayas sucumbido a modas filosóficas o a corrientes dominantes, a pesar de todos los obstáculos que esto representa; gracias por ser mi maestra y tutora; gracias por tu apoyo siempre generoso.



María Noel Lapoujade, exploradora de la imaginación

Adriana del Carmen Martínez Beltrán
Instituto de Educación Media Superior del DF

Primero que nada debo disculparme con ustedes. Sabemos que la obra de María Noel Lapoujade presenta una riqueza impresionante. Abarca temas tan amplios como la salud y el arte, el psicoanálisis y la mística, la mitología y la geometría. Pero mi participación en este evento no va a profundizar sobre ninguno de estos temas en particular, sino en la trayectoria de nuestra homenajeada a partir de una preocupación que ella me expresó hace poco tiempo: su deseo de que este evento le permitiera vislumbrar los alcances que su trabajo ha tenido, la manera como ha sido recibido por quienes participamos con ella mientras lo desarrolla a lo largo del tiempo. Es decir, el impacto que su obra ha tenido en las personas que hemos trabajado muy cercanamente a la misma y aquello que hemos apreciado en ésta. Un comentario que, por cierto, me dejó helada del terror de quizás haber comprendido mal muchas cosas a lo largo del camino, pero también con el deseo de compartir con ustedes la visión que tengo de su estupendo trabajo. Lo haré en un vocabulario muy sencillo, pues durante los últimos años me he entrenado en explicar

a adolescentes, casi niños, estas mismas ideas que tanto he disfrutado, pues creo seriamente que muchos de ellos las convertirán, a su vez, en nuevas realidades futuras.

Cuando finalmente fui invitada a este homenaje, muchas emociones se agolparon en mi ser. Primero, la alegría de celebrar la trayectoria de María Noel Lapoujade, gran investigadora y entrañable profesora de nuestra facultad, cuyo trabajo en pos de lo imaginario ha dejado una profunda huella en varias generaciones de estudiantes, de los cuales, la mía, es sólo *una* en un mar de experiencias. Segundo, el temor de presentar a ustedes una visión demasiado subjetiva y emocional de la huella que personalmente ha dejado en mí, un tema que resulta poco relevante ante los muchos temas profundos que pueden desprenderse de su trabajo. Sin embargo, les pediré que consideren en adelante mi relato como un "caso tipo" para comprender algunas de las resonancias de su obra y de su ideario.

Conocí a María Noel de manera casual cuando tenía yo once años. Me llamó la atención su acento, desde luego, extrañamente rítmico para mí, pero también la calidez de su saludo, que no distinguía el afecto que me dedicaba a mí, una perfecta desconocida, del que ofrecía a sus propias hijas. Desde ahí, habrá dos notas que marcarán en adelante mi percepción de la persona trascendente que ella ha sido en mi vida: su cuidadoso lenguaje, siempre afectuoso y cálido, y la tranquilidad de su voz afectuosa. Tuve después la oportunidad muchas veces de seguir esa voz, hablando a la vez con energía y con suavidad, con emoción y respeto, de los conceptos que han situado su obra en torno de la imaginación. Y debo decir que la tibia calma que su voz emite no menoscaba la pasión que desde siempre le ha impreso a esta búsqueda, de manera tan contagiosa para algunos de nosotros, que hemos seguido de cerca su trayectoria



durante años. Sé que muchos de nosotros fuimos atraídos por esa afectuosa voz esta mañana, para agradecer juntos a María Noel lo mucho que ha aportado a nuestras vidas, en múltiples y diversos sentidos. A partir de ahí, el azar o el destino —al fin de cuentas, conceptos tan contrapuestos que coinciden en una fuerza misteriosa e incomprensible— me han colocado en puntos desde donde he podido compartir cercanamente grandes momentos con María Noel y apreciarla como filósofa, amiga, jefa y maestra, como un ser humano rico y complejo, para llegar después de tanto tiempo y tantos escenarios a la misma conclusión que aquella niña de once años que era yo la primera vez que hablé con ella: *no la conozco aún, pero me fascina*. La convierto en imágenes que guardo desde la infancia y que pasan por múltiples rostros.

O en otros términos: *no la conozco, sin embargo, la imagino*.

Y aquí empieza nuestro vuelo de pájaro siguiendo su trayecto.

Quería hacer a ustedes una lista de las cosas que aprendí trabajando y conviviendo con María Noel. Voy a omitirlo, pues resulta demasiado larga. Así que me concentraré en dos puntos:

Este es el primero: aprendí que imaginar tiene complejas relaciones con el conocer, es decir, que la imaginación no es una desechable pérdida de tiempo.

Tengo diversas imágenes de María Noel: como madre, como amiga, como profesora, como abuela, como cómplice, como compañera de trabajo, como investigadora... ninguna de ellas encierra todo lo que ella es, ninguna de ellas es la imagen única y definitiva. Pero todas son aportaciones al conocimiento que puedo tener de ella misma. Entonces, estas diversas imágenes se anteponen a mi conocimiento. Y, en otro momento, las imágenes intentan coincidir en un solo concepto que, para existir, tiene que recurrir a lo imaginario. Así, mi conocimiento de ella resulta sólo un ejemplo de un



proceso más extendido. Nuestro conocimiento del mundo no sólo no está reñido con lo imaginario, por el contrario, necesita de él. Esto lo aprendimos partiendo de la duda siempre presente que surge del trabajo de Kant: si el *nóumeno* es una realidad que hacemos *como si* fuera real, sin poder constatar que exista en sí mismo, ¿qué es, entonces, lo que estoy conociendo? ¿Es realmente *algo*, más allá de lo que está en mi propia conciencia? ¿Puede nadie conocer nada más allá de sí mismo?

No conozco un ser humano que pueda comprender esta pregunta sin estremecerse ante ella, pues significa la posibilidad de que nuestra conciencia del mundo sea, en realidad, la poca claridad que tenemos de conocer nuestra propia conciencia y, posiblemente, nada más allá. Me atrevo a suponer que el pensamiento de María Noel surge de estremecimientos como este.

Pero a lo largo del tiempo he visto una maravillosa transformación que ha llevado este estremecimiento a convertirse en asombro y maravilla y, finalmente, en una respuesta que ha permitido saltar desde el estremecimiento hacia el respeto profundo, y del respeto a la esperanza de constituir un mundo y un sentido a ese mundo.

Trataré de explicarme.

El trabajo de María Noel como profesora en la facultad inicia desde 1975. Con él se da un paso hacia la investigación, la docencia, la asesoría de tesis, la apertura y difusión de su propia línea filosófica, que circula desde siempre sobre los temas de lo imaginario, la imaginación y la racionalidad. Pero a lo largo de los años este esfuerzo ha dado diversos frutos y ha pasado por etapas que, como todo pensamiento, parecen tener una vida propia.[1]

[1] Puedo constatar estos datos, los cuales pueden corroborarse en las solapas de su libro: María Noel Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*.



María Noel publicó en 1988 su primer libro, *Filosofía de la imaginación*. En él exploraba con energía, rebelde y crítica, una visión muy revolucionaria de la imaginación como facultad humana. Reclamaba para la imaginación la misma importancia que damos a la razón o a la voluntad, comprendiendo que la imaginación suele ser malinterpretada como "fantasía". María Noel Lapoujade reivindicará, desde su primer libro, el carácter facultativo de la imaginación.

Así, una de las primeras nociones que surgen de su obra es que la imaginación no es en modo alguno una facultad inútil, relegada a la evasión y a la futilidad de lo que no es real, sino, todo lo contrario, la base misma de aquello que interpretamos como realidad. Y esto sucede en varias dimensiones: la imaginación que crea en un primer nivel todo aquello que conocemos como real y de lo cual tenemos, por lo tanto, imágenes sensibles (que vemos, olemos, tocamos y sentimos en nuestra mente a partir de la experimentación de un objeto), las cuales resultan la base de toda experiencia. En un segundo nivel se encuentran los usos de la imaginación que nos permiten realizar cualquier transformación a ese mundo y re-crearlo conceptual y físicamente. Y, finalmente, la imaginación que, en un tercer nivel, nos pide incluso trascender ese mundo y captar otras realidades que desafían nuestras concepciones de límite. De estos usos de lo imaginario se nutren las artes, las religiones y las mitologías, entre otras de las áreas que más elevan el nombre de lo humano. Y, para hacer más complejo este punto, la imaginación no sólo es capaz de realizar todas estas tareas de manera alterna, sino también simultánea o cíclica, de manera que comprender, transformar y trascender la realidad no son momentos que ocurren de manera aislada y lineal, sino que están ocurriendo paralelamente de maneras simultáneas y asistemáticas.



Toda esta complejidad está contenida en la muy trabajada definición que de esta misma facultad humana hace nuestra autora en su *Filosofía de la imaginación*:

> La imaginación es una función psíquica compleja, dinámica, estructural, cuyo trabajo consiste en producir —en sentido amplio— imágenes, puede realizarse provocado por motivaciones de distinto orden: perceptual, mnémico, racional, instintivo, pulsional, afectivo, etcétera; consciente o inconsciente: objetivo (entendido aquí como motivaciones de orden externo al sujeto, sean naturales o sociales) o subjetivo. La actividad imaginaria puede ser voluntaria o involuntaria, casual o metódica, normal o patológica, individual o social. La historicidad es inherente, en cuanto es una estructura procesal perteneciente a un individuo. La imaginación puede operar volcada hacia o subordinada a procesos eminentemente creativos, pulsionales, intelectuales, etcétera; o en ocasiones es ella la dominante, y por ende, guía los otros procesos psíquicos, que en estos momentos se convierten en subalternos.[2]

¡Vaya que resulta una definición compleja! Una definición amplia que trata a la vez de ser lo más atinada posible, lo más cercana a la riqueza inacabable de lo imaginario y a sus múltiples facetas. De ahí su enumeración tan exhaustiva.

Así pues, lo primero que resalta para mí de la obra de nuestra profesora es la búsqueda exacta de un lenguaje que manifieste sus ideas y el planteamiento de la imaginación como una facultad básica del ser humano, que requiere de tanta atención como cualquier otra, pues explorada en toda su complejidad nos lleva a la base de las

[2] María Noel Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 21.



ciencias y de las artes, de todo lo que nos enorgullece o avergüenza como cultura.

Recuerdo muy bien la presentación del primer libro de María Noel en este mismo edificio. Recuerdo cierta consternación ante una crítica que el doctor Fernando Salmerón esbozó en ese entonces ante su lectura y ante la defensa apasionada de la imaginación que éste significa. Salmerón señalaba que la imaginación tiene también un lado destructor, el que lleva a la fabricación de armas, a la creación de torturas e incluso a la locura. Que la visión romántica de lo imaginario había sido sobrepasada en el siglo XX por los extremos destructivos a los que la imaginación humana había podido llegar. Recuerdo a María Noel extrañada ante esta crítica, frunciendo ligeramente el ceño, pero con los labios abiertos a punto de añadir algo, algo que no añadió en ese momento, pero que, a mi juicio, ha añadido con sus múltiples publicaciones en los últimos años…

Si este mundo se halla al borde de su propia destrucción y si el ser humano mismo coquetea a ratos con lo inhumano, esto no se debe sólo a la imaginación, sino al mal uso que por desconocimiento hemos hecho de ella para ofrecerle nuevas soluciones a nuestra realidad. Si bien la realidad que hemos construido es algo ante lo que pocos sentimos orgullo o felicidad, hará falta aún mucha imaginación para sacar nuevamente este mundo adelante, y para rescatarnos a cada uno de nuestras diversas realidades.

Pero parece que no hemos sido educados para utilizar nuestra imaginación, sino más bien para negarla, para acorralarla, para alimentarla con imágenes creadas por otros y pagar por ellas como si no fuéramos capaces de crear las propias, para constreñir a la imaginación como un área lastimosa de nuestro ser que sueña con lo que no debe y encerrarla bajo cerrojo como “la loca de la casa”.



María Noel ha pasado mucho tiempo buscando la cerradura de esa puerta, incitándonos a buscar, y luchando también contra la posibilidad de darse por vencida frente a los temores que genera liberar lo imaginario, porque quizás allí, entre nuestras pesadillas y nuestras deformaciones, esté aquello que podría salvarnos.

Así fue como a mediados de los años noventa me tocó ser un testigo cercano del momento feliz en el que María Noel descubrió que en otros países existen centros especializados de investigación en torno de lo imaginario. Que esta posibilidad de plantear la imaginación como un territorio necesario de explorar no era un trabajo exclusivo y aislado, sino una preocupación constante de otros investigadores, preocupados, como ella, por hacer de la imaginación un área de la investigación filosófica más seria y contundente. La vi, feliz, partir de México para trabajar al lado del doctor René Schèrer, investigador del Centro de Investigación sobre lo Imaginario en París 8, quien había escrito al lado de Deleuze y Guattari. Schèrer había vivido de cerca el mayo francés de 68. Heredero de una visión profunda y utópica de la imaginación, coincide con María Noel Lapoujade en la reivindicación de lo imaginario, en defender esta facultad de un papel al que se le ha relegado por resultar irracional o peligrosa, al no entender que imaginación y razón pueden colaborar para construir una realidad renovada y mejor.

Más adelante, los trabajos que realizará María Noel con otros colaboradores en París y en Brasil, en Uruguay, en Costa Rica y en México —algunos de estos colaboradores están entre nosotros este día— la llevan a impulsar un trabajo más organizado, colectivo e interdisciplinario. Por ello, reivindicar la imaginación para la filosofía deja de ser un tema primordial ante otro más urgente: explorar lo imaginario en un sentido amplio que compete por igual a filosofía, antropología, música, arte, psicoanálisis, medicina... convencidos de



que las ciencias y las humanidades deberían por igual valorar el poder de lo imaginario.

María Noel nunca ha quitado el dedo del renglón sobre valorar en la imaginación la capacidad humana de crear y de embellecer nuestro paso. El lado negativo y destructor de lo imaginario, quizá, no está a fin de cuentas en la imaginación misma, sino en su falta de alcance que hemos hecho de su empleo.

Tras su estadía en París y a su regreso a México, después de escribir al menos cuatro libros más sobre la línea de investigación que nos ocupa, y tras la publicación de uno de ellos, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, María Noel explorará algunos de estos alcances.[3]

En este texto tenemos una nueva exploración de la imaginación, pero más allá de la cuestión de valorar la imaginación como facultad, ahora María Noel juega, a través de su lectura de las pinturas de Johannes Veermer, a observar los diversos planos que el pintor es capaz de mostrar en imágenes, trascendiendo el espacio mismo del cuadro y sus límites.

Esta idea, la de *trascender los límites*, estaba ya en las inquietudes que siempre han acompañado a María Noel. Es una idea ya planteada en sus investigaciones sobre Kant, resaltando como uno de los puntos más importantes de su lectura de este autor (que marcó a tantos y tantos estudiantes de su Seminario de Investigación en esta facultad) y como una constante de sus cursos: plantear la escisión del ser humano entre la realidad que cree conocer y su impulso a alcanzar lo desconocido, que no por imposible deja de ser impulso. Para poder contarlo a ustedes, quiero retomar una metáfora de la *Divina Comedia*.

[3] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Veermer.*



En el canto XIX del Paraíso, Dante se refiere al mar. Describe la orilla del mar, en la que puede observarse el fondo que trasluce, los pequeños objetos que se ven en ese fondo, y alude a aquello que conocemos del mar: peces y algas, caracoles, arena... pero el fondo del mar nadie lo conoce. De tan profundo, nadie ha llegado jamás a su fondo. Dice Dante: "La vista que recibe vuestro mundo sólo penetra en la justicia sempiterna como el ojo se interna en el mar; que aunque vea el fondo cerca de la orilla, no lo ve en el inmenso piélago; y sin embargo el fondo existe, pero su profundidad misma lo oculta".[4]

Así pues, el fondo existe. *No lo conozco, pero lo imagino*. Por ello, me permito creer que hay un fondo. Hasta me permito imaginar lo que estará en ese fondo. Pero el fondo permanece inalcanzable y profundo, invitándome a sumergirme sabiendo que ello es imposible. Con el fondo, Dante quiere hablar de lo sagrado. Eso que me permito vislumbrar, cuando sólo veo su pequeña y transparente orilla, pero que mi imaginación sigue intentando alcanzar, aunque me resulte física y racionalmente imposible.

Lo sagrado resulta, así, incomprensible, pero imaginable. No puedo trascender mis límites, pero mi imaginación sí que puede trascenderlos. Así, puedo vislumbrar algo más allá de mi limitado ser, de mi existencia misma, de los límites de mi especie y del tiempo que corre de manera contable. Lo eterno y lo infinito son nociones que el imaginario me ha mostrado, así la obra de María Noel ha pasado

[4] Elegir una edición de *La divina comedia* es una tarea difícil, y aunque existen otras traducciones al español que quizá intentan respetar la estructura poética del texto, cito para ustedes la edición que estaba leyendo cuando la imagen que me provocó me llevó de vuelta a nuestra autora: Dante Alighieri, *La divina comedia*. Traducción de Francisco Montes de Oca. México, editorial Porrúa, 2012, 394 pp. (p. 227).



de *la imaginación que nos rebela contra la realidad limitada* a *la imaginación que se nos revela como una realidad ilimitada*.

Esta noción resulta fundamental si pensamos su vínculo con la idea de respeto: puedo sentir respeto por el otro, por otras formas de ser y de pensar, por otras especies, por la vida misma o hasta por los objetos de apariencia inanimada si la imaginación trabaja para ver en ellos algo mayor que nuestra propia finitud, algo vivo, latente y sagrado.

Ahora voy a contarles una intimidad (no hay un buen homenaje sin revelar intimidades). María Noel colecciona piedras. Cuando yo lo supe, me pareció algo más o menos intrascendente, pues muchas personas coleccionan piedras. Pero la primera vez que la vi contemplando sonriente una de sus piezas y presentándomela como "una escultura" me pareció realmente una idea extraña. No tardé mucho en entender que una piedra puede ser un objeto bello a través de la imaginación. Pero sí tardé mucho más en comprender que una piedra puede ser un objeto sagrado. En ella, la forma resulta de millones de años de sucesos. Su historia, y la historia misma del planeta, han sucedido de manera conjunta. Una pequeña piedra que sostengo en mi mano, en la colección de casualidades que la llevaron hasta mí. En su aparente pequeñez, puedo ver en ella algo más extenso que mi propio ser. Pero no podría verlo sin la imaginación. Y muy ciertamente, yo no podría verlo si no hubiera conocido a María Noel.

Por ello, cuando recuerdo aquella añeja crítica a lo imaginario como un poder destructivo, pienso en la respuesta que después me dio María Noel comentándola: "no es la imaginación la que construye armas y dolor, es la *falta de imaginación*". Y sus palabras me parecen luminosas. Claramente, con mayor imaginación, buscaríamos otras soluciones, alternativas al dolor y la aniquilación.



Pero sólo al ver el universo como sagrado entiendo que es una necesidad prioritaria buscar otras soluciones, que la belleza y el asombro, el goce y el respeto, pueden ser una dirección más clara que la destrucción y el odio. Y eso, sólo la imaginación me permite vislumbrarlo.

Por ello, coincido entonces con la visión que plantea María Noel en su libro más recientemente publicado, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*: debemos comprender "la imaginación como una vía para trascender lo real en aras de la salud y la salvación de la especie". Y por ello, junto con Bachelard, María Noel nos ofrece recordar que somos tan racionales como imaginantes, y que "La imaginación humana es el alimento primordial de la razón para poder ejercer sus funciones y mecanismos asombrosos. Ella también expresa deseos, pasiones, sentimientos, inclinaciones, en montajes de imágenes, signos, símbolos, alegorías, parábolas, emblemas…",[5] y es por ello "[…] una puerta abierta y generosa al bienestar, a la belleza, al cosmos".[6]

Esto fue el primer punto importante que aprendí de María Noel Lapoujade. El segundo empieza aquí, pero no se preocupen, explicarlo será mucho más breve.

Como les contaba, tenía once años cuando conocí a María Noel. No sólo trataba de presumir, quiero contarles algo más.

A los once, yo sabía que habían existido Sócrates y Platón. Eso había pasado hace miles de años. Me gustaba, me interesaba, era parte de la cultura. No los había leído. Pero me gustaba la idea de hacerlo algún día.

[5] M.N. Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 99.
[6] *Idem*.



A los catorce, la primera vez que fui a casa de María Noel, ante la desesperación de sus hijas —que habían escuchado ya muchas veces esa cátedra—, María Noel trataba de explicarme, entre los ladridos de *Canek* y los ruidos cotidianos de tres chicas, cómo comprender el *nóumeno* en Kant, mientras comíamos salchichas empanizadas (y, hablando de homenajes, eso de empanizar salchichas es un talento que, por cierto, no he visto nunca más en otro ser humano), y me contó que estaba escribiendo un libro. Así fue como supe que había filósofos vivos.

Que viven sus vidas y batallas cotidianas mientras piensan en ideas profundas. Que miran la orilla del mar mientras sondean su fondo con la imaginación. Que sostienen pequeñas piedras en su mano mientras sonríen pensando en lo eterno. Que hacen que los objetos, las ideas y ellos mismos, como lo dice un poema de Ungaretti, especialmente importante para nuestra autora, "se iluminen de inmenso".[7]

Y desde entonces, nunca he dejado de celebrar su existencia.

[7] Giuseppe Ungaretti, "Mattina", en *Lállegria*, p. 60.



Atisbo sobre *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética.* La luz de ese libro a la historia del arte actual como creación de narrativas

Elia Espinosa
Instituto de Investigaciones Estéticas

Asombra el rigor filosófico, el gozo estético, la fuerza de imaginar y la calidez con los cuales María Noel Lapoujade reconoce, en el libro citado en el título de esta ponencia, la grandeza de la complejidad que se renueva en la compenetración de la materia y la realidad, reelaboradas y trascendidas por la imaginación. Los conceptos, las imágenes filosóficas, las metáforas y torrente intuitivo de Bachelard, ese científico-poeta-filósofo francés tan enorme como íntimo, son presentados con claridad descomunal, persiguiendo una síntesis de su *in extenso* analítico y la puntualización de lo que el atisbo esparce como descubrimiento súbito.

Al leer la palabra "diálogo" en el título del libro, sin haberlo leído, se pensaría que María Noel arma una entrevista en parlamentos imaginarios separados, mas no es así. La autora maneja el concepto de diálogo en dos sentidos. El uno: exponer la filosofía de Bachelard al ritmo de su comprensión y vivencia del pensamiento bachelardiano, acercándonos, con emoción y admiración, a su com-



prensión del pensador. El otro, haber intercalado las once páginas críticas estupendas, intituladas "Mi voz en el diálogo final: trayectos de la conclusión", formidable síntesis de su propia filosofía y postura ante la vida en coincidencia imaginativa y de frecuencia conceptual con el filósofo, entre la parte intitulada "Estudio", sección en la que va exponiendo los aspectos diversos de aquel pensamiento y la final, llamada "Fuentes". Es decir, allí, "diálogo" significa develación, explicitación y hermandad sensible, intuitiva, visual, y en la forma de sintetizar la imagen compartida de un cosmos determinado por flujos y ósmosis de los que el ser humano forma parte.

El cometido principal de María Noel es llevarnos a la conciencia de que más imaginamos que pensamos, y del tránsito del sueño y el ensueño a *hombres y mujeres cósmicos*, seres potenciados por el dormir del origen al nacer en el planeta, yendo a la vivencia y conciencia del *ritmo* que, según su decir, es "[…] uno de los hilos invisibles que [nos atan] al cosmos".[1]

A grandes rasgos, el *quid* del planteamiento y objetivo principales del texto está en que ese mundo filosófico-poético, y el que aún sigue y seguirá esbozando María Noel, surge en la frontera poética de la duermevela, síntesis de lo diurno y la oscuridad germinante de la imaginación. Y así se percibe en "Estudio", esa primera parte de su palpitante ensayo, en donde ella expone los alcances de la poética en Bachelard, no como una "teoría de la poesía", sino como "una poética de la ensoñación poética",[2] onirismo despierto que, en realidad, es una alianza de *ánima* y *ánimus*, lo femenino y lo masculino, de ensoñación, una de las funciones de la imaginación —el *alma*—, y de la reflexión o espíritu en el contexto de la filosofía bachelardiana.

[1] María Noel Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 107.
[2] *Ibid.*, p. 24.



María Noel nos hace vivir cronológicamente, a la vez en el sin tiempo de su análisis, el paso de las poéticas del fuego, la crueldad, el agua, el aire y la tierra a la poética de la ensoñación y del espacio —esta última realizada por el pensador francés en una obra de referencia obligada para varios historiadores del arte—,[3] en una especie de complejización y, a la vez, carrera hacia la luz del concepto del hombre cósmico; el hombre sanado, reunido a la tierra.

El libro todo de María Noel es un exhorto, un llamado a conocer a fondo al filósofo de Bar-sur-Aube, pero es en cinco páginas de su libro (de la 50 a la 55) donde encuentro directamente vinculaciones de los conceptos de voluntad e imaginación de la potencia vital y de las dimensiones del reposo y las imágenes de la intimidad. Por ejemplo, *la metáfora-concepto* de "biología imaginaria"[4] de la tierra, por medio de la cual, de modo semejante al del poeta Benjamin Péret en su *Historia natural*,[5] uno de los textos más contundentes que produjo el surrealismo francés, exalta las imágenes en movimiento que conllevan, a su vez, otras imágenes en alternancia de la tierra dinamizada por el aire, el fuego, el agua y la imaginación.

Así, esa parte de la filosofía de Bachelard y de la filósofa uruguaya me invitan a relacionarla con la siempre renovada necesidad de la historia del arte contemporánea —uno de mis oficios— en su necesidad de conceptualizar, metaforizar, crear *imágenes metodológicas* en libre movimiento investigador a partir de las obras de arte de hoy

[3] Gaston Bachelard, *La poétique de l'espace*.

[4] M.N. Lapoujade, *op. cit.*, p. 50.

[5] Benjamin Péret, *Historia natural*, p. 25: "Cuando el agua, el aire, la tierra y el fuego se cansaron de danzar alrededor de una flama glacial de vacío, soplaron sobre ella, la extinguieron y, muertos de fatiga, se sentaron muy juntos unos contra otros, pues tenían frío, y si habían bailado durante tanto tiempo la danza de oso enjaulado había sido simplemente para calentarse…".



vistas como imágenes de múltiple efimeridad. Invito a construir esa historia del arte en una ensoñación desplegada a partir de una concepción de la imagen como un aparecer-desaparecer, por lo tanto trazadora de intersticios de misterio que se extienden a su significación y pasajera presencia. Tal naturaleza fragmentaria y fragmentante es propia del arte conceptual, del *performance,* del *body art*, la instalación, el arte de la tierra y otros, marcados por los veloces cambios que muestran los procesos artísticos de los últimos cincuenta años y, dentro de éstos, los quince más recientes.

Mucho ganará la historia del arte impregnándose de la ensoñación, pues ésta involucra a la razón, sorprendida por su propio misterio. La historia del arte contemporánea se mueve conceptual y metafóricamente en tal vértigo creativo, ya benigno para ella por su apelar a lo interdisciplinario con la semiótica, la lingüística, la filosofía, la antropología y otras formas del conocimiento, que su desgajamiento y reconstitución teórico-metodológicos incesantes están guarecidos por esas disciplinas, más su fortaleza importante vendrá de vivirla como una ensoñación conceptuante-metaforizante, en que el historiador acepte la potencia de la imaginación por sobre la parquedad de miras sensibles de la razón.

Una forma de lograr lo anterior puede ser el dejarse impregnar de las *energías infigurables* y de la retícula volátil de fuerzas significantes, significación y estética que toda imagen despliega para crear un método naciente de su *ánima y ánimus* en relación con la subjetividad, antes de analizar y aislar los elementos de las imágenes artísticas y aun durante ese proceso, cual la poética de la tierra que expone nuestra María Noel, profunda pensadora, en *Diálogos con Gaston Bachelard*…[6]

[6] George Didi-Hubermann, historiador del arte francés, ha "acusado" la soberbia del historiador del arte pretencioso, aquel que siempre ha creído "llegar hasta



¿No sería maravilloso estar primero en duermevela con un mural de Orozco, en un concierto de *rock* o ante un *performance* de Eugenia Chellet, Elvira Santamaría o Rosemberg Sandoval, en sus "ensoñaciones múltiples" (Bachelard) que guardan algo siempre inabarcable ante lo cual el historiador debería, primero, sucumbir, poniéndose luego en pie para trasladar esos oleajes a los hambrientos territorios de sus explicaciones hipotéticas o plenamente afirmativas? Entre la "obra de arte" como objeto material, conservada en el museo, y la obra que, desmaterializando y rematerializando el mundo escandalosa o sutilmente, incluidas las implicaciones político-culturales, sociales, perceptuales-institucionales, una historia del arte se abre paso en la actualidad; liguémosla a una "poética de la tierra" que le viene como anillo al dedo en su oficio de crear narrativas analítico-metafóricas de interpretación, esto un fin obligado por la complejidad de muchos niveles de significación y presencia de la imagen.

Por la amplitud de sus miras de concepto y los recursos de vida y sanación, *Diálogos con Gaston Bachelard*…, me recuerda a la metodología íntima, infinita, que proponen René Schérer y Guy Hocquenhem en el libro: *El alma atomizada. Para una estética de la era nuclear. Una reivindicación apasionada de una nueva moral que asume las paradojas inherentes al siglo XX*,[7] en donde ellos nos introducen, como el pensamiento de María Noel, al concepto de alegoría y al símbolo, entre otros, desde una estética libre del sentido carcelario de la razón. Es *como si* hubiesen defendido a la historia del arte en tanto que "estudiosa" de esas dimensiones y constructora de narrativas

el fondo" de la significación de una imagen, cuestión imposible según ese estudioso de los pintores italianos de los siglos XIV y XV.

[7] René Schérer, Guy Hocquenhem, *El alma atomizada. Para una estética de la era nuclear. Una reivindicación apasionada de una nueva moral que asume las paradojas inherentes al siglo XX.*



incluyente lo *infigurable a través de su revelación, sin embargo, oculta (lo alegórico) o a lo que, aun mostrando una fase evidente, guarda un lado abierto al infinito (lo simbólico)*, cual expresa Schérer. La historia del arte, según las entrelíneas de *El alma atomizada*…, involucraría a la imaginación en una pasión del *misterio intersticial*.

Diálogos con Gaston Bachelard… es magnífico como postura filosófica no solamente ante la vida y, de sobra, ante el mundo académico, al cual provoca sismos. En la página 99, María Noel afirma: "Propongo una filosofía de la imaginación en diálogo con el pensamiento de Bachelard, que dé cuenta de lo real trascendiéndolo, como vía de salud y salvación de la especie". Me uno amorosamente a ella en su declaración y comparto su vitalidad diciendo, a mi vez, que *la historia del arte puede ser una poética de la imagen*, que aun no pudiendo desligarse de la explicitación de lo histórico, acoja con libertad el rigor, como si construyese un poema no menos largamente claro que complejo, en donde la estética ayude a conceptualizar su cosecha de materiales, de inquietudes provenientes de la imagen artística y de las imágenes inmediatamente vitales, no artísticas, comunicando a sus lectores el placer y los avatares con los que fue constituida como narrativa.

Gracias, querida María Noel Lapoujade, por suscitar este atisbo.



Metafisica instantánea del poema

Iliana Godoy
Facultad de Arquitectura, UNAM

La discontinuidad del tiempo y la presencia del vacío como ruptura intermitente de la duración, son premisa ineludible para comprender la emergencia del instante poético en la conciencia. Es un lapso que no tiene medida, porque se trata en realidad de un rapto. Fuga, que en vez de huir nos conduce a habitar el centro de las cosas desde el centro del ser, liberado de la interferencia cotidiana. María Noel Lapoujade lo define como un tiempo vertical, para diferenciarlo del tiempo horizontal de la rutina diaria, hecha de periodicidades y repeticiones.[1]

Esta concepción del tiempo como absoluto presente conecta la obra de la autora con el zen y su inconmensurable contemplación del vacío a través de la meditación. Sin embargo, ni Bachelard ni Lapoujade aspiran al vacío absoluto, porque allí la imaginación, en lugar de explorar e inventar, se sumerge en el silencio.[2]

[1] María Noel Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, pp. 116-119.
[2] Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, pp. 69-70.



Entrecerrados, los ojos del Buda han abolido el límite entre adentro y afuera. Sujeto y objeto son entonces una unidad espacio-temporal sin conceptos ni juicios. Entonces, los caminos que más nos acercan a ese estado intemporal son la meditación y la poesía.

Pero el poeta no es necesariamente un meditador disciplinado, deja que las imágenes se sucedan sin buscar un asidero en el logos, pero el suyo no es el abandono total del místico. En el estado de ensoñación conserva a trasmano a la memoria como testigo. Para los poetas el éxtasis no es la finalidad, sino el medio para lograr la sincronicidad cósmica cuya vocación es traducirse en palabras. La poesía constituye un testimonio más allá o más acá de la disolución del ego en el nirvana.

La ensoñación bachelardiana entonces significa otro grado de apertura que mantiene afinada la percepción y capta la sutileza del presente, mirando a un mismo tiempo el afuera y el adentro en una operación sincrónica, a la manera de Jung.[3] Se trata de un estado que mantiene despierta la conciencia frente al estímulo inmediato que detona la ruptura con el tiempo uniforme, y, por asociación simbólica, se despliega y permite que emerja el arquetipo como una protoimagen heredada desde la historia más remota.

Agregamos que en esa suspensión se produce la apertura de la conciencia del poeta hacia el ser, como lo postuló Heidegger al referirse al "claro del bosque".[4] Allí el ego renuncia al control, propiciando que fluyan libremente las imágenes del ensueño, al que todo ser humano tiene derecho. Así lo reconoce Bachelard en su libro *La poética de la ensoñación*. Sin embargo, advierte que: "La poética de la ensoñación que esbozamos no es bajo ningún concepto

[3] Carl Gustav Jung, *La interpretación de la naturaleza y la psique*, pp. 16-18.

[4] Martin Heidegger, *Caminos de bosque*, pp. 32-33.



una Poética de la Poesía. Los documentos de onirismo despierto que nos proporciona la ensoñación deben ser trabajados —a menudo largamente— por el poeta para recibir la dignidad de poemas".[5]

Dichoso aquel que huye del mundanal ruido, diría Fray Luis de León, añorando la soledad del campo desde la vida bulliciosa de la corte, para escuchar con atención serena esas voces secretas, y dedicarles el tiempo necesario para que encarnen en verbo. Para Bachelard, según la autora de este diálogo, ese retiro a la intimidad creadora alimenta no sólo a la poesía, sino que extiende su aura luminosa hacia el pensamiento filosófico.

Con certera visión Lapoujade relaciona el proceso de la ensoñación con el *ánima*, aspecto femenino e imaginativo de la psique. La reflexión posterior, que constituye el trabajo del poeta, lo que llamamos oficio, se identifica entonces con el *ánimus*, componente masculino de la mente.[6] Ambas orientaciones están presentes en todos los individuos y Bachelard las toma en cuenta tanto en el trabajo artístico como en sus estudios de carácter epistemológico. En ese terreno asume la influencia del pensamiento mítico y mágico, presente en las primeras hipótesis científicas, como se advierte en su libro *La formación del pensamiento científico*.[7]

El rigor racional inherente a la articulación de un sistema de pensamiento sin ambigüedades ni contradicciones tiende a considerar la tarea del filósofo ajena a ese campo elusivo de los ensueños que pueblan la poesía, al grado de que Platón excluyó, como sabemos, al poeta de *La República*, por considerarlo un individuo poco objetivo y disolvente. Sin embargo, el autor de los *Diálogos* ensoñaba

[5] Gaston Bachelard, *La poética de la ensoñación*, p. 239.
[6] *Ibid.*, pp. 96-102.
[7] G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, pp. 199-207.



su mito de la caverna, y aún más ensoñaban los filósofos presocráticos con su materialismo de antecedentes órficos, tan cercano a la alquimia. Recordemos que el pensamiento de estos precursores se expresaba en poemas y aforismos herméticos.

Si para los poetas el poema es llegada, para Bachelard es el punto de partida, salvoconducto al mundo de la ensoñación, como lo sabe todo buen lector de poesía. Pero nuestro filósofo va más allá; pone en acción el *ánimus*, como complemento de la imaginación, y elabora una extensa recopilación que articula imágenes poéticas de diversa procedencia, en las cuales resultan recurrentes los cuatro elementos que Empédocles postuló como raíces del mundo material.

Es así como emprende Bachelard la tarea vasta de recorrer las variantes imaginativas que provocan el fuego, el agua, el aire y la tierra en la poesía de diversas épocas y regiones. En cada uno de sus libros dedicados a los elementos el pensador advierte la vertiente feliz de la imaginación poética, y en un segundo plano, su contraparte amenazante y oscura. Así sucede con el agua bienhechora de manantiales, ríos y cascadas, en contraste con las aguas estancadas y densas del pantano. Mas, ¿por qué esta ensoñación de los poetas del agua no se remite al mar en primera instancia? Se pregunta la autora, y se responde que tal vez esta ausencia se deba al ámbito regional, fertilizado por el agua dulce donde Bachelard se desarrolla. El mar y su vastedad rebasan la experiencia humana, pertenecen a otra escala.[8]

Con estas obras sobre los ensueños que emanan de los elementos, Lapoujade delimita esa primera etapa de Bachelard, que en su incursión por los frutos de la imaginación creativa esclarece la

[8] M.N. Lapoujade, *op. cit.,* p. 46.



relación entre el arquetipo y las imágenes poéticas primordiales que tienen como eje a la materia.

En una segunda etapa, consigna la autora, el pensamiento de Gaston Bachelard se propone avanzar en una fenomenología de la imaginación, cuyo núcleo es la imagen poética, la cual emerge en la conciencia de manera inmediata y aparentemente autónoma. Lapoujade reconoce la filiación de Bachelard con la fenomenología de Husserl en cuanto a la *epojé*, ese poner entre paréntesis los conocimientos previos, que en el caso de la imaginación poética implica un vaciamiento de las experiencias anteriores para percibirlo todo como si fuera la primera vez.[9]

Siguiendo los postulados de su filosofía de la imaginación, María Noel Lapoujade consigna dos posibilidades básicas en la creación de imágenes: la primera es la imaginación del "como si", que procede por sustitución, la cual, sacando a la luz correspondencias ocultas, edifica nuevos mundos a partir del mundo conocido. La segunda es la imaginación de lo vivido, la cual, según la autora, *alcanza más hondamente lo real, porque la conmoción de una relación vivida toca registros imperceptibles al rigor de la razón pura*.

La ensoñación lúcida se produce en un espacio-tiempo imaginario donde *la imagen poética aparece como un nuevo ser del lenguaje, que suscita el lenguaje poético para describirla, condensarla, expresarla*.

Es así que en *La poética del espacio* desarrolla Bachelard una fenomenología del habitar poblada por las imágenes caras a la intimidad, como el cajón, los armarios y los rincones, espacios simbólicos cargados de resonancias. Una ambiciosa tentativa de Bachelard es poner en contacto el método fenomenológico con el psicoanálisis, ya que tanto él como Lapoujade buscan una filosofía que abarque

[9] *Ibid.*, p. 61.



la vida humana en sus 24 horas, incluyendo vigilia, ensoñación y sueño nocturno.

El potencial comunicativo de la imagen poética se debe a que está cargada de resonancias y repercusiones tanto para el poeta como para el lector. La resonancia despierta los vínculos ocultos de la imagen con el sustrato arquetípico que comparte la colectividad. La repercusión hace que el poema multiplique su mensaje, al ser asimilado, valorado y citado no sólo en su momento, sino en su proyección hacia el futuro. Lapoujade lo expone de la siguiente manera: "la resonancia nombra la recepción intensa del poema que vibra en el alma. La repercusión implica un giro del ser; el poema ya incorporado da lugar a que hablemos de él, provoca la palabra".[10]

Esta es la base del metalenguaje, la intertextualidad y la crítica literaria, agregaría yo.

En rigor, corresponde al psicólogo junguiano constatar si el ensueño saca a flote los arquetipos troquelados en la psique por el inconsciente colectivo; y será el psicoanalista freudiano quien deconstruya mitos y complejos cifrados en los sueños, actos fallidos y asociaciones libres del paciente. Bachelard, según demuestra nuestra autora, transgrede esa exclusividad y pone tales herramientas en el pensador multidisciplinario que indaga sobre el fenómeno poético, tema central del libro.

Lapoujade nos lleva a preguntarnos: ¿cuál es ese estado entre vigilia y sueño, esa penumbra a la que ella alude, cuando nos contagia su añoranza por el ámbito elemental y simbólico del cuadro *El Filósofo* de Rembrandt?[11] En su búsqueda bachelardiana de intimidad

[10] *Ibid.*, p. 62.

[11] Ponencia presentada por María Noel Lapoujade en el coloquio "Imaginarios impulsos de vida", Facultad de Filosofía y Letras, 2010.



fecunda la autora nos invita a descubrir la grieta imperceptible por donde el inconsciente asoma, asido a las imágenes que se suceden libres de la cadena causal. Se trata de una lectura reveladora del mundo donde nada es fortuito y cada cosa ocupa su lugar.

Aquí aparece de nuevo la conexión del pensamiento de Bachelard con el pensamiento de Jung, en el sentido de que la sincronicidad pone en evidencia la unidad existente entre la subjetividad y el mundo circundante; correspondencia que se actualiza en los momentos privilegiados, cuando nuestra atención registra las claves profundas del lenguaje universal, el cual cobra sentido articulando coincidencias acausales, altamente significativas. El lenguaje cifrado del poema genera otra clase de conocimiento, ese que se transmite a través de la tradición y opera a través de la historia, según lo argumentó Gianbattista Vico.[12]

Atrincherados en la lógica se han construido los grandes sistemas a partir de Aristóteles. Sin embargo, filósofos como Novalis, Bachelard y María Noel Lapoujade nos demuestran que la imaginación interviene en forma activa aun en la visualización del sistema filosófico como un edificio de estructura impecable, a la manera de Kant y Hegel. Este papel activo de la imaginación se manifiesta en la filosofía actual, fragmentaria e impredecible en su desarrollo autopoiético.

La crisis de la modernidad ha suplantado los mitos, creados por la imaginación colectiva, por el mito del progreso, el cual ha requerido mayores sacrificios que cualquier mito de la antigüedad.

En este sentido, María Noel Lapoujade nos hace conscientes de la actitud visionaria de Bachelard, quien rebasa las clasificaciones y

[12] Giambattista Vico, *Nueva ciencia*, pp. 11-13.



opta por una visión heterodoxa y plural, pionera del pensamiento contemporáneo flexible e incluyente.

Pensemos en el deconstructivismo de Derrida, basado en el símbolo y la metáfora, encargados de borrar la violenta huella original del mito.[13] De la lógica del árbol como modelo lineal de orden jerárquico, hemos pasado al modelo rizomático de pensamiento con Deleuze y Guattari, donde el cuerpo sin órganos expresa la libertad y falta de fijeza de un pensamiento siempre inaugural.[14]

En resumen, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética* es un estudio filosófico que ubica en América Latina el pensamiento de Bachelard como un sistema vital de ideas, sujeto, como todo organismo vivo, a un proceso de crecimiento y expansión en una vasta red de interacciones.

Encontramos en este libro un claro entendimiento de la unidad diversa que articula la indagación bachelardiana a través de varios ejes que avanzan y se entrecruzan en un rico entramado. El tránsito del mito, entidad inaccesible, hacia el complejo que aterriza en rituales y configuraciones poéticas, es clave que ilumina las vías de acceso a esta diversidad unitaria.

La segunda parte del libro, dedicada a las fuentes, constituye una estrategia certera para introducir al lector al vasto corpus bachelardiano. Esta selección es una valiosa herramienta para seguir los hitos de su pensamiento, y al mismo tiempo actúa como poderosa motivación para profundizar en su estudio.

En la breve introducción que precede a los capítulos de la selección de textos, la disertación, siempre clara y coherente, discurre

[13] Jacques Derrida, *Márgenes de la Filosofía*, pp. 308-309.
[14] Gilles Deleuze y Felix Guattari, *El antiedipo*, pp. 18-24.



potenciada por una tensión emocional que imanta al lector y lo mantiene cautivo, del logos al ensueño.

A diferencia del poeta, al filósofo le interesa esclarecer los vínculos universales, hacerlos vivir a su lector, provocar en los otros la resonancia y la repercusión que postula Lapoujade para garantizar la comunicación armónica, tanto en el nivel humano como en el cósmico.



Setenta veces siete

María Dolores Almazán Ramos[1]
Universidad Autónoma de Yucatán

La filosofía vive en la duración, la poesía late en el instante.
María Noel Lapoujade

Nuestra querida María Noel ha recorrido setenta años, y en su generosidad nos ha invitado a compartir con ella este recodo del camino. Mi agradecimiento y mi felicitación se unen, pues, al hilvanar las ideas que conforman estas líneas.[2]

[1] María Dolores Almazán Ramos es Doctora en Humanidades por la Universidad Carlos III de Madrid, Profesora-Investigadora Titular de la Universidad Autónoma de Yucatán.

[2] Inicio agradeciendo a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y a la doctora María Noel Lapoujade por la amable invitación a este justo homenaje, justo en toda la extensión de la palabra. Me siento doblemente honrada por estar en la Casa de Estudios, y estar en casa con María Noel y los demás colegas, hermanados en torno al fluir de su pensamiento vivificador.

En la tradición judeocristiana el número siete corresponde simbólicamente a la idea de perfección, y la cifra setenta veces siete va unida al significado de aquello que no tiene límite. Quisiera detenerme en algunos de los sentidos otorgados a dichos vocablos e ir uniendo a ellos mis propias reflexiones, orientadas desde luego hacia la labor realizada por María Noel.

La palabra hebrea que corresponde al número siete proviene de los significados lleno, suficiente, satisfacción. Cada fase lunar, compuesta por siete días, correspondía al periodo que el pueblo hebreo identificó como representativo de lo completo, lo acabado, lo finalizado, la totalidad.

El límite legal para la servidumbre del esclavo hebreo era de seis años; Jacob, por amor a Raquel, sirvió siete años, simbolizando este hecho que únicamente el amor puede ir más allá de los límites, abarcando la extensión total del tiempo destinado al servicio.

El desempeño profesional de María Noel, desarrollado a través de su amor a la ciencia, al arte, a las personas, le ha permitido completar muchos ciclos, alcanzar muchas metas, traspasar límites disciplinares, abarcar espacios y ámbitos diversos.

Setenta era el número que simbolizaba en la antigüedad a todas las naciones del mundo, y por extensión de su significado, el vocablo abarcaba las ideas de siempre, sin excepción, a pesar de todo.

A pesar de todo aquello que María Noel pudiera guardar en su memoria y en su corazón, sus infatigables pasos, sin excepción, siempre la han conducido a través de un sendero de confluencias permanentes. La búsqueda de la perfección por ella realizada no ha tenido, pues, límite alguno.

Nos dice María Noel que profesa y confiesa la filosofía de la imaginación. Profesar y confesar son vocablos muy cercanos al discurso religioso, son también palabras basadas en las ideas de la praxis



y la verdad. Profesar nos remite a manifestar la aceptación de una creencia, a ejercer determinada actividad, a demostrar afectos y sentimientos. Confesar nos da idea de manifestar la verdad sobre determinados hechos, señalando pensamientos o sentimientos que se encontraban ocultos, llevando a cabo el reconocimiento de algo. Ambos términos confluyen en el sentido de ser manifestación. La filosofía de la imaginación es pues el manifiesto que María Noel ha vivido y compartido.

A través de ese manifestarse de su pensamiento nos comparte su convicción de que la filosofía de la imaginación florece en el jardín de senderos que se entrecruzan, donde el arte y la ciencia, el saber y el hacer, van gestando continuamente nuevos espacios de creación.[3]

La poesía y la filosofía, explica nuestra homenajeada, se concentran en el misterio que anida en un signo de admiración, en la manifestación plena del feliz maravillarse como forma estética de transitar la vida,[4] y con estas palabras combina la reflexión filosófica con la prosa poética.

El origen del filosofar, según Platón, es el *thauma*, es decir la actitud humana del asombro, manifestada a través de la imaginación fecunda, de la admiración maravillada, de la sorpresa, la extrañeza y la perplejidad. Nos explica María Noel que la imaginación es la función de la pro-vocación y, al exponer esta reflexión, nos sitúa la esencia del ser humano en su naturaleza imaginativa, que le permite una y otra vez a lo largo del tiempo y a través de las diferentes representaciones culturales, pro-vocar sus sentidos, emociones, sentimientos, reflexiones, con-vocándolos ante el surgimiento incesante

[3] María Noel Lapoujade, "La poesía, esa corona de la filosofía", en *La poesía del encuentro. Cultura independiente en el segundo centenario. Asamblea de lenguas en el Bicentenario*, p. 7.

[4] M.N. Lapoujade, "La poesía, esa corona de la filosofía", en *op. cit.*, p. 9.



de imágenes nuevas, que pueden incluso acercarse a los terrenos de lo insólito y de lo incomprendido; la incitación y el llamado siempre presentes y actuantes en el interior del ser humano conducen la llama que le enciende y la fuerza que le alienta.[5]

El investigador Carlos Rojas Osorio señala que las humanidades forman una subdivisión del saber humano encaminada al estudio de la expresión de la experiencia; en este sentido el intelectual basa su quehacer en el pensamiento, pero en realidad es el pensamiento el que contiene la labor del intelectual, pues como explicaba Heráclito: "propio del alma es un fundamento que se acrecienta a sí mismo".[6]

Rojas Osorio, en su obra *El asombro del pensar* (2000), reflexiona en torno de la correspondencia habida entre los conceptos de sombra y asombro; hay que esperar lo inesperado para poder hallarlo, sostenía Heráclito; la filosofía ad-mira lo que a-sombra, al mirar el devenir. Y el devenir es todo lo real, cambiante, en movimiento; el ser no es si no llega a ser, es decir, deviene, pasando de un contrario a otro, en un continuado proceso.[7]

Al abordar la ontología dinámica, Rojas Osorio conjunta una perspectiva multidisciplinaria que relaciona la filosofía natural, la filosofía moral y la filosofía de la religión, partiendo de que todo conocimiento es interpretativo.[8]

María Noel nos habla de la ontología imaginaria, y al hacerlo re-escribe la historia filosófica en clave imagística, imbricando epistemología y poética.[9] Todo individuo, nos dice, integra en su subje-

[5] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 114.

[6] Rubén Soto Rivera, "Reseña de *El asombro del pensar. La filosofía en el ámbito de las Humanidades*, del Dr. Carlos Rojas Osorio", p. 169.

[7] *Ibid.*, pp. 50-51.

[8] *Ibid.*, pp. 57 y 169.

[9] M.N. Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 98.



tividad espíritu y alma, aúna en su ser aspectos masculinos y femeninos, conjunta razón e imaginación;[10] el ser humano, creador de imágenes, las habita y las recrea.[11] La imaginación alimenta su razón, expresa sus deseos, pasiones, sentimientos e inclinaciones, elaborando signos, símbolos, alegorías, parábolas, emblemas; al vivir la imaginación establece relaciones con y en lo real, envolviendo todo lo que le circunda de manera externa e interna, universal y particular.[12] La filosofía de la imaginación da cuenta de lo real trascendiéndolo, por ello el hombre deviene humano al imaginar.[13]

Como fiel discípula de las enseñanzas de María Noel, confieso el amor que profeso por los versos de Juana de Ibarbourou, y como ha sucedido en otras ocasiones mientras he leído la obra de María Noel, la poesía y la prosa de ambas uruguayas se han conjuntado, amalgamándose para constituir una misma voz, vertida en el diálogo interior al que, afortunadamente, siempre nos conduce la lectura. Al leer, para poder así desarrollar la escritura que hoy comparto con todos ustedes, vino a mi mente el poema "El dulce milagro", y con este hecho fueron surgiendo diversas imágenes que dieron lugar a determinadas asociaciones; me permito primeramente dar lectura a los versos, para después presentar mis reflexiones finales:

¿Qué es esto? ¡Prodigio! Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen.
Mi amante besóme las manos y en ellas,
¡Oh, gracia! brotaron rosas como estrellas.

[10] *Ibid.*, pp. 96-97.
[11] *Ibid.*, pp. 97 y 105.
[12] *Ibid.*, pp. 97 y 101.
[13] *Ibid.*, pp. 99 y 105.



Y voy por la senda voceando el encanto
y de dicha alterno sonrisa con llanto
y bajo el milagro de mi encantamiento
se aroman de rosas las alas del viento.

Y murmura al verme la gente que pasa:
—¿No veis que está loca? Tornadla a su casa.
¡Dice que en las manos le han nacido rosas
y las va agitando como mariposas!

¡Ah, pobre la gente que nunca comprende
un milagro de éstos y que sólo entiende,
que no nacen rosas más que en los rosales
y que no hay más trigo que el de los trigales!

Que requiere líneas y color y forma
y que sólo admite realidad por norma.
Que cuando uno dice: "Voy con la dulzura"
De inmediato buscan a la criatura.

Que me digan loca, que en celda me encierren,
que con siete llaves la puerta me cierren,
que junto a la puerta pongan un lebrel,
carcelero rudo, carcelero fiel.

Cantaré lo mismo: —Mis manos florecen,
rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen.
¡Y toda mi celda tendrá la fragancia,
de un inmenso ramo de rosas de Francia![14]

[14] Juana de Ibarbourou, *Poesías*, pp. 52-53.



Como los versos de Juana en su poema, el pensamiento de María Noel florece, y al compartir con todos nosotros el encantamiento de su filosofía de la imaginación ha ido aromando de rosas las alas del viento, permitiendo que nuestras vidas se llenen de su fragancia.

A través del latido de su vida, María Noel ha experimentado la maravilla del asombro, ha permitido germinar y crecer en su jardín imaginístico las flores de la filosofía y de la poesía, logrando con todo ello que los instantes devengan eternos.

Por el continuado latido de tus imágenes, de tu pensamiento, de tu canto, gracias…



Una reflexión y una propuesta sobre el pensamiento imaginativo, con Bachelard-Lapoujade

Celina A. Lértora Mendoza
Fundación para el estudio del pensamiento argentino
e iberoamericano, Buenos Aires

Para participar en este grato proyecto de homenajear a María Noel, he preferido centrarme en su último libro, que ella me envió a Buenos Aires con una dedicatoria que no llegué a leer porque las páginas se habían pegado. Pocos minutos antes de mi exposición se abrieron y pude ver que dice: "Para Celina, afectuosamente, con quien continuaremos quizá este *Diálogo con Gaston Bachelard…*". Por lo tanto, el título que puse a mi intervención y el talante dialogal de la misma no estuvieron expresamente sugeridos por la amable dedicatoria, sino que, en todo caso, evidencian una conjunción anímica espontánea acerca de un tema de común interés. Interés que, por cierto, es mucho más amplio y pone en discusión algunos de los tópicos centrales del pensar filosófico.

En su libro *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, María Noel, luego de advertir que el filósofo francés —que transitó por los carriles de la epistemología y la poética— siempre los consideró sendas paralelas o territorios autónomos, propone "nadie mejor que



el autor para saber qué es lo que piensa, por lo menos de manera consciente. Sin embargo, osaré una lectura cronológica de la poética de nuestro filósofo, lo cual me permitirá concluir en la unidad última de esta doble vía, tanto en el espíritu de Bachelard como en mi propia concepción de la integración necesaria, esencial, entre epistemología y estética”.[1] Y de hecho su lectura tiende a esta unidad en la cual la dupla razón-imaginación es vista como una doble cara de lo humano, como el *animus-anima*, o lo masculino-femenino presente en todo individuo, en diversas proporciones. Propone entonces una “filosofía de la imaginación” que sea creativa, que aporte a la vida y a la recuperación de los ritmos cósmicos que constituyen la salud de la humanidad. Me parece una propuesta fascinante.

De un modo más modesto, me permito pensar algunas ideas acerca de la posibilidad de conectar la epistemología y la poética, entendiendo por esta última el análisis del rol de la imaginación en la creación. Me propongo considerar una hipótesis tal vez un poco osada, pero en la misma línea: que razón e imaginación son, en definitiva, dos modos de acercarse a lo real (aunque “imaginación” nos parece, de primera intención, lo contrario) y por consiguiente, dos formas posibles del *intellectus* (*intus legere*), si por él entendemos (como parece haber sido la idea de los antiguos griegos) la facultad específicamente humana de conocimiento.

Considero algunos hitos que se han acercado a esta idea:

– La imaginación compositiva (de Aristóteles a Einstein)
– La *cognitio intuitiva* de algunos medievales
– Los “sentidos inteligenciados” de Maritain

[1] María Noel Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 20.



La imaginación compositiva

La función imaginativa despertó tempranamente el interés de los filósofos. Aristóteles, si bien no fue el primero, sí tal vez es el más conocido e importante filósofo antiguo que procuró dar una explicación satisfactoria de la misma, observando agudamente su intrínseca dependencia de la sensibilidad (de los sentidos externos); por la misma razón, y coherentemente, la colocó entre las potencias cognoscitivas del segundo grado de lo anímico, el que compartimos con los animales. Sin embargo, no hesitó en señalar algunos caracteres propios de la imaginación humana, en la medida en que conecta con la función intelectiva abstractiva, específicamente humana. Con ello traza un perfil que incluye: 1) la imaginación como representación sensible de un objeto ausente; 2) su función en la actividad abstractiva; 3. la posibilidad de combinar (con el aporte de la inteligencia) los datos sensibles imaginativos y crear una imagen nueva: la *poiética*. Desde entonces la imaginación compositiva ha sido un recurso reconocido tanto por los artistas como por los científicos. De hecho, los modelos científicos que se han usado y valorado son imaginativos: las excéntricas y los epiciclos de Ptolomeo, el dibujo geocéntrico de Copérnico, la "manzana" de Newton, el espacio-tiempo de Einstein, el átomo de Bohr, el "árbol" de Prigogine.

Otro hito en este camino es la *notitia intuitiva* de los medievales. Es sabido que, desde la reintroducción de Aristóteles en Occidente, su concepción del conocimiento intelectivo como exclusivamente abstractivo (con la sola excepción de la captación de los primeros principios, llamado acto de simple inteligencia) hubo críticos que consideraban inconveniente y falsa tal restricción. La idea de que la inteligencia puede llegar por un acto propio no abstractivo a la cap-



tación de un singular (sostenida especialmente por Ockham) dio pie a numerosas derivaciones, una de las cuales fue, obviamente, la de fortalecer el recurso imaginativo (esencialmente individual) como elemento integrante de —o coadyuvante con— la ciencia entendida no sólo como conocimiento de lo universal, sino también de lo singular. Esta idea se abrió paso con muchas variantes, pero lo importante es consignar que gracias a ella ciertas disciplinas que no tenían estatuto científico en la epistemología peripatética, lo adquirieron. Menciono especialmente las "ciencias naturales" que dejaron de ser "historia natural", y justamente la historia, caso claro de ciencia sobre una individualidad irrepetible no sólo en numérica sino y sobre todo esencialmente. La reproducción científica del pasado se convirtió en un tema apasionante —basta recordar las polémicas ilustradas—, y entre los recursos necesarios para proceder a una reproducción "especular", aunque fuese limitada, se debía recurrir a la imaginación controlada o sistemática (con qué elementos que poseemos, combinados adecuadamente, podemos reconstruir hipotéticamente las lagunas del pasado). Esta idea tuvo fortuna y de hecho es inconcebible una hipótesis histórica no imaginativa. Pero no la imaginación entendida como "la loca de la casa", sino una imaginación controlada, inteligente y funcional.

En tercer lugar, quiero mencionar la idea de los "sentidos inteligenciados" de Jacques Maritain,[2] quien propone esta concepción

[2] Me refiero a *Art et Scholastique*, obra temprana (1920 y numerosas ediciones posteriores, hay traducción castellana) donde ya preanuncia su peculiar visión de la neoescolástica en versión tomista, una de cuyas características ha sido el hacerse cargo de las problemáticas introducidas por la filosofía moderna —en este caso la estética de Kant y Baumgarten— para dar una respuesta de sentido e interés contemporáneo, pero fundada en los principios tradicionales de la escolástica católica.



novedosa en el marco del neotomismo al que adhería: la idea de una conexión profunda y esencial de los sentidos y la inteligencia en el acto humano de la captación artística. Y entonces la imaginación se adentra no sólo en la tarea *poiética* del creador, sino en la visión del espectador, quien tiene la posibilidad de imaginar variantes y establecer valoraciones artísticas más allá de la materialidad de la obra captada por los sentidos.

Estas ideas, así como la propuesta bachelardiana de una "imaginación primordial" que María Noel admira y fundamentalmente comparte, nos permiten preguntar sobre la posibilidad de una epistemología unificada que incluya todo el amplio campo de la imaginación y no sólo el que ya está de hecho incluido, es decir, la imaginación sistemática en el contexto de descubrimiento científico. La cuestión entonces, me parece, es preguntarnos si la imaginación humana, en todas sus múltiples y variadísimas formas, constituye un campo suficientemente unitario como para unificar en algún punto la "doble vía" bachelardiana.

Algunos elementos pueden ser arrimados en el haber. De lo mucho que podría decirse, me limitaré a mencionar brevemente tres: el arquetipo y las imágenes primordiales, las imágenes oníricas, y la asociación poética.

1. En primer lugar la idea de arquetipo que, como señala María Noel, constituye un elemento de comprensión de las "imágenes primordiales", que son originarias, arquetípicas, cuyo rastro puede hallarse en las imágenes poéticas y en las oníricas. Estas imágenes primordiales constituyen especies de signos latentes en el imaginario colectivo humano. Entre las diversas aproximaciones que pueden hacerse entre estos símbolos primordiales y las ciencias, tomaré sólo el caso de los signos matemáticos (geométricos) básicos, que coinciden con los "símbolos fundamentales sagrados" analizados por



René Guénon[3] y Mircea Eliade,[4] quienes —cada uno a su modo— se caracterizan por una ciclópea tarea de reivindicación y revaloración del simbolismo primordial. Estos símbolos básicos son, en efecto, la cruz (el punto y los puntos "cardinales" o ejes del universo, el árbol primordial), el círculo (el sol), el triángulo (dinamismo) y el cuadrado (cierre). El "espíritu matemático" y sus

[3] *Cf.* René Guénon, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. La idea central de su propuesta y su nexo con Bachelard-Lapoujade puede resumirse en tres frases, que transcribo por extenso: "La civilización moderna aparece en la historia como una verdadera anomalía: de todas las que conocemos, es la única que se haya desarrollado en un sentido puramente material, también que no se apoye en ningún principio de orden superior. Este desarrollo material, que continúa desde hace ya varios siglos y que va acelerándose de más en más, ha sido acompañado de una regresión intelectual, que ese desarrollo es harto incapaz de comprender" (p. 3). "Pero procedamos a lo que hay de más esencial: queremos referirnos al debilitamiento de la enseñanza doctrinal, casi totalmente reemplazada por vagas consideraciones morales y sentimentales, que quizá complazcan más a algunos, pero que, al mismo tiempo, no pueden sino repeler y alejar a quienes tienen aspiraciones de orden intelectual; y, pese a todo, los hay todavía en nuestra época" (p. 5). "[…] ¿por qué se encuentra tanta hostilidad, más o menos confesa, para con el simbolismo? Seguramente, porque es ese un modo de expresión que se ha hecho enteramente ajeno a la mentalidad moderna, y porque el hombre se inclina naturalmente a desconfiar de lo que no comprende. El simbolismo es el medio mejor adaptado a la enseñanza de las verdades de orden superior, religiosas y metafísicas, es decir, de todo lo que el espíritu moderno desdeña o rechaza; es todo lo contrario de lo que conviene al racionalismo, y sus adversarios todos se comportan, algunos sin saberlo, como verdaderos racionalistas" (p. 7).

[4] De la vasta producción de Eliade sobre conceptos fundamentales del pensamiento simbólico, menciono *Mitos, sueños y misterios* e *Imágenes y símbolos*. En ambas se pone especialmente de relieve el aspecto diurno y el nocturno de la existencia humana, que también resumirá mediante la fórmula de Nicolás de Cusa: *coincidentia oppositorum*. M. Eliade ha reivindicado lo arcaico, lo primitivo, de modo más radical aún que Guénon; éste —que le tenía profunda estima y notorio respeto— lo señala en numerosas oportunidades, pues parecería que no ha tenido el tiempo suficiente para completar estos aspectos en su obra. M. Eliade se ha puesto en otra perspectiva y la desarrolla a través de una síntesis en la que fundamenta su investigación sobre la "Tradición Unánime o Primordial". Su punto principal es la idea de un orden fundamentado en un centro.



símbolos correspondientes serían entonces algo más profundo y primordial (aunque no necesariamente anteriores en tiempo) a los hallazgos prácticos, pragmáticos, de ciertos teoremas fundamentales de la geometría. Es conocida la larga —y a mi modo de ver indecidible— polémica entre idealistas y constructivistas acerca del origen de las nociones matemáticas (geométricas y aritméticas). Me pregunto si en lugar de seguir terciando con nuevos argumentos a favor de una u otra posición, lo que en cierto modo es "más de lo mismo", no se podría pensar en una superación de la misma, si esas nociones primordiales se presentan con íconos, símbolos básicos que son en sí mismos operativos en lo concreto, sin necesidad de pensarlos al modo de los universales platónicos, es decir, requiriendo una mediación racional y un "sistema de verdades" previo a toda plasmación real. Dejo esta inquietud que me parece una línea interesante para pensar, en pos de Bachelard.

2. Las imágenes oníricas son también un elemento del haber de la propuesta, claro que no en el sentido y del modo en que son funcionales, por ejemplo, a la teoría psicoanalítica de Freud, aun cuando puedan encontrarse aproximaciones significativas. Digo que no en sentido freudiano, o en general psicoanalítico, porque en este caso es la teoría (es decir, la previa construcción racional) la que dota de sentido a las imágenes oníricas. Es decir, en concreto, Freud propone una interpretación de los sueños, como emergentes del subconsciente y del inconsciente, de acuerdo con su teoría. Y el resultado es la univocación del sentido, algo que pareciera ser necesario para el carácter científico de esa tarea hermenéutica. En definitiva, estamos pensando con categorías epistemológicas aristotélicas. En una línea bacherladiana, en cambio, la imagen onírica no necesita ser mediada por una teoría, más aún, no debe serlo, no debe sufrir ningún proceso de univocación ni de universalización veri-



tativa. Ella misma es su sentido, en relación con aquel de quien es imagen onírica. Compartir estas imágenes, por cierto, es posible —y de hecho se nos hace necesario— pero en un sentido estrictamente intersubjetivo, no "universal abstracto". Con esto quiero decir que aceptar la validez de imágenes oníricas como portadoras de sentido, o como disparadores, o motivadores, para pensar, en vigilia, temas científicos, es revalorar positivamente lo particular y aceptar la validez de los recursos de la analogía, la comparación, la metáfora, todos ellos procedimientos que van de lo particular a lo particular. Una historia varias veces secular de rechazo a la lógica del particular (una vez más, en pos de Aristóteles) nos hace olvidar que el comienzo de la ciencia (y de la filosofía) fue una tentativa no de universalizar en el sentido de "verdad para todos los mundos posibles" (privilegiando las tautologías y los procedimientos derivativos y axiomáticos), sino que fue un intento, incluso yo diría dramático (más aún, trágico, en el sentido clásico del término) de explicar *este* mundo particular, *esta* realidad y *esta* naturaleza que nos circunda. Pero no pensándola al estilo del "mejor de los mundos posibles" (porque existe), sino simplemente porque es el que tenemos a la mano y que se expande, sin dejar de ser nuestro universo, cuando soñamos. Quisiera recordar precisamente que Heráclito observó muy bien el problema de la relación entre la realidad en vigilia y en sueños, al afirmar que para el hombre despierto hay un mundo, y para el dormido tantos como sus sueños. Pero no dijo que uno fuera real y los otros no. Esta relación entre lo vigílico (si se me permite la palabra) y lo onírico, en un nivel más profundo, puede explicar quizá mejor la psicología de la creación (artística y científica) y darnos pistas para entender mejor qué queremos indicar y significar con la expresión "la realidad".



3. La imaginativa poética. Un filósofo argentino hace tiempo desaparecido, Julio César Colacilli de Muro, solía decir: "La filosofía [y la ciencia] muestran un mundo, el arte crea un mundo". En una primera aproximación uno estaría dispuesto a aceptarla, ya que, efecto, solemos decir que filosofía y ciencia dicen (o tienen la pretensión de decir) cómo es el mundo. El arte (y sobre todo el literario) es un lenguaje que crea su propio mundo y da sus propias condiciones de interpretación. Sin embargo, si lo miramos un poco más detenidamente, la línea demarcatoria se va desdibujando y aparecen zonas grises que nos permiten plantear preguntas relevantes pertinentes, aunque puedan ser también molestas. Por ejemplo, ¿cuál es la diferencia esencial —si la hay— entre una concepción metafísica y una obra poética? ¿Cuál es la diferencia esencial —si la hay— entre una teoría científica macro y una concepción metafísica? ¿Cuál es la diferencia esencial —si la hay— entre un teorema matemático y una obra poética? Poincaré ya se había dado cuenta de que ciertos predicados son aplicables a ambos campos y por eso habló de la "elegancia matemática" como un componente de la "verdad matemática". Lo mismo afirma el historiador de la ciencia mexicana, Elías Trabulse, al referirse a la relación entre matemática y estética en las creaciones novohispanas del siglo XVII.[5] Y en esta línea quiero señalar la historia del "descubrimiento" y la aceptación de los números imaginarios, proceso histórico cumplido durante el siglo XVII, que reconoce la existencia de "entidades" (tomando el término en su más amplia significación) que exceden el marco conceptual aritmético

[5] *Cf.* Elías Trabulse, *La ciencia perdida. Fray Diego Rodríguez, un sabio del siglo XVII*, p. 56: "La cosmología kepleriana y los números imaginarios tienen también sus virtudes estéticas. Por ello las matemáticas y el arte del siglo XVII parecen sobrevolar los dominios de lo empírico, de los hechos irreductibles y obstinados, y buscar ambos captar intuitivamente lo desconocido".



de los "números reales". Sin embargo, la aparente oposición entre "real" e "imaginario" no debe confundirnos: para un matemático ambas son "entidades matemáticas" con igual estatuto epistémico y "realidad" en el campo de esa ciencia, puesto que se opera con ellos según las mismas reglas de transformación. Lo único (y no poco) que se quiere significar con la denominación, es su carácter novedoso y el reconocimiento de la creatividad matemática que asumió una ampliación consistente del campo operativo del álgebra.[6]

Es posible continuar en esta línea de preguntas, sugerencias y aproximaciones. Pero voy a plantear otra cuestión, en orden a las inquietudes de María Noel: ¿para qué buscamos una unificación de campos? Si sólo fuera un ejercicio de agudeza, un juego, sería válido, pero tal vez se viera como algo intrascendente, y hasta banal. Respondo, en primer lugar, que "jugar" a unificar campos e incluso a "divertirse" con ello no quita seriedad al intento. Como decía Chesterton, lo divertido no es lo contrario de lo serio, es lo contrario de lo aburrido y de nada más. Pocas cosas son más serias que el juego, cuando realmente, es decir, cuando asumimos una actividad cuyo valor le permite ser un fin en sí misma.

Pero ahora no se trata de esta justificación, sino de otra muy distinta. Considero que el intento de unificar campos responde a una necesidad humana de plenitud, de unidad comprehensiva de

[6] Cito, por extenso, la reflexión de Elías Trabulse al respecto: "Las aptitudes del espíritu matemático para evadirse de la realidad física nunca fueron tan obvias como en esta época en que ese espíritu dejó traslucir su verdadera naturaleza estética al bautizar a los números que antes eran seguras y amadas realidades con nombres tales como números irracionales, complejos, ideales, trascendentales, imaginarios, que nos manifiestan una terminología muy poco científica, que más busca eternizar emociones estéticas que encontrar definiciones claras y distintas. Y es que la intuición artística tiene certidumbres que el empirismo no conoce" (*ibid.*, p. 56).



la vía humana y no sólo del ejercicio separado de sus capacidades. Cuando María Noel propone una filosofía de la imaginación, en diálogo con Bachelard, la propone para que "dé cuenta de lo real, trascendiéndolo, como vía de salud y salvación de la especie".[7] Una teoría unificada daría razón total de los intentos más o menos logrados (hasta ahora) de recuperar los ritmos cósmicos, y con ellos una vida feliz. Aristóteles decía que buscamos la felicidad y que ese es el fin último de toda acción humana, todas se orientan al fin, pero el fin no se orienta a nada más, en él se reposa. Recuperar la unidad humana comprometida, si no rota, por la escisión de las potencias anímicas, pareciera ser hoy algo más que una propuesta para entretenernos en los ratos de ocio. Es más bien, diría, una pulsión que surge de una angustia profunda, una percepción de la nada en el sentido de la falta de la percepción de la unidad profunda y raigal. Entonces podemos proponernos una vía de búsqueda, con la esperanza (y la convicción) de que no será una *Holzwege*, una senda perdida.

[7] M.N. Lapoujade, *op. cit.*, p. 99.



Testimonios e impulsos de vida



París-Londres, Londres-París (1995-1998)*

Nicole Ooms
Instituto de Investigaciones Filológicas /
Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales

Entre el año 95 y el año 98, geográfica y acuáticamente hablando, solamente media entre María Noel Lapoujade y yo un canal: el de la Mancha. Nuestros estudiantes están del otro lado del océano Atlántico y a solas estamos lidiando, día tras día, con la labor de la escritura académica: tenía yo una beca de doctorado para hacer una tesis en inglés sobre Platón, y ella una de posdoctorado para escribir un libro sobre Johannes Vermeer. Londres. París. París. Londres. Con la diligencia infalible del British Mail y los menos pero también muy buenos servicios de La Poste Française, las imágenes cambian de mano, las palabras se precipitan en colores, las formas en palabras, las cartulinas, recto y verso, van configurando una suerte de asíntota sinuosa y luminosa.

* La totalidad de las citas textuales son de la pluma de María Noel Lapoujade, y estos textos forman parte de una correspondencia personal. Algunas líneas fueron escritas a toda prisa; de ahí que la sintaxis a veces ha sufrido, y no digamos la puntación, brutalizada con frecuencia.



En junio del 96 recibo un pedazo de papel amate pintado, con las siguientes palabras: "que te acompañe en el trabajo de tu día. María Noel". "Trozo de árbol, hoja de vida, regazo de la sabiduría…".

Entreabrir esta profusa conversación, hacer que otros seres que no seamos nosotras tengan acceso a fragmentos de ella no es indiscreción de mi parte sino algo justo en dos sentidos, justo porque en el momento justo —esto es, a la hora de celebrar los 70 años de vida de María Noel Lapoujade Ramayón— y justo en el sentido distributivo, esto es, con un espíritu fraterno porque apuesto a que los entresijos de mi memoria intersecan con los de quienes ahora vinieron a sentarse alrededor de ella para festejarla con lo que son. Y es que todos hemos recibido esa clase de mensajes imperativos, de confesiones a medias, de perentorias señales de que era tiempo de configurar el ser que ya somos. En efecto, esa educadora intempestiva, para aludir a lo que de Schopenhauer decía Nietzsche, ha labrado nuestros cimientos y ha dejado huellas. Nos ha encantado, nos ha molestado, nos ha sacudido, nos ha dejado más de una vez cual los cochecitos que dan al suelo, volteados al revés, y cuyas ruedas siguen girando en el aire.

Esa fue una época de cambios intensos para ella. En vísperas de la única visita que le hiciera en París, me advierte: "Entre los cambios que encontrarás en mí, probablemente extrañes mi ritmo; parsimonia y contemplación, una serenidad que yo desconocía me ha dado sentir a Dios en mí. ¿Sabes? Hay algo que se ha despertado en mí, es una especie de sexto sentido que me guía, me hace saber cosas, a veces me conduce a lugares, todo, sabiendo yo, sin saber. Te espero con alegría. ¡Qué bello encontrarnos en la carita de la virgen de Saint Eustache!"

Y es que en aquel entonces, ella había encontrado un recinto donde abismarse, frente a una virgen preciosa… Supongo que quería



ella que me percatara a cabalidad de la belleza de esta virgen, esculpida por Pigalle, y que por ello me dejó plantada ahí frente a la susodicha, ese día de la cita en la iglesia de Saint Eustache, esperándola en balde.

> Esta bellísima virgen me ve llorar diario, que no de tristeza, sino de un gozo indescriptible que siento en la Saint Eustache, donde me siento, me recojo, camino por este espacio tibio e infinito. ¡Llora! Llora hasta que tu mar interior se funda con el mar exterior en una corriente que será tuya aunque no la poseas. Si vieras las vivencias que he tenido tan bellas. ¡Crece Nicole!, y ¡llora, sí!, ¿Por qué no?

También fueron tiempos difíciles para mí: la mezcla de sufrimiento y de pánico que me causó el tener que escribir una tesis de doctorado en inglés, y también la responsabilidad que implicaba el no contar con mis solas fuerzas para costear el intento: violencia tremenda y temor de fallarle a mi universidad, mi verdadera casa, mi hogar en México, el que habito desde mi llegada.

También hubo avatares de hija que no llegó a ser pródiga.

El anverso de una pintura de Frida Kahlo titulada *El círculo* reza:"haz de pasar, descalza, por la arena hirviente que quema tus pies. Es la prueba de tu fortaleza, tu paciencia, tu orgullo y tu tesón. Sólo así se llega al mar. La vida te puso ahora pruebas, y estás descalza en la arena hirviendo. ¡Camina, Nicole! Camina hasta el horizonte marino, Llegarás".

Recuerdo que al día siguiente encontré y le mandé a vuelta de correo la foto de unos pies descalzos que bajaban una escalera. La escalera estaba parada en la orilla del mar… ¿Cuál pasar por qué arena hirviente? le pregunté.

En mayo de 1995 me envía una escultura policroma de Raymond Mason, mostrando la partida desde la iglesia de Saint Eustache, de las frutas y de las verduras del corazón de París. Exulta. Se exalta:



Quiero contarte algo enorme. Estuve en Dijon, conocí al Director del Centro de lo Imaginario,[1] participé en su seminario. Sacó una reseña de mi libro. El 5 en Paris, conocí al Rector de la UNAM más de dos horas en un café. Me ofrece crear el proyecto para un Centro pluridisciplinario de lo imaginario en México. ¿Quieres venir a trabajar conmigo para echarlo a andar? Debo enviarlo a México pronto. Pienso para fines de la próxima semana empezar. Este año no puedo… todo ídem… me aumentaron la beca…

El mismo año, un Domenico Ghirlandaio pintado sobre madera (*La visitación entre Marie-Jacobie y Marie Salome*) lleva la siguiente leyenda:

...anoche recibí una danza de Brueghel y una carta, oh no, sorpresa. Me envías un pequeño San Jerónimo: el viernes anterior te envié dos. Me hablas de pequeñez, de mezquindad. Yo te había mandado en ese mismo envío un Dühren: Jesús entre los Doctores. En ese momento no llegué a pensar que podía ser tan exacto y necesario. Y lo era. Nicole: no te preocupes, los espíritus grandes […] por su sola presencia, desquician lo mediocre, desbordado irremediablemente, reaccionan, intentando arrancarte las alas para hacerte caer. No lo logrará nunca NADIE. ¿Sabías eso? Tú, tranquila. Tu tesis será un libro original[2] y necesario. Y es sólo un inicio… tranquila, dimensiona bien, no te confundas… que esta vez te mudes, te den y dependas, no es indigno para ti ni te quita un ápice, nada de tu libertad. Ni lo sobrevalores, lo que recibes, ni quien te lo da, ni te infravalores, tú, por recibirlo. Es parte de la justicia cósmica. Tú

[1] En aquel entonces, Jean-Jacques Wünenburger era el director del Centre Gaston Bachelard de Dijon. Esta información es de utilidad para la comprensión del antepenúltimo párrafo del presente texto.

[2] Esto es algo que aún está por verse.



seguirás siendo quien eres y como eres. Tranquila, pues, y adelante; qué bueno que la vida te enseñe también esto. Lo ignorabas y creo por falso orgullo: No dejarás de ser tú. Da gracias... para llegar al mar, sentir la sal en el cuerpo libre y levantar con orgullo limpio, la mirada hacia el horizonte.

Y a tres años de intervalo, en el 1998, un Claude Monet:

Nicole, para ti hoy esta bruma de ideas, así va quedando todo en el espíritu. Un abrazo, cuídate mucho.

Y luego:

la filosofía circula en mí con y en mi sangre. La sangre no corre según la lógica aristotélica, tiene su propia lógica, ¡y la tiene! Estoy dispuesta, quiero, corregir errores en español y en francés, pero ni quiero, ni debo, ni puedo, ojalá no pueda, cambiar mi estilo. Él tiene su marcha, propia, en el espíritu que es sangre. Esas fronteras, todas ellas son difíciles. "Difícil es lo bello". Envíame si deseas, tus textos, sin pre-textos.

Otro día, el carruaje de bronce de Giacometti —una figura fina, parada en dos ruedas inmensas— le da el calibre exacto al enojo que siente al verme titubear: "…así es como quiero verte —¡no como te estoy viendo!— en la filosofía, erguida, la mirada hacia adelante en un —por ahora— pequeño pedestal, en las ruedas del futuro. ¡FUERZA, Y FE! Y porque lo que veo es cierto son las reacciones que levantas u otros las evitan, en fin, ya verás la variedad de recursos del GRIS. Insólito, ya verás. Debes ser fuerte".

Es presta a darle sentido a lo contiguo: "Querida brujita… las dobles o triples coincidencias como tú les dices, yo creo es MUCHO más que eso con y en las reales- ficciones… es algo maravilloso…



el 27 de octubre me escribiste esta postal en un fresco de una villa romana… el 28 te escribí y te mandé un fresco de Pompeya”.
…y pierde paciencia al verme renuente a hacer lo mismo:

> Coincidencia, otra, no tienes una expresión más profunda… (la postal celebraba el envío de una carta que le había yo escrito a mi padre cuando me confesó que no se había atrevido a devenir pintor). Celebro, desde muy adentro de mí, a esta carta tuya a un joven poeta, jugando con el título de Rilke, acabo de leer las cartas de Rilke a Cézanne, me las regaló alguien que quiero aquí, algo maravilloso, celebro esa carta a un artista que no se deja serlo, como su hija… Celebro que se vaya cerrando el círculo, ahora, de una manera perfecta… tengo más cosas que decirte, pero hoy no puedo ¿Recibes un abrazo?

El fresco de Pompeya, octubre del 95. Atrás dice:

> México nos espera, a ti y a mí. ¿Sabes? Cuando hablamos te dije que no tenía muchas ganas de regresar. Pero hoy tengo la certidumbre que mi lugar está allá. Y si no me equivoco tengo la certidumbre, más bien, México te espera. Quizá tu lugar está allá, ahora me refiero, en fin, no sé cuándo iré ni si iré, es más urgente para mí ir a ver a Mamá, mi bella. Nicole: que esta bellísima creo yo etérea viviente figura, aprecio nuestro encuentro para festejar antes de llegar al tiempo de tu bellísima postal. Tengo ganas de verte.

El 17 de septiembre del 96 viene hacia mí una fotografía de la Selva Lacandona, con el siguiente forro de palabras:

> Nicole son 6.30 de la mañana, me levanto a leer la geometría de Dührer que acabo de empezar, fascinante. Abro las cortinas, aún es de noche,



las estrellas me miran. Venus, directa, flechazo de luz sobre la cama. Pongo música. Encuentro esta postal sobre mi mesa, y la segunda, que compré para ti. Espero hayas recibido el sobre grande con tu mirada Van Eijk y un silencio entrevisto, le Trapèce.[3] Vermeer… y otro envío con violoncelo… de la escultura Rodin, aún no tengo palabra tuya… En Rodin prometí —detesto esta palabra— escuchar. Yo no prometo. Estoy aún escuchando. Ah, quizá esta bellísima estrella que también entra a mi mesa dice algo, porque tu relación con la palabra, que en nuestro último trayecto buscamos esclarecer, pienso yo que no la tienes aún muy clara para ti. Yo tampoco, pero hemos simplificado demasiado, no crees, Nicole, no crees que nos hemos encontrado mil veces en la palabra, En la palabra, en la que falta y en la que sobre, en la que habla, explica, alude, calla, oculta. Sí, ¿verdad?

Ayer recibí una naturaleza Courbet… Eres imposible, ¡¡cómo juegas ajedrez!!: la imagen representa colores y aroma desde el que te escribí la segunda carta… de la que, con letra, que no quiero analizar, voy conociendo casi sin fallas tus letras en las circunstancias, desde hace tiempo. Sintomática, me orientas en el *Sofista* de Platón y aceptas escuchar sucesos insólitos de mi vida…

El 10 de febrero de 1996 el barco de los pescadores de Egon Schiele viene estampado así: "En medio de las corrientes oceánicas, de la vida, esta barca generosa me conduce absoluta".

Ese mismo año perdí a mi primer mentor en filosofía griega, Conrado Eggers Lan, un helenista argentino momentáneamente echado de la Universidad de Buenos Aires y por un tiempo refugiado en la Torre 2 de Humanidades, en calidad de

[3] Alusión a Trapeze, from the suite *At The Theatre* by Erté, Serigraph, 1982.



investigador invitado por el Instituto de Investigaciones Filológicas. Estoy desolada; el lado subjetivo de mi cometido cae al suelo: sus manos ya no podrán recibir el fruto de los esfuerzos que él en parte suscitó.

Un grabado de Jean Mes, del año 1590, configura mi llanto con acuarela y punzón:

> Hoy te hace falta Conrado. Así, desde el segundo día de la creación hay un ritmo. Mañana-tarde. Ese es el ritmo que todos tenemos que vivir. Pero su ocaso será un nuevo desafío de tu maestro para tu amanecer. Haz de la vida. Vida de la muerte. Hoy te toca a ti levantar su enseñanza; mañana, en una mañana muy distante para ti alguien recogerá la tuya, sólo si hoy tienes la valentía de amanecer. De amanecer y trabajar tu día en este inmenso ritmo de días que es la creación. Estoy contigo, aquí en cualquier parte que esté.

Una simple imagen puede llegar a definir su propia labor. Un Jean Tinguely enviado en 1996 afirma sin ambages: "Esta es una imagen trasmutada, pero precisa, de mi trabajo…".

Su odisea parisina concluye antes de que tenga yo que dejar a lo que para mí llegó a ser una ciudad entrañable: ¡London! Desde México me escribe:

> Mis hijas, mi orgullo, Amalia da el examen a fines de mayo, está muy bien; Inés cambia de facultad, Cecilia pone en junio una coreografía. No logro empezar a trabajar, extraño París, me extraño en Paris, sentimientos complejos…

A veces, simplemente me asocia de manera accidental a convicciones fundamentales:



Me gustó para ti esta postal... en realidad expresa una parte esencial de lo que yo pienso acerca de ese misterio llamado "ser humano". Ser no es sino devenir. Humano, aspira a llegar, asintóticamente, y aspira cuando bien nos va… pues muchas veces es ser en tanto vegetante y no aspira, más bien inspira, consume universo y tiene poco por andar, lo que exhala por todos lados, cuando bien nos va, es un itinerante, trazando itinerarios, Y Giacometti aquí, más que el hombre, que camina, dibujó el caminar del hombre.

La misma cartulina tiene un segundo párrafo:

Recibí tu puesta en imagen de mi comentario de Erasmo. Gracias. La recibí el mismo día de haberte escrito en la mañana. A tu pregunta, sí, Nicole, sin temor a errar, creo que podría decirte todos los puntos en que tú, N.-ser-de-carne-y-hueso-, te sientes expresada filosóficamente en el artículo de Deleuze. Sucede que yo sé muchas cosas de ti que tú ignoras que sé, también sé que sucede a la inversa. Sólo que no sabemos recíprocamente cuáles son las sabidas. Cuídate. María Noel.

Hoy en la mañana salió un Giacometti, en la tarde entró un Vermeer. El Vermeer en tus manos cobra significación Tú sabes qué es esa intimidad recogida. GRACIAS POR EL MÁGICO INSTANTE de silencio que creaste para mi recogimiento. Pero sobre todo, no sé si tú lo crees, pero tratas de decirme que tienes confianza en mí. No sé si lo crees tú, porque yo no. Lucho contra un descreimiento absoluto en mí misma sin lograr mucho. No me convence, no me gusta lo que escribo, etc. Gracias en fin por la ternura de tu abrazo, me hizo bien.

Pero a veces el descreimiento no es tan grande como la dificultad de convivir día tras día con uno mismo. María Noel está condenada



a estarse con ella, y otro tanto sucede con cualquiera de nosotros. Entonces, para sacudir un tanto estos monólogos, estos pesos sempiternos que encorvan ambos hombros a diario, nos inventamos a un par de amas de llaves con espíritu socarrón y risa fácil, pero eso sí buenísimas personas. Saqué yo a mi Norma de su carnicería de San Cristóbal, en la que poco ganaba y mucho se aburría. Y creo que la Lupita de la Noel había nacido en Tenancingo del Valle, Estado de México, pero no recuerdo lo que andaba haciendo ahí. Y un día en que la patrona de Lupe se fue al pueblo que tiene nombre de mostaza, para ver al colega que casi se llama "hamburguesa", sí señor, y que la mía se fue a las escocias a ver a la familia del flaco canoso con el que de seguro va a vivir por el resto de sus días, pues la Lupe vino a verme a Londres, y entonces guardé todos los libros de mi patrona, saqué la mesita de debajo de ellos y la pasamos requetebién, Lupita y yo, aunque eso sí, yo no entraba como ella a los museos y mejor la esperaba en el pub donde suelo tomar mis clases de inglés de a gratis, esperando a mi patrona y tomándome esa cerveza negra que es como una comida corrida a ella sola. Hasta inventé que haciendo esto, me iba yo de pinta.

Y justo antes de tomar el tren que rueda por debajo del agua para alcanzarme, ella me mandó una postal lindísima que conservé con todo y fecha. París, 8 de enero de 1996:

> Querida Normita: Al compás de esta rumba sabrosa —¡se acuerda aquellos bailes allá en nuestra tierra!— le envío la noticia que llegamos el viernes 12, hora 12.13 a Waterloo, tren 9019, Eurostar. Al fin conversar con alguien que entiende de bailes, mercados, puestos, comidas, etc. Porque nuestras patronas —yo no sé— les da por la pintura, el arte y ¡¡¡tienen un mal gusto!!!! El otro día me llevó al Ubre. Había una que le dicen "Changa Lisa" verde (no morena como nuestra Virgen de



Guadalupe); ojerosa (¡mucho chile!), manos rechonchas y un atuendo negro que no se diga. Y otra la Victoria de San-Otracia, medio desnuda, trepada a una chinampa y con alas, ¡¡parecía alebrije!! En fin, son buenas pobres patronas, pero qué mal gusto. Espérame allá porque si no me pierdo. La quiere, Lupita.

Entramado de instantes

Natalia del Moral
Universidad Claustro de Sor Juana

> Lo posible es una tentación que lo real termina siempre por aceptar.
>
> Bachelard, *La intuición del instante*

Para escribir estas líneas tuve que pasar del miedo al gozo. Ese malabar anímico se dio gracias a un movimiento detonado por la mujer que nos reúne hoy aquí: María Noel Lapoujade. Terminé de leer *La imaginación estética en la mirada de Vermeer* profundamente conmovida. De las múltiples acepciones que recibe el término, rescato aquellas del latín *commuovere*: mover y afectar. Quizá en español la palabra afectar esté cargada de una connotación dolorosa, desagradable. Por lo que salto al término en italiano: *commosa*, que se ajusta más a lo que quiero decir: emocionada. De modo que fui muy emocionada a esbozar algunas líneas de reflexión, para seguir dialogando con la autora desde algunos de los umbrales estéticos que dibuja en dicha



obra. Esto es lo que quiero compartir hoy con ustedes y que presento en secciones.

La página en blanco

María Noel introduce una cita de Bachelard en relación con la tela inicial, frente a la que sitúa al pintor, la página en blanco: "La página en blanco, ese gran desierto por atravesar".[1] La idea de viaje está presente. De movimiento. Y aunque la cita pertenece al apartado sobre la ciencia y la técnica al servicio de la ilusión, encuentro puentes entre estos tópicos. Tanto el lienzo como la página en blanco son el umbral de un viaje. Pararse a la orilla de un desierto y dar el primer paso, colocarse frente a la página en blanco y escribir la primera palabra. Se convoca al proceso de imaginar en ambos casos. Se ponen en acción los recursos con los que se cuenta. En este sentido, quiero destacar una tesis que me parece fundamental del libro de María Noel, su criterio de verdad: "Esta investigación se desarrolla con base en un criterio de verdad que llamaremos: verdad como viabilidad";[2] y especifica que se entenderá por viabilidad lo que vive, lo que apunta a la vida y lo que hace posible la circulación, el tránsito. El pensamiento de María Noel transita apuntando a la vida. Como si nos interpelara diciendo: vamos a pensar, imaginemos todo aquello que nos permita movernos y estar vivos y veamos hasta dónde llegamos. Leer sus líneas es viajar con ella, es transitar de la filosofía a la geometría, de ésta a la pintura, de la pintura a la música,

[1] Gaston Bachelard, *apud* en M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, p. 207.

[2] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, p. 76.



de la música a la poesía, de la poesía a la mística, de la mística al amor y de regreso. Tiene un pensamiento enamorado que te contagia y no puedes más que embarcarte en el viaje.

Las acciones que transcurren

En el apartado que dedica a Veermer y Goethe, María Noel afirma que: "La acción es el comienzo y es todo".[3] Casi podemos escuchar detrás susurrando: en el principio fue la acción. Habla de una acción preñada de vida que está indisolublemente ligada al anhelo profundo y, al mismo tiempo, aparentemente imposible, de detener el instante. El instante que es todo el por qué y el para qué de una vida, instante en que asoma la belleza en su plenitud. Y digo aparentemente imposible porque María Noel insiste desde muchos ángulos en el malabar, yo diré ontológico, del *como si*. Tanto Vermeer como Goethe burlan al tiempo. Uno desde la acción que transcurre, en ese gesto mínimo, cotidiano, presentido, arropado por los detalles de los objetos. El otro desde la fuerza creadora de la palabra, de los sonidos que vuelven a cobrar vida al pronunciarse o recorrerse con la mirada. Y ambos, Vermeer y Goethe, convergen cual corpúsculos luminosos, conjurados por María Noel en la explosión de la belleza: el instante. La perla en Vermeer. "¡Detente, eres tan bello!",[4] en Goethe.

María Noel pasea su mirada amorosa y reflexiva en todas esas acciones de un tiempo precioso que transcurre en los lienzos de Vermeer. Y con una paciencia infinita nos lleva de la mano para mostrarnos que, efectivamente, no son acciones interrumpidas. Son

[3] *Ibid.*, p. 219.
[4] J.W. Goethe, *Faust*, p. 64.



instantes suspendidos, eternos. En sus palabras: "Vermeer es un cazador de instantes. De una tarea que dura, Vermeer atrapa un instante. Un instante de una vida. Su obra toda es la eternización de lo efímero de un instante".[5]

Los detalles

El vaivén filosófico imaginante del libro de María Noel que tomo como referencia para estas reflexiones es rico en detalles. Éstos aparecen en el entramado minucioso que va hilando fino entre las menciones, las comparaciones, las contraposiciones filosóficas y las pone a dialogar con teorías lumínicas, psicológicas, arquitectónicas. Hay que irse despacio para no pasarlos por alto. Porque su pensamiento establece múltiples vasos comunicantes, frase que utiliza a menudo, porque efectivamente, transita entre los universos más variados con una suavidad que se antoja sencillísima, pero que en realidad exige, como ella dice: "una reducción que avanza retrocediendo".[6]

Posa su mirada sobre la carta, la balanza, el collar de perlas, el candelabro, las vigas del techo, el espejo, el globo de cristal y el moño de raso azul que lo sostiene. Y se detiene en cada uno de esos detalles iluminados por el trazo de Vermeer. Y poco a poco va construyendo cual arquitecto la intimidad del espacio de lo humano, porque de eso nos hablan sus líneas. De la urgencia de construir lo interior en lo exterior. Empezando por nosotros mismos. En el artículo "En torno a una poética del espacio y del tiempo", hablando del habitar por excelencia, María Noel propone que esto se da en la

[5] M.N. Lapoujade, *op. cit.,* p. 213.
[6] *Ibid.*, p. 87.



calma y quietud de la soledad plena: "Esta soledad, este desierto interior, es el pálido fondo sobre el que se recorta nuestra arquitectónica fundamental: la construcción del sí-mismo. Construirse a uno mismo, es volver habitable el mundo interior".[7]

El vértigo suspendido

Empiezo este apartado final con una cita de *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*:

> ¿Cuántos tiempos encierra un instante?
> Todos. Los infinitos tiempos son la eternidad.
> ¿Qué es el instante?[8]

La irrupción repentina de una duración ínfima que no debe durar si pretende ser instante. El instante es un nombre, es un *como si*, es una ficción.

Al inicio de este texto señalé la importancia del criterio de verdad que propone María Noel como eje de su ensayo sobre Vermeer. Criterio de verdad como viabilidad que recoge también el sentido de lo que apunta a la vida. Este criterio de verdad se desenvuelve a lo largo de toda la obra danzando a través de la imaginación estética, de la filosofía de la imaginación. Imaginación cuyo pivote, y no por esto hemos de pensarla fija, es el *como si*. *Como si* que transgrede, que fusiona, que promete la eternidad y hace *como si* la

[7] Lapoujade, M.N. "Autour d'une poétique de l'espace et du temps: <l'habiter> et <le temporaliser>" Cahiers Gaston Bachelard, Dijon, Université de Bourgogne, 1999, p. 122. La traducción es mía.

[8] M.N. Lapoujade, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer*, p. 276.



abarcara en el instante. El instante, una duración ínfima que nos permite atrapar al vuelo un guiño de lo eterno. Instante en el que María Noel descubre en los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, el máximo recogimiento imaginativo para la revelación. Y ésta genera vértigo. Nos asomamos al misterio, atisbamos la Eternidad, volvemos habitable nuestro mundo interior. Vamos de la ventana al candelabro, de la balanza a la perla, entretejido en ese vaivén está el ahora de la acción humana suspendida. El vértigo suspendido de lo posible: la vida.

Y hoy 28 de agosto de 2012 estamos aquí reunidos para celebrar la vida de esta mujer extraordinaria, cuyo pensamiento estoy segura de que a muchos de nosotros nos ha abierto umbrales desde el *como si* para imaginar, para asomarnos a nuestros abismos interiores y reconstruirnos desde un ámbito más amoroso, más hospitalario, más humano. Que nos mantengas en suspenso y que sigas compartiendo muchas reflexiones vertiginosas más.

¡Muchas, sinceras y agradecidas felicidades!

Homenaje a María Noel Lapoujade

Pedro Joel Reyes
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

El solo hecho de poseer un hígado y dos riñones ¿no justificaría que nos pasáramos los días aplaudiendo a la vida y a nosotros mismos? ¿Y no basta con abrir los ojos y mirar, para convencernos de que la realidad es, en realidad, el más auténtico de los milagros?

Cuando se tienen los nervios bien templados, el espectáculo más insignificante —una mujer que se detiene, un perro que husmea una pared— resulta algo tan inefable… es tal el cúmulo de coincidencias, de circunstancias que se requieren —por ejemplo— para que dos moscas aterricen y se reproduzcan sobre una calva, que se necesita una impenetrabilidad de cocodrilo para no sufrir, al comprobarlo, un verdadero síncope de admiración…

Oliverio Girondo, *Espantapájaros*,
Poema 19



Quiero agradecer la invitación para participar en esta ocasión tan importante para todos. María Noel, temo que lo diga en esta ocasión, puede generarte la pregunta: ¿habrá sido cierto? No me cabe la menor duda, tu influencia y participación en la vida del colegio ha sido sobresaliente. Y para ello mencionaré sólo aquello que aceptarás como algo puede ser falso.

María Noel, sin proponérselo, forma parte de una oleada de pensadores, escritores y artistas provenientes de Argentina, Chile y Uruguay que llegaron a México en la década de los setenta. La influencia y los aportes a la cultura mexicana, en general, creo que deberán estudiarse y evaluarse. Muchos de ellos regresaron a sus países de origen, otros, como María Noel, permanecen en México y en esta facultad, formando a muchas generaciones de estudiantes de la licenciatura y el posgrado en Filosofía.

No recuerdo exactamente cuándo tuve por primera vez contacto con María Noel. Mi recuerdo más antiguo consiste en una platica en un pasillo de la facultad en la que me comentó que no estaba de acuerdo con la guía de Historia de la filosofía (siglos XVII-XVIII) que orientaba al alumno hacia la lectura de los textos políticos de Kant y no hacia los teóricos. Realmente estaba indignada, aunque lo ocultaba con una suerte de asombro crítico respecto de lo que no estaba de acuerdo. Tan no estaba de acuerdo que me lo comentó sólo por la necesidad de decírselo a quien se dejara, pues más allá de saludarnos no entendí por qué lo hizo —tampoco yo podía hacer nada para modificarlo—.

Eso la decidió, creo, a dejar los cursos en el SUA y quedarse solamente con sus cursos en el Sistema Escolarizado. Posteriormente nos topamos en el pasillo muchas veces y los encuentros tenían un fondo de simpatía.



La manera como entramos en contacto fue hace 22 años, cuando fue nombrada coordinadora de la carrera y yo fui invitado por Juliana para ocupar el cargo de secretario académico. El que ella fuera la coordinadora me llevó a aceptar inmediatamente, no encontraba ningún "pero" para trabajar con ella. Recuerdo que Juliana me llevó con ella —la coordinación estaba donde ahora están los cubículos de posgrado— para presentarme con María Noel. No sabía si ella estaba de acuerdo o no, supe después que había sido la quinta opción.

El estilo personal de administrar de Juliana nos metió inmediatamente en problemas, pues contaba con un extraño sistema de información que lo vigilaba todo. Nunca supe cómo le hacía, pero funcionaba más o menos bien. Esa primera vez funcionó mal. Nos puso en un aprieto sin sentido que tal vez marcó toda nuestra colaboración. No me detendré en contarles chismes, aunque mueran de ganas, lo menciono porque ahora, a la distancia, percibo cómo nos preocupamos de algunas cosas que no valían la pena ni antes ni ahora. Otras sí fueron importantes.

Lo que quiero resaltar es que en ese contacto diario aprendí a valorarla como persona y como académica, pues en la conversación describía cómo daba sus clases, qué le entusiasmaba —por supuesto Kant—. Y también de sus planes.

La risa, por suerte, es una constante de María Noel —recuerdo varias sesiones de carcajadas con Nicol que no tenían fin—.

No puedo dejar de mencionar que María Noel padeció una suerte de rudeza innecesaria, por no decir de francas injusticias, en muchas etapas de su carrera académica, por ello algunos logros los compartía como grandes triunfos. Conversando respecto de este destino que persigue a algunos colegas, en una ocasión le pregunte a Collin White por qué pasaba eso, por qué a María Noel le escatimaban tantas cosas, y él me contesto que se debía a que en la facultad



se concentraba demasiado talento, tanto que acababan estorbándose unos a otros. Me parece una buena hipótesis, aunque insuficiente de todos modos.

En otra ocasión le pregunte a María Noel cómo fue que decidió dedicarse al campo de la estética, y me contestó, según recuerdo, porque las obras de arte son una certeza, están a la vista o al oído y puede pensarse sobre ellas. En cambio, mi área, filosofía de la historia, por ejemplo, estaba plagada de dudas y problemas desde el inicio. No sé por qué, pero me parece una respuesta inteligente.

La mayor cualidad de la formación académica que María Noel brinda a sus alumnos es la pasión por el detalle, por analizar lo nimio en un texto hasta enlazarlo en la visión general del autor. Desgraciadamente sólo recuerdo parcialmente cómo me ilustró una vez acerca de ello. Se trataba de una noción en apariencia secundaria dentro de la *Crítica del Juicio* y me explico cómo esa noción aparecía en la *Critica de la razón pura* y constituía un eslabón muy importante en la obra kantiana. Me tomé el trabajo de revisar ambas críticas y encontré que María Noel tenía razón. Pero lo más sorprendente para mí fue que me resultó improbable que el mismo Kant hubiese tenido presente semejante detalle a la hora de escribir sus obras. Pero allí estaba. Ese sí que es pensamiento sistemático, el de Kant y el de María Noel.

En la "Introducción" a *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, María Noel afirma lo siguiente:

> En el presente libro trazo el recorrido según un orden cronológico, a efecto de seguir el itinerario del pensamiento de Bachelard. Este tipo de lectura tiene sus ventajas: primero, ubica y orienta al lector, lo lleva de la mano, para reconstruir el camino del pensamiento del autor. Segundo, permite una lectura atenta al despliegue de una obra, lo cual ofrece



> la posibilidad de detectar cambios, permanencias, recurrencias, omisiones, así como, fundamentalmente, las preocupaciones centrales de su autor. Tercero, este método exige una tarea suplementaria: la de construir la ilación de las obras de Gaston Bachelard. Es decir, tal como se presenta aquí, el desarrollo del pensamiento de Bachelard deviene engarzado en un hilo conductor propuesto y creado por mi propia reflexión sobre su obra. Ello conlleva el riesgo de ofrecer una lectura heurística más que hermenéutica, y la ventaja de crear sobre la creación, de dejar resonar la obra de Bachelard en mi espíritu.[1]

Este modo de abordar a Bachelard es, en general, el tipo de reflexión que María Noel enseña en sus clases. El rigor, la precisión y el cuidado por el detalle son elementos permanentes en su exigente proceso de lectura.

En la coordinación tuvimos de todo, momentos muy agradables, hilarantes en ocasiones, otros interesantes; quiero recordar aquí a Nicol Ooms, a Adriana Martínez, a Aurorita y a Bertha. Creo que hicimos buen equipo. Entre otras cosas, arrancamos el proceso de revisión del plan de estudios, que culminó hasta 1998.

Quiero mencionar dos anécdotas. La primera la generó sin querer Ricardo Guerra. Llegó a la coordinación para hacer algún trámite y le dijimos que no había ningún problema, pero que se lo tenía que hacer Nicol (por supuesto Ooms), y entonces él preguntó completamente azorado: "¿No ha muerto?". No, doctor —le respondimos muertos de risa— a Nicol Ooms, no a Eduardo Nicol.

La anécdota que quiero recordar aquí es la de un alumno que insistía en que un profesor se había equivocado con su calificación,

[1] María Noel Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, pp. 19-20.



pues había obtenido MB. Fue todos los días hasta que se le hizo la corrección. María Noel no cabía en su asombro, pues ese mismo alumno respondió a la pregunta: ¿qué cree usted que estudia la didáctica de la filosofía? Un cuestionario de inicio de semestre, que la que estudiaba la Edad Media… Aún escucho las carcajadas, y aún recuerdo la incredulidad en la mirada de María Noel ante tanta sabiduría.

Así que María Noel, tengo más que decir, mucho que recordar —tenemos desde hace como ocho años un desayuno pendiente, por ejemplo—. Pero lo que quiero decirte desde el corazón, desde lo poco que entiendo de filosofía, que has aportado mucho a este colegio, a esta facultad y, si sirve de algo, te lo reconoceré siempre. Muchas gracias por todo, María Noel.

Un poco de luna, un poco de mito... y un espejo

Alberto Cabañas
Universidad Iberoamericana

A María Noel Lapoujade

Querida doctora
Presente:

He decidido escribirte una carta en tu muy merecido reconocimiento por tu trayectoria de vida académica y de tiempo vivido. Un reconocimiento que te hace nuestra siempre amada UNAM. Y aquí, permíteme decirte, entiendo por reconocimiento, el conocer otras dimensiones de tu vida, no las que ya conocemos. Otras dimensiones que normalmente no aparecen en los libros, pero que sí pueden aparecer en una carta.

Por ello te escribo esta carta, porque reconozco en ti y de ti, esas dimensiones de tu persona que hoy motivan mi gratitud y mi nostalgia desde la mirada del alumno que ve siempre con admiración y sorpresa a su maestro. Te escribo por lo que me consta, me y nos has

dado. Además, porque creo que una carta me hace sentir cómodo y cierto, menos protocolario y me acerca más a ti, más al sentimiento de amistad y gratitud, que finalmente motiva mi deseo de expresarte lo que representas en mi vida. Entonces, lo que aquí leerás es algo de esas emociones primarias que me detonan tu persona, pero fundamentalmente sentirás mi deseo de acompañarte siempre en este viaje en el tiempo y en estas coincidencias de vida, que por fortuna para los que te rodeamos, hoy nos toca compartir.

En este remolino de emociones descubro un sentimiento profundo hacia ti: mi agradecimiento. Pero también descubro que hoy la prisa de la vida cada vez nos obliga a omitir nuestras gratitudes y nuestros sentimientos cuando hablamos entre y con los otros. Del mismo modo que la gratitud, parece alejarse de nosotros cuando pretendemos conceptualizar y nombrar el mundo exterior e interior. En esencia, esta ausencia de reconocimiento, en y para el otro, es la que provoca en mí un recogimiento muy cercano a la nostalgia. Un sentimiento tranquilo y en reposo que hoy necesita llegar a ti como admiración, gratitud, alegría y nostalgia. Exactamente lo que hoy siento hacia ti.

Este diálogo de emoción revela en mí tus enseñanzas. Esas constelaciones de las que eres canal y voz cuando nos hablas o escribes; ese enjambre de imágenes y esa explosión de sentidos de los que llenas tus ojos y tus clases, tus libros, tus manos y tu vida. En resumidas cuentas, son esas espesuras de tu espíritu las que animan y dan forma retórica a esta breve carta.

Aquí están esos modos de ser y pertenecer tuyos. Formas de tu espíritu que nos revelas con tu presencia, con tu vida, con tus enseñanzas, textos, libros y conversaciones. Citando e invocando a tus brujos predilectos, llámense Kant, Durán o Bachelard, entre otros espíritus científicos propios y ajenos. En resumidas cuentas, eso es



algo de lo que también quiero referirme, porque intuyo que en la densidad de tu ser no te percatas de lo que me has dado, de lo que nos has dado y de lo que nos sigues dando con tu obra, con tu persona y con tu presencia.

En mi caso, y cito mi ejemplo porque me es el más cercano, y porque es representativo de tus múltiples aportaciones filosóficas y humanas a personas, alumnos y académicos de este y otros recintos universitarios. En mi caso —te decía—, parte sustancial de mi entusiasmo académico y el desarrollo de una perspectiva humana, hoy coagulan en textos, tesis y ensayos, es decir, en imaginación histórica y en aperturas del pensamiento, provienen, y déjame decirlo, aunque hagas esos gestos que te caracterizan, provienen en mucho de esos ecos de voces pasadas y presentes que tú evocas, invocas y revives, interpretas y analizas cuando nos hablas, cuando nos muestras el camino que te trazas y recorres.

En estas enseñanzas sabes que viertes saberes en nosotros, pero no sabes que viertes mundos en nosotros, sabes que trabajas con ideas, pero no te percatas de que le das piel e imaginación a las ideas. Es decir: vida. Dotas de alma y espíritu a la propuesta. Eres como un manantial que brota de tus textos, de tu voz y tus ideas. Eres como un muestrario de propuestas que irrumpen en la vida de tus alumnos y compañeros como sudores y temblores de la razón y del pensamiento, empujando siempre al pensamiento a convertirse en un ser imaginante y no sólo en cadena de razones y en memorias alineadas y alienadas. Tú lo dijiste una vez, y te cito: "Si los valores tiemblan, es que están vivos, y si no se mueven, es que ya están muertos".

Por ello en este breve retrato de tu persona, tu presencia es imagen y tu palabra conciencia. Ahora, blanca y encorvada por el tiempo caminado, ahora como queriendo fundirse con el tiempo, al tiempo, pero no al tiempo del presente y ni del reloj, ni al de la



máquina ni al tiempo del trabajo, sino al tiempo inconmensurable del saber y del conocer. A ese tiempo que flota. Tiempo eterno que tanto valoras en tu vida y en tus reflexiones como revelación de instantes. Como conexiones místicas y ensoñaciones científicas que hoy aparecen como tuyas. Porque creo que hoy en tus diálogos con Bachelard, Durán, Bergson o Kant son más tuyos que de nadie, porque en tus citas, evocaciones e invocaciones, traes espíritus al presente, no textos o autores.

En este retrato que me devuelves de ti, pienso en la imagen que te reviste, pienso en el aura de tiempo que encarnas y te rodea, y me pregunto: ¿por qué un ser se vuelve místico, etéreo o ingrávido? Y me respondo: no lo sé, pero sí percibo que algo vas acumulando y guardando en ti que no es sólo idea o palabra, tiempo o experiencia, paso y carne. Es algo que se le parece al mito y a la verdad. Entonces te imagino frente al espejo y te pienso cuando estás frente a él y te peinas. Si es que te peinas. Pienso en que si realmente te ves y has visto tu pelo, y si te das cuenta que traes en él, un poco o un mucho de luna, un poco de umbral y un poco de misterio.

En síntesis, vida y misterio. Es decir, un poco de mito y un poco de eternidad. No te das cuenta, es historia y mito lo que peinas. Si es que te peinas.

Eso es lo que te acompaña cuando caminas y vas de aquí para allá y de allá para acá en esta prestigiada y convulsiva facultad de filos. ¡Cuando traes de prisa a la prisa!, como acostumbras. Ahora lo sé, es verdad, mito e historia lo que cargas en tu ser. Entes siempre vivos y alertas motivados por un ímpetu de tu interior y tu exterior. Es decir, eres como un planeta llamado María Noel con tus órbitas y satélites que lo acompañan, llámense alumnos, adeptos o filósofos. Hoy, todos nosotros en tu orbita, girando a tu alrededor. Ahora lo entiendo, ese andar tuyo por dentro y por fuera, ese sistema al que



perteneces, no es más que reflexión y método, más que pedagogía y academia, más que ser y persona. ¿Para qué? Sencillamente: para entender y entretejer almas y espíritus, lectores y audiencias. Eso eres, un planeta cuya órbita atrae almas y ensoñaciones como la mía.

Tú no te das cuenta de ello, pero son tus cualidades reflexivas y humanas sobre Bachelard las que contribuyen a materializar el agua, el aire, el fuego y la tierra en intuiciones germinales. Intuiciones que darán vida a nuevas formas de pensar, accionar y habitar el mundo para propios y ajenos. Antesalas siempre del saber, verdad, mito y memoria. Parafraseando a Alain Vinget, tu imaginación científica revela la infancia de nuestra conciencia.

Sustancialmente, a ese estado de gratitud y nostalgia es al que doy cuerpo y movimiento cuando te escribo. Revuelos de la emoción por un espíritu y su alma, su imagen y su persona, todo ello, apasionado por la verdad. Un ser que en su apariencia y andar, en un su rostro y su mirar me ha enseñado a ensoñar. A ese ser es al que me dirijo, pues me has entregado con amor y rigor, en instantes genuinos y diversos, la grandeza de la idea y la pureza de sus infancias. Me has dado las muchas formas de soñar y ensoñar la idea, para verla nacer, crecer y reproducirse en mi vida y en el papel en que la guardo.

Gracias María Noel. Con fidelidad, admiración y nostalgia te escribo como compañero de viaje, pues con tu ejemplo de vida, seguramente mi pensamiento e imaginación no son más amplios, pero ahora saben de otros caminos para ampliarse.

En esto que llamamos vida y tiempo, las imágenes que ahora veo por tus enseñanzas, aparecen repletas de mundos reales e imaginados.

Con ello, la nostalgia y el sentimiento que animan esta carta dejan de habitar el silencio y la mirada, y toman forma para ti. Quieren



vivir en tu memoria y en ti. Aquí te dejo mi carta, como un testamento amoroso, como gratitud tranquilizadora, como una nueva o última morada.

Gracias, doctora.

Atentamente,
Alberto Cabañas. Un satélite de tu planeta.
Ciudad Universitaria, 27-08-2012



Homenaje

Giuliana Dal Piaz
Ministerio de Asuntos Exteriores, Roma, Italia.

Gracias, María Noel, por haberme invitado a formar parte de este encuentro, y gracias a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM por haberme incluido en el evento.

Voy a introducir aquí una nota disonante: en vez de hablar de la trayectoria, las obras y las realizaciones de María Noel Lapoujade —ampliamente comentadas por voces mucho más autorizadas que la mía— voy a hablar de mí y de mi propia relación con la filosofía, ¡al menos hasta hace 48 horas!

Hace unos días comentábamos con María Noel los modos inesperados con los cuales logramos tocar, aun sin saberlo, las vidas de los demás. En estas mesas he oído varias experiencias de este tipo, y no cabe duda de que María Noel haya tocado significativamente también la mía, de vida, mas por una vía muy distinta.

Me explico mejor: mi madre era profundamente apasionada de la filosofía. Cuando joven, la precaria condición económica de su familia sólo le había permitido estudiar para maestra de primaria, que en esa época era un diploma de bachillerato. Sólo en 1963, a los



40 años, casada y madre de tres hijos —yo, la segunda, tenía 18 años y me encontraba a mi vez en la universidad—, logró graduarse, con la máxima calificación, pero con gran esfuerzo, en Filosofía y Pedagogía. Así que mi adolescencia estuvo "punteada" por sus exámenes, los libros de filosofía y sus comentarios acerca de la facultad, de los catedráticos y de los temas de estudio.

En lo que a mí se refiere, los tres años de Historia de la Filosofía en el Liceo Clásico me hicieron amar, en un primer momento, a los filósofos griegos, que me parecían tan sencillos y lógicos, a Heráclito, a Demócrito, a Pitágoras y sobre todo a Platón —un poco menos a Aristóteles, aunque me resultaba comprensible su gran sistema ordenado del universo—. No me interesaron los filósofos cristianos medievales, pero me encantó Vico, me fascinó Galileo.

Luego, la Filosofía me perdió: el camino que me había parecido en un principio ancho y plano se fue volviendo un sendero más y más angosto, hasta que me topé con un muro de piedra: Emanuel Kant. Desafortunadamente, *no* tuve yo a una maestra como María Noel...

Desde ese momento decidí que no me servía de nada tanta elucubración e hice a un lado la Filosofía para siempre.

Me dediqué al mismo tiempo a los idiomas y a las Ciencias Políticas, trabajé por un tiempo como intérprete, di por unos años clases de inglés en una secundaria, finalmente concursé por una plaza de agregado cultural en el ministerio italiano de Asuntos Exteriores y por más de 30 años ese fue mi trabajo —muy amado, por cierto— en varios países, casi todos de habla hispana.

Ocasionalmente, mucho después de que nuestros caminos se cruzaran aquí en el DF, María Noel me hizo el honor de invitarme a dos de sus seminarios sobre Imaginario. Siempre empezaba yo con la misma objeción: "Pero ¡si yo no soy filósofa!". "No importa —me



respondía ella— trata al Imaginario desde tu propio punto de vista". Y aquí estoy, una vez más, lego entre tantos académicos, dispuesta a aportar mi granito de arena a este hermoso homenaje a la destacada filósofa y catedrática, a la amiga entrañable de toda una vida: un auténtico ¡ser del Renacimiento! —como descubrí en el transcurso de este coloquio—.

María Noel y yo nos conocimos a nivel personal/familiar, pues en 1980 éramos vecinas de casa, ambas con tres hijos que, desde los dos grandes hasta los más pequeños, se llevaban entre ellos sólo uno o dos años de diferencia. Fueron momentos de convivencia muy hermosos, las salidas de fin de semana al parque de diversiones o al zoológico, vacaciones conjuntas en algún balneario de Morelos, o —ya acostados los pequeñines, como Noel los llamaba— pláticas entre adultos alrededor de la mesa y de una botella de vino. Sólo en una segunda fase empezó entre nosotras una relación más intelectual/profesional, que puso en segundo término el aspecto familiar de nuestra amistad. Dirigía yo aquí en ese entonces el Instituto Italiano de Cultura, Oficina Cultural de la Embajada de Italia en México, y mi relación con las universidades era más institucional que antes. En ese rol participé —como decía— en dos de los seminarios sobre Imaginario, desde mi punto de vista: la literatura italiana.

Cuando cambié de país en mi papel de agregado cultural (fui primero a Canadá, luego a Colombia y finalmente a Argentina), la amistad con Noel se volvió más dilatada en el tiempo, pero siempre nos descubrimos capaces de reanudar el diálogo exactamente donde lo habíamos interrumpido. También tuve la oportunidad de traducir a mi idioma unos textos de María Noel: uno acaba de aparecer en una revista italiana de Filosofía, otro saldrá en breve en la revista de la Universidad de la Calabria. Me fascina su manera clara, consecuente y original de exponer sus tesis filosóficas: una verdadera



bendición para el traductor, que debe lidiar a veces con textos retorcidos e innecesariamente complejos, que vuelven y revuelven palabras sobre el mismo concepto sin añadir nada a la idea inicial.

Confieso que mi postura hacia la Filosofía no ha cambiado mucho: mi temperamento pragmático me lleva a buscar no sólo el sentido, sino también la utilidad inmediata de una disciplina. Mi duda constante es (más bien ¡era!): ¿de qué sirve hoy en día la Filosofía? ¿Qué lugar puede ocupar en el mundo moderno?

Sin embargo, hace pocas semanas tuve una sorpresa: en un pequeño municipio de la Italia del sur, Corigliano d'Otranto en provincia de Lecce (en el corazón de la Magna Grecia salentina, que cuenta con varios pueblos helenófonos), la alcaldesa acaba de crear —con el aporte gratuito de una inteligente filósofa local— la primera "ventanilla filosófica municipal", que se propone "enfrentar los problemas diarios, crear en los usuarios sentido de responsabilidad y participación, llevar el problema individual a un nivel general, con el objetivo de volver más ligera la percepción de los problemas mismos". La misma alcaldesa ha creado también, en el centro histórico del pueblo, un parque filosófico llamado "Sophía en el país de las maravillas": es un recorrido de "árboles que hablan" y bancas-libro sobre los cuales pueden leerse aforismos y pasos de las obras de filósofos, mientras que las tiendas del centro reparten al público unas postales impresas con una de diez "preguntas filosóficas", del tipo "¿Por qué naciste?", o "¿Cómo nació el universo?". Dato curioso: los usuarios de la ventanilla filosófica son prevalentemente hombres, entre los 25 y los 40 años de edad. Cada sesión cuesta al que la pide 15 euros, por un máximo de 10 sesiones, dinero que ingresa a la caja para obras sociales del municipio. El cliente expone el problema que lo preocupa, luego sigue una sesión de preguntas y respuestas de tipo socrático, trabajando *no* sobre autobiografía y emociones, sino sobre *ideas*.



En realidad, no se trata de una total novedad: después de que en los años ochenta Gerd Achenbach proclamara en Alemania el retorno al papel público y práctico que tenía la filosofía en la Grecia antigua (cuando el lema era "pensar bien para vivir bien") y la adhesión a su teoría del filósofo florentino Neri Pollastri, que creó en Italia el primer consultorio de Consulencia Filosófica, polos y talleres de filosofía han surgido en Turín, en Bologna, Trieste y Verona. La novedad es que se trate de una ventanilla abierta al público como un servicio más de la municipalidad.

Así que la posmodernidad le está dando la razón a los que siguen proclamando la importancia de la Filosofía también en el mundo contemporáneo y le está quitando fuerza al empecinado rechazo de esa disciplina de parte de los pragmáticos utilitaristas como yo...

Para nosotros los irreductibles, también surgen respuestas: hace apenas unos días, un importante escritor e intelectual italiano, Eugenio Scalfari, escribía en el diario *La Repubblica* (que él mismo fundó y dirigió por más de veinte años), que

> por muchos años la cúspide de la filosofía había sido la metafísica; le siguió la crítica, acompañada sucesivamente por la estética. Desde finales del siglo XX hasta la primera década de este siglo, la ética se volvió la nueva cúspide. Mas estas jerarquías ya no se sostienen, por la desaparición de lo absoluto y la contemporánea desaparición del antropomorfismo que por milenios dominara la cultura. Fue Nietzsche quien decapitó la metafísica y derrotó los valores contraponiendo a cada uno de ellos un contravalor [...] Se sigue discutiendo si, después de Nietzsche, sea aún posible hacer filosofía. Por supuesto lo es, porque la historia del pensamiento es inarrestable, pero con él surgió un lenguaje totalmente distinto y el filósofo se ha transformado en un artista que —como todo artista— inventa las palabras y las formas en las que expresarse.



No cabe en mí la menor duda de que María Noel Lapoujade sea precisamente uno —y entre los más destacados— de esos artistas.

¡Bienvenida por lo tanto la exploración de nuevas palabras y formas de expresión, a través de la filosofía de la imaginación!

Estos dos días me han abierto horizontes desconocidos e inesperados. Prometo, María Noel, leer todos tus libros y acoger gustosamente en mi vida "la Filosofía según Lapoujade".



Imaginar otra filosofia

Francisco V. Galán Vélez
Departamento de Filosofía, Universidad Iberoamericana

Agradezco mucho a la Facultad de Filosofía y Letras que me hayan invitado a este homenaje festejo por la presencia luminosa de María Noel Lapoujade. Tuve el gusto de conocerla hace unos 30 años cuando era coordinador del Posgrado en el Departamento de Filosofía de la Iberoamericana, y queríamos tener un muy buen curso sobre Kant. La doctora Dulce María Granja no podía por aquel entonces venir y me recomendó a la doctora Lapoujade. Fue así como tuve la dicha de platicar con ella. Desde ese primer encuentro me quedó claro que ella es una pensadora atenta a la totalidad-infinita. Propuso hacer un curso en el que se mostrara la unidad de fondo de las tres críticas kantianas.

Después, siendo director, la invité a formar parte, como consejera externa, de nuestro consejo técnico de la licenciatura, a lo que amable y responsablemente accedió. Fue durante esos años de consejera externa en los que tuve la oportunidad de ver a María Noel en su laboratorio, en el que se gestaba su obra sobre Vermeer, y fue en largas conversaciones gozosas en las que, además de ayudarme con

muchos "tips" de investigación y administrativos, de revelarme a Hildegarda de Bingen, aprecié su hondura de miras, y, sobre todo —sin duda por lo que todos estamos aquí congregados—, su nobleza de espíritu (Rob Riemen), su extraordinaria calidad y calidez humana.

De ese periodo de tiempo quiero recordar una estupenda reflexión que hizo a propósito de una discusión que teníamos sobre cómo articular lo sistemático y lo histórico en el nuevo plan. Como sabemos bien, este es un problema bastante difícil. Al ocuparnos de lo histórico, de lo que otros dijeron, hacemos, como dice un autor, filosofía en sentido indirecto, pero si queremos hacer filosofía en sentido directo, es claro que hay que escuchar la conversación que nos precede.

La doctora Lapoujade ha sido entre nosotros la filósofa de la imaginación, un tema del que propiamente nadie se había ocupado en México. Lo ha hecho desde una variedad de autores y desde una variedad de perspectivas. María Noel ha tomado un tema poco trabajado, hasta diría ninguneado, pero lo ha insertado fabulosamente en la totalidad del sistema de la filosofía, pero como una totalidad no clausurada.

Dice Lonergan en el prefacio de su libro principal: "Probablemente se dirá que he tratado de abarcar un frente demasiado amplio. Con todo, me incliné a hacerlo por dos razones. Al construir un barco o una filosofía, se tiene que recorrer todo el camino; un esfuerzo que por principio es incompleto equivale a un fracaso".[1]

Aunque María Noel me hizo el favor de enviarme su libro sobre Gaston Bachelard, el cual leí y disfruté mucho, seguramente con el propósito de que hablara más de este libro y racionalizar un poco las intervenciones, fue preparando esta intervención que volví a su libro, para mí, capital de su obra la *Filosofía de la imaginación*. El libro de Bachelard corre el peligro, sin el anterior, de leerse como

[1] Bernard Lonergan, *Insight: Estudio sobre la comprensión humana*, p. 15.



un libro de especialistas de Bachelard. De hecho, ella reenvía todo el tiempo a su obra anterior.

De este libro había leído hace tiempo muchas partes, sobre todo para un congreso nacional, en el que tuve la dicha de que me invitara a participar en su coloquio sobre el tema de la investigación, y presenté ahí un trabajo sobre la función heurística de la imaginación según Lonergan.[2] Sin embargo, confieso que no lo había leído de *pe a pa*. Y me perdonarán si repito, pero finalmente estamos en una celebración, y no hablamos de libros, sino del significado, como dije, de esta presencia luminosa entre nosotros. Se trata, en palabras de ella, de "la resonancia y la repercusión del pensamiento filosófico leído".[3] El texto de Bachelard es también un homenaje que ella le hace a este gran filósofo francés, pero me parece, con todo, una continuación de su magna obra. ¿Por qué me ha gustado tanto esta obra? Porque como dije es una magnífica muestra de cómo debemos hacer filosofía en sentido directo.

En algún trabajo mío sobre el futuro de la filosofía señalaba que la filosofía profesional se hace más viendo hacia el pasado que hacia el futuro.[4] En la traducción de Gaos de Heidegger la temporalidad no es sino que se temporacía. No hay pasado sino un ser-sido. No hay futuro sino advenir. No hay presente sino un presenciar presentador. Es correcto que exista la división del trabajo por especialidades funcionales, es bueno que haya intérpretes y especialistas, pero en general, en la tra-

[2] Francisco Galán, "La función heurística de la imaginación según Bernard Lonergan", en María Noel Lapoujade (coord.), *Imagen, signo y símbolo. Segundo Coloquio Internacional de Estética*, pp. 203-222.

[3] María Noel Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 67.

[4] Francisco Galán, "Tradición, futuro y misterio", en F. Galán, Ángel Xolocotzi, María Teresa de la Garza (coords.), *El futuro de la filosofía*, Universidad Iberoamericana, México, 2004, pp. 9-21.



dición de la filosofía continental, siete de cada diez filósofos se abocan a ser especialistas de… Incluso la historia de la filosofía debería tener este sentido de futuro, de ocuparse del pasado para rescatar voces, posibilidades, para hacer una mejor filosofía, para hacer una mejor vida humana.

Los filósofos analíticos suelen ocuparse más de las cosas mismas, pero en ellos sigue predominando un cierto estrechamiento de la historia de la filosofía, y de la vocación misma de nuestro filosofar, que sigue siendo el asombro. La presión del SNI y de parecer que somos serios, nos pide que enfoquemos todo nuestro corazón y mente en un tema, en un problema, en un periodo, en un autor, en una edición. Es indudable que hay mucho bien en tal especialización, pero el punto es que no hay una especialización funcional, no hay un plan, una división coherente del trabajo, que lleve a resultados recurrentes y acumulativos, y lo que cada vez encontramos en nuestros congresos de filosofía son personajes como el que relata Zaratrustra con el nombre de la sanguijuela.[5] Personajes muy alejados de la condición humana, incapaces de dialogar con otras tradiciones, con otros autores, con otras disciplinas, muy alejados de la primera vocación que surgió en nosotros cuando escuchamos que debíamos dedicarnos a la filosofía.

Lo que nos falta en nuestros congresos, en nuestras publicaciones, en nuestros planes de estudio, en nuestras tesis, es imaginación. Por supuesto que estoy exagerando y María Noel nos habla de otro filosofar.

¿Qué es la imaginación? "Realidad total, compleja, polifacética, dinámica".[6]

[5] F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*, tercera parte, "La sanguijuela", p. 337: " '¿Entonces tú eres acaso el conocedor de la sanguijuela?', preguntó Zaratustra; '¿y estudias la sanguijuela hasta sus últimos fondos, tú concienzudo?'. 'Oh, Zaratustra', respondió el pisado, 'eso sería una enormidad, ¡cómo iba a serme lícito atreverme a tal cosa! En lo que yo soy un maestro y un conocedor es en el cerebro de la sanguijuela: —¡ese es mi mundo!—' ".

[6] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 17.



¿De qué es su libro? ¿De estética? Sí, pero no. Es de teoría del conocimiento también, por supuesto que de antropología, pero también de ontología, incluso ética, es más, en el fondo diría que es un libro de ética-política.

> Propongo una filosofía de la imaginación, en diálogo con el pensamiento de Bachelard, que dé cuenta de lo real, trascendiéndolo como vía de salud y salvación de la especie.[7]
>
> El esfuerzo estético por la vida.[8]
>
> La explicación por lo útil debe ceder ante la explicación por lo agradable.[9]

¿Qué es la imaginación? De entrada, ya lo dije, un tema ninguneado en muchos enclaves filosóficos con el adjetivo "menor". ¿Qué grandes filósofos se ocuparon de él? Muchos, casi todos, pero también, como lo muestra la doctora Lapoujade, muchos filósofos "menores", que son mayores en sus aportaciones: Todorov, Ernst Bloch, el propio Bachelard.

En su *Filosofía de la imaginación* encontramos un recorrido casi exhaustivo por la historia de la filosofía occidental, tratando de construir la propia postura sistemática desde el diálogo con estos autores. El recorrido no es lineal, sino que depende un poco de la dimensión filosófica que se quiera poner de manifiesto. Con el pensamiento antiguo, medieval y moderno la dimensión dominante es la epistemológica.

En la Edad Media nos detenemos en San Agustín y en la cuestión del entendimiento agente de Tomás de Aquino. Este es un punto especialmente querido por mi formación filosófica, y además por uno

[7] M.N. Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 99.
[8] *Ibid.*, p. 45.
[9] *Idem.*



de mis autores favoritos, Bernard Lonergan. El tema es más bien aristotélico y por cierto es el epígrafe que pone Lonergan en el *Insight*:

> τὰ μὲν οὖν εἴδη τὸ νοετικὸν ἐν τοῖσ φαντάσμασι νοεῖ (De anima III, 7, 431 b2)

La doctora Lapoujade desarrolla el tema en la filosofía moderna con Descartes, Hume, pero es sin duda la exposición maestra que hace de Kant una de las cumbres, si no es la principal, en su libro *Filosofía de la imaginación*. Todo el tiempo está hablando Kant, pero un Kant que tampoco es el que ordinariamente circula. Hay sin embargo una crítica profunda a Kant, que al mismo tiempo que muestra la grandeza de su pensamiento, muestra también su limitación. La imaginación no es una facultad. Pensarla así es una herencia de la metafísica griego-escolástica, que controla el significado de los términos desde la metafísica, y que si bien aporta cosas notables, es un pensamiento que tiende a dividir, a encasillar, a "conceptualizar" en exceso. Tenemos así en Lapoujade una expresión que el propio Zubiri podría firmar: "racionalidad imaginante".

Y el tema de fondo con la imaginación es su papel, único, en la recuperación de la complejidad, de la totalidad que se abre a lo infinito. Preocupación por no reducir, ni fragmentar. En el lugar central la totalidad enigmática que somos, y que lo simboliza perfectamente la imaginación misma, somos animales que imaginan. (A Lonergan le llamó mucho la atención los famosos experimentos con simios de Wolfgang Köhler de los años veinte, y el papel de las imágenes "libres".)[10] Si bien puede haber animales que tengan imá-

[10] «First of all, what is the limitation to insight, so-called, in apes? The experiments were done by Köhler, and his favorite chimpanzee was known as Sultan. What Sultan could do was use means to an end, and he could do so when the means and the



genes, en el ser humano la imaginación "es plástica y transgresora. Es creadora de imágenes nuevas, que no se calcan y sobreponen directamente a lo real, sino que lo recrean".[11]

Pero hay una mayor totalidad, aquella a la que el ser humano está llamado o en la que está inserto, por eso escribe la doctora Lapoujade en el libro sobre Bachelard:

> De la ensoñación a la imaginación
> De la imaginación al *homo imaginans*
> Del *homo imaginans* al hombre cósmico[12]

En el análisis estructural de la imaginación, María Noel problematiza nuevamente las dicotomías que encierran: imaginación creativa-reproductiva; imaginación y fantasía. Imaginación vivida e imaginación del como si. La del como si, es sustitución, es ante el mundo. La vivida es con y en lo real, se entreteje, por ejemplo el queso que se va a saborear. No hay dos imaginaciones, la reproductiva y la creativa. Es la misma, pero en una más "apegada" a lo real y en otra más libre.

end were within his range of vision. If you put a banana outside the cage, he could put out his arm and get it-he had no difficulty about that. Put a banana a little farther outside his cage, so he couldn't reach it with his arm, but with the aid of a stick he could reach it, then if the stick and the banana were simultaneously within his range of vision, he'd seize the stick and pull the banana in. But if the stick were outside his range of vision, he wouldn't do it. The limitation in the apes, as far as experimental knowledge goes, simply put, is that they're not capable of free images. Man forms free images. He's able to imagine circles, squares, etc. In other word, he's able to use his imagination in a way in which a beast doesn't». (*Collected works of Bernard Lonergan Vol. 5: Understanding and Being: The Halifax Lectures on Insight*. Elizabeth A. Morelli y Mark D. Morelli (ed.), revisado y aumentado por Frederick E. Crowe, Toronto, University of Toronto Press for Lonergan Research Institute of Regis College, 1990, p. 314).

[11] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 105.

[12] M.N. Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 101.



De Sartre, uno de los pocos autores que no salen muy bien librados, conserva el tema mayor de la libertad. Fichte aparece con la dialéctica del yo y no yo. Y por supuesto hay que ir hasta Freud y posteriormente Lacan para rescatar aspectos y dimensiones no considerados del ser humano. Encontramos a Nietzsche en dos periodos muy diferentes, el del *Nacimiento de la tragedia* y el de *La voluntad de poder* (o de poderío, como se dice en el texto). Y con Nietzsche vienen la ensoñación y el juego, porque la imaginación es juego, es el como si. Es este un tema muy querido para mí, la filosofía del juego, y en ella destaca como pocos Roger Caillois y su tipología de juegos,[13] y podemos señalar la tesis de los juegos de *mimicry* como la esencia del juego. Cómo no recordar aquí a Fink y a su juego como símbolo del mundo. El como si, el sustituir y transgredir la realidad.

Y llegamos a Novalis, el bien más grande reside en la imaginación: "El hombre pleno —lo que para nosotros implica la exigencia de una imaginación 'prolífica'— es el hombre que encarna la imaginación, que da vida a lo maravilloso. Ese hombre —como una caja de resonancia— vibra ante todo lo real, ante todo lo que existe.[14]

Extático, todo con todo, imaginación que disuelve el principio de individuación

Imaginación, encuentro inocente y asombrado con el mundo (θαυμάζειν). Con Schiller decimos que "…quien no se atreva a ir más allá de la realidad jamás conquistará la verdad". La reinserción de

[13] Los juegos de competencia (*Agón*), los de suerte (*Ilinx*), los de simulación (*Mimicry*), y los de vértigo *(Ilinx*). *Vid.* Roger Caillois, *Teoría de los juegos*. Barcelona, Seix Barral, 1958.

[14] M.N. Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, p. 199.



todo en el todo, reinserción que supone el momento dialéctico de abrazar los opuestos, de estar en el entre, el duermevela de Bachelard: "La noche y la luz no se evocan por su extensión, por su infinito, sino por su unidad. La noche no es un espacio. Es una amenaza de eternidad. Noche y luz son instantes inmóviles. Nunca el instante poético fue más completo que en ese verso en que se pueden asociar a un mismo tiempo la inmensidad del día y de la noche".[15]

La imaginación entrelaza y transgrede: "Siendo muy niño —nos dice Baudelaire— abrigué en el corazón dos sentimientos contradictorios: el horror por la vida y el éxtasis ante la vida".

Transgresión, maximizar y minimizar. El arte como naturaleza injertada

Me gusta mucho tu filosofar, María Noel. Me gusta tu tejido de lo histórico y lo sistemático, me gusta mucho el recuerdo de lo ninguneado, tu traerlo a escena, pero no cometes el error de irte al otro extremo. No vituperas a la razón, o a la ontología occidental. Nos das un Kant de carne y hueso. No te quedas con un autor, ni con una tradición. Tal vez sí, los analíticos no están presentes en tu obra, porque los marxistas sí lo están. Me gusta tu afán por la interdisciplina, pues soy hombre y nada de lo humano me es ajeno, pero para que esto suceda tengo que echar a volar la imaginación. "Todo el cielo se sostiene en el espacio de una rosa. El mundo viene a vivir en un perfume".[16]

[15] M.N. Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 121.

[16] Bachelard, *apud* M.N. Lapoujade, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética*, p. 54.



Hay dos anécdotas de María Noel con las que quiero terminar. Además de los autores que me descubrió, cuando escribía su libro sobre Vermeer me habló con gran entusiasmo del recorrido por los monasterios de Francia y Bélgica, en pos de la cerveza. La doctora Lapoujade me descubrió el tesoro de la cerveza belga. La segunda fue la última vez que la había visto. Fue en una celebración relacionada con la familia Mansur. Me parece que era el cumpleaños 50 de alguien de ellos. Ahí jugamos futbolito y me tocó estar de pareja de ella. Y me dije "bueno, ni modo", pero de repente empezó a jugar con una pasión y con una calidad y eficiencia, que creerán que exagero, pero la verdad es que nadie nos ganó. Después de cuatro o cinco retadoras, dejamos la empresa por cortesía con los otros participantes. Por eso decía que se trata de algo ético, de que la vida humana vuelva a ser vivible, y que los filósofos hagamos algo por eso. En el final de la primera parte de su libro sobre Bachelard, antes de llegar a la antología de textos del filósofo francés, la homenajeada señala que somos animales polirrítmicos:

> La imaginación manifiesta también su carácter rítmico.
> En suma, hoy todavía es posible para la especie humana recuperar sus ritmos vitales sanos, es decir, cósmicos.
> Es esta una filosofía de y para la vida feliz.
> Para aspirar a ella es urgente, pues, amar la tierra.[17]

Muchas gracias, María Noel, por imaginar con nosotros.

[17] *Ibid.*, p. 108.



Homenaje a María Noel Lapoujade

Francisco Viesca
Escuela Nacional de Música, UNAM

Me es conmovedor y honroso el que me hayan convidado al homenaje a la doctora María Noel Lapoujade. Conmovedor porque desde que la conocí —hace unos cinco años— se dio en mi íntimo sentir un profundo impacto al encontrar en ella a una persona cargada de amor a la vida, dedicada con pasión a rescatar desde la filosofía la dimensión del Imaginario Humano, sabedora de lo que ello representará en el mejoramiento de la calidad de vida y el mismo futuro de la humanidad.

Honroso, por haberme invitado a este espléndido banquete y hacerme sentir integrado a las personas cercanas a María Noel. Por considerarme uno de sus amigos, compañeros de vida.

Cuando conocí a María Noel me llamó la atención observar que ella vivía en una dimensión del tiempo-espacio muy cercana a la que habitamos los músicos, seres impregnados del intangible pero muy significativo mundo del sonido, donde la observación de la simultaneidad de los fenómenos y sus texturas nos proyecta de modo permanente a las evocaciones, a las correlaciones, las analogías y



las premoniciones emocionales, afectivas e intelectuales, y nos provoca, nos despierta constantemente imágenes de toda suerte... Poco después me confesó que en su niñez y juventud había estudiado el violín y que la música le había sido siempre una gran compañera y una intensa fuente de inspiración.

Por estas razones deseo compartir con ustedes un texto que estaba yo escribiendo cuando la conocí. Un momento en que vivía una de mis recurrentes crisis existenciales, imbuido en la búsqueda de respuestas y en la reflexión sobre el impacto que la música tiene en nuestras vidas. Conocerla me mostró vívidamente la íntima afinidad de la Filosofía con la Música. Estos sentimientos, pensamientos y posiciones estoy seguro nos unirán siempre.

Música, comunicación esencial

Los esquemas culturales delimitan en las comunidades las formas de ser y de conocer, así como sus estructuras objetivas y subjetivas, y crean para el caso matrices y patrones de percepción, de pensamiento y de acción que generan hábitos y brindan posibilidades que definen tanto el curso como las expectativas en la vida de todos sus miembros.

Ciertamente, con los momentos de integración y de cambios sociales profundos que a un nivel mundial se están viviendo, se abren frente a nosotros oportunidades únicas que podrían llevarnos a lograr la superación de taras y prejuicios culturales, pero también está el riesgo que podamos sumirnos en las mil otras posibilidades de estancamiento o involución social que fácilmente nos sumergirían en oscurantismos intelectuales y llevarían al sometimiento de grandes capas poblacionales. Esta realidad representa retos enormes para



toda la humanidad, los cuales debemos superar positivamente y llegar a concretar niveles mayores de equidad y de compromiso social que conlleven la posibilidad de realización para todo ser humano.

En el horizonte aún no se llega a ver claramente cómo se resolverá la lucha del poder entre hombres y mujeres, ni las bases sobre las que se sustentará la comunidad mundial y las culturas que la conforman, pero la sensatez nos mueve a muchos a luchar por la construcción de un hombre cósmico, diferenciado, integrado y pleno, que logre la plena realización de su potencialidad en el marco de lo absolutamente humano.

Nos remontamos a los tiempos en los que los humanos no tenían aún el lenguaje como medio de expresión y vivían inmersos en un medio hostil. La comunicación entre los individuos de esas colectividades debió de haber sido directa, profunda y eficaz, ya que de ello dependía en buena medida su supervivencia. El instinto de supervivencia mismo generó una fuerte dependencia referencial de la captación e interpretación de los fenómenos acústicos, y los estudios antropológicos han apuntado a que la mímica, los movimientos corporales, la gestualidad y de manera sobresaliente las expresiones sonoras onomatopéyicas —ya fueran imitativas de ruidos de la naturaleza o del mismo cuerpo humano— cumplían una función de primer orden.

Los ruidos que fueron siendo ordenados y organizados con la intención de expresar emociones, estados de ánimo, en fin, necesidades comunicables en los primeros tiempos de nuestra humanidad, se transformaron de manera paulatina en los rudimentos de la música y se desarrollaron hasta llegar a ser los sistemas y las propuestas musicales, los géneros y estilos de nuestros días.

Es interesante señalar que uno de los principales cimientos del lenguaje está precisamente en la música, ya que el sentido musical y



la música misma históricamente aparecieron primero.[1] Muchos de los recursos expresivos y significativos del discurso lingüístico son herencia directa del mundo musical.[2]

Hablaré por ahora brevemente de la esencia humana de la música y de la manera como se interna en nuestro cuerpo y en nuestra mente; cómo resuena y la reverberamos en nuestro interior hasta llegar en mayor o menor grado a asimilarla. También de los efectos que llega a producir en nuestras mentes y en nuestros cuerpos.

El sonido como música ingresa en nuestro ser al percibirlo. Estos sonidos han sido generados por otro ser humano, emitidos por medio de una fuente sonora y organizados a manera de un discurso que es captado principalmente por el oído y transmitido al cerebro para ser procesado e interpretado.

Esta información sonora llega del medio sin filtro alguno, de forma directa, inmediata y sin intermediación de la voluntad hasta los centros neurálgicos primarios —los más primitivos, los generadores de las emociones y de los reflejos físicos y emocionales automáticos—, lo cual provoca en los individuos infinitas reacciones involuntarias de tipo muscular, afectivo, intelectual, etcétera, con diversas consecuencias y modificaciones, las cuales llegan fácilmente a afectar nuestro funcionamiento y equilibrio endócrino, psíquico y físico. La música puede generarnos alteraciones en la producción o inhibición de endorfinas, de adrenalina y de otras sustancias esti-

[1] Para mayor profundidad sobre el tema, véanse especialmente los trabajos antropológicos de Steven Mithen, *Los nenderthales cantaban rap, los orígenes de la música y el lenguaje*, 2007; y el de Roger Bartra, *Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos*, 2007, especialmente el capítulo 11.

[2] Pensemos solamente en la entonación de las frases, en la colocación de los registros vocales, en la velocidad de expresión del discurso, en la expresividad que imprime la articulación de las sílabas, palabras y oraciones, en las expresiones onomatopéyicas, etcétera.



mulantes, y alterar la estabilidad emocional, pudiendo manifestarse en cambios del ritmo cardiaco, de la respiración, la transpiración, la humedad bucal, etcétera, y provocarnos estados de ánimo diversos que fácilmente se traducen en llanto, sollozo, estados de vigilia o de adormecimiento, entre otras cosas.

Pero también su influencia puede colocarnos en diversos niveles de conciencia y transportarnos a una multiplicidad de estados mentales que podrían ir de la ensoñación a la desesperación, o de la depresión a la euforia, o por qué no, a la clarividencia y al éxtasis, por citar sólo algunas posibilidades.

La música es en sí misma un producto tangible de la actividad humana depositaria de enormes fuerzas vitales (capaces de remover a través de la energía y la fuerza sonora sensaciones, emociones, afectos e impulsos emanados desde lo más profundo del ser) que le alteran su vida física, emocional y afectiva. De forma concomitante, la música nos provoca el surgimiento de recuerdos, sensaciones e imágenes a modo de resonancia de nuestras vivencias y experiencias no conscientes, cuyos alcances pueden llegar hasta las primeras épocas de la vida, hasta el vientre materno. Por esto, la música a través de su discurso tiene la facultad de provocar la resonancia de la totalidad de nuestro mundo interior y puede inducir o hasta obligarnos a descifrar, mediante la sensación y sin necesidad de razonamiento, conocimientos claros, directos e inmediatos de realidades que han penetrado en nuestra esencia, los cuales al ser sentidos por medio de las emociones, fácilmente son transformables y pueden ser interpretados sin más, en arrolladoras verdades por sí mismos.

Veamos esto con más de detalle. Se tienen dos direcciones hacia las cuales la música dirige nuestra mente con su discurso: una sígnica y otra simbólica. Por una parte, su gran capacidad referencial respecto del mundo de lo concreto la dota de una enorme fuerza que nos



conecta con la realidad física y tangible de los mundos interior y exterior. También nos une a la del universo práctico y directo de la vida natural y social; esto puede llegar a ser una constante en la vivencia musical. De esta suerte, a través de su sonido somos capaces de reconocer el canto de los pájaros, un toque militar, un canto de cumpleaños o de despedida, el instrumento que lo emite, el timbre vocal de una persona conocida, el giro melódico particular e identitario de la palomilla del barrio, etcétera. Este discurso se dirige a la conciencia, a la inteligencia, a la razón, a los acuerdos sociales y a las leyes físicas o humanas.

Por otra parte, el discurso se dirige al universo "de lo no consciente", el de las referencias evocativas de la mente y de sus recovecos afectivos, sensoriales y connotativos, el cual se moviliza amplia y ágilmente en el mundo de las redes simbólicas. Este discurso está dirigido a las reacciones emocionales de nuestra mente y de nuestro cuerpo, a lo connotativo, a nuestra capacidad figurativa, a nuestro mundo afectivo, evocativo, a la aplicación analógica de lo sentido, lo experimentado, lo vivido.

Así, la música nos brinda de manera personal e individualizada un reflejo a la propia medida de nuestra vida pasada y presente, en el cual cada quien encuentra en el aquí y el ahora, lo que metafísicamente necesita; esta vivencia es conocida como "experiencia musical", fenómeno que se desarrolla "mientras se va escuchando" el discurso musical y se van conociendo y reconociendo los efectos que éste nos provoca. Simultáneamente, "ella" nos va instalando en el más misterioso de nuestros espacios, en un lugar —o en diversos lugares— de nuestro interior en el cual no llegamos a saber bien a bien dónde finaliza lo irreal, lo increíble, lo fantástico, y comienza la metaconciencia y la sabiduría.



Es interesante también observar que con el conocimiento de las fórmulas lingüístico-musicales y de los patrones estructurales se llega a desarrollar la "intuición musical", mediante la cual, simultáneamente, al ir escuchando el discurso, se va previendo a manera de propuesta intuitiva, su devenir, respondiendo así a la necesidad primario/afectiva de búsqueda de sentido y de equilibrio, con lo cual también se puede desarrollar la visión prospectiva, anticipando de alguna manera el futuro. Esto es motivo de un amplio disfrute y un profundo placer estético.

Ciertamente, el discurso musical es seductor: el placer y el embeleso que nos proporciona y nos envuelve es capaz de conmocionarnos y hasta obnubilarnos, pero además de ello, si es bien manejado y controlado, la música misma es capaz de generar y desarrollar la conciencia a través de su poder de generación y de retracción de imágenes y vivencias de nuestras profundidades más recónditas e íntimas. Esto puede llegar a ser una importante herramienta para lograr transformar a los individuos en seres trascendentes.



María Noel y las zanahorias*

Amalia Lejavitzer
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Dice Gaston Bachelard, en la *Poética del espacio*, "si de una casa se hace un poema, no es raro que las más intensas contradicciones vengan a despertarnos […] de nuestros sueños conceptuales, y a liberarnos de nuestras geometrías utilitarias".[1]

Creo que así ha sido la filosofía en la vida de María Noel: la filosofía liberadora de lo utilitario, de la geometría acuciante de lo cotidiano; la filosofía llave de puertas que se abren a insospechados lugares, y no lugares; la filosofía imaginante de infinitos mundos posibles.

Cerca del mediodía, hace muchos años, María Noel estaba en la cocina de su casa-poema. Frente a la ventana, trozaba las zanahorias que antes había pelado. El ruido monótono de la cuchilla sobre la tabla de madera marcaba las rodajas perfectas, separándolas en redondeles casi milimétricamente idénticos. María Noel parecía

* Amalia Lejavitzer es doctora en Letras (Clásicas) por la UNAM, e Investigadora de Tiempo Completo del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

[1] Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, p. 85.



concentrada al máximo en la labor que realizaba: un guiso, una sopa o ya no recuerdo qué.

Me acerqué a ella, despacito, con la ingenuidad de mis 11 o 12 años, y osé dirigirle la palabra para contarle alguna nimiedad infantil. "¡Silencio!" —exclamó de golpe—, y volteándose de inmediato, me espetó con dureza "¡¿no ves que estoy pensando?!"

No, en aquel entonces, yo no veía a María Noel, la filósofa, sólo veía a la mamá cortando zanahorias para hacer la comida.

María Noel hacía, hizo y hace filosofía a cada instante de su vida. Más bien, vive filosofía, respira filosofía, bebe filosofía, en cada sorbo de café humeante y perfumado, en el canto del pájaro que la visita a diario en su ventana, en las flores y plantas exuberantes de su jardín interior, en su amado *Canek*, nuestro *cocker spaniel*, compañero fiel en parte de esta travesía. Ella posee esa capacidad de vivir en el día a día una existencia estética, ese don de advertir la grandeza en lo pequeño, tal como Teresita de Lisieux sentía verdadera fascinación por las florecillas silvestres que esmaltaban los campos de Alençon, o como Bashô, el autor de este haiku, cuando dice:

Sobre el tejado
flores de castaño:
el vulgo las ignora.[2]

María Noel hace de la filosofía su mundo, un mundo-poema de goce estético ante todo, pero también un mundo lúdico, ingenioso e imprevisible, como es ella.

Cierto día María Noel esperaba la llegada de un alumno. Coincidió con la hora en que sus hijas regresaban de la natación. Sin

[2] *Haiku, Poesía del deleite*, p. 13.



embargo, su alumno, tal vez hoy aquí presente, llegó antes que nosotras. María Noel, al oír el timbre, y pensando que eran sus hijas, respondió con voz gutural y monstruosa: "¿Quiéeeeen vive?". La respuesta tardó largos segundos en llegar. Al fin, desde el otro lado de la puerta-caverna, en un tenue hilo de voz, se escuchó: "soy yo profesora, vengo a entregarle mi tesis…"

De María Noel, la profesora, no hablaré; no es mi papel, y además muchos ya han hablado y hablarán con propiedad de ello. Sin embargo, diré que siempre la escuché insistir sobre dos enseñanzas fundamentales, que al parecer se me grabaron a fuego, y hoy, mientras escribo estas líneas, veo que fueron determinantes para mi vocación filológica. La cito: "hay que enseñar a leer, porque los alumnos no saben leer, no entienden lo que leen", y "hay que ir a las fuentes y leerlas en su idioma original, no se puede estudiar a Kant sin saber alemán".

María Noel, la melómana, la violinista de juventud, la apasionada de la música clásica, pero también del tango y del bolero, de la música de las esferas, de la música del universo: "Quietud; / los sonidos de los pétalos / esparciéndose al caer", dice otro haiku japonés (Buson).[3]

María Noel, María Noel. El triunfo de la vida, el despojamiento de lo superfluo, el arribo a lo esencial: la verdad, el mar, el zen.

La vida del hombre —dice Taisen Deshimaru, y con esta cita concluyo— es como un océano, rizado a veces por la brisa, a veces una cordillera de agua; pero sólo algunas olas llegan al poderoso acantilado. Los hombres no ven desde la playa más que el flujo y reflujo de las aguas,

[3] *Ibid.*, p. 44.



sus ojos no llegan al gran océano.
Tras el canto del mirlo, la montaña parece aún más silenciosa.
Creer, practicar, experimentar aquí y ahora
La vieja, eterna verdad, en toda su frescura,
tal es el espíritu del zen.[4]

Tal es el espíritu de María Noel. Gracias, mamá.

[4] Taisen Deshimaru, *La práctica del zen y cuatro textos canónicos zen*, p. 82.



María Noel Lapoujade: un pequeño tributo para una gran maestra

Claudia Lucotti
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Mis primeros recuerdos de María Noel Lapoujade tendrán un poco menos de veinte años y se remontan a las inolvidables reuniones de los coordinadores de las licenciaturas de nuestra facultad con el maestro Colin White, entonces jefe de la División de Estudios Profesionales, todos los viernes por la mañana. En esa época ella era la coordinadora del Colegio de Filosofía y su participación en dichas sesiones era siempre estimulante debido a sus observaciones tan agudas como inesperadas, sus inquietudes varias muy originales y sus aportaciones novedosas y diversas. Sobra decir que cuando por alguna razón no asistía, todos nos aburríamos mucho.

Aquí es importante agregar que toda esta estimulante diversidad tan característica de ella nunca fue simplemente el resultado de intereses fragmentados y heterogéneos, sino que estaba asociado a un centro más sólido y consistente que le da sentido a esta variedad tan notable que la ha marcado desde que la conozco. Pero, ¿qué podemos decir de este centro tan particular de ella y valioso para nuestra facultad, para nuestra comunidad? Creo que aquí, además de

compartir anécdotas y recuerdos maravillosos, una reflexión de este tipo resulta importante, ya que contribuye a revisar los legados de nuestros grandes maestros, lo cual, a su vez, es un ejercicio fundamental para poder conocer mejor lo que es nuestra facultad y cómo contribuye al campo de las humanidades en el México actual.

Para intentar explicar, incluso explicarme a mí misma, estas características centrales de María Noel Lapoujade, quiero empezar recordando la historia (o leyenda) de su mapa de París. Se cuenta que, a diferencia de cualquier ser sensato, en su primer viaje a París ella se negó rotundamente a adquirir un mapa de la ciudad. En su lugar, se dedicó día tras día, a caminar distancias cada vez más grandes, haciendo su propio mapa, un mapa que registraba claramente el París propio de María Noel. Nunca vi el mapa; de hecho, no sé siquiera si la historia sea cierta, pero como sea, además de mostrar que nuestra homenajeada es un ser alrededor del cual ya se tejen historias fabulosas, esta anécdota resume al menos dos de sus cualidades más importantes.

En primer lugar, es una viajera de alma, tanto por geografías terrestres como por universos intelectuales de muy diversa índole. Para citar sólo algunos de sus intereses, además de la filosofía y el arte, recuerdo la lengua y cultura francesas, las místicas medievales, la geología, la poesía y los perros. Este homenaje, de hecho, es prueba de esta diversidad. En segundo lugar, todos sus viajes (físicos o mentales) son muy *sui generis.* En ellos establece una relación muy especial entre ella, la que mira, y el objeto o espacio o cuestión que es mirado, ya que esta acción suya de mirar se realiza de modo directo, limpio, poco contaminado por visiones heredadas, impuestas. Todo ello le permite crear sus propios mapas y representaciones, es decir imágenes de la porción de la compleja realidad que le interesa en ese momento.



No hay dudas acerca de la importancia que tiene para ella el tema de la mirada. Sin embargo, aquí más que reflexionar sobre sus numerosos escritos sobre el asunto, quisiera —sobre todo por su importancia e interés crecientes para el mundo de las letras— hacer unos breves comentarios sobre María Noel Lapoujade y el tema de la imaginación, un universo que ha recorrido una y otra vez, con la mente y los ojos bien abiertos.

Cuando comenzó con su gran proyecto sobre la imaginación, éste no despertó mayor entusiasmo en algunos de nosotros en letras inglesas involucrados crecientemente con la literatura poscolonial y la escritura de mujeres, debido a que el tema de la imaginación seguía asociado a ciertos aspectos escapistas y ya algo "pasados de moda", ligados a los poetas victorianos y a los cuentos góticos de Isak Dinesen. Sin embargo, con el paso del tiempo nos fuimos involucrando más y más, si bien en un inicio de modos bastante elementales, pues seguíamos muy apegados a una visión plana y simplista de la imaginación. Recuerdo, por ejemplo, mi ponencia para el Segundo Coloquio Internacional de Estética que organizó María Noel en Puebla, titulada "La hoja de maple. Imágenes y símbolos en la literatura canadiense de lengua inglesa", en la que me limité a reflexionar en torno de las imágenes visuales que contribuyen a consolidar un sentimiento de identidad colectiva canadiense.

Sin embargo, las ponencias, los escritos y sobre todo las conversaciones con ella, poco a poco fueron dejando su marca y comenzó a volverse más claro lo que buscaba con su proyecto y que, según yo, se puede resumir en cómo proteger, enriquecer, incluso crear, un espacio que funcione como un invernadero, o de hecho un semillero, en donde nuestra capacidad y posibilidad de imaginar realmente, es decir de crear imágenes y representaciones de las distintas facetas de nuestra realidad y de las opciones que de ellas se desprenden de



modos nuevos, libres, ricos, no contaminados por estereotipos y clichés, fuera posible. Sus historias acerca de lo que pasaba en Francia empezaron a echar raíces en nuestras mentes.

Si bien, al menos en un principio, nos pareció que en México el asunto sería menos grave, pues estábamos seguros de que el legendario poder imaginativo de estas tierras resistiría cualquier embate, no habíamos calculado bien la fuerza creciente del cine comercial, los videojuegos y sobre todo de la televisión, que en nuestro país se han vuelto una amenaza muy grave para muchos sectores de la población. En estrecha relación con lo anterior, me preocupa más y más que cuando hablo con mis alumnos acerca de una novela, muchas veces ya vieron la película, y por lo tanto la recreación mental e imaginativa que hacen está influida de entrada por la visión de un otro muchas veces ubicado en un contexto muy distinto al nuestro, o movido por valores con los que estamos en total desacuerdo. Y si no vieron la película, igual tienden a hacerse de una visión que sigue el espíritu de lo que ya conocen, de lo que ya vieron, lo cual resulta en una dificultad creciente para realizar ejercicios imaginativos propios, ricos y significativos. Es pues evidente que, a veinte años de que pusiera ella a andar su proyecto, éste ha cobrado más y no menos relevancia para México.

A continuación, y para ejemplificar de modo más concreto y específico la deuda que tenemos las letras con María Noel y su proyecto, quiero comentar brevemente dos casos, entre varios posibles, que resultaron importantes para el estudio de las letras modernas, y que pudimos abordar con provecho gracias a las semillas que ya había plantado y que sin duda fueron preparando el terreno.

Un caso fue la lectura del libro de Roberto Calasso, *La literatura y los dioses*, en donde este autor habla acerca de lo que entiende por verdadera literatura y de cómo ésta logra acercarse a lo absoluto



para así hacerse de un conocimiento mucho más completo que aquel que usualmente encontramos en los universos cotidianos que habitamos. Calasso presta particular atención al planteamiento de Nietzsche acerca de que el conocimiento que buscamos está constituido, en el fondo, por un ejército móvil de metáforas, a partir del cual el ser humano no tanto descubre, sino que inventa el conocimiento. A continuación afirma que el conocimiento y la simulación son finalmente cómplices y que aquí el arte desempeña un papel central. Finalmente, explora cómo las obras de los grandes poetas se involucran y complementan con un conocimiento cada vez más profundo de su contexto, un conocimiento que no sólo es descubierto, lo cual implica formas y conceptos preexistentes, sino que más bien es inventado a partir de simulaciones, es decir de formas poéticas que encarnan un modo particular de percibir y organizar, de modos nuevos y propios, el mundo que los rodea.

El otro caso que nos resultó importantísimo y que finalmente fuimos comprendiendo también gracias a sus enseñanzas fue la lectura de varios textos de y sobre literatura poscolonial que retoman y revisan —sobre todo para situaciones que atañen a cuestiones de otredad— la posibilidad de vivir, si bien de modo vicario, una experiencia particular a partir de un texto literario, ya que al ingresar a un mundo imaginario podemos aprender de vidas y valores muy alejados y diferentes a los nuestros. Esto, a la larga, puede incluso modificar nuestra capacidad de abrirnos a lo que no nos resulta familiar, dando por resultado final el ejercicio de actitudes y conductas más solidarias y comprensivas, indispensables para contribuir a un mundo mejor.

En estrecha relación con esto, podemos mencionar a Gayatri Spivak, quien en su libro *La muerte de una disciplina* explora las relaciones entre mujeres en *Una habitación propia*, de Virginia Woolf. Aquí



lo que propone Spivak es que la literatura puede de hecho ir más allá de sólo proporcionarnos experiencias de vidas distintas, al ofrecernos situaciones inconclusas que abren a nuevas posibilidades y conceptos aún no escritos e impulsan al lector a ejercitarse en formas de pensamiento y de vida en movimiento, en proceso, que no tengan un punto de llegada preestablecido. Esto, a su vez, fomenta y promueve ejercicios imaginativos de estiramiento de límites y códigos, lo cual hay que cuidar y fortalecer para que no acaben ni marginados ni adaptados y asimilados a lo que ya conocemos, un peligro que ella advirtió de entrada.

Las lecturas que acabo de mencionar las hemos utilizado, en años recientes, en varios cursos, seminarios y proyectos de investigación aquí en la facultad y también en otras universidades, y siempre, en todos los casos, la presencia tutelar de María Noel flotaba en el ambiente, guiando y alentándonos. Sin ella y su proyecto, nuestro acercamiento a dichos textos hubiera sido infinitamente más pobre, incompleto y laborioso, y todo nuestro conocimiento posterior construido a partir de ellos hubiera quedado afectado. Entonces, ya para concluir, quiero a nombre de muchos colegas y alumnos de letras inglesas, así como del mío propio, agradecerle todo este conocimiento, dedicación y pasión de muchos años que por diversas vías ha compartido con nosotros, y por lo estimulante y disfrutable que ha sido siempre aprender de y con ella.



Cuatro cruces de camino con María Noel Lapoujade

Itala Schmelz
Secretaría de Cultura, México

Recibí con entusiasmo la invitación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM para unirme al homenaje a la doctora María Noel Lapoujade, a quien admiro y aprecio especialmente, mas no tuve el tiempo de desarrollar un ensayo, por lo que llegué con un papel con notas escritas a mano con el pulso de mis memorias. En esas notas pude reconocer cuatro momentos en los que de manera muy determinante mi formación profesional se había encontrado con la doctora. A continuación vuelvo a hacer el ejercicio, esta vez por escrito.

Conocí a María Noel en 1987, atraída por sus lecturas de Emanuel Kant. Estaba en segundo o tercer semestre de licenciatura y, fascinada por los vocabularios filosóficos, para mí la escritura era como un cúmulo de palabras enormes, abiertas de sentido, que me causaba un goce impresionante poner sobre el papel. Mis primeros trabajos habían causado buena impresión entre mis maestros, por lo que muy confiada escribí mi primer trabajo sobre Kant, algo sobre la "intuición pura", y se lo entregué a María Noel. Unos cuantos

días después me lo devolvió con una nota que aún llevo guardada en mi mente: "confuso no es sinónimo de profundo". Ella no lo sabía, pero esa nota fue determinante para que yo entendiera la virtud de la claridad en la transmisión de la idea, que desde entonces ha sido un objetivo fundamental de mi escritura.

Seguí trabajando con María Noel durante el resto de la carrera y finalmente tuve el honor de contar con ella como directora de tesis de licenciatura. La incisiva lectura que hicimos en su seminario respecto a los tramos más sustantivos de la *Crítica del Juicio*, especialmente el tiempo que dedicamos a entender la "Facultad de la imaginación", determinaron el marco teórico sobre el cual desarrollé mi tesis. A su vez, con su complicidad y conocimientos pude hacer algunas aproximaciones a la lectura del gran filósofo alemán desde el campo del arte, que es lo que siempre me ha interesado.

A continuación, quiero comentar el simposio "Espacios imaginarios" que organizó María Noel en 1997. Recién egresada, ella me invitó a participar en una de las mesas redondas, siendo de alguna manera mi primera oportunidad profesional en ese campo, ya que nunca antes había estado de ese lado del escenario en el Aula Magna. Yo ya me encontraba trabajando con los artistas de mi generación como curadora, montando exposiciones, por lo que le propuse a María Noel que en tanto estábamos hablando de imaginación y espacio, más que articular un discurso escrito me gustaba la idea de hacer una pequeña muestra de artistas en cuyo trabajo se reflexionara sobre el tema del espacio, pensando que esto despertaría un interesante diálogo teórico. Efectivamente, en la facultad nos prestaron el salón adjunto al Aula Magna y el simposio fue complementado con una muestra. La generosa apertura de María Noel me ayudó a determinar mi vocación como curadora y crítica de arte, campo en el que siempre he podido, a la vez, sumar las lecturas filosóficas.



Más recientemente, en 2010, solicité a María Noel su colaboración con un texto para el catálogo de una exposición. Se trataba de una muestra de cerca de 80 paisajes pintados por David Alfaro Siqueiros. Yo podía observar en su plástica convulsionada, de tierra volcánica y cielos tormentosos, la experiencia de lo sublime y lo siniestro teorizado por Kant, al analizar la relación del hombre con la naturaleza. Me pareció fundamental acudir a un especialista para revisar este aspecto poco estudiado en la obra del famoso muralista, y en efecto, la aportación de María Noel fue muy rica y original, ya que mientras el arte suele estudiarse desde una perspectiva historicista, su aproximación filosófica creaba un diálogo mucho más íntimo con la obra.

Me parece que María Noel es una filósofa admirable, con una trayectoria intelectual a la vez sólida e inquieta. Es así que con sus alumnos y colegas es generosa, pero siempre exigente; a la vez, puede reír y hasta enloquecer un poco con las ideas, pero es intransigente ante la falta de rigor en el pensamiento. Podría decir que entre sus grandes aportaciones es el ser aventurada y libre para abrir las nociones filosóficas que lindan con lo artístico, lo poético y hasta con lo mágico, en un ámbito que suele confundir la seriedad con el conservadurismo. Por ello me siento francamente honrada de contar con su amistad y de colaborar en este volumen.



María Noel Lapoujade, artista de sí misma

Raymundo Morado
Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM

Querida María Noel,

Te había escrito un ensayo, sesudo y erudito, sobre lógica y estética, inteligencia, imaginación y sensibilidad. Pero estos dos días he aprendido mucho oyendo algunas de las mesas previas y viéndote por otros ojos; como dijo Amalia Lejavitzer, descubriéndote. Francisco Viesca llamó a este homenaje "un banquete" y, para los filósofos, el banquete paradigmático es un diálogo. A ti y a mí nos gusta el diálogo que es escuchar al otro y aprovecharlo. Por ello, trataré de entrelazar mis comentarios desangelados con algunas de las palabras elocuentes de los que me han precedido en este homenaje. Estos comentarios tienen cuatro partes: Herética, Erudita, Destructora de falsas dicotomías, y Cósmica, además de un pequeño apéndice a tu cargo.



Herética

María Noel escribe: "Las más admirables transgresiones, signos de la grandeza humana, son los radicales saltos a la trascendencia del verdadero artista; más aún, del santo. En este contexto, en este momento, juntos transgredimos".[1] María Noel nos invita y nos acompaña; nunca busca abandonarnos. Sus escritos tratan de transgredir en comunidad, elevarnos para mirar mejor, para ver más lejos. Como dijo Peggy von Mayer, la imaginación permite transgredir los límites del yo. Transfigurando y transgrediendo.

María Noel siempre está educándonos en el sentido más bello: perdiéndose y buscándose con sus lectores. Las primeras palabras en este homenaje las dijo ayer Priani, presentando a la primera mesa. Priani relataba su experiencia como alumno: María Noel ha fomentado herejías y es la primera en cometerlas.

Demos un ejemplo. Hablando de Pico en un trabajo que será pronto publicado, María Noel escribe líneas de inspiración sufí y declaradamente heréticas:

> La belleza de la creación culmina en el acto de ser amada.
> La belleza sin su amante no es perfecta.
> La belleza llama al amor.[2]

Esto es un escándalo. ¿La divinidad necesita ser amada para ser perfecta? ¿María Noel nos necesita? No, pero como en un espejo

[1] María Noel Lapoujade, "Itinerario filosófico: del *cogito* hacia un hombre cósmico", p. 28.

[2] M.N. Lapoujade, "El arte de lo humano", en Ernesto Priani Saisó, *Giovanni Pico della Mirandola. Su pensamiento, influencias y repercusiones*, pp. 219-229.



fiel, su figura por fin se delimita, sus contornos se aguzan, su perfil se precisa. Es en el gusto que el sabor se cumple, es en el espectador que el arte se completa. María Noel nos necesita en el sentido de que nos llama, nos convoca y nos regala. Es su generosidad y su derroche lo que estamos hoy satisfaciendo, como la copa de Zaratustra derramándose de amor. Como dijo Gerardo de la Fuente, el compromiso de María Noel con la imaginación es amor a la vida. María Noel escribe por la belleza que lleva dentro y porque su escribir es un cortejo de la belleza misma. Hacer algo por amor tiene la bella ambigüedad de hacerlo gracias al amor y en busca del amor.

Alberto Cabañas encontraba en su gratitud hacia María Noel un sentimiento de reposo y le testimoniaba: "Viertes mundos en nosotros".

Erudita

María Noel vierte mundos, pero no desde una erudición superficial. Juliana González habló de cómo María Noel está habitada (en el sentido heideggeriano) por una exuberancia de autores, pero integrados, con los que no se siente distancia. Peggy von Mayer habló de las abundantes y eruditas anotaciones de sus escritos. Hay un gusto en su obra por la erudición que es juego de reflejos, guiños de complicidad a través de los tiempos, recordando lo mismo a Thérese de Lisieux que a Hildegarde, lo mismo a Nuri de Bagdad que a Silesius.

Pero su riqueza no es caótica. Pedro Joel Reyes habló del "rigor, la precisión y el cuidado por el detalle" de María Noel, y Ambrosio Velasco la llamó muy bien documentada y rigurosa. Y Pedro Stepanenko aunó al rigor la pasión contagiosa de María Noel. Creo que es gracias a esto que Fernando Morales narró cómo sus alumnos se



descubren a sí mismos. Juliana antes había hablado de que la transgresión ética sería salir del yo; creo que María Noel muestra que ese altruismo no nos pierde, sino que nos permite recobrarnos. Gracias a ella, decía Fernando, sus alumnos descubren que el mundo no sólo está dado, sino que también está siendo construido.

Esta erudición le ha permitido tener un asombroso poder de convocatoria interdisciplinaria, como apuntaba Lourdes Santiago. También le ha salvado de dicotomías fáciles.

Destructora de falsas dicotomías

Laura Benítez le reconoció a María Noel un espíritu continuista que nos salva de rupturismos exagerados. Es verdad. Comentando a su admirado Francis Bacon, María Noel desarrolla la metáfora de que al hacer filosofía no debemos ser hormigas que amontonan ni arañas que entretejen sus entrañas, sino abejas que recolectan y transforman. Dice María Noel: "Las filosofías fructíferas no son aquellas en que el sujeto recibe los impactos de la realidad por medio de los sentidos. Impactos que nombra de diferentes maneras, datos que posteriormente somete a procesos racionales. Realismos crudos. Tampoco son fructíferas las filosofías que, por el contrario, en una desenfrenada actividad, segregan mundos esquizofrénicos o autistas. Idealismos extremos".

María Noel no se casa con los extremos que en su falta de imaginación creen haber encontrado la única manera de mirar la realidad. La imaginación es liberación de falsos dilemas, de nuestras resignaciones perezosas y de tantos monismos conformistas que nos subyugan. Son tan empobrecedoras algunas filosofías del hombre social como algunas filosofías ensimismadas. Una filósofa nunca debe dar la espalda



a los datos duros de la realidad, nunca debe esconderse de la naturaleza, nunca debe cerrar los ojos; pero tampoco debe renunciar a proponer mundos nuevos, a instaurar el arte en nuestra vida, a transformarse y transformarnos radicalmente.

Evitando dicotomías, María Noel rescata para nosotros un Descartes más completo, menos caricaturesco. Rebeca Maldonado ilustraba cómo, igual que en el zen, la imaginación unifica. Para María Noel "somos una totalidad pensante que de manera natural conceptúa, juzga, razona, imagina, recuerda, quiere y siente".[3] Y "Descartes despliega su concepción del espíritu sano como las actividades integradas de la sensibilidad, la imaginación, el entendimiento, la memoria y la voluntad".[4]

Parece posible pensar sin imaginación, como María Noel examina en Descartes. Pero no sería recomendable. Y es posible imaginar sin sensibilidad, pero nos impide vivir plenamente. En María Noel se trata de conjuntar y disfrutar de todas nuestras capacidades y hacer una filosofía que les haga justicia.

Hay que reconocer siempre algo de imaginación, por mínimo que sea. Escribe María Noel: "con base en la experiencia y en largos años de investigación, encuentro extremadamente difícil, si no imposible, recordar el uso puro del entendimiento, sin imágenes".[5]

La inteligencia no puede matar a la imaginación: la alimenta. Y la imaginación no evade a la inteligencia: la potencia y la sublima. Como escribe María Noel elocuentemente, "El filósofo alimenta su imaginación con la naturaleza misma, pero devuelve al mundo una propuesta, una construcción, una creación dirigida por su ima-

[3] M.N. Lapoujade, "La irrupción del *cogito*", pp. 7-34.
[4] *Idem.*
[5] *Idem.*



ginación metódica, en colaboración con conceptos, y razonamientos, y formulada en palabras o en arte".[6]

María Noel nos impulsa a integrar en nosotros la imaginación y la racionalidad, superando dicotomías y exclusiones que nos han dañado durante mucho tiempo. Nos ayuda a entender que imaginación y racionalidad se permean y estructuran mutuamente, al grado que podemos hablar de una imaginación racional y una racionalidad imaginativa. Como me escribió por correo hace poco, "en el Vermeer [...] no se contraponen ciencia y arte, sino que se interpenetran desde una imaginación estética que alimenta la racionalidad".

Zenia Yébenes citó uno de mis pasajes favoritos de María Noel: "El instinto solo, en sus vertiginosas respuestas a estímulos imperativos, a lo sumo podría salvar su animalidad inmediata (frío, hambre, reproducción, predadores). El raciocinio lento, la calculadora especulación llegaría demasiado tarde para las urgencias de la sobrevivencia elemental. Esta especie peculiar, única entre otras, para sobrevivir, conjuntamente con el instinto y el raciocinio, se dedicó a inventar, es decir, a imaginar".[7]

María Noel persigue, siguiendo a Descartes, una imaginación verdadera, donde la realidad no se pierda, sino se encuentre.

¿A qué nos expone pensar sin imaginación? A poder hacer demostraciones complicadísimas de teoremas lógicos y ser al mismo tiempo incapaces de dar ejemplos de aplicación de teoremas básicos. A ser capaces de demostrar la incompletud del cálculo de primer orden y no imaginar que un dilema constructivo puede ayudarnos en la vida diaria.

[6] M.N. Lapoujade, "Itinerario filosófico: del *cogito* hacia un hombre cósmico", p. 37.

[7] M.N. Lapoujade, *ibid.*, p. 29.



¿A qué nos expone la imaginación sin pensar? Al puente sobre el río Kwai, que fue un triunfo de la imaginación en ausencia del pensamiento. A muchas decisiones que nacen de lo que nos imaginamos apresuradamente, con poca o ninguna ayuda del intelecto.

Ambas maneras de vivir son peligrosas. Cada imaginación debe estar acompañada de una reflexión. Cada bella metáfora e imagen en filosofía deben ir acompañadas de una traducción en lenguaje literal. La filosofía no debe ser una rama de la literatura fantástica. Pero también cada demostración rigurosa o descripción objetiva necesita ser aterrizada en ejemplos, justificada con un lenguaje sugerente y servirnos para la acción. No debe haber creación a ciegas ni contemplación estéril.

Todos sabemos que el sueño de la razón engendra monstruos. Abandonando la razón caemos en supersticiones y fanatismos. Francisco Galán nos advirtió sobre el peligro de una imaginación sin libertad. El sueño que dibujó Goya no fue el triunfo de la fantasía, sino la suspensión, la renuncia a ser inteligentes. Como recordaba Josu Landa, para Séneca el falso miedo "quita la mente". Y eso engendra monstruos. Pero esa no es la única manera de acercarnos al sueño.

Aprovechando las lecciones de Bachelard, María Noel nos explica como el *cogito* puede atreverse a soñar sin perderse en el sueño: "en el ensueño se guarda bastante conciencia para decir "soy yo que sueño", durante la ensoñación".[8] Quien rinde su inteligencia no sueña ya, sino que es soñado. Es decir, es presa del sueño que le posee y dirige. Queremos soñar a ojos abiertos, y amar porque apreciamos lo que alguien es, no porque le confundamos con lo que quisiéramos que fuera. Renunciar a pensar en aras de la disciplina de partido, del amor ciego, del honor familiar o patriótico, no nos

[8] M.N. Lapoujade, "Itinerario filosófico...", p. 43.



libera de la razón, sino que nos esclaviza a las razones ajenas y a las direcciones sin control. Ricardo Horneffer nos prevenía contra el poeta estafador y perjudicial que debe dar lugar a un poeta revelador que nos ayude a entrar en contacto con la realidad. Y decía que María Noel, por ser artista en este último sentido, sería bienvenida en la república platónica.

La razón debe poder soñar sin dejar de ser sensata, sin dejar de protegernos, sin perder contacto con la realidad. Y debe ir más allá de la realidad y proyectar un mundo más bello y más justo del que existe en verdad. Alejandro Palma decía que la imaginación guía a la voluntad por la prefiguración. Conocer la verdad es indispensable para falsificarla, para hacer por fin que sean mentiras la mezquindad y el desperdicio, la ineptitud y el dolor.

Josu Landa habla de la imaginación como de "la loca de la casa" (en la expresión de Santa Teresa), tentada a desbordarse. Pero la imaginación que le interesa a María Noel no es el caos sino la creación. En las palabras de Bachelard que ella recupera para nosotros, "La imaginación es la facultad de formar imágenes que superan la realidad, que cantan la realidad".[9] Cantar no es aceptar ni es mentir; cantar es crear.

La filosofía de María Noel crea y cambia al mundo y empieza por cambiarnos a nosotros. Elsa Cross habló de la libertad que María Noel tiene de mirar de frente la realidad. Por ello, después de leer el libro de María Noel, continuaba Elsa, nunca se volverá a ver un cuadro de Vermeer de la misma manera.

Iliana Godoy decía que con la ensoñación lúcida se busca una filosofía que incluya ensoñación, vigilia y sueño nocturno. El ensueño da material para la creación poética posterior. Como nos recordó

[9] *Ibid.*, p. 44.



Claudia Lucotti, para Nietzsche el conocimiento y la simulación (la poesía) son cómplices. No podemos escoger uno solo de nuestros aspectos. Necesitamos animalidad e intelectualidad, necesitamos sobrevivir y elucubrar. Y el fruto de mente y cuerpo es la imaginación, abrir las puertas de lo posible, abrirse a la incertidumbre y crear una realidad nueva, distinta, arriesgada y prometedora.

La imaginación para María Noel no está de espaldas a nuestras necesidades o a nuestros altos vuelos intelectuales: es el fruto de la armoniosa y difícil conjugación de nuestras capacidades, viene del diálogo y no de la exclusión. María Noel nos invita a un trayecto "desde el *cogito* epistémico-racional, hacia el *cogito* ético-estético-imaginario, umbral para la re-construcción de un hombre cósmico".[10]

Cósmica

¿Y para qué este duermevela? Elia Espinosa tomó las lecciones de María Noel y nos dijo que sanar es regresar a la tierra; lo cósmico no es perderse en el cosmos, sino recuperarse en la tierra. Pero el cosmos no está fuera ni lejano. María Noel me pidió que añadiera a estos comentarios algo que escribí hace tres décadas. Lo publiqué años después como "La Filosofía de la Ciencia en Leonardo da Vinci" y creo que nos da otro reflejo, otra arista de María Noel:

> Leonardo se contagia de la exaltación del hombre presente en Marsilio Ficino y la Academia Platónica. Y esta dignificación renacentista del hombre contagia al mundo, a la morada del hombre, dignificándolo.

[10] *Ibid.*, p. 27.



> "Has de mostrar en tu tratado que la tierra es una estrella, como la luna o parecida a ella, y así has de probar la nobleza de nuestro mundo" (Fr. 212) escribe Leonardo. Y en este proyecto de un tratado que jamás llegó a escribirse hay dos palabras que no debemos leer a la ligera: en primer lugar, la palabra "estrella" no significaba hace medio milenio lo que hoy. Todo aquello por encima, literalmente, del plano terrestre participaba de la perfección divina. Una estrella era un ente eterno, perfecto, de superior naturaleza; mostrar que nuestra morada entraba en tal clase de cosas no era menguado honor. En segundo lugar la palabra "nuestro". La dignificación del mundo y la del ser humano corren parejas en la mente de Leonardo. De aquí sólo hay un paso a decir que estas dos creaturas de Dios, el hombre y el mundo, no son en realidad tan distintas. Frente a la separación medieval entre naturaleza y humanidad el renacentista Leonardo sostiene la similitud. "Il mondo maggiore" es similar al "mondo minore".

Amalia Lejavitzer habló de la capacidad de reconocer la grandeza en lo pequeño, y en este sentido María Noel es vinciana, un ser verdaderamente cósmico. Juliana González la llamó una mujer solar, luminosa. En la primera sesión, María Noel subrayaba que el *homo imaginans* es un ser cósmico. Nos dijo: "Propongo una filosofía que apuesta a la vida". Creo que por ello un día le recomendó a Nicole Ooms tener "la valentía de amanecer". Es la valentía de vivir en el mundo y no separada de él. Creo que por eso Ignacio Zamarrón recordaba el tránsito "de la estética como perspectiva a la existencia estética", es decir, el reto de pasar de la contemplación estética a la comunión con el objeto, de admirar las estrellas y el cosmos a reconocernos como parte de él.

María Noel es cósmica porque vive mientras otros sobrevivimos o medio vivimos. Gloria Villegas anunciaba que estas iban a ser



jornadas muy gozosas porque los textos de María Noel llevan a una conclusión luminosa; y contaba cómo Francisco Viesca le había confiado que María Noel le enseñó a vivir plenamente.

Hoy celebramos una vida de plenitud, de belleza e inteligencia; pero, sobre todo, tantos años de ser buena persona. Para nosotros es un privilegio conocerla porque nos vuelve más inteligentes, más sensibles y un poquito mejores personas.

Quería terminar parafraseando algo que ella escribió sobre Pico, diciendo que María Noel se ha convertido en artista de sí misma, y que por su búsqueda de un equilibrio con el cosmos y consigo misma, la balanza de su vida regirá su camino a la Luz. Pero estos dos días hemos tenido de todo: desde profundos análisis de su obra y recuento de su carrera académica hasta fotos, anécdotas, postales comprometedoras y verdaderas cartas de amor. Por ello prefiero terminar simplemente rescatando y resumiendo todo el tesoro de estos dos días con las elocuentes palabras de Laura Benítez: "María Noel, te quiero mucho".

Epílogo

Toda buena persona quiere ayudar a todos los seres humanos, en la medida de sus capacidades. Descartes hablaba de esa "ley que nos obliga a procurar, en tanto que está en nosotros, el bien general de todos los hombres" (traducción de María Noel). En María Noel la epistemología no está divorciada de la estética, y la estética le lleva de manera natural a la ética. El siguiente pasaje con que concluye *Itinerario filosófico: del* cogito *hacia un hombre cósmico* (pp. 46 y 47), tiene una elocuencia que le hace la mejor manera de terminar este homenaje, con sus propias palabras.



Final del viaje

El final no es sino una invitación para continuar nuestro gran viaje: la vida.

¿Qué nos queda desde la filosofía? Nos queda proponer salidas. He aquí una salida posible. Las filosofías del hombre social no bastan. Las filosofías ensimismadas tampoco. Ambas tienen un costo muy alto para la especie: descuidan el *hábitat*. Borrado el *humus* se borra el hombre. Negligentes ambas, posponen el paisaje, que es constitutivo de todo ser vivo.

De esa manera, las filosofías, en general, colaboran con un triste destino para nuestra especie: su extinción. La especie se está perdiendo a sí misma. En general y en los más diversos sentidos es preciso rescatar la fuerza imaginante de nuestra especie, revalorar su papel humanizante fundamental. Es urgente valorar, desarrollar, educar la imaginación a fin de que pueda colaborar en formar un mejor ser humano. Es impostergable procurar orientarnos hacia un ser humano que sea capaz de erguirse de la grosera necesidad y elevar su mirada a la libertad sutil. Promover, desde la filosofía rigurosa y la pedagogía, una imaginación estética desarrollada y trabajada. Una imaginación estética que guíe nuestro destino por un camino hacia la belleza. Los fáusticos instantes bellos se enhebran en una vía de la belleza. La vía se inicia en el descubrimiento de una belleza inmanente orientada hacia la vida plena, digna y más feliz. Este tipo de belleza es el disolvente universal del odio, el rencor, la envidia, la violencia, la intolerancia, la guerra y la destrucción. La vía de la belleza se continúa como un camino hacia la paz humana. La paz interior, la paz de la armonía del espíritu, Pero también la paz hacia el tú y hacia la naturaleza. La convivencia integrada y respetuosa con el mundo todo.



Entonces podría renacer en el hombre el acorde musical de la vida, la armonía añorada pero no lograda. Este camino se enseña, y se aprende, se torna consciente y puede volverse una meta deseada, una meta a alcanzar. Esa belleza no se aprende y se encarna en un instante, sino que resulta de un largo proceso educativo de sensibilización. Es tiempo de reconquistar nuestra especie, bien ceñida al cosmos como las demás, girando con el cada día, integrada y armónica con su entorno, donde la rosa de Angelus Silesius florece sin por qué; el pájaro vuelve musical el árbol, la montaña nos eleva a la trascendencia, y el mar nos ofrece un bautizo eterno; y es tiempo de volver a lanzar una lenta y prolongada mirada hacia el selvático jardín interior, el jardín inculto del alma, para volverse su jardinero amoroso. Aquel jardinero que pueda cultivar su espíritu y dejar florecer en él la rosa sin por qué.

Más allá, la vía nos encamina hacia la belleza trascendente. Esta belleza inmanente que nos vuelve más humanos es la antesala, es el umbral para atisbar la belleza trascendente. Es una invitación permanente para hacer visible lo invisible, para trascender el mundo sensible y para trascendemos, para vislumbrar la luz.

Se trata de volver a habitar el hogar cósmico, de revivir cotidianamente, en instantes, *el thauma poético* original, y así, en una existencia empapada de vivencias estéticas, vivir enamorados del misterio.

Hemos hecho un viaje: del recuerdo a la esperanza...



Bibliografia

ABE, Masao, *Zen and Western Though*. Ed. de William R. LaFleur. Honolulu, University of Hawaii Press, 1985.

ALIGHIERI, Dante, *La divina comedia / La vida nueva.* Trad. de Francisco Montes de Oca. México, Porrúa, 2012 ("Sepan cuantos…", 15).

BACHELARD, Gaston, *La flamme d'une chandelle*. Paris, Presses Universitaires de France, 1961.

BACHELARD, Gaston, *La formación del espíritu científico. Contribución al psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Trad. de José Babini. México, Siglo XXI Editores, 1976.

BACHELARD, Gaston, *La poética de la ensoñación*. Trad. de Ida Vitale. México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (Breviarios, 330).

BACHELARD, Gaston, *La poética del espacio*. 2ª ed. Trad. de Ernestina de Champourcin. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 85 (Breviarios, 183).

BACHELARD, Gaston, *La poétique de l'espace*. Paris, Presses Universitaires de France, 1981 (Quadrige, 24).

BACHELARD, Gaston, *La poétique de la rêverie*. 2ª ed. Paris, Presses Universitaires de France, 1961.

BARTRA, Roger, *Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos*. México, Fondo de Cultura Económica, México, 2007 (Filosofía).



BLOCH, Ernst, *El principio esperanza*. Vol. I. Trad. de Felipe González Vicén. Madrid, Aguilar, 1977.

BRUNEL, Henri, *Humor zen*. Barcelona, José J. de Olañeta, 2004.

BURNYEAT, Myles, y Michael Frede, *The original sceptics: A controversy*, Indianapolis, Hackett Pub, 1997.

CAILLOIS, Roger, *Teoría de los juegos*. Barcelona, Seix Barral, 1958 (Biblioteca Breve/Ensayo, 130).

CASTORIADIS, Cornelius, *Figuras de lo pensable*. Trad. de Jacques Algasi. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

CHENG, Françoise, *Cinq Méditations sur la beauté*. Paris, Albin Michel, 2008.

CLEMENTS, Jonathan (ed.), *La luna en los pinos. Haikus zen*. Madrid, Gaia Ediciones, 2001. (Sabiduría y Tradición)

DAISHI, Yoka, *Shodoka. El canto del inmediato satori*. Trad. moderna y comentarios de Taïsen Deshimaru. Barcelona, Edicomunicación, 2002.

DELEUZE, Gilles, y Felix Guattari, *El antiedipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Trad. de Francisco Monge. Barcelona, Paidós Ibérica, 1985 (Paidós Básica, 23).

DERRIDA, Jacques, *Márgenes de la Filosofía*. Trad. de Carmen González Marín. Madrid, Ediciones Cátedra, 2006 (Teorema / Serie Mayor).

DESHIMARU, Taisen, *La práctica del zen y cuatro textos canónicos zen*. 7ª ed. Trad. de Nieves Samblancat y Pere Rovira. Barcelona, Kairós, 1996.

DUMOULIN, Heinrich, *Zen Buddhism: A History Japan*. Bloomington, Worl Wisdom, 2005.

ELIADE, Mircea, *Imágenes y símbolos. Ensayos sobre el simbolismo mágico-religioso*. Madrid, Taurus Ediciones, 1999.



ELIADE, Mircea, *Mitos, sueños y misterios*. Trad. de Miguel Portillo. Buenos Aires, Kairós, 2001.

EPICTETO, *Enquiridión*. Ed. bilingüe. Introd., trad. y notas de José Manuel García de la Mora. Barcelona, Anthropos, 1991 (Textos y Documentos, 14).

FICHTE, Johann Gottlieb, *Sobre la esencia del sabio y sus manifestaciones en el dominio de la libertad*. Ed. de Alberto Ciria. Madrid, Tecnos, 1998.

FREUD, Sigmund, *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Trad. de Ramón Rey Ardid y Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid, Alianza Editorial, 2008.

GALÁN VÉLEZ, Francisco V., "La función heurística de la imaginación según Bernard Lonergan", en María Noel Lapoujade (coord.), *Imagen, signo y símbolo: Segundo Coloquio Internacional de Estética*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2000, pp. 203-222.

GOETHE, Johann Wolfgang, *Faust*. Paris, Aubier-Montaigne, 1941 ("Collection bilingue").

GUÉNON, René, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. Comp. póstuma establecida y presentada por Michel Valsan. Trad. de Juan Valmard. Pról. de Armando Asti Vera. Buenos Aires, Eudeba, 1969.

Haiku, Poesía del deleite. Selección y revisión de texto de Álvaro Arellano. Trad. de Margarita Schutz. Santiago de Chile, Cuatro Vientos, 1997.

HEIDEGGER, Martin, *Caminos de bosque*. 6ª ed. Trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte. Madrid, Alianza Editorial, 2001 (Libro Universitario / Filosofía y Pensamiento).

HEINE, Steven, *Dōgen and the Kōan Tradition*. Albany, NY, State University of New York Press, 1994.



HERÁCLITO, *Fragmentos*. Trad. de Luis Farre. Buenos Aires, Aguilar, 1977 (Biblioteca de Iniciación Filosófica).

HOFFMAN, Yoel, *Poemas japoneses a la muerte. Escritos por monjes zen y poetas de haiku en el umbral de la muerte*. Trad. de Eduardo Moga. Barcelona, DVD Ediciones, 2004.

IBARBOUROU, Juana de, *Poesías*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1979.

JUKEN, Setcho (recopilador), *Hekiganroku* I. *Crónicas del Acantilado Azul* (primera parte). Edición de Dokushô Villalba. Madrid, Miraguano Ediciones, 1991 (Textos de la Tradición Zen).

JUKEN, Setcho (recopilador), *Hekiganroku* II. *Crónicas del Acantilado Azul* (segunda parte). Edición de Dokushô Villalba. Madrid, Miraguano Ediciones, 1994 (Textos de la Tradición Zen).

JUNG, Carl Gustav, *La interpretación de la naturaleza y la psique: la sincronicidad como principio de conexión acausal*. Trad. de Haraldo Kahnemann. Barcelona, Paidós Ibérica, 1983.

KANT, Immanuel, *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*, en *Werkausgabe*, vol. XII. Ed. de W. Weischedel. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1988.

KANT, Immanuel, *Antropología en sentido pragmático*. Trad. de José Gaos. Madrid, Alianza Editorial, 1991.

KANT, Immanuel, *Crítica del juicio*. Trad. de Manuel G. Morente. México, Editora Nacional, 1975.

KANT, Immanuel, *Kritik der Urteilskraft*, en *Werkausgabe*, vol. X. Ed. de W. Weischedel. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1990.

LAPOUJADE, María Noel, "Autour d'une poétique de l'espace et du temps: <l'habiter> et <le temporaliser>", en *Cahiers Gaston Bachelard*, Dijon, Université de Bourgogne, núm. 2, 1999, pp. 119-127.

LAPOUJADE, María Noel, "Bio-ético-estética del dolor y de la enfermedad" (entrevista), en *Revista Realidad*, Universidad Centroame-



ricana "José Simeón Cañas", San Salvador, núm. 119, enero-marzo de 2009, pp. 24-35.

LAPOUJADE, María Noel, "Cómo leer filosofía", en *Revista Mayéutica*, año 4, núm. 11, México, UNAM, Escuela Nacional Preparatoria, Colegio de Filosofía, abril-junio de 1991, pp. 1-10.

LAPOUJADE, María Noel, "De la nature sauvage aux catastrophes", en *Symbolon*, núm. 6, Sur L'imaginaire des catastrophes, Université de Craiova, Centre d'études sur l'imaginaire, et Université de Lyon 3, Institut de Recherches Philosophiques, 2010, pp. 69-79.

LAPOUJADE, María Noel, "De las cárceles de los imaginarios a una estética de la libertad" [en línea], en *Ariel. Revista Filosófica*, Red Filosófica del Uruguay, núm. 3, noviembre-diciembre de 2009, pp. 19-33. Disponible en: <https://arielenlinea.wordpress.com/2010/07/03/ariel-nro-3-122009/>. [Consulta: 1 de mayo de 2016.]

LAPOUJADE, María Noel, *Diálogo con Gaston Bachelard acerca de la poética.* Mérida, UNAM, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2011 (colección Didaskalía, 2).

LAPOUJADE, María Noel, "De l'esthétique en perspective à l'existence esthétique", en J.J. Wunenburger y V. Tirloni (coords.), *Esthétiques de l'espace. Occident et Orient*. París, Mimesis, 2010, pp. 275-283.

LAPOUJADE, María Noel, "El arte de lo humano", en Ernesto Priani Saisó (coord.), *Giovanni Pico della Mirandola. Su pensamiento, influencias y repercusiones*. México, UNAM, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, Facultad de Filosofía y Letras, 2012, pp. 219-229.

LAPOUJADE, María Noel, "El quehacer filosófico y el futuro de la Universidad", Bienvenida a los alumnos de primer ingreso, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 9 de enero de 1992.



LAPOUJADE, María Noel, "En torno a la vida académica", en *Revista Dialéctica*, nueva época, año 25, núm. 33-34, Puebla, primavera de 2001, pp. 184-185. [Conferencia dictada el 8 de febrero de 2001.]

LAPOUJADE, María Noel, "Espacios imaginarios místicos de la intimidad", en *Espacios Imaginarios. Primer Coloquio Internacional*. Coord., pról. y palabras de apertura de María Noel Lapoujade. México, UNAM, 1999, pp. 103-115.

LAPOUJADE, María Noel, "Ética de la Estética", Conferencia magistral presentada en el marco de la *Celebración de los X años de la Fundación de la Maestría en Estética y Artes* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1997-2007.

LAPOUJADE, María Noel, *Filosofía de la imaginación*. México, Siglo XXI Editores, 1988 (Filosofía).

LAPOUJADE, María Noel, "Gastón Bachelard y el zen: hacia una estética cósmica", en José Ramón Fabelo Corzo y Berenize Isasmendi Galicia (coords.), *La estética y el arte más allá de la academia*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2012, pp. 15-36 (Colección La Fuente, 3) (conferencia dictada en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla el 22 de junio de 2010).

LAPOUJADE, María Noel, "Itinerario filosófico: del *cogito* hacia un hombre cósmico", en *Revista Estudios*, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, núm. 87, invierno de 2008, pp. 27-47.

LAPOUJADE, María Noel, "Kant-Proust: une rencontre esthétique", en Jean Ferrari, Margit Ruffing, Robert Theis, Matthias Vollet (eds.), *Kant et la France-Kant und Frankreich*, Georg Olms Verlag, Hildesheim-Zürich-Nueva York, 2005, pp. 157-167 (colección "Europea Memoria").



LAPOUJADE, María Noel, "La enseñanza de la filosofía en la Universidad", Seminario: Universidad y Filosofía. Asociación Filosófica de México, A.C., Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, agosto 22 y 23, 1991.

LAPOUJADE, María Noel, "La irrupción del *cogito*", *Revista Estudios*, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, núm. 95, vol. VIII, invierno de 2010, pp. 7-34.

LAPOUJADE, María Noel, "La poesía, esa corona de la filosofía", en *La poesía del encuentro. Cultura independiente en el segundo centenario. Asamblea de lenguas en el Bicentenario*. México / Madrid, Floricanto / Ateneo Republicano de las Hespérides, 2011.

LAPOUJADE, María Noel, "Lo imaginario y las piedras", en M.N. Lapoujade (comp.), *Imagen, signo y símbolo*, pp. 95-114.

LAPOUJADE, María Noel, *Los sistemas de Bacon y Descartes. De la coincidencia de los opuestos*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002.

LAPOUJADE, María Noel, "Mito e imaginación a partir de la poética de Gaston Bachelard", en Blanca Solares (ed.), *Gastón Bachelard y la vida de las imágenes*. México, UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 2009, pp. 33-58 (Cuadernos de Hermenéutica, 3).

LAPOUJADE, María Noel, "Notas para una ética de la estética", en *Revista de Filosofía*, Maracaibo, Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación, Centro de Estudios Filosóficos "Adolfo García Díaz", núm. 61, 2009-1 (enero-abril), pp. 81-88.

LAPOUJADE, María Noel, "Ritmos cósmicos y transgresiones imaginarias", en M.N. Lapoujade (comp.), *Tiempos imaginarios: ritmos y ucronías*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002. (Trad. al rumano: "Timpuri cosmice si transgresiuni ima-



ginare", en Revista *Symbolon,* núm. 3, *Imaginaire et rationalité,* Craïova, Rumania, Universitaria, 2007.

LAPOUJADE, María Noel, "Tradición, futuro y misterio", en *El futuro de la filosofía*, Francisco Galán, Ángel Xolocotzi, María Teresa de la Garza (coords.), Universidad Iberoamericana, México, 2004.

LAPOUJADE, María Noel, "Una estética de la salud", en *Revista Realidad*, Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", San Salvador, núm. 119, enero-marzo de 2009, pp. 169-182.

LAPOUJADE, María Noel, *La imaginación estética en la mirada de Vermeer.* México, Herder, 2006.

LEVY, Carlos, "Michel Foucault y el Escepticismo: Reflexiones sobre un silencio", en *Foucault y la filosofía antigua*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.

LONERGAN, Bernard, *Collected works of Bernard Lonergan*. Vol. 5: *Understanding and Being: The Halifax Lectures on Insight*. Ed. de Elizabeth A. Morelli y Mark D. Morelli. Rev. y aum. por Frederick E. Crowe. Toronto, University of Toronto Press, Lonergan Research Institute of Regis College, 1990.

LONERGAN, Bernard, *Insight: Estudio sobre la comprensión humana*. Trad. de Francisco Quijano. Salamanca, Universidad Iberoamericana-Sígueme, 1999.

MARCO AURELIO, *Pensamientos*. Ról., trad. y notas de Antonio Gómez Robledo. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1992 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).

MITHEN, Steven, *Los neanderthales cantaban rap. Los orígenes de la música y el lenguaje*. Trad. de Gonzalo G. Djembé. Barcelona, Crítica, 2007 (Drakontos).

NIETZSCHE, Friedrich, *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. Trad. de Andrés Sánchez Pascual. Madrid, Alianza Editorial, 1972.



NISHITANI, Keiji, *La religión y la nada*. Trad. de Raquel Bouso García. Introd. de James W. Heisig. Madrid, Ediciones Siruela, 1999 (El Árbol del Paraíso).

PÉRET, Benjamin, *Historia natural*. Trad. de Lourdes Andrade. Ils. de Magali Lara. México, Artes de México, 2000 (Tiempo detenido).

PLATÓN, *Diálogos V: Parménides, Teeteto, Sofista, Político*. Introd., trad. y notas de María Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos, Néstor Luis Cordero. Madrid, Gredos, 1988 (Biblioteca Clásica de Gredos, 117).

PROUST, Marcel, *Du côté de chez Swann*. Paris, Gallimard, 1954.

PROUST, Marcel, *En busca del tiempo perdido, 1. Por el camino de Swann*. Trad. de Pedro Salinas. México, Alianza Editorial, 1989.

RILKE, Rainer Maria, *Die Sonette an Orpheus*. Frankfurt am Main, Insel Verlag, 1982.

ROJAS OSORIO, Carlos, *El asombro del pensar. La filosofía en el ámbito de las Humanidades.* San Juan, Isla Negra, 2000 (Academia Contemporánea).

SCHÉRER, René, y Guy Hocquenhem, *El alma atomizada. Para una estética de la era nuclear. Una reivindicación apasionada de una nueva moral que asume las paradojas inherentes al siglo XX*. Trad. de Daniel Zadunaisky, Barcelona, Gedisa, 1987 (Libertad y Cambio).

SCHÉRER, René, *Zeus hospitalier. Eloge de l'hospitalité*, París, Editions Armand Colin, 1993.

SCHILLER, Friedrich von, *Über die ästhetische Erziehung des Menschen*. Stuttgart, Philipp Reclam, 1991.

SÉNECA, Lucio Anneo, *Cartas a Lucilio*. Trad. de José M. Gallegos Rocafull. México, Secretaría de Educación Pública, 1985 (Cien del Mundo).

SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*. 2ª reimp. Introd. general, trad. y notas de Antonio Gallego y Teresa Muñoz Diego. Revisada



por J. Bergua Cavero. Madrid, Gredos, 1993 (Biblioteca Clásica de Gredos, 179).

SILESIUS, Angelus, *Le pèlerin chérubinique*. Trad. de Camille Jordens. Paris, Éditions du Cerf, Éditions Albin Michel, 1994.

SUSUKI, Daisetsu Teitaro, *Ensayos sobre el Budismo Zen*. Vol. 1. 2ª ed. Trad. de Héctor V. Morel. Buenos Aires, Kier, 1975.

TRABULSE, Elías, *La ciencia perdida. Fray Diego Rodríguez, un sabio del siglo XVII*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985 (Cuadernos de La Gaceta).

UEDA, Shizuteru, *Zen y filosofía*. Trad. de Raquel Bouso García. Madrid, Herder, 2005.

UNGARETTI, Giuseppe, *Lállegria*. Milán, Arnoldo Mondadori Editore, 1969.

VICO, Giambattista, *Principios de una ciencia nueva. Sobre la naturaleza común de las naciones*. Vol. 2. Trad., pról. y notas de Manuel Fuentes Benot. 4ª ed. Buenos Aires, Aguilar, 1973 (Biblioteca de Iniciación Filosófica, 48).



70 años de vida. Homenaje a María Noel Lapoujade fue realizado por la Facultad de Filosofía y letras de la UNAM, se terminó de producir en abril de 2018 en Proelium Editorial Virtual www.proelium.mx Tiene un formato de publicación electrónica enriquecida exclusivo de la colección Torre De Minerva así como salida a impresión por demanda. Se utilizó en la composición la familia tipográfica Bembo en diferentes puntajes y adaptaciones. El diseño de la colección, la cubierta y el cuidado de la edición estuvieron a cargo del equipo de editores de la Coordinación de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de Proelium Editorial Virtual.





Dr. Ernesto Priani Saisó.

Doctor en Filosofía por la UNAM, obtuvo el premio nacional "Yelmo de Mambrino" a la mejor campaña de difusión sobre el Quijote en páginas electrónicas de CONACULTA, UNAM, Academia Mexicana de la Lengua y otras distinciones como miembro de consejos para programas de maestría y doctorado. Ha publicado *Los libros del Placer*, *Magia y hermetismo* y *De espíritus y fantasmas*. Vicepresidente de la Red de Humanidades Digitales, miembro de la alianza de Organizaciones de Humanidades Digitales, así como del grupo *Global Outlook Digital Humanities*, de la *Renaissance Society of America* y el *Virtual Humanities Lab*, de la Universidad de Brown.

Su trabajo conjuga el estudio de la filosofía del Renacimiento, particularmente el Renacimiento florentino, con la problemática de la historiografía de la historia de la filosofía y la exploración de la utilización de dispositivos tecnológicos para la investigación en humanidades.

El presente libro compila los textos que un grupo de colegas y exalumnos dedicaron a María Noel Lapoujade, con motivo de sus 70 años de vida, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Voces que representan una celebración afectiva e intelectual de la vida y obra de una pensadora cuyo trabajo, en los últimos cuarenta años, ha abordado temas filosóficos, metodologías y formas de aproximación para una gran variedad de problemas, sin olvidar que en el centro de su hacer, palpita una filosofía original, simple y poderosa que impulsa hacia la vida… digna y libre.

70 años de vida. Homenaje a María Noel Lapoujade es evidencia de una incansable labor filosófica que ha influido de manera significativa en numerosos filósofos de nuestros días. Finalmente, este libro es también un modelo de la libertad de cátedra, de la convivencia y tolerancia entre los docentes e investigadores del Colegio de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras, representativa de la UNAM.



Torre De Minerva




9 786070 299551

